



Università
Ca'Foscari
Venezia

Corso di Laurea magistrale

*in Lingue e letterature
europee, americane e
postcoloniali*

Tesi di Laurea

¡Y Va de... Traducción!

Una traduzione inédita de la colección de cuentos
El espejo de la muerte de Miguel de Unamuno

Relatore

Ch.mo Prof. Alessandro Scarsella

Correlatore

Ch.mo Prof. Alfaro Vergarachea Iñaki

Laureando

Andrea Cavalera
Matricola 867993

Anno Accademico

2018 / 2019

Índice

Introducción	1
Capítulo 1	
Miguel de Unamuno y su pensamiento sobre el cuento	3
1.1 Breve recorrido biográfico sobre el autor	3
1.2 La teorización del cuento y sus características	5
Capítulo 2	
Análisis temático y filológico de la colección <i>El espejo de la muerte</i>	15
2.1 Temas y motivos de la narrativa breve de Unamuno	15
2.2 El problema de los corpus en los cuentos de Unamuno	23
Capítulo 3	
La traducción al italiano	32
3.1 <i>Lo specchio della morte</i> – Miguel de Unamuno	32
3.1.1 <i>Lo specchio della morte</i> (storia molto popolare)	32
3.1.2 <i>Il semplice don Rafael, cacciatore e giocatore di tresillo</i>	38
3.1.3 <i>Ramón Nonnato, suicida</i>	44
3.1.4 <i>Crocevia</i>	48
3.1.5 <i>L'amore che assalta</i>	53
3.1.6 <i>Solitaña</i>	58
3.1.7 <i>Bonifacio</i>	68
3.1.8 <i>Le tribolazioni di Susín</i>	71
3.1.9 <i>Cose da francesi!</i> (un racconto assurdo)	76
3.1.10 <i>Il mistero dell'iniquità</i> (cioè i Pérez e i López)	81

3.1.11 Un suo simile	87
3.1.12 Soledad	91
3.1.13 Col passare degli anni	98
3.1.14 La borsa di studio	104
3.1.15 Evviva l'introiezione!	112
3.1.16 Perché essere così?	115
3.1.17 Il diamante di Villasola	119
3.1.18 Juan Manso (racconto di morti)	122
3.1.19 Dall'odio alla pietà	127
3.1.20 La rivincita	131
3.1.21 Una riparazione d'onore (racconti sideriani)	135
3.1.22 Una visita al vecchio poeta	141
3.1.23 Il calabrone	146
3.1.24 La poesia persistente dell'amore	150
3.1.25 Il canto adamico	154
3.1.26 Le forbici	158
3.1.27 Che inizi il racconto!	163
3.2 <i>El espejo de la muerte</i> – Miguel de Unamuno	168
3.2.1 El espejo de la muerte (historia muy vulgar)	168
3.2.2 El sencillo don Rafael, cazador y tresillista	174
3.2.3 Ramón Nonnato, suicida	179
3.2.4 Cruce de caminos	183
3.2.5 El amor que asalta	188
3.2.6 Solitaña	193
3.2.7 Bonifacio	202
3.2.8 Las tribulaciones de Susín	205
3.2.9 ¡Cosas de franceses! (un cuento disparatado)	209
3.2.10 El misterio de la iniquidad	213
3.2.11 El semejante	219

3.2.12 Soledad	223
3.2.13 Al correr de los años	226
3.2.14 La beca	236
3.2.15 ¡Viva la introyección!	243
3.2.16 ¿Por qué ser así?	246
3.2.17 El diamante de Villasola	250
3.2.18 Juan Manso (cuento de muertos)	253
3.2.19 Del odio a la piedad	257
3.2.20 El desquite	261
3.2.21 Una rectificación de honor (narraciones siderianas)	265
3.2.22 Una visita al viejo poeta	270
3.2.23 El abejorro	275
3.2.24 El poema vivo del amor	279
3.2.25 El canto adámico	283
3.2.26 Las tijeras	287
3.2.27 Y va de cuento	292
Capítulo 4	
La traducción y sus problemas	296
4.1 Los problemas traductológicos	296
4.2 Comparación entre dos traducciones	304
Conclusiones	311
Bibliografía	313

Introducción

El presente trabajo fin de máster ofrece la traducción al italiano de los veintisiete cuentos que componen la colección *El espejo de la muerte* de Miguel de Unamuno. Este nuevo estudio supone la continuación y ampliación de mi trabajo de fin de grado donde ya traduje tres cuentos de la mencionada obra -*Al correr de los años*, *El abejorro* e *Y va de cuento*-, con el fin de ofrecer a los lectores de lengua materna italiana la posibilidad de leer y conocer también estos cuentos de Unamuno -que hasta hoy han sido considerados como obras menores- y no solo sus novelas.

La mayoría de las traducciones que he realizado son inéditas -diez cuentos han sido traducidos en la editorial Cianferoni de Florencia en 1945 por un autor desconocido¹, y como tales han significado un gran reto desde el punto de vista traductológico ya que, por un lado, los textos presentan numerosos términos en euskera adaptados a la grafía y a la fonética del castellano y, por otro lado, abordan aspectos históricos y culturales propios del País Vasco.

El trabajo se organiza en cuatro capítulos: el primero se divide en dos partes; la primera ofrece un breve recorrido biográfico sobre Unamuno, centrándose de forma más detallada en su producción literaria y, sobre todo, en los acontecimientos fundamentales de su vida que, más tarde, han influido sobre su escritura y su pensamiento, como el amor por el País Vasco, su trabajo en la Universidad de Salamanca como profesor de griego, el exilio a Fuerteventura y a Francia, su enfrentamiento a la Segunda República y al dictador Francisco Franco y, sobre todo, sus preocupaciones de carácter moral, filosófico y religioso. En la segunda parte se explica el pensamiento del autor sobre el cuento y su cotejo con la novela, la función del cuento y sus características fundamentales.

También el segundo capítulo se divide en dos partes: en la primera se analizan los temas y motivos fundamentales de los cuentos de Unamuno, de forma más detallada los tratados dentro de la colección, como el amor, la paternidad y las relaciones familiares, la sátira y el humorismo, la crítica a la pedagogía, la crítica de la fama, la mansedumbre, la metaliteratura, el País Vasco y los recuerdos de su niñez y, sobre todo, la crítica literaria y los problemas de la personalidad del ser humano. En la segunda parte, en cambio, me he

¹ Unamuno Miguel de, *Lo specchio della morte*, traductor desconocido (ed.), Firenze, Cianferoni Editore, 1945.

acercado al problema del corpus de los cuentos de Unamuno y, a través de un trabajo filológico, presento un corpus 'definitivo' -por lo menos hasta hoy-, de sus cuentos y, los veintisiete que hacen parte de la colección, los presento con fecha y lugar de publicación, casi siempre en periódicos, revistas o diarios si exceptuamos los diez que se publicaron por primera vez directamente en la colección *El espejo de la muerte*.

En el tercer capítulo se presentan los cuentos en edición bilingüe: la traducción al italiano, que es la parte más importante de mi trabajo, y el texto original en español, útil para un trabajo de comparación.

En el cuarto y último capítulo, dividido en dos partes, explico los problemas traductológicos más relevantes -que he organizado en cinco macrocategorías-, a los cuales me he enfrentado a la hora de traducir los veintisiete cuentos: palabras de uso no frecuente o tecnicismos, modismos no comunes, referencias a acontecimientos histórico-literarios que no conocía y sobre los cuales he tenido que documentarme, frases o fragmentos con un alto valor poético o metafórico en los cuales he tenido dificultades de traducción o que han necesitado unas elecciones más relevantes, y palabras en euskera o en otros idiomas de la península ibérica -aragonés y gallego-, que han representado un gran reto traductológico por sufrir de una castellanización grafémica y fonética. En la segunda parte presento una comparación de algunos pequeños fragmentos entre mi traducción y la traducción italiana de 1945, centrándome, analizando la traducción de 1945, en la forma en la cual se han traducido palabras antiguas que han caído en desuso, nombres propios traducidos al italiano, partes que no se han traducido -sobre todo títulos de cuentos y poemas-, partes que, quizás, por una elección del traductor no aparecen y, finalmente, las que yo considero inexactitudes presentes en la traducción.

1. Miguel de Unamuno y su pensamiento sobre el cuento

Ese capítulo consta de dos partes: en la primera expondré un breve recorrido biográfico sobre Miguel de Unamuno, centrándome en los acontecimientos más importantes de su vida que se han reflejado en su escritura. En la segunda parte trataré de explicar el pensamiento del autor sobre el cuento, su importancia, su creación y sus características fundamentales.

1.1. Breve recorrido biográfico sobre el autor

Nació en Bilbao en 1864. Estudió Filosofía y Letras en Madrid y, en la misma ciudad, a la edad de veinte años, obtuvo el doctorado. Estando fuertemente ligado a su País Vasco, pronto volvió a Bilbao para dedicarse a la enseñanza. Tras no recibir una cátedra de lengua vasca en el Instituto de Vizcaya en 1888, en 1891 obtuvo la cátedra de griego en la Universidad de Salamanca, ciudad que se convirtió en el centro de su existencia y que nunca abandonó, si exceptuamos los años de su exilio a Fuerteventura (1924-1930). Unamuno llegó a ser rector de la Universidad de Salamanca en 1900 pero, en 1914, después de algunas fuertes polémicas de carácter político fue destituido; en 1924 el dictador Primo de Rivera le impuso el exilio a Fuerteventura, en las Islas Canarias.

Unamuno fue siempre un hombre inquieto y rebelde, paradójico y contradictorio. Luchó contra todo, podemos decir que estuvo en eterna lucha consigo mismo y no encontró nunca la paz, ni íntima ni religiosa, como se nota bien en sus obras. Estas características y estos problemas, junto a los creados por la llegada de la Modernidad, fueron el hilo conductor de su obra y su pensamiento.

Unamuno fue un escritor, poeta y filósofo perteneciente a la llamada Generación del 98². Cultivó casi todos los géneros literarios, como la novela, el ensayo, el teatro, la poesía y

² La Generación del '98 es el nombre con el cual se hace referencia a un grupo de escritores, ensayistas y poetas españoles que en sus obras encararon la profunda crisis económica, moral, política y social que estaba afectando a España en esa época y que se volvió irremediabilmente manifiesta tras la derrota militar en América y la

el relato breve, gracias a los cuales, muy pronto, se convirtió en un escritor afamado y en un punto de referencia tanto para los escritores de su generación como para los posteriores. Un éxito que empezó a cosechar ya desde sus primeros escritos y ensayos, tales como *En torno al casticismo*, una de las obras cardinales de la primera parte de su producción, en la que defendió los valores regionales de España en contra del tradicionalismo castellano, y subrayó la importancia de una integración de España en Europa.

La mayoría de sus obras y de sus artículos -escribió muchísimo en diarios, revistas y periódicos-, hoy pueden ser leídos como actuales.

Intelectualmente se acercó a las tendencias positivistas, y, en particular, el filósofo que causó en él más impacto fue Hegel. Fue también miembro del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), pero algunas preocupaciones de carácter religioso, además de otras inquietudes, precedieron a su profunda crisis religiosa y espiritual en 1897. Dicha crisis tomó la forma de un intenso terror ante la idea de la muerte que llevó al autor a la escritura de *Diario íntimo*, una obra en la que rechazó todas las ideologías establecidas y defendió un sistema de valores interior y auténtico.

Expresó su postura filosófica en dos obras fundamentales: una es *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y los pueblos*, en la que formula una idea individualista basada en la incompatibilidad entre la fe, que representa la vida, y la razón, que representa la muerte; otra es *La agonía del cristianismo*, escrita durante el exilio, donde trata de forma más concreta los temas del *Sentimiento trágico* y desarrolla el concepto de 'agonía' en el sentido etimológico de 'lucha'.

Dio un aporte fundamental con sus obras filosóficas, pero también escribió muchísimos ensayos y artículos sobre el lenguaje y la literatura hispanoamericana y, sobre todo, escribió novelas extraordinarias como *Paz en la guerra*, *Amor y pedagogía*, *San Manuel bueno, mártir* y *Niebla*. Sobre todo esta última obra fue fundamental porque, a partir del subtítulo utilizado para describir *Niebla*, creó un nuevo género al que dio nombre de *nivola*³.

consiguiente pérdida de las últimas colonias. Entre estos autores destacan: Unamuno, Azorín, Baroja, Antonio Machado, Valle-Inclán.

³ Es el neologismo que crea Miguel de Unamuno para referirse a algunas de sus creaciones de ficción narrativa. El rasgo característico de la *nivola*, según el autor, es que parece escrita espontáneamente y sin una base previamente preparada; lo que se contrapone a los principios de la novela realista, género predominante en aquella época y que estaba marcado por una caracterización psicológica de los personajes y una tipología de narración omnisciente en tercera persona.

Escribió también obras teatrales, entre las cuales citamos *La Esfinge*, *La Verdad* y *El Otro*; en esta última obra trata, como en otras, la lucha interior contra sí mismo en la definición de su yo interior.

Se dedicó también, durante toda su vida, a la escritura de cuentos que, solo en 1913, publicó bajo el título de *El espejo de la muerte*; se trata de una colección de veintisiete cuentos que abarcan todos los temas de su obra; pero, de esa manera, deja afuera más de cincuenta cuentos que nunca publicará en otra colección.

En 1930, tras la caída del dictador Primo de Rivera, volvió a España donde fue nombrado rector de la Universidad de Salamanca. Pero, en poco tiempo, se enfrentó primero a la Segunda República y, poco después, al general Francisco Franco; por eso perdió su cargo de rector y fue sometido a arresto domiciliario. El día 31 de diciembre de 1936, a la edad de 72 años, murió de un ataque al corazón.

1.2. La teorización del cuento y sus características

Unamuno, dentro de su obra, en varios textos, nos ofrece una teorización del cuento bien distinta a los presupuestos realistas y naturalistas y, al mismo tiempo, aclara que en sus obras no existen fronteras claras entre los distintos géneros literarios; la única función de sus obras es la de tratar, e intentar resolver, los problemas intelectuales, morales y religiosos que marcan su vida. A demostración de lo dicho citamos el relato *La Venda*, de 1900, que en 1913 fue estrenado como una obra de teatro.

Leyendo las palabras de dos fragmentos del autor, que encontraremos a continuación, se puede entender que quizás, al comienzo, sus obras no pertenecían a ningún género literario concreto:

“Hace unos días, leyendo un libro procedente de la librería de mi casa materna y que había leído antes, encontré entre sus páginas una cartilla mía, escrita hace más de veinticinco años y que no sé cómo

dejara allí. Formaba parte de un cuento o novela corta o cosa así. Y no pude recordar de qué cuento, ni qué le precediera ni qué le siguiese. Me supo a algo extraño, a algo de otro.”⁴

“Sí, tus obras mismas, a pesar de su aparente variedad, y que unas sean novelas, otras comentarios, otras ensayos sueltos, otras poesías, no son, si bien te fijas, más que un solo y mismo pensamiento fundamental que va desarrollándose en múltiples formas. Y así, buscando el transmitir ese tu pensamiento central lo vas ciñendo cada vez más y encontrando nuevas formas de expresarlo, hasta que acaso des un día con la más adecuada, con la precisa. Y créeme que un escritor persiste cuando encontró la forma permanente de una idea cualquiera, cuando acertó a dar a esta su cuerpo definitivo. ¿Y quién te dice que, en esta labor de busca, este escribir escritos volanderos y fragmentarios no es tan útil como otro escudriñamiento? Tú sabes que conversando se estudia muchas veces más que meditando.”⁵

En 1902 el autor teorizó sobre el cuento y su cotejo con la novela, recordando la gestación de su novela *Paz en la guerra* de 1897:

“(…) Hace ya años, estando en Madrid, se me ocurrió la idea de hacer un cuento con el suceso de la muerte en el campo carlista de un sujeto de quien me dieron noticia. Lo apunté en una cuartilla de papel y allí anoté, en estilo telegráfico, unos cuantos rasgos del carácter del sujeto en cuestión.

De cuando en cuando añadía detalles, peculiaridades y observaciones que se me iban ocurriendo.

Sobre esta base compuse un cuento y lo compuse tachando, añadiendo, sustituyendo y alterando detalles y noticias. Una vez escrito el cuento se me ocurrió hacer una novela corta, aumentar los personajes, ampliar su acción y desarrollar el ambiente histórico en que el argumento narrado se desenvolvía.

Dediqué una carpeta a cada personaje y empecé a estudiarlos y a atribuirles dichos y hechos, a la vez que me puse a estudiar la última guerra civil carlista de mi País Vasco, y sobre todo el bombardeo de Bilbao, de que fui testigo. Y fui llenando cuartillas y acumulando datos, ya psicológicos ya históricos, e hinchando con ellos el primitivo cuento.

⁴ Unamuno Miguel de, ‘Pepachu’, en *Obras completas. Vol. II*, García Blanco (ed.), p.21.

⁵ Unamuno Miguel de, ‘Soliloquio’, en ‘Soliloquios y conversaciones’, *Obras completas, Vol. III*, García Blanco (ed.), pp. 399-400.

Cuando los materiales acumulados en torno al cuento fueron muchos, y por ser tantos me estorbaban para la labor, los fui organizando y el cuento creció, asimilándole parte del material y segregando otra parte.

De la misma manera crece un embrión con materiales que la sangre le trae de fuera. Sobre ese cuento así acrecentado continuó la labor de acumulación y vino otra de asimilación, y así, mediante una serie de acumulaciones y asimilaciones de material, con la excreción siguiente, llegué a hacer mi novela Paz en la guerra. Tal es el procedimiento ovíparo.”⁶

Las palabras de Unamuno, aquí, son muy claras: el cuento es el núcleo sobre el cual se va desarrollando, a través de asimilaciones, acumulaciones y cortes, la futura novela; pero, como hemos aclarado antes, Unamuno fue un autor siempre en lucha consigo mismo y fuertemente contradictorio a lo largo de toda su vida, así que en un famoso artículo titulado *Cuentos y novelas* parece, entre otras cosas, cambiar de idea sobre la distinción entre cuento y novela. Aquí rechaza la idea de que el cuento es solo un simple boceto de la futura novela y subraya que se trata de dos géneros literarios totalmente opuestos; una idea que sostiene a través del recurso retórico a un amigo suyo, experto en asuntos literarios:

“(…) No es cuestión de cantidad y extensión, tan sólo su diferencia; son dos géneros distintos. En opinión de un amigo mío, opuestos, pues el tal mi amigo, forzando las cosas a la paradoja, sostiene que rara vez o nunca es buen cuentista un buen novelista, ni buen novelista un buen cuentista.”⁷

En el mismo artículo explica de forma detallada cómo el cuento, en aquella época, se iba desarrollando a expensas de la novela:

“Es cosa vista; el cuento se desarrolla a expensas de la novela. Cada día se publican menos novelas y más cuentos y colecciones de cuentos.”⁸

Según el autor esto se debe a varias razones: primeramente al gusto del público, que por distintas razones prefiere leer textos breves:

⁶ Unamuno Miguel de, ‘Escritor ovíparo’, en *Obras completas, Vol. VIII*, García Blanco (ed.), pp. 208-209.

⁷ Unamuno Miguel de, ‘Cuentos y novelas’, en *Obras completas, Vol. VII*, García Blanco (ed.), p. 1275.

⁸ *Ibidem*.

“Algo habrá en ello, sin duda, que responde a los gustos del público. Sobra qué leer y falta tiempo para hacerlo, lo que obliga a los escritores que quieren ser leídos a condensar cada vez más sus pensamientos y buscar un modo de expresarlos más breve y epitómico. Basta que una cosa se larga para que la dejen de lado muchos, aunque no falten quienes juzguen del valor de un trabajo por su extensión. Monumental llamaba a un amigo mío a una obra en quince gruesos volúmenes.

El escritor que hoy quiere ser leído, lo repito, ha de saber fabricar píldoras, extractos, quinta esencias. La cuestión estriba en hacerlo de modo que sean agradables de tomar; en saber dorarlas.

Pero no es esta, sin duda, la principal razón de desarrollo que a expensas de la novela toma el cuento. Hay mucho en la novela que en el cuento no cabe. Todo se reduce al argumento.”⁹

La segunda razón, que según Unamuno es la principal, en cambio, es la económica: en aquella época rentaba más publicar un cuento que una novela:

“Si por un cuento te dan 5, 6 u 8 duros, libres de gastos, ten por seguro que una novela veinte veces más extensa que él no te darían 100, 120 o 160 duros.

(...)

Y si resulta que muchos que se decidirían a escribir una novela apenas han trazado el plan, el argumento, cuando piensan en el amplio desarrollo, dispuestos a hacer de tal argumento núcleo de variadas escenas, en cuanto ven que les dan por ellos tres o cuatro duros lo sueltan. Son, pues, no pocos cuentos, novelas abortadas, con lo que a menudo ganan. Pero otras veces pierden. Y así un cuento que no sea más que un núcleo de novelas, como cuento es imperfecto, como es imperfecta la novela que no sea más que estiramiento de un cuento.

(...)

Y lo que tuerce la vocación y aptitud de muchos, haciendo que de buenos novelistas que podrían llegar a ser, se queden en medianos cuentistas, es, ni más ni menos que la pícaro cuestión económica, que es la que lleva al teatro a tantos y tantos que maldita la aptitud que para él tienen. Pero nadie puede decir: de esta agua no beberé.”¹⁰

⁹ Ibidem.

¹⁰ Ibidem.

Podemos entonces decir que en 1900 el autor pensaba que cuento y novela eran géneros diferentes, aunque solo dos años después, en 1902, refiriéndose a un acontecimiento de 1987, es decir precedente a su primera teorización de 1900, expondrá otra teoría muy diferente.

Haciendo referencia a las palabras de Unamuno sobre el desarrollo del cuento literario a expensas de la novela hay que aclarar que eso se debe, sobre todo, al gran auge de la prensa entre el siglo XIX y XX; el hecho de que la mayoría de los cuentos se publicara en revistas, diarios y periódicos, claramente afectó la forma y el contenido del mismo cuento. El mismo Unamuno se expresó así sobre ese tema:

“Hay un fenómeno que mucho han señalado, pero que no sé quién lo haya estudiado a fondo, con prolijidad y empeño, y es el de la influencia del periodismo en la literatura, en lo que influye en el estilo, en el modo de concebir y ejecutar los más diversos géneros literarios, el periodismo y los hábitos que en él se contraen. Libros enteros y nada chicos se escriben, que no son, si bien se mira, más que una serie de artículos de periódico.”¹¹

Además, Unamuno no solo publicó sus cuentos en revistas y diarios sino que escribió muchísimos textos de diferentes tipologías en ellos; entre otros escribió en *La Revista de Vizcaya*, *La España Moderna*, *Madrid Cómico*, *Vida Literaria*, *Nuestro Tiempo*, *Las Noticias de Barcelona*, *El Globo Madrid*, *La Nación de Buenos Aires*, etcétera.

Como nos explica Carrascosa Tinoco¹², cuando Miguel de Unamuno comienza a escribir sus cuentos se encuentra con que ya se ha producido una renovación del cuento literario; él ha leído los grandes cuentistas españoles, y también los extranjeros, sobre todo Poe, creador del canon del cuento literario que fijó las reglas que forman a un cuento literario:

“La brevedad, la unidad de efecto o impresión, la búsqueda de la verdad como objetivo y la originalidad en el tono y el asunto.”¹³

¹¹ Ibidem.

¹² Unamuno Miguel de, *Cuentos completos*, J. Óscar Carrascosa Tinoco (ed.), Madrid, Páginas de espuma, 2017, p. XXXII.

¹³ Edgar Allan Poe, *Review of twice-told tales (1842)*, in Ezama Gil, p. 13.

Todas estas características y otras serán explicitadas dentro de algunos textos del autor, entre los cuales subrayamos la importancia de: *Y va de cuento*, *El héroe*, *La locura del doctor Montarco* y *un cuentecillo sin argumento*.

Según Unamuno el cuento debe girar en torno a una sola acción y lo explica claramente en *El héroe*:

“Se me ocurre contar un cuento que habrá sucedido muchas veces y en que diga lo menos que pueda decirse.

No es la cuestión que pasen muchas cosas en un cuento; me parece que basta con que suceda una sola bien.

En el collar de los sucesos tristes y alegres que componen nuestra vida son lo de menos las perlas y lo de más el hilo de oro que las engarza.

Yo desearía contar el sucedido sin poner nombre al protagonista ni decir dónde sucedió y aun si pudiera ser sin palabras porque sin palabras se me ocurrió, aunque hay quien cree que es imposible imaginar sin ellas.”¹⁴

En *Y va de cuento* Unamuno ataca la costumbre realista de crear un héroe como centro de la narración. Según el autor, la mejor manera de concebir un héroe moderno es ironizar sobre el personaje dentro del texto; esto es precisamente lo que hace en su narración, donde describe a un héroe con el nombre de su creador quien intenta escribir un cuento de encargo centrado en un héroe. Se trata, evidentemente, de una crítica a las tendencias literarias del tiempo que obligaban a los escritores a adaptarse a los lectores y que no daban la posibilidad al autor de expresar su interioridad y su pensamiento real.

El héroe unamuniano, en cambio, es un héroe intelectual, porque su existencia es reflejo de una preocupación del autor, de uno de sus tormentos intelectuales. Por eso el héroe intelectual unamuniano no intenta salvar el mundo, sino a sí mismo.

Otra característica fundamental de los cuentos de Unamuno es la llamada ‘falta de argumento’ como teoriza en *Un cuentecillo sin argumento*:

¹⁴ Unamuno Miguel de, *Cuentos completos*, J. Óscar Carrascosa Tinoco (ed.), Madrid, Páginas de espuma, 2017, p. 21.

“Escribir un cuento con argumento no es cosa difícil, lo hace cualquiera, un jarro sin asa, según dicen; la cuestión es escribirlo sin argumento. La vida humana tampoco tiene argumento, quién sabe lo que será mañana? Las cosas vienen sin que sepamos cómo y se van del mismo modo.”¹⁵

Claramente no es verdad que a ese cuento y a los cuentos de Unamuno en general le falte el argumento, más bien podemos decir que no tiene argumento previo, que según Unamuno la verdadera manera de escribir es la de hacerlo sin unas ideas previas; hay que dejar que el cuento fluya y que el desenlace salga como tenga que salir, exactamente lo mismo que pasa en la vida real:

“(…) Sabía, además, que hay quien empieza una de esas novelas enormemente interesantes, va a ver en las últimas páginas el desenlace y ya no lee más.

Por lo cual creía que una buena novela no debe tener desenlace, como no lo tiene, de ordinario, la vida. O debe tener dos o más, expuestos a dos o más columnas, y que el lector escoja entre ellos el que más le agrade. Lo que es soberanamente arbitrario. Y mi este Miguel era de lo más arbitrario que darse puede.”¹⁶

En una carta que Unamuno dirigió a José A. Balseiro es el mismo autor que, con sus palabras, explica la importancia de escribir sin tener un argumento previo bien claro:

“Un día fui a Medina del Campo a esperar a mi hermana, y como se retrasó tuve que quedarme unas horas en el pueblo. Entré en un café de la plaza, pedí un bloc, saqué unas cuartillas -de que siempre iba provisto- y empecé a escribir un cuento sin saber lo que saldría y sin ninguna idea previa. Y me salió de un tirón -no sé de dónde- *El sencillo don Rafael, cazador y tresillista*, que figura en la colección *El espejo de la muerte*, y que es, por su concepción inmaculada, o sea libre de pecado original de argumento previo, uno de los que prefiero.”¹⁷

¹⁵ *Ivi*, p. 427.

¹⁶ *Ivi*, p. 293.

¹⁷ Unamuno Miguel de, ‘Carta a José A. Balseiro, el 27 de febrero de 1928’, en *Obras completas, Vol. II*, García Blanco (ed.), p.21.

En varios cuentos critica fuertemente la literatura realista y didáctica de mero pasatiempo, contraponiéndole a esa su literatura de reflexión. En *Y va de cuento* se expresa así:

“Permítame el lector que interrumpa un momento el hilo de la narración de mi cuento, (...) para protestar de esa pretensión ridícula del héroe de mi cuento de que su público se entere de lo que él escribía. ¿Es que no sabía que las más de las personas leen para no enterarse? ¡Harto tiene cada uno con sus propias penas y sus propios pesares y cavilaciones para que vengan metiéndole otros! Cuando yo, a la mañana, a la hora del chocolate, tomo el periódico del día, es para distraerme, para pasar un rato. Y sabido es el aforismo de aquel sabio granadino: «La cuestión es pasar el rato»; a lo que otro sabio, bilbaíno éste, y que soy yo, añadió: «Pero sin adquirir compromisos serios». Y no hay modo menos comprometedor de pasar el rato que leer el periódico. Y si cojo una novela o un cuento no es para que de reflejo suscite mis hondas preocupaciones y mis penas, sino para que me distraiga de ellas.

Y por eso no me entero de lo que leo, y hasta leo para no enterarme...

Pero el héroe de mi cuento era un petulante que quería escribir para que se enterasen, y, es natural, así no puede ser, no le resultaba cuanto escribía sino paradojas.

¿Que qué es esto de una paradoja? ¡Ah!, yo no lo sé, pero tampoco lo saben los que hablan de ellas con cierto desdén, más o menos fingido; pero nos entendemos, y basta. Y precisamente el chiste de la paradoja, como el del humorismo, estriba en que apenas hay quien hable de ellos y sepa lo que son. La cuestión es pasar el rato, sí, pero sin adquirir compromisos serios; ¿y qué serio compromiso se adquiere tildando a algo de paradoja, sin saber lo que ella sea, o tachándolo de humorístico?”¹⁸

En cambio en *La locura del doctor Montarco* se expresa de esta forma:

“(...) los leo y releo, porque nada aborrezco más que el que me vengán diciendo lo mismo que pienso. Leo de continuo aquellos cuentos sin descripciones ni moraleja. Me propongo escribir un estudio sobre ellos, y abrigo la esperanza de que una vez se le ponga al público sobre la pista, acabará por ver en ellos lo que hoy no ve. El público ni es tan torpe ni tan desdeñoso como creemos; lo que hay es que quiere que le den las cosas mascadas, ensalivadas y hechas bolo deglutible para no tener más que tragar; cada cual hartó tiene con ganarse la vida, y no puede distraer tiempo en rumiar un pasto que

¹⁸ Unamuno Miguel de, *Cuentos completos*, J. Óscar Carrascosa Tinoco (ed.), Madrid, Páginas de espuma, 2017, pp. 294-295.

le sabe áspero cuando se lo mete en la boca. Pero los comentaristas sacan a flote a escritores así, como el doctor Montarco, en quien sólo se leía la letra y no el espíritu.”¹⁹

Podemos decir que Unamuno aborrece esta tipología de literatura seca y didáctica, leída por los lectores solo para pasar el rato, creada con el fin de complacer los lectores; En cambio, él se puede considerar como un agitador de conciencias, escribe para que el lector se entere de lo que ocurre alrededor de su existencia miserable y aislada, para que adquiera conciencia de su realidad y de su papel en el mundo.

Unamuno se opone con fuerza a la escritura por encargo, pese a que, como dice él mismo en *Y va de cuento*, viva en parte de ella. Según él la escritura debe proceder de una experiencia auténtica, que vive el autor, una experiencia que él necesita comunicar al exterior con el fin último de enseñar algo a quien lo lea.

Es evidente la importancia que le da a la escritura; con esta manera de escribir se opone fuertemente al ‘fabricante de cuentos’, aquel escritor angustiado que, por necesidad, obediente a los gustos de los lectores y de quien le pide la obra, se pone a escribir a pesar de que no sepa qué escribir:

“Esto de ponerse a escribir, no precisamente porque se haya encontrado asunto, sino para encontrarlo, es una de las necesidades más terribles a que se ven expuestos los escritores fabricantes de héroes.”²⁰

Todas estas características de sus cuentos las encontramos reunidas y explicitadas en dos cartas que Unamuno escribe a Juan Arzadun en 1898 y a Rufino Blanco Fombona en 1900, en las cuales comenta unos cuentos que los autores le habían enviado hace un tiempo:

¹⁹ Unamuno Miguel de, publicado en el febrero de 1904; en *Ensayos IV*, Residencia de Estudiantes, Madrid, 1917.

²⁰ Unamuno Miguel de, *Cuentos completos*, J. Óscar Carrascosa Tinoco (ed.), Madrid, Páginas de espuma, 2017, pp. 294-295

“Tus dos cuentos se los remito hoy mismo a mi representante en Madrid, Villegas -Zeda-, para que haga los inserten en *La Época* o en *Vida Nueva*, semanario que circula mucho ya. (...) Tus cuentos me han gustado. Están bien hechos, sobre todo, esto: bien hechos.

Quiero decir que hay en ellos arte, medidas del efecto, gradación, sobriedad de estilo, etcétera. Lo que encuentro es que no tienen la espontaneidad de “La nochebuena del expósito” -este es delicioso- y otros así, aunque acaso hayas ganado en factura. Tienen a la vez algo de artificioso, o sea de psicología abstracta, concretada en cuento. Te aseguro sin embargo que “El fin de una condena” gustará y gustará mucho; será uno de los cuentos modernos españoles que más gusten. Llego hasta asegurar que, si algún día publicases una colección de tus cuentos, gustaría mucho más que otros que para mí son más íntimos y de mayor poesía. Es un pequeño drama desarrollado con gran arte. Te auguro un éxito con él. En lo que has ganado es en la forma. Tienes un estilo muy sobrio, muy conciso, muy ceñido. Te felicito, en fin por ello.”²¹

“(...) Responde muy bien a la idea que de tales trabajos tengo y que condensaría diciendo que hay que saber dibujar la niebla sin que deje de ser tal. Diseñar lo inconcreto sin quitarle su inconcreción en un triunfo.”²²

²¹ Unamuno Miguel de, ‘Carta a Juan Arzadun, diciembre de 1898’, en *Epistolario americano*, Robles (ed.), pp. 49-51.

²² Unamuno Miguel de, ‘Carta a Rufino Blanco Fombona, 3 de agosto de 1900’, en *Epistolario americano*, Robles (ed.), pp. 90-92.

2 Análisis temático y filológico de la colección *El espejo de la muerte*

Este capítulo consta de dos partes: en la primera analizaré los temas y motivos de la narrativa breve de Unamuno, especialmente los de la colección *El espejo de la muerte*. En la segunda hablaré del corpus de cuentos unamuniano y, a través de un trabajo filológico, presentaré un corpus definitivo -por lo menos hasta hoy-, con fecha y lugar de publicación de cada cuento.

2.1 Temas y motivos de la narrativa breve de Unamuno

En los cuentos de Unamuno están presentes todas sus ideas, los temas fundamentales de su obra literaria entera, en la cual no existen fronteras declaradas entre los distintos géneros literarios; La literatura de Unamuno no es nada más que el mismo reflejo de la vida, de sus dificultades y de sus goces.

A continuación expondremos los temas más importantes que se encuentran en la colección *El espejo de la muerte*, que son los temas fundamentales de su literatura: el amor, la paternidad y las relaciones familiares, los problemas de personalidad, el costumbrismo, la infancia del autor y los recuerdos del País Vasco, la sátira y el humorismo, la crítica a la pedagogía, la mansedumbre y la bondad, la crítica de la fama, la metaliteratura, la crítica literaria y la teoría del cuento literario, etcétera.

Veremos algunos cuentos en los cuales cada tema se encuentra, pero cabe señalar que cada cuento conlleva la convivencia de muchos temas diferentes.

- El amor: tema universal de toda tipología de literatura es parte integrante también de los cuentos de Unamuno; pero ese amor no se expresa siempre de la misma forma, adquiere formas y características diferentes en los cuentos:

Encontramos un amor desesperado y fracasado en el cuento titulado *El espejo de la muerte*, en el cual la protagonista Matilde, ya enferma, descubre que su novio José Antonio se ve con otra mujer, una de sus mejores amigas, Rita.

Un amor loco e inesperado que lleva a la muerte en *El amor que asalta*:

“Y siguió otro silencio, un silencio largo, en que, cogidos de las manos, estuvieron mirándose a los ojos y como buscándose en el fondo de ellos el secreto de sus destinos.

Y luego empezaron a temblar.

-¿Tiemblas, Anastasio?

-¿Y también tú, Eleuteria?

-Sí, temblamos los dos.

-¿De qué?

-De felicidad.

-Es cosa terrible esta felicidad; no sé si podré resistirla.

-Mejor, porque eso querrá decir que es más fuerte que nosotros.

Encerráronse en un sórdido cuarto de una vulgarísima fonda. Pasó todo el día siguiente y parte del otro sin que dieran señal alguna de vida, hasta que, alarmado el fondista y sin obtener respuesta a sus llamadas, forzó la puerta. Encontráronles en el lecho, juntos, desnudos y fríos y blancos como la nieve. El perito médico aseguró que no se trataba de suicidio, como así era en efecto, y que debían de haberse muerto del corazón.”²³

Un amor envejecido y casi gastado que, de repente, gracias al diálogo, aviva otra vez su llama, como en el cuento *Al correr de los años*.

Un amor paternal en *El poema vivo del amor*, de agradecimiento por todo lo que su padre, ahora ciego, hizo cuando Eustaquia era pequeña, que se transforma en otro tipo de amor entre ella y su primo Julián.

- La paternidad y las relaciones familiares:

Una paternidad inesperada y salvífica en *El sencillo don Rafael (cazador y tresillista)*, que lo lleva a cambiar vida, a casarse con la nodriza y dejar de pensar solo en la caza y en el tresillo.

²³ Unamuno Miguel de, *Cuentos completos*, J. Óscar Carrascosa Tinoco (ed.), Madrid, Páginas de espuma, 2017, pp. 227-228.

Las relaciones familiares que en *Cruce de caminos* reviven dentro de los corazones de dos personas solas, gracias a los recuerdos del viejo caminante y de la niña que les hace pensar, por unos días, que se han reunido con sus familias perdidas.

- Los problemas de personalidad: es el tema más importante y recurrente de los cuentos de esta colección:

Una personalidad marcada desde el nacimiento trágico en *Ramón Nonnato, suicida*, y estropeada aún más por la conducta del padre durante toda su juventud, que llevará el pobre Nonnato al suicidio:

“Llevaba siempre fijadas en la mente las últimas palabras que al morir le dirigió su padre, y fueron así:

-Lo que siento, hijo mío, es que esta fortuna, tan trabajosamente fraguada y cimentada por mí; esta fortuna tan bien repartida, y que es, aunque tú no lo creas, una verdadera obra de arte, se va a deshacer en tus manos. Tú no has heredado mi espíritu, ni tienes amor al dinero, ni entiendes de negocio. Confieso haberme equivocado contigo.

(...)

Habíanle sacado a Ramón Nonnato del cadáver tibio de su madre, que murió poco antes de cuando había de darle a luz, cuarenta y dos años antes del día aquel en que se suicidó. Y es, pues, que había nacido con el suicidio en el alma.”²⁴

En *Bonifacio* el protagonista vive toda su vida en búsqueda de sí mismo, de su personalidad, de sus intereses, intentando ser original y no uno cualquiera; no aceptaba de pasar toda su vida como la vivían los demás, no era una persona apta a esa existencia tan común, no podía aceptarlo, quería ser algo más; pero, al final, fue ganado por la vida, terminando por ser lo que nunca quiso ser:

“Según la una, Bonifacio acabó como había empezado, siempre el mismo, siempre buscándose y nunca hallado; acabó como las nubes de verano: mientras vivió hizo sombra, y cuando murió siguió alumbrando el sol su sitio vacío.

²⁴ *Ivi*, pp. 251-252.

Según otra tradición, Bonifacio, golpe aquí, golpe allí, se fue redondeando, se casó, tuvo hijos, y cuando fue padre halló la originalidad tan buscada, que, con ser tan común, es la más rara. Sus últimas palabras fueron: «¡Con que, adiós, hijos míos!».²⁵

Problemas existenciales ofrece también el cuento *Soledad* que, como nos sugiere el título, habla de una niña que nunca fue querida por nadie: la madre murió cuando ella nació, el padre y el hermano, machistas los dos, siempre la trataron como un objeto; por el padre ella no era nada más que la causa de la muerte de su madre.

- El costumbrismo: en estos cuentos, muy en boga en el siglo XIX, Unamuno dibuja con unas pinceladas la tranquila y humilde vida de unos pueblecillos y unos seres humanos; pero añade imágenes de su infancia, recuerdos de su tierra natal, es decir el País Vasco, y hasta unas palabras en euskera:

Todo eso podemos encontrarlos en cuentos como *El desquite*, sobre todo a nivel lingüístico, en *Las tribulaciones de Susín*, por lo que se refiere a los paisajes de campo, y sobre todo en el cuento *Solitaña* donde nos ofrece un gran fresco de la vida bucólica y tranquila de un pueblo del País Vasco: la descripción tan detallada de las calles del casco histórico, los apellidos vascos, los nombres de los pueblos, los detalles de la vida y de las relaciones cotidianas, la comida, etcétera:

“Las aldeanas paraban en medio de la calle; hablaban, se acercaban, tocaban y retocaban los géneros; hablaban otra vez, iban, volvían a regatear y al cabo se quedaban con el género. El mostrador, reluciente con el brillo triste que da el roce, estaba atestado de piezas de tela: sobre él unas compuertas pendientes que se levantaban para sujetarlas al techo con unos ganchos y servían para cerrar la tienda y limitar el horizonte. Por dentro de la boca abierta de aquel caleidoscopio, olor a lienzo y humedad por todas partes, y en todos los rincones, piezas, prendas de vestido, tela de tierra para camisas de penitencia, montones de boinas, todo en desorden agradable, en el suelo, sobre bancos y en estantes, y junto a una ventana que recibía la luz opaca y triste del cantón, una mesilla con su tintero y los libros de don Roque.

(...)

²⁵ *Ivi*, pp. 255-256.

-Tendríaís sarbitos -interrumpió el viejo, siempre tan guapo-; en la limonada hacen falta sarbitos... Sin sarbitos, limonada *fachuda*; es como tambolín sin *chistu*. Cuando están aquellos cachitos helados que hacen mal en los dientes, entonces...

-Unas tajaditas de lengua no vienen mal...

-Sí, lengua también; pero sobre todo, sarbitos; que no falten los sarbitos...

Solitaña se sonreía, arreglando el fuego con la badila.

-A mí ya me gusta también un poco de merlusita en salsa... -volvió el otro.

-¿Con la limonada? Cállate, hombre; no digas sinsorgadas... Tú estás tocao... ¿Merlusa en salsa con limonada? A ti solo se te ocurre...

-Tú dirás lo que quieras; pero pa mí no hay como la merlusa...; la de Bermeo, se entiende; nada de merlusa de Laredo; cada cosa de su paraje; sardinas de Santurse, angulitas de la Isla y merlusa de Bermeo...

-No haga usted caso de eso -dijo el cura-; yo he comido en Bermeo unas sardinas que talmente chorreaban manteca; sin querer se les caiga el pellejo... Y estando en Deva, unas angulitas de Aguinaga, que ¡vamos!..."²⁶

- La sátira y el humorismo se encuentran en la mayoría de cuentos de Unamuno pero algunos están repletos de ellos:

Una sátira contra la ingenuidad de los franceses en *¡Cosas de franceses!*.

Una crítica política a los carlistas, liberales y cualquier otra coalición en *El misterio de la iniquidad*.

- La crítica a la pedagogía: este tema se encuentra en dos cuentos, *La beca* y *El diamante de Villasola* y es muy fuerte contra los maestros y la explotación de las características positivas del ser humano por parte de otros:

En *La beca* encontramos a una familia en la cual el padre no encuentra trabajo -por falta de gana-, que vive de las becas escolares que el hijo Agustinito va obteniendo; para la familia el hijo no es nada más que una fuente de ganancia, tanto que a fuerza de obligarlo a estudiar para sacar mejores notas, el niño enfermará:

²⁶ *Ivi*, pp. 11, 17-18.

“Y volvió el curso, y con él la dura brega, y volvió a encamar el becario, y una mañana, según estudiaba, le dio un golpe de tos y, se ensangrentaron las páginas del libro por el sitio en que se trataba de la tisis precisamente.

(...)

-Hay que dejar los libros en seguida -dijo el médico en cuanto le vio-; ¡pero en seguida!

-¡Dejar los libros! -exclamó don Agustín-. ¿Y con qué comemos?

-Trabaje usted.

-Pues si busco y no encuentro; si...

-Pues si se les muere, por su cuenta...

(...)

Aún llegó el chico a licenciarse y tuvo el consuelo de firmaren el título, de firmar su sentencia de muerte con mano trémula y febril. Pidió luego un libro, una novela.

-¡Oh, los libros, siempre los libros! -exclamó la madre-. Déjalos ahora. ¿Para qué quieres saber tanto? ¡Déjalos!

-A buena hora, madre.

-Ahora a descansar un poco y a buscar un partido...

-¿Un partido?

-Sí; he hablado con don Félix, y me ha prometido recomendarte para Robleda.

A los pocos días se iba Agustinito, para siempre, a las vacaciones inacabables, con el título bajo la almohada -fue un capricho suyo- y con un libro en la mano; se fue a las vacaciones eternas. Y sus padres le lloraron amargamente.

-Ahora, ahora que iba a empezar a vivir, ahora que nos iba a sacar de miserias; ahora... ¡Ay, Agustín, qué triste es la vida!

-Sí, muy triste -murmuró el padre, pensando que en una temporada no podría ir al café."²⁷

En *El diamante de Villasola* nos encontramos con un maestro que, habiendo descubierto un muchacho prodigioso, por su propia satisfacción lo utiliza como si fuera un conejillo de Indias, hasta que el muchacho pierde todas sus capacidades, quizás porque no se le ha dejado vivir en paz su juventud, y si antes era un ‘diamante’ de alto valor se convierte en una ‘piedra’ cualquiera.

²⁷ Ivi, pp. 273-274.

- La mansedumbre y la bondad: temas que se encuentran especialmente en dos cuentos: *Juan Manso, (cuento de muertos)* y en *¿Por qué ser así?*, cuyos personajes son víctimas de su misma bondad y, por eso, todo el mundo se aprovecha de ellos.

Tomamos como ejemplo el cuento *Juan Manso (cuento de muertos)*, en el cual el pobre Juan Manso cede su sitio para entrar en el paraíso a todos los demás hasta que, desesperado, decide abandonar la cola:

“Colócase Juan Manso a la cola de la cola. A poco llegó un humilde franciscano, y tal maña se dio, tan conmovedoras razones adujo sobre la prisa que le corría por entrar cuanto antes, que nuestro Juan Manso le cedió su puesto diciéndose: «Bueno es hacerse amigos hasta en la Gloria eterna».

El que vino después, que ya no era franciscano, no quiso ser menos y sucedió lo mismo.

En resolución, no hubo alma piadosa que no birlara el puesto a Juan Manso, la fama de cuya mansedumbre corrió por toda la cola y se transmitió como tradición flotante sobre el continuo fluir de gente por ella. Y Juan Manso, esclavo de su buena fama.”²⁸

- La crítica de la fama en el cuento *Una visita al viejo poeta*, en el que rechaza la idea de la inmortalidad del poeta y de la posibilidad de que siempre se hable de un autor, prefiriendo la calma y la tranquilidad de los últimos años de vida:

“-¿Y no ha sentido usted nunca pruritos de salir, de volver al mundo...; no le ha tentado la gloria?

-¿Qué gloria? -me preguntó con dulzura.

-¡La gloria!...

-¡Ah, sí, la gloria! Dispéñeme, me olvidaba de que hablo con un joven literato.

Se levantó para quitar una oruga de uno de los arbolillos, miró un rato a la erguida torre, dorada por el sol poniente, y prosiguió:

(...)

-Sí -continuó-, mi nombre va olvidándose; casi nadie lo cita ya; pero es ahora, en que se olvida mi nombre, cuando obra acaso mi espíritu, difundido en el de mi pueblo, más viva y eficazmente. Prodúcese un pensador o un artista, y mientras su obra no posa en el alma de su pueblo, mientras le

²⁸ *Ivi*, p. 44.

es extraña a éste y en él choca, necesita llevar el nombre de su padre. Mas cuando se hace nuestro pensar, pensar de los que nos rodean, cuando nuestro sentir se aúna al sentir de nuestro pueblo, haciéndolo más complejo, cuando nuestra voz se acuerda al coro enriqueciendo la común sinfonía..., entonces nuestro nombre se hunde poco a poco. Nuestras ideas lo son ya de todos; el busto de nuestra moneda se ha borrado, y con él la leyenda, y la moneda corre porque es de oro de ley. Cuando menos se habla de un escritor, suele ser muchas veces cuando más influye.

-Tal vez... -empecé, y él, sin oírme, continuó:

-¡Mi nombre! ¿Para qué he de sacrificar mi alma a mi nombre? ¿Prolongarlo en el ruido de la fama? ¡No! Lo que quiero es asentar en el silencio de la eternidad mi alma. Porque, fíjese, joven, en que muchos sacrifican el alma al nombre, la realidad a la sombra. No, no quiero que mi personalidad, eso que llaman personalidad los literatos, ahogue a mi persona (y al decirlo se tocaba el pecho). Yo, yo, yo, este yo concreto que alienta, que sufre, que goza, que vive; este yo intrasmisible..., no quiero sacrificarlo a la idea que de mí mismo tengo, a mí mismo convertido en ideal abstracto, a ese yo cerebral que nos esclaviza...”²⁹

- La metaliteratura, en el cuento *¡Cosas de franceses!*, en el cual cita muchas obras literarias y autores pero, sobre todo, hace muchas referencias al *Quijote*, verdadera obsesión de Miguel de Unamuno.
- La crítica literaria y la teoría del cuento literario: presente en muchos cuentos del autor y, en esa colección, especialmente en *Y va de cuento*, que puede considerarse como el manifiesto literario de Unamuno sobre el cuento:

Como ya hemos visto en el capítulo 1.2, Unamuno ataca la literatura de mero pasatiempo, seca, realista y, sobre todo, la de encargo.

“Esto de ponerse a escribir, no precisamente porque se haya encontrado asunto, sino para encontrarlo, es una de las necesidades más terribles a que se ven expuestos los escritores fabricantes de héroes.”³⁰

²⁹ *Ivi*, pp. 121-122.

³⁰ *Ivi*, p. 295.

Unamuno define su cuento como una paradoja, con referencia a la etimología griega de la palabra: es decir, tendría que transmitir a quien lo leyese una visión contradictoria de las cosas, diferente de la opinión habitual.

“Yo, que, como el héroe de mi cuento, soy también héroe y catedrático de griego, sé lo que etimológicamente quiere decir eso de paradoja: de la preposición *para*, que indica lateralidad, lo que va de lado o se desvía, y *doxa*, opinión.”³¹

2.2. El problema del corpus de los cuentos de Unamuno

Es importante aclarar, a partir de la primera línea, que hoy en día no tenemos un corpus definitivo de los cuentos de Unamuno y, probablemente, no lo tendremos aún por muchos años porque todavía hay posibilidades de que se descubran otros cuentos de Unamuno; baste la transcripción de ese pensamiento de L. Robles para valorar esta hipótesis:

“L. Robles, como gran conocedor de la Casa Museo Miguel de Unamuno, asegura que no tenemos aún unas auténticas obras completas y que solo los artículos periodísticos darían para quince volúmenes de quinientas páginas cada uno, lo que nos da una idea de todo el material textual que aún queda por publicar.”³²

El problema relacionado con la creación de un corpus de cuentos homogéneo y definitivo todavía no ha sido resuelto por diferentes razones que Carrascosa Tinoco, en su gran trabajo, explica muy bien³³:

- El desconocimiento y la falta de interés por estas obras que se han considerado ‘menores’ por mucho tiempo con respeto a las novelas del mismo autor;
- la falta de ayuda por parte del autor en la datación exacta de sus cuentos: el autor escribió muchos cuentos, algunos fueron publicados en periódicos y revistas -en la

³¹ *Ivi*, p. 294.

³² *Ivi*, p. XXVIII.

³³ *Ivi*, pp. XV, XVI.

época la publicación de cuentos en los periódicos tuvo mucho éxito y era una importante ganancia para los escritores-, otros se escribieron y nunca se publicaron y se hallaron en sus cuadernos -algunos fechados, otros no-, otros siguen perdidos y solo veintisiete se publicaron en 1913 en la colección de cuentos titulada *El espejo de la muerte*.

Sobre ese trabajo de carácter filológico, que probablemente no era muy apreciado por Unamuno, el mismo autor se expresó de esa forma definiéndonos como ‘una insaciable casta de bibliógrafos’:

“En 1920 reuní en un volumen mis tres novelas cortas o cuentos largos, *Dos madres*, *El marqués de Lumbría* y *Nada menos que todo un hombre*, publicadas antes en revistas, bajo el título común de *Tres novelas ejemplares y un prólogo*. Este, el prólogo, era también, como allí decía, otra novela. Novela y no novela. Y ahora recojo aquí tres nuevas novelas bajo el título de la primera de ellas, ya publicada en *La Novela de Hoy*, número 461 y último de la publicación, correspondiente al día 13 de marzo de 1931 –estos detalles los doy para la insaciable casta de los bibliógrafos–, y que se titulaba: *San Manuel Bueno, mártir*.”³⁴

- por la presencia de pocos investigadores -L. Robles, R. Senabre, M. García Blanco, A. Zamorano, E.K. Paucker y R. Osuna-, que se han ocupado de sus cuentos y, sobre todo, como señala Carrascosa Tinoco en su obra, los investigadores que han trabajado con estas obras no han colaborado entre ellos para que se pudiera solucionar verdaderamente el problema de un corpus de cuentos definitivo:

“Como podemos comprobar, la crítica unamuniana que se centra en el estudio de sus cuentos, más que apoyarse en los trabajos que van saliendo a la luz para establecer un corpus definitivo, parece que se esfuerza en hacer caso omiso a algunos -lo hemos apreciado en la relación casi inexistente que se da entre los trabajos de L. Robles y R. Senabre-, además de silenciar las tenues voces que añaden alguna claridad al problema.”³⁵

³⁴ Unamuno Miguel de, “Prólogo” a *San Manuel Bueno, mártir*, en *Obras completas*, Vol. II, M. García Blanco (ed.), p. 1515.

³⁵ Unamuno Miguel de, *Cuentos completos*, J. Óscar Carrascosa Tinoco (ed.), Madrid, Páginas de espuma, 2017, p. XXIV.

Así que cada investigador habla de un corpus diferente, formado por un número de cuentos diferente con respecto a los demás. Lo que hoy en día está considerado el trabajo más completo y moderno es lo de Carrascosa Tinoco, que señala la existencia de ochenta y ocho cuentos -que después analizaremos de manera más detallada- y excluye de ese corpus algunas obras que, en el pasado, fueron incluidas por investigadores como L. Robles y E. K. Paucker; trátase de obras que no son consideradas cuentos -por ser capítulos de novelas de Unamuno, como *Historia de V. Goti* que hace parte de *Niebla*, por ejemplo-, o porque estos investigadores los citan pero nunca se han publicados o se ha ofrecido la posibilidad de leerlos a otros investigadores³⁶.

¿Cuántos cuentos escribió Miguel de Unamuno? ¿En qué época? ¿Por qué no se publicaron todos en su colección? ¿Se encontrarán otros cuentos en su obra todavía no editada? Estas y otras preguntas son las que, cada día, se hacen sus investigadores.

Como señala Carrascosa Tinoco³⁷ en su obra, todos los investigadores están de acuerdo sobre la fecha de publicación de su primer cuento: tratase de *Ver con los ojos*, publicado el 25 de octubre de 1886 en *El noticiero bilbaíno* con el seudónimo de 'Yo mismo', un nombre que hace pensar mucho -a los que conocen el escritor- en Unamuno. Sobre la fecha de escritura del primer cuento de Unamuno -tenemos sobre todo las fechas de publicación de sus cuentos, y en menor número las fechas de escritura de ellos-, en cambio, sí que hay polémica porque todos están de acuerdo que fue *Ver con los ojos*, mientras que L. Robles habla de otro cuento titulado *Los médicos y el enfermo*:

"El más antiguo de los cuentos que conozco de Unamuno lo escribió hacia 1880-1882. Lleva por título *Los médicos y el enfermo*."³⁸

A partir de aquí empiezan las controversias más difíciles de resolver.

³⁶ *Ivi*, pp. XXVII-XXIX.

³⁷ *Ivi*, p. XIX.

³⁸ L. Robles, *Los "cuentos" de Unamuno*, Salamanca, Publicaciones de la Asociación de Antiguos Alumnos de la Universidad de Salamanca, 1997, p. 23.

Como ya he explicado el corpus de Carrascosa Tinoco cuenta con ochenta y ocho cuentos y todo empieza con el trabajo de García Blanco que fue el primer investigador en ocuparse de crear un corpus de los cuentos de Unamuno y publicarlos; su corpus consta de setenta y cinco cuentos -divididos en tres partes: los cuentos de *El espejo de la muerte*, los recogidos bajo el nombre de *Relatos novelescos* y los cuentos sin fecha bajo el nombre de *Apéndices a los relatos novelescos*-, y solo cincuenta y cuatro están fechados. Así que, para obtener un corpus definitivo -hasta ahora-, quedarían por fechar treinta y cuatro cuentos.

A estos cincuenta y cuatro, Carrascosa Tinoco, añade:

- Diez cuentos no fechados de la colección *El espejo de la muerte*; todos ellos son antecedentes al 1913, fecha en la que apareció la publicación en la Editorial Renacimiento:

Ramón Nonnato, suicida;

Bonifacio;

El misterio de la iniquidad;

Al correr de los años;

La beca;

Viva la introyección;

Del odio a la piedad;

Una rectificación de honor;

Y va de cuento;

Solitaña.

- Diez cuentos no fechados que García Blanco transcribió de los manuscritos y que forman parte del epígrafe *Apéndices a los relatos novelescos*; en la edición de R. Senabre, los mismos cuentos, se encuentran bajo el título de *Cuentos sin fecha*:

Juan-María;

La promesa;

Principio y fin;

La carta del difunto;

La razón del ser;
Querer vivir;
Un cuentecillo sin argumento;
¡Carbón! ¡Carbón!; E
El fin de unos amores;
J. W. y F.

- Nueve cuentos editados por primera vez por R. Senabre como *Cuentos Nuevos* y, sobre los cuales, Senabre no tiene ninguna duda sobre sus fechas, como podemos ver en esa cita:

“Por último, se ofrecen como *Nuevos cuentos* los nueve a que me he referido más arriba. Tampoco estos se hallan fechados, excepto dos -en 1889³⁹ y 1894⁴⁰-, pero todos son de estos años, sin duda, y corresponden a la primera etapa del autor. Aunque no hubiera otros indicios, las características caligráficas de los manuscritos dejan pocas dudas acerca de su cronología.”⁴¹

Y estos cuentos son:

Los esposos Saavedra;
Impunidad del tonto;
Allende lo humano;
La Justicia de Satán;
El sermón de Frasquín;
Un redimido;
El héroe;
*Gabriel (titulado así, siendo sin título, por L. Robles);*⁴²
El fin de un anarquista.

³⁹ *El héroe*, (Madrid, mayo de 1889).

⁴⁰ *El sermón de Frasquín*, (Bilbao, septiembre de 1894).

⁴¹ *Obras completas II*, R. Senabre (ed.), Madrid, Biblioteca Castro/Turner, 1995, p. XIII.

⁴² Robles, hablando de eso, dice: ‘El cuento *Gabriel*, titulado por mí, lo publiqué en *El País, Babelia*, 25 de enero de 1992, pp. 6-7, bajo el título impuesto por la redacción: *Una tentación juvenil*. Forma parte de *Nuevo Mundo*. Aunque algunos lo editen de nuevo como inédito -Ricardo Senabre, por ejemplo-, llevaba ya muchos años publicado por mí. [L. Robles, *Los “cuentos” de Unamuno*, Salamanca, Publicaciones de la Asociación de Antiguos Alumnos de la Universidad de Salamanca, 1997, p. 38].

- Dos cuentos incluidos en sus corpus por E. K. Paucker antes y R. Osuna después, pero olvidados por los demás investigadores:

Beatriz;

Euritmia.

- Un cuento rescatado por E. Mejía Sánchez en 1965 y olvidado hasta ahora por todos los demás:

De beso a beso.

- Un cuento olvidado por los demás, que fue publicado por primera vez en la revista venezolana *El cojo ilustrado* el 1 de julio de 1901, y publicado de nuevo por R. Osuna en 1982 en su artículo *Un nuevo relato de Unamuno:*

¡El amor es inmortal!

Carrascosa Tinoco señala como ese cuento fue apreciado por el mismo Unamuno:

“Hemos de señalar que algunos pasajes son característicos del autor y que le gustaron especialmente, tanto que años después empleará muchos de los fragmentos de este cuento para incorporarlos sin apenas modificaciones a una de sus obras más famosas: *la tía Tula* de 1921, concretamente para el capítulo VII de la novela.”⁴³

- Un cuento recuperado y publicado en 2013 por Isidoro González Gallego, en el artículo titulado *Recuperación de un cuento perdido de Unamuno:*

El loco razonante.

Y así, por fin, obtenemos el total de ochenta y ocho cuentos reunidos en el corpus de Carrascosa Tinoco en su obra *Cuentos completos* de 2017.

⁴³ Unamuno Miguel de, *Cuentos completos*, J. Óscar Carrascosa Tinoco (ed.), Madrid, Páginas de espuma, 2017, p. XXX.

Visto que nuestro trabajo se centra más en la colección de cuentos *El espejo de la muerte* de 1913, presentaremos el corpus de los cuentos que forman parte de la colección, ordenados cronológicamente y con la explicación de dónde fue publicado por primera vez:

Solitaña, publicado por primera vez en junio de 1888 en la revista *La ilustración de Álava*;

Las tijeras, publicado por primera vez el 27 de diciembre de 1889 en la revista *La Justicia*;

El desquite, publicado por primera vez el 7 de septiembre de 1891 en el periódico *El Nervión*;

Juan Manso (cuento de muertos), publicado por primera vez el 22 de mayo de 1892 en el periódico *El Nervión*;

Las tribulaciones de Susín, publicado por primera vez el 14 de agosto de 1892 en el periódico *El Nervión*;

Cosas de franceses! (un cuento disparatado), publicado por primera vez el 28 de febrero de 1893 en el periódico *El Nervión*;

El semejante, publicado por primera vez el 20 de mayo de 1895 en el periódico *El Imparcial*;

El diamante de Villasola, publicado por primera vez el 9 de abril de 1898 en la revista *Madrid Cómico*;

¿Por qué ser así?, publicado por primera vez el 20 de agosto de 1898 en la revista *Madrid Cómico*;

El poema vivo del amor, publicado por primera vez el 24 de abril de 1899 en el suplemento literario *Los Lunes de El Imparcial*;

Una visita al viejo poeta, publicado por primera vez el 8 de septiembre de 1899 en la revista *La Ilustración Española y Americana*;

El abejorro, publicado por primera vez el 8 de enero de 1900 en la revista *La Ilustración Española y Americana*;

El canto adámico, publicado por primera vez el 6 de agosto de 1906 en el suplemento literario *Los Lunes de El Imparcial*;

Soledad, publicado por primera vez el 1 de abril de 1911;

El espejo de la muerte (historia muy vulgar), publicado por primera vez el 27 de noviembre de 1911 en el suplemento literario *Los Lunes de El Imparcial*;

El sencillo don Rafael, cazador y tresillista, publicado por primera vez el 26 de febrero de 1912 en el suplemento literario *Los Lunes de El Imparcial*;

Cruce de caminos, publicado por primera vez el 15 de julio de 1912 en el suplemento literario *Los Lunes de El Imparcial*;

El amor que asalta, publicado por primera vez el 16 de septiembre de 1912 en el suplemento literario *Los Lunes de El Imparcial*;

Ramón Nonnato, suicida, escrito en 1913 o con anterioridad a esta fecha y publicado por primera vez en la colección de cuentos titulada *El espejo de la muerte*;

Bonifacio, escrito en 1913 o con anterioridad a esta fecha y publicado por primera vez en la colección de cuentos titulada *El espejo de la muerte*;

El misterio de la iniquidad, escrito en 1913 o con anterioridad a esta fecha y publicado por primera vez en la colección de cuentos titulada *El espejo de la muerte*;

Al correr de los años, escrito en 1913 o con anterioridad a esta fecha y publicado por primera vez en la colección de cuentos titulada *El espejo de la muerte*;

La beca, escrito en 1913 o con anterioridad a esta fecha y publicado por primera vez en la colección de cuentos titulada *El espejo de la muerte*;

¡Viva la introyección!, escrito en 1913 o con anterioridad a esta fecha y publicado por primera vez en la colección de cuentos titulada *El espejo de la muerte*;

Del odio a la piedad, escrito en 1913 o con anterioridad a esta fecha y publicado por primera vez en la colección de cuentos titulada *El espejo de la muerte*;

Una rectificación de honor, escrito en 1913 o con anterioridad a esta fecha y publicado por primera vez en la colección de cuentos titulada *El espejo de la muerte*;

Y va de cuento, escrito en 1913 o con anterioridad a esta fecha y publicado por primera vez en la colección de cuentos titulada *El espejo de la muerte*.⁴⁴

De estos veintisiete cuentos que forman la colección, diecisiete fueron publicados en ocho periódicos y revistas diferentes, y otros diez se publicaron, inéditos, por primera vez en

⁴⁴ Ese corpus y estas informaciones son una mezcla de informaciones tomadas de las obras: Unamuno Miguel de, *Cuentos completos*, J. Óscar Carrascosa Tinoco (ed.), Madrid, Páginas de espuma, 2017 y Unamuno Miguel de, *Obras completas vol. II*, M. García Blanco (ed.), Madrid, Escelicer, 1967-1971.

la colección; eso nos hace pensar que estos diez fueron escritos expresamente para esa colección.

3 La traduzione al italiano

En este tercer capítulo se presentan los cuentos en edición bilingüe: la traducción inédita al italiano y el texto original en español, útil para un trabajo de comparación.

3.1 *Lo specchio della morte* – Miguel de Unamuno

Lo specchio della morte (Storia molto popolare)

Poverina! Una fiacchezza traditrice le stava vincendo il corpo giorno per giorno. Non aveva più voglia di nulla: viveva senza voglia di vivere, quasi per dovere. La mattina aveva difficoltà nell'alzarsi dal letto, proprio lei, che si era sempre alzata per veder sorgere il sole! Le faccende di casa le risultavano ogni volta più pesanti.

La primavera ormai non era tale per lei. Sugli alberi, privi della brina dell'inverno, spuntava il nuovo manto di vegetazione; si poggiavano su di essi nuovi uccelli; tutto sembrava rinascere. Tranne lei.

“Passerà -diceva-, tutto questo passerà!”. Volendo crederci a furia di ripeterselo. Il medico assicurava che non era altro che una crisi dovuta all'età; aria e luce, null'altro che aria e luce. E mangiare bene, il meglio possibile.

Aria? Ne aveva a volontà; libera, soleggiata, che profuma di timo, d'aperitivo. Ai quattro venti si scopriva, dalla casa, l'orizzonte di terra, una terra rigogliosa e grassa che era una benedizione della divinità dei campi. E luce, libera anch'essa. Per ciò che riguarda il cibo..., “ma mamma, se non ho fame...”.

-Dai, figlia mia, mangia, che grazie a Dio non ci manca nulla; mangia -le ripeteva sua mamma, supplicante.

-Ma se vi ho già detto che non ne ho voglia...

-Non importa, l'appetito vien mangiando.

La povera madre, ancora più angosciata di lei, temendo che quel supremo conforto della sua precoce vecchiaia volasse via dalle sue braccia, aveva deciso di ingozzarla come si fa con i tacchini.

Arrivò fino a provocarle nausea, ma fu tutto inutile. Mangiava quanto un uccellino. E la povera vedova digiunava come offerta alla Vergine, chiedendole che le facesse venire l'appetito, appetito di mangiare, appetito di vivere, alla sua povera figliola.

E non era questa la cosa peggiore che tormentava Matilde, non era il deperire, l'impallidire, l'appassire o lo sciupare; il problema era che il suo fidanzato, José Antonio, era ogni volta più freddo nei suoi confronti. Cercava una via d'uscita, sì, non ne aveva alcun dubbio; cercava un modo di liberarsene e lasciarla.

Volle, con grande insistenza, che si organizzasse il matrimonio, come se avesse paura di perdere qualcosa, e alla risposta di madre e figlia: "No, ancora no, non prima di rimettermi in sesto; in queste condizioni non posso sposarmi", aggrottò le sopracciglia. Arrivò a dirle che forse il matrimonio potrebbe farla star meglio, curarla, e lei, tristemente: "No, José Antonio, no; questo non è mal d'amore, è altro: è mal di vivere". E José Antonio la ascoltò imbronciato e contrariato.

Il ragazzo continuava a farle visita ma sembrava che lo facesse per dovere; e quando era con lei era distratto e assorto, pensando a qualcosa di lontano. Non parlava più di piani per il futuro, come se il futuro non esistesse più per lui. Sembrava come se quell'amore non fosse altro che il passato.

Guardandolo come fosse uno specchio Matilde gli chiedeva:

-Dimmi, José Antonio, dimmi, cosa ti succede? Perché è chiaro che tu non sei più chi eri prima...

-Ma ragazza, cosa ti viene in mente! E chi sarei allora...?

-Guarda, ascoltami: se ti sei stancato di me, se già ti interessa un'altra, lasciami. Lasciami, José Antonio, lasciami sola, che da sola resterò; non voglio che ti sacrifichi per me!

-Sacrificarmi! Ma, ragazza, chi ti ha detto che mi sto sacrificando? Smettila di dire stupidaggini, Matilde.

-No, no, non lo nascondere; tu non mi ami più...

-Non ti amo più?

-No, no, non mi ami più come prima, come all'inizio...

-È che all'inizio...

-Deve sempre essere l'inizio, José Antonio!; in amore sempre dev'essere l'inizio; si deve stare sempre come se si stesse iniziando ad amare.

-Va beh, non piangere Matilde, non piangere, altrimenti starai ancora peggio...

-Starò peggio?, peggio?; sto già male!

-Male..., no! Però... pensi troppo...

-Beh, guarda, ascolta, non voglio, no; non voglio che venga a vedermi per dovere...

-Mi stai cacciando?

-José Antonio, io ti sto cacciando? Io?

-Sembra che tu stia facendo di tutto affinché vada via...

Scoppiò a piangere ancora più forte la poveretta. E dopo, chiusa nella sua stanza, con poca luce e poca aria, Matilde si guardava ripetutamente allo specchio e tornava a specchiarsi in esso. "Beh no, non è un granché -diceva tra sé e sé-; i vestiti ogni volta mi vanno più larghi, questa canotta già casca, posso metterci dentro le due mani; ho dovuto fare una piega in più alla gonna... Dio mio, cos'è questo? Cos'è?" Piangeva e pregava.

Scaddero i ventitré anni, cedette sua madre, e Matilde sognava di nuovo una vita, una vita verde e fresca, arieggiata e soleggiata, piena di luce, d'amore e di campi; un lungo futuro e una casa piena di faccende domestiche, dei figli e, chissà, addirittura dei nipoti. E loro due, vecchietti, riscaldandosi al sole durante gli ultimi anni della loro vita!

José Antonio iniziò a non andare più a trovarla e, una volta, alle reiterate richieste della sua ragazza di lasciarla se non la voleva più come all'inizio, rispose con lo sguardo fisso nei ciottoli del pavimento: "Ti sei impegnata tanto, che alla fine...". Lei scoppiò a piangere un'altra volta. E lui allora, con brutalità da maschio: "Se ogni giorno mi devi offrire questo spettacolo di lacrime, allora sì che ti lascio". José Antonio non ne capiva di lacrime d'amore.

Un giorno Matilde venne a conoscenza del fatto che il suo ragazzo corteggiava un'altra, una delle sue amiche più strette. Glielo disse. E José Antonio non tornò più.

E la poveretta diceva a sua madre:

-Sto molto male, mamma; sto morendo...!

-Non dire sciocchezze, figlia mia; io, quando avevo la tua età, sono stata molto peggio di te; rimasi pelle e ossa. E puoi vedere come sono viva. Questo non è niente. Certo, non ti sforzi nel mangiare...

Ma da sola, chiusa nella sua stanza, e tra lacrime silenziose, la madre pensava: "Criminale, più che un criminale! Perché non ha aspettato un poco... un poco, sì, non tanto... la sta uccidendo... prima del tempo...".

E i giorni passavano, tutti uguali, uno identico all'altro, portandosi via un pezzetto della vita di Matilde.

Si avvicinava il giorno de *Nuestra señora* della *Fresneda*, in cui tutta la gente del paese andava al venerato eremo, dove pregava, chiedeva qualsiasi cosa di cui avesse bisogno, e il ritorno era un pellegrinaggio tra balli, saltelli, canti e urla di gioia. Tornavano i ragazzi mano nella mano, sotto braccio con le ragazze o abbracciati ad esse, cantando, saltellando, urlando di gioia. Tra un bacio rubato, una strusciata e un forte abbraccio. E i grandi se la ridevano ricordando e sentendo nostalgia della loro gioventù.

-Ascolta, figlia -disse la madre a Matilda-; si sta avvicinando il giorno di *Nuestra señora*; prepara il tuo miglior vestito. Le chiederai che ti faccia venire l'appetito.

-Non sarebbe meglio chiederle di stare in salute, mamma?

-No appetito, figlia, appetito. Con l'appetito tornerà anche la salute. Non conviene chiedere troppo nemmeno alla Vergine. È necessario chiedere a poco a poco; oggi una briciola, domani un'altra. Adesso l'appetito, con il quale tornerà la salute, e poi...

-Dopo cosa, madre?

-Poi un ragazzo più decente e più riconoscente di quel barbaro di José Antonio.

-Non parlare male di lui, madre!

-Non devo parlare male di lui! E me lo dici proprio tu? Lasciare te, il mio agnellino, e per chi? Per quella cisposa di Rita?

-Non parlare male di Rita, madre, che non è cisposa. Adesso è più bella di me. Se José Antonio non mi voleva più, per cosa doveva venire a parlare con me? Per compassione? Per compassione, madre, per compassione? Sto molto male, lo so, molto male. Invece è un piacere vedere Rita, con un bel colorito, così fresca...

-Stai zitta, figlia mia, stai zitta. Con un bel colorito? Sì, rossa come il pomodoro. Basta, basta!

E la madre se ne andò a piangere.

Arrivò il giorno della festa. Matilde si agghindò meglio che poté, e addirittura, la poverina!, si truccò le guance. E salirono, madre e figlia, all'eremo. A tratti la ragazza era costretta ad appoggiarsi al braccio della madre; altre volte si sedeva. Guardava i campi come fosse un addio, e questo senza ancora saperlo.

Tutt'attorno era allegro e di un colore verde intenso. Ridevano gli uomini e gli alberi. Matilde entrò nell'eremo e, in un angolo, inginocchiata sul pavimento, e con le ossa dei gomiti appoggiati sul legno di una panchina, desiderosa, pregò, pregò e pregò ancora, trattenendo le lacrime. Con le labbra farfugliava qualcosa, con il pensiero un'altra. E vedeva appena il volto splendente di *Nuestra señora*, su cui si riflettevano le fiamme dei ceri.

Uscirono dalla penombra dell'eremo alla magnifica luminescenza dei campi e intrapresero il cammino di ritorno. Tornavano i ragazzi, come puledri imbizzarriti, appagando voglie solo accarezzate per mesi. Correano ragazzi e ragazze, facendo sì che, con i loro gridolini, i ragazzi le rincorressero. Tutto era strusciami, toccatine e palpatine alla luce del sole.

E Matilde osservava tutto ciò tristemente, e ancora più tristemente lo faceva sua madre, la vedova.

-Io non potrei correre così se mi inseguissero -pensò la giovane ragazza-, io non potrei provarli e aizzarli con le mie corse e i miei gridolini... questo finirà.

Si incrociarono con José Antonio, che scendeva accanto a loro accompagnando Rita. Tutti e quattro abbassarono gli occhi. Rita impallidì, e l'ultimo raggio di sole, un raggio di sole all'imbrunire accese le guance di Matilde, da cui la brezza aveva cancellato il trucco.

La poverina sentiva attorno a sé un rispetto inspessito: un rispetto terribile, un rispetto tragico, un rispetto inumano e crudelissimo. Di cosa si trattava? Era compassione? Era repulsione? Era paura? Oh, sì; paura, forse paura! Incuteva timore; lei, la povera ragazzina di ventitré anni! E nel pensare a questa paura incosciente degli altri, in questa paura che incoscientemente distingueva anche negli occhi di coloro che, passando, la guardavano, le si congelava dalla paura, di una paura ancora più terribile, il cuore.

Attraversò la soglia della zona illuminata della sua casa e socchiuse la porta; si lasciò cadere sulla sedia, scoppiò a piangere e esclamò con la morte tra le labbra:

-Ahi, madre mia; madre mia, come starò! Come starò, se neppure i ragazzi mi hanno corteggiata! Né per rispetto, né per compassione, come con le altre; come con le brutte! Come starò, Vergine santa, come starò! Non mi hanno corteggiata... i ragazzi non mi hanno corteggiata come in passato! Né per compassione, come con le brutte! Come starò, madre, come starò!

-Barbari, barbari e ancora più che barbari! -si ripeteva la vedova-. Barbari, non corteggiano mia figlia, non corteggiarla...! Cosa gli costava? E poi a tutte queste cispese... barbari!

E si indignava come se si fosse trattato di un sacrilegio, che effettivamente lo era, perché il corteggiamento, in queste feste, è un rito sacro.

-Come starò madre, come starò che neppure per compassione mi hanno corteggiato i ragazzi!

Passò la notte piangendo e struggendosi, e la mattina seguente non volle guardarsi allo specchio. E la Vergine della *Fresneda*, Madre compassionevole, ascoltando le preghiere di Matilde, passata la festa da esattamente tre mesi, la portò via affinché la corteggiassero gli angeli.

Il semplice don Rafael, cacciatore e giocatore di *tresillo*⁴⁵

Sentiva trascorrere le ore, vuote, leggere, scivolando sul ricordo morto di quell'amore ormai passato. Molto lontano, dietro di lui, due occhi ormai senza lucentezza tra la nebbia. E un'eco indistinta, come quella del mare che si infrange sugli scogli, di parole ormai dimenticate. E lì, al di sotto del cuore, un sussurro di acque sotterranee. Una vita vuota, lui solo, eternamente solo. Solo con la sua vita.

Per darle un senso non aveva altro che la caccia e il *tresillo*. E non per questo la sua vita era triste, perché la sua semplicità eroica non corrispondeva alla tristezza. Quando qualche suo compagno di gioco, disprezzando una giocata, andava a cercare una sola carta per *dare bola*⁴⁶, don Rafael ripeteva che ci sono delle cose che non si devono cercare: arrivano da sole. Si affidava alla divina provvidenza; credeva, cioè, nell'onnipotenza del caso. Forse per credere in qualcosa e non avere la mente vuota.

-E perché non si sposa? -gli chiese qualche volta, senza grande interesse, la sua domestica.

-E perché dovrei sposarmi?

-Forse non ha tutti i torti.

-Ci sono cose, signora Rogelia, che non si devono cercare: vengono da sole.

-E quando meno le si aspetta!

-Così *si danno le bolas*⁴⁷! Però, guardi, c'è un motivo che mi fa prendere in considerazione l'idea del matrimonio...

-Quale?

-Quello di poter morire tranquillo *ab intestato*.

-Accidenti, che motivo! -esclamò la domestica allarmata.

-Per me è l'unico valido -rispose l'uomo, che aveva la sensazione non valessero le ragioni in sé, bensì il valore che si dà ad esse.

⁴⁵ Juego de naipes muy famoso en toda España. Se juega entre tres personas y cada una recibe nueve cartas. En cada jugada gana quien ha obtenido la mejor mano.

⁴⁶ Una de las posibles jugadas del *Tresillo*.

⁴⁷ Otra referencia a una jugada del *Tresillo*.

E una mattina di primavera, uscendo di casa all'alba, con la scusa della caccia, trovò un involucro sulla porta della sua casa. Si curvò per capire meglio cosa fosse e, dall'interno, un leggerissimo sussurro, di cose dimenticate. L'involucro si agitava. Lo prese, era tiepido; lo aprì; era una creatura appena nata. Si fermò ad osservarlo, e il suo cuore sembrò sentire, non più il sussurro, bensì il fresco delle sue acque sotterranee. Accidenti, che caccia che mi ha offerto il destino!, pensò.

Tornò con l'involucro in braccio, il fucile a tracolla, salendo le scale in punta di piedi per non svegliarlo, e chiamò varie volte a voce bassa.

-Ho portato questo -disse alla domestica.

-E questo, cos'è?

-Sembra un bambino...

-Lo sembra soltanto...?

-Lo hanno abbandonato sulla porta di casa.

-E che facciamo con lui?

-Beh... che facciamo? È chiaro: crescerlo!

-E chi?

-Entrambi.

-Io? Io, no.

-Cercheremo una balia.

-Ma, signorino, è fuori di senno? Quello che bisogna fare è avvisare il giudice e portarlo in orfanotrofio.

-Poveretto! No, assolutamente no!

-Insomma, è lei che decide.

Una madre, vicina di casa, gli prestò compassionevolmente il latte per i primi giorni, e ben presto il medico di don Rafael trovò una buona nutrice: una ragazza nubile che aveva da poco partorito un bambino morto.

-Come nutrice, eccellente -gli disse il medico-, e come persona, insomma, uno scivolone del genere può capitare a chiunque.

-A me no -rispose con la sua caratteristica semplicità don Rafael.

-La cosa migliore sarebbe -disse la domestica- che lo portasse a casa sua per crescerlo.

-No -rispose don Rafael-, questo supporrebbe grossi pericoli; non mi fido della madre della ragazza. Qui, qui, sotto il mio controllo. E non bisogna dare fastidio alla ragazza, signora Rogelia, ch  da lei dipende la salute del bambino. E non voglio che per un dispiacere di Emilia, il piccolo angioletto abbia un dolore di pancia.

Emilia era la nutrice. Aveva vent'anni, era alta, con aspetto da gitana, con una risata costante nello sguardo, la cui nerezza metteva in risalto la cornice formata dai capelli color ebano che le coprivano le tempie come fossero due spugnose ali di corvo, le labbra socchiuse e umide color amarena e dai movimenti da gallina a cui il gallo fa la corte.

-E come lo battezer , signorino? -gli chiese la signora Rogelia.

-Come figlio mio.

-Ma, lei   impazzito?

-E che importa!

-E se domattina, visto che porta con s  quella medaglia con quella scritta, apparissero i suoi veri genitori...?

-Qui non esistono altri genitori se non io. Io non cerco bambini come non cerco bolas; ma quando queste vengono da s ... sono libero. E credo che questa cosa del caso sia la pi  vera e libera delle maternit . Non ho colpa della sua nascita, ma avr  il merito di farlo vivere. Bisogna credere nella Provvidenza, almeno per credere in qualcosa, che consola l'uomo, e inoltre cos  potr  morire tranquillo *ab intestato*, visto che ho gi  un erede.

La signora Rogelia si morse le labbra, e quando don Rafael fece battezzare e registrare il bambino come figlio suo, il vicinato si prese gioco di lui ma nessuno fece commenti maliziosi: era ben conosciuta la sua trasparente ingenuit . E la domestica, suo malgrado, dovette convivere e mettersi d'accordo con la nutrice.

Don Rafael aveva ormai qualcosa in pi  a cui pensare, oltre che la caccia e il *tresillo*; i suoi giorni erano ormai pieni. La casa gli si riemp  di una nuova vita, luminosa e semplice. E addirittura perse qualche notte di sonno e di riposo per cullare il bambino e farlo calmare.

-  bello come il sole, signora Rogelia. E ci   anche andata bene con la nutrice, mi pare.

-A meno che non torni alle vecchie abitudini...

-Di questo me ne occupo io. Sarebbe una cattiveria, una slealtà: lo si deve al bambino. Ma no, no; è ormai disillusa per colpa di quell'indolente del suo ragazzo, un grandissimo fantoccio che ormai disprezza.

-Non si fidi..., non si fidi...

-Non le pagherò mica il biglietto per l'America. E lei è una poveretta...

-Fino a quando non ne avrò di nuovo occasione...

-Non succederà!

-Insomma come vuole lei....

-Ah beh, ovvio! Ma se devo dirle la verità, la verità è che...

-Sì, già me la immagino.

-Ma, prima di tutto, rispetto per mio figlio!

Emilia non era affatto stupida ed era abbagliata dalla semplicità eroica di quello scapolone mezzo addormentato. Si affezionò al bambino sin dal primo momento, come fosse davvero la sua mamma. Il padre putativo e la nutrice passavano lunghi momenti, ognuno sul proprio lato della culla, contemplando il sorriso che spuntava sul volto del bambino che dormiva mentre faceva il gesto di succhiare il latte.

-Gli esseri umani...! Diceva don Rafael...

E incrociavano i loro sguardi. E quando Emilia lo teneva in braccio, don Rafael si avvicinava per baciare il bambino; con il bacio già pronto sulle labbra quasi sfiorava la guancia della nutrice, i cui ricci d'ebano ricadevano sulla fronte del padre. Altre volte rimaneva contemplando uno dei due seni gemelli, chiari, turgidi per la vita che offrono, con le vene bluastre che, scendendo giù dal collo, si aprivano come spire, sostenute tra le affusolate dita, indice e medio, come fossero un forcione.

Ricadeva su di esso il collo della camicia. E anche in quel momento gli veniva voglia di baciare il figlio, e la sua fronte, sfiorando il seno, lo faceva tremolare.

-Ahi, ciò che mi dispiace è che presto dovrò lasciarti, tesoro mio! -esclamava lei, stringendolo contro il suo seno, come se la capisse.

Ascoltando ciò don Rafael si zittì.

E quando cantava al bambino, cullandolo, quella vecchia cantilena paradisiaca che, anche se le madri la tramandavano a memoria, ognuna di loro creava e inventava

nuovamente, eternamente nuova poesia, rimanendo sempre la stessa, unica, come il sole, riportava a don Rafael un sapore della sua fanciullezza ormai dimenticata nella lontananza dei ricordi. Oscillava la culla e, con lei, il cuore del padre, senza meta, e gli si mischiava quel canto...

*Que viene el cocooooo...*⁴⁸

Con il sussurro delle acque al di sotto del suo cuore...

A llevarse a los niños...

Che si stavano addormentando...

Que duermen pocooooo...

Tra le molli nebbie del suo passato...

Ah, ah, ah, aaaaah!

“Che brava madre che è!”, pensava.

Qualche volta, parlando della disavventura che la fece diventare nutrice, don Rafael le chiese:

-Ma, ragazza, com'è potuto succedere?

-Immagini, don Rafael! -e arrossì leggermente, molto leggermente in volto.

-Sì, hai ragione, lo posso immaginare!

Arrivò una malattia terribile, giorni e notti d'angoscia. Fintanto che durò don Rafael fece dormire Emilia con il bambino nella sua stanza. “Ma signorino -disse lei-, come posso dormire lì...” “Beh, molto semplicemente -rispose lui, con la sua consueta semplicità-, dormendo!”.

Perché, per quell'uomo, tutto semplicità, era tutto semplice.

⁴⁸ Dejado en español porque es un canto y traduciéndolo se perderían todas las rimas y su encanto.

Finalmente, il medico disse che il bambino era fuori pericolo.

-Salvato! -esclamò don Rafael con il cuore traboccante di gioia, e andò ad abbracciare Emilia, che piangeva per l'inaspettata gioia.

-Sai una cosa -le disse senza smettere di abbracciarla e guardando il bambino che sorrideva in via di recupero.

-Mi dica -rispose lei, mentre il cuore iniziò a batterle forte.

-Visto che entrambi siamo liberi e non fidanzati, perché non credo che pensi ancora a quell'imbecille che non sappiamo neppure se è arrivato o meno a Tucumán, e visto che ormai siamo io il padre e tu la madre, ognuno a modo suo, dello stesso figlio, ci sposiamo e faccenda sistemata.

-Ma, don Rafael! -e arrossì come un pomodoro.

-Guarda, bambina, che così potremmo avere altri figli...

L'argomento era un po' specioso, ma riuscì a persuaderla. E dato che vivevano assieme e non era il caso di trattenersi per alcuni giorni -ma che importa!- quella stessa notte diedero un fratellino al bambino e poco dopo si sposarono come la Santa Chiesa e lo Stato comandano.

-E furono, entro le possibilità umane, -e non è poco!- felici, ed ebbero altri dieci figli, una benedizione di Dio, grazie ai quali poté morire tranquillo *ab intestato*, perché aveva già il suo erede, il semplice don Rafael, che da cacciatore e giocatore di *tresillo* passò, in un batter d'occhio, ad esser padre di famiglia. E, come riassunto della sua filosofia pratica, usava ripetere: bisogna lasciar fare il caso!

Ramón Nonnato, suicida

Quando il servo, ormai stanco di bussare alla porta della sua stanza, la forzò, trovò il suo padrone pallido e freddo, disteso sul letto, con un filo di sangue che scorreva giù dalla sua tempia destra, e accanto a lui quel ritratto di donna che portava costantemente con sé, quasi come fosse un amuleto, sul quale passava tante ore osservandolo.

Nel pomeriggio di quel grigio giorno d'autunno, poco prima che il sole tramontasse, Ramón Nonnato si era suicidato, sparandosi. Lo avevano visto poco prima, nel pomeriggio, passeggiare da solo, com'era sua abitudine fare, vicino la riva del fiume, nei pressi della foce, soffermandosi a guardare come le acque portavano via, senza un preciso schema, le foglie gialle dei pioppi sulla riva che, cadendo in esse, venivano portate via per sempre, senza possibilità alcuna di far ritorno. "Perché quelle che nella prossima primavera, che non vedrò, torneranno sugli alberi assieme ai nuovi uccelli, non saranno le stesse", pensò Nonnato.

Quando la notizia del suicidio si diffuse ci fu una sola e compassionevole esclamazione: Povero Ramón Nonnato! E non mancò chi aggiunse anche: lo ha ucciso suo padre ormai defunto.

Nonnato, pochi giorni prima di uccidersi in quel modo, aveva saldato il suo ultimo debito con i proventi ottenuti dalla vendita dell'ultima proprietà che gli era rimasta delle molte che aveva ereditato da suo padre, che era la casa nobiliare di sua madre. Andò lì e vi passò un'intera giornata, piangendo per il suo abbandono e per la mancanza di un ricordo, con un vecchio ritratto di sua mamma tra le mani. Era il ritratto che portava sempre con sé, appoggiato sul petto, simbolo di una speranza che per lui era sempre stata un ricordo, sempre.

Quel pover'uomo aveva dilapidato tutta la fortuna che suo padre gli aveva lasciato mediante imprudenti speculazioni messe a punto per far crescere quella fortuna, attraverso fantastiche combinazioni finanziarie e borsistiche, e nel mentre viveva in condizioni modeste, vicine alla povertà, privandosi di tante cose. Perché consumava il giusto per sostenersi in maniera dignitosa, e tutto il resto in opere di carità e favori. Perché il povero Nonnato, così tirchio con sé stesso, era molto aperto e prodigo con gli altri: soprattutto con le vittime di suo padre.

Agiva così perché tentava in tutti i modi di aumentare il suo patrimonio, renderlo più grande possibile e, poi, utilizzarlo per offrire un servizio per il bene comune, per riscattarlo dal suo peccato originale. Non gli sembrava sufficiente averlo utilizzato per tante piccole opere caritatevoli e, ancora meno, aver provato a rimediare ai danni fatti da suo padre. Non si possono rimettere tutti i pezzi al proprio posto.

Non poteva dimenticare le ultime parole che suo padre gli rivolse prima di morire, e furono queste:

-Ho l'impressione, figlio mio, che questa fortuna, messa insieme e consolidata da me con tante difficoltà, questa fortuna così ben distribuita, e che è, anche se tu non lo credi, una vera opera d'arte, si distruggerà tra le tue mani. Tu non hai ereditato il mio spirito, non sei innamorato dei soldi, né sei esperto d'affari. Confesso di essermi sbagliato con te.

"Per fortuna", pensò Nonnato, ascoltando queste ultime parole di suo padre. Perché, effettivamente, non ci era riuscito a suscitare in lui quello stupido e fosco amore per il denaro, né quella sua passione per gli affari, che gli faceva preferire un guadagno di tre con un inganno legale piuttosto che quello di quattro senza.

Considerando che il povero Nonnato era stato l'avvocato di tutte quelle cause avviate da quell'uomo terribile: e non veniva pagato, ovviamente. In qualità di avvocato di suo padre, Nonnato dovette entrare nei più remoti meandri della vita dell'usuraio, umide tenebre dove finì per intristirsi l'anima, prigioniera di una libertà irrecuperabile. Insomma, non poteva liberarsene; come poteva resistere allo sguardo freddo e tagliente di quel predatore?

Anni tetri quelli dell'università, che frequentava solo perché obbligato da suo padre. Quando in estate andava in vacanza nel suo paese vicino la costa, dopo quel tenebroso corso di studi, passato nella miserabile casa di uno dei debitori di suo padre, che in questo modo otteneva maggiori interessi dal suo prestito, Nonnato se ne andava da solo verso la riva del mare a consolarsi della sua solitudine con la solitudine dell'oceano e a dimenticare la tristezza della terra. Il mare sempre lo aveva attratto come fosse una grande madre consolatrice, e seduto sulle sue rive, su una roccia ricoperta di alghe, osservava il ritratto della sua povera madre, facendo finta che il suono della brezza proveniente dalle onde fosse il sussulto della culla che non gli era stato concesso di ascoltare durante la sua infanzia.

Lui aveva optato per una vita di mare per fuggire dalla casa di suo padre, per coltivare la solitudine della sua anima; ma suo padre, che aveva bisogno di usufruire gratuitamente di un avvocato, lo obbligò a studiare legge per modificarla a suo piacimento, rinunciando al mare. Così si spiega la cupezza dei suoi anni di università.

E neppure trovò in essi il conforto di rinfrescarsi da solo l'anima con il ricordo della sua gioventù, perché era trascorsa come una sola notte d'inverno in un deserto di ghiaccio. Solo, sempre solo con quel padre che quasi non gli parlava se non dei suoi sporchi affari e che ogni tanto gli ripeteva: "Perché questo lo faccio per te, principalmente per te, quasi solo per te. Voglio che tu sia ricco, molto ricco, immensamente ricco e che tu possa sposarti con la figlia del più ricco di quei ricconi che ci disprezzano". Ma il ragazzo capiva che quella era una bugia, e che lui non era altro che un pretesto affinché suo padre giustificasse il suo stesso comportamento, nel tribunale della sua coscienza, della sua usura e della sua avarizia. E fu allora, in quella tetra gioventù, che trovò il ritratto di sua madre e iniziò a venerarlo. Il padre, da parte sua, mai gli parlò di lei.

E il povero ragazzo, che sentiva i suoi compagni parlare delle loro madri, provava a immaginare come avrebbe potuto essere la sua. E chiedeva inutilmente a quella vecchia domestica, la confidente di suo padre, dura ed arida, chi fosse stata la sua nutrice, colei che non aveva mai più visto. Non sentì mai cantare quella donna accigliata e ostinatamente silenziosa. Ed era lei che si perdeva nei suoi ricordi di infanzia.

Infanzia! Non l'aveva mai avuta. La sua fanciullezza fu un solo, lungo giorno, un giorno grigio e freddo durato vari anni, perché tutti i suoi giorni furono uguali, e uguali furono anche tutte le ore di ogni singolo giorno. E la scuola non era meno tetra della sua casa. Lì era vittima di scherzi feroci, tipico dell'infanzia, sulle furbizie di suo padre. E quando una volta lo videro piangere dopo averlo chiamato figlio dell'usuraio, raddoppiarono la dose.

La nutrice lo aveva lasciato appena poté perché non veniva pagata come si deve. Era il modo in cui l'usuraio ripianava un debito che aveva con suo marito. E così, piuttosto che pagarla per aver dato il suo latte al povero Nonnato, glielo detraeva dal debito di suo marito.

Ramón Nonnato lo aveva tirato fuori dal corpo, ancora tiepido, di sua madre, che morì poco prima di darlo alla luce, quarantadue anni prima del giorno in cui si suicidò. È chiaro, quindi, che era nato con il suicidio nell'anima.

Povera madre! Quante volte, durante i suoi ultimi giorni di vita, si entusiasmava pensando che il figlio tanto atteso sarebbe stato un raggio di sole in quel luogo tenebroso e freddo e che avrebbe migliorato quell'uomo terribile. "E per lo meno – pensava- non sarò sola in questo mondo, e cantando per il mio piccolo non sentirò il tintinnio del denaro proveniente dalla stanza dei segreti. E chissà... magari cambierà!".

E sognava di portarlo, nelle belle giornate, sulla riva del mare e allattarlo di fronte al seno palpitante, nutrice della terra, unendo il suo canto al canto eterno della culla che tante sofferenze della plasmata stirpe umana intorpidiva.

Come si ritrovò sposata con quell'uomo? Neppure lei lo sapeva. Roba della sua famiglia, di suo padre, che aveva oscuri affari con il suo futuro marito. Sospettava qualcosa di spaventoso, ma di cui non voleva sapere nulla. Ricordava che un giorno, dopo che sua madre, per vari giorni, aveva avuto gli occhi rossi a furia di piangere, suo padre la chiamò nella stanza delle cose solenni e le disse:

-Guarda, figlia mia, salvezza mia, la salvezza della nostra famiglia dipende da te. Senza un tuo sacrificio, non solo saremo rovinati ma soprattutto disonorati.

-Comandami, padre -rispose lei.

-È necessario che ti sposi con Attanasio, il mio socio.

La poverina, tremando dai talloni fino alla nuca, rimase zitta, e suo padre, prendendo il suo silenzio per una concessione, aggiunse:

-Grazie, figlia, grazie; non mi aspettavo altro da te. Sì, questo sacrificio...

-Sacrificio? -disse lei, solo per dire qualcosa.

-Oh, sì, figlia mia; non lo conosci, non lo conosci come lo conosco io...!

Crocevia

Tra le due file di alberi la strada si perde su nel cielo; un paesino riposa accanto ad un fiumiciattolo, in cui il sole scintilla, e un'allodola solitaria, tremando nelle acque tranquille, racconta la sua vita mentre tutto tace. Il viandante va nella direzione indicata dalle ombre dei pioppi; ogni tanto si ferma a guardare, e poi prosegue.

Lascia che il vento arieggi la sua testa, imbiancata dalle fatiche e dagli anni, e annega i suoi dolorosi ricordi nella pace che lo circonda.

All'improvviso, il cuore inizia a batter forte e poi si ferma, tremando, come se si trovasse davanti al mistero della sua stessa esistenza. Ai suoi piedi, sul terreno, ai piedi di un pioppo sul ciglio della strada, una bambina dormiva placidamente e dolcemente. Pianse per un po' il viandante, poi si inginocchiò, si sedette e, senza staccare gli occhi da quelli chiusi della bambina, vegliò su di lei. E lui, nel mentre, sognava.

Sognava un'altra bambina come quella, che fu la sua ragione di vita, e che una mattina di primavera, morendo, lo lasciò solo in casa; avvenimento che lo portò a errare per le strade, senza una patria.

All'improvviso, la bambina, aprì gli occhi verso il cielo e poi li volse verso il viandante, e come parlasse con un vecchio conoscente, gli chiese: "e mio nonno?". E il viandante rispose: "e mia nipote?". Si guardarono negli occhi, e la bambina gli raccontò che, dopo la morte di suo nonno, con cui viveva da sola -in compagnia della loro solitudine- andò via di casa senza una meta, cercando... non si sa cosa... forse ancora più solitudine.

-Andremo assieme; tu a cercare tuo nonno; io mia nipote -le disse il viandante.

-Mio nonno è morto! -disse la bambina.

-Torneranno in vita sul sentiero -rispose il vecchio.

-Allora... andiamo?

-Andiamo, sì. Avanti, avanti!

-No, altrimenti arriveremo al mio paese ed io non voglio tornarci, perché lì sono sola. Lì conosco il posto in cui mio nonno riposa. È meglio andare verso ovest; tutto a destra.

-La direzione da cui vengo? -disse il vecchio-. Tornare indietro, dici? Tornare sui miei passi? Tornare verso i miei ricordi? Ad ovest dove tramonta il sole? No, questo mai! No, questo no, piuttosto moriremo!

-Beh allora... per di qui, tra i fiori, per i campi, dove non c'è un sentiero.

-Lasciarono la strada principale e tagliarono per i campi fioriti -margherite, garofani, papaveri-, verso chissà dove.

E lei, mentre succhiava una viperina azzurra⁴⁹, con le sue labbra simili ai petali di una rosa, raccontò al viandante di quando suo nonno, nelle lunghe sere d'inverno, le raccontava di altri mondi, del paradiso, del diluvio, di Noè, di Cristo...

-E come era tuo nonno?

-Era più o meno come te, giusto un po' più alto...; ma non molto, non pensare..., vecchio..., e conosceva molte canzoni.

Si zittirono entrambi, seguì un silenzio che venne rotto dall'anziano che offrì alla brezza, che passava tra i fiori, questo canto:

*le direzioni della vita
vanno dallo ieri al domani,
ma quelle del cielo, vita mia,
vanno dal domani allo ieri.*

E ascoltandolo, la bambina offrì al cielo, come fosse una allodola, questa fresca canzone primaverile:

*Uccellino, uccellino,
da dove vieni?
Il tuo nido, uccellino,
non lo hai più?
Se sei solo, uccellino,
come mai canti ancora?*

⁴⁹ Planta herbácea perenne perteneciente a la familia Boraginaceae.

*Chi cerchi, uccellino,
ogni volta che ti svegli?*

-Era così, come te, un po' più piccola -disse piangendo il vecchio-; era come te... come questi fiori...

-Raccontami di lei, allora, raccontami di lei!

E il vecchio iniziò a ripetere la sua vita, a raccontare a voce bassa tutti i suoi ricordi, e la bambina, a sua volta, li astraeva, facendoli suoi.

"Un'altra volta...", iniziava lui, e lei, fermandolo, diceva: "Lo ricordo!".

-Lo ricordi, bambina?

-Sì, sì; tutto questo sembra qualcosa che mi è già successo, come se io avessi vissuto un'altra vita.

-Forse! Disse il vecchio, pensieroso.

-Lì c'è un paese, guarda!

E il viandante, dietro una collina, vide del fumo provenire da alcune abitazioni. Dopo, arrivati sulla strada principale, vide sul fondo un paesino acquattato attorno ad un povero campanile, le cui due aperture, con le sue due campane, simili a due pupille, che sembravano guardare all'infinito. Nel terreno pubblico condiviso, un contadino biondo si prendeva cura di alcuni buoi che si abbeveravano in una pozzanghera che, come fosse uno squarcio nella terra, mostrava il cielo sotterraneo e, in esso, altri due buoi -due buoi celestiali-, che andavano a contemplare le loro ombre passeggiare o, forse, dar loro nuova vita.

-Pastore, dimmi, qui c'è la possibilità di pernottare? -chiese il vecchio.

-Neppure a farlo apposta! -disse il ragazzo-. Quella casa lì è vuota; i suoi padroni sono emigrati, e oggi viene utilizzata soltanto come rifugio di insetti. Pane, vino e un focolare qui non si negano a nessuno di coloro che sono di passaggio in cerca di vita.

-Dio ve lo ripagherà, ragazzo, nella prossima vita.

Si addormentarono vicini l'uno all'altra e sognarono; il vecchio sognò il nonno della bambina e lei sognò la nipote perduta dal povero viandante. Al risveglio si guardarono negli

occhi e, come fosse uno stagno tranquillo che dà la possibilità di scoprire il cielo sotterraneo, videro in esso, nel fondo, i loro sogni.

-Visto che in qualche modo dobbiamo vivere, se rimanessimo in questa casa... La poverina è così sola! -disse il vecchio.

-Sì, sì. La povera casa... Guarda, nonno, il paese è così carino! Ieri il campanile della chiesa ci fissava, come se volesse dire...

A questo punto suonarono le campane. "Padre nostro che sei nei cieli..." E la bimba continuò: "Sia fatta la tua volontà come in cielo così in terra!". Pregarono all'unisono. Uscirono di casa e la gente chiese loro: "Voi, cosa sapete fare?, vediamo!".

Il vecchio faceva ceste in vimini, sistemava tante cose rovinate; le sue mani erano agili ed era molto ingegnoso.

Si sedevano vicino al fuoco: la bimba accendeva il fuoco e, prendendosi cura della pentola, aiutava il vecchio. E parlavano di cose loro, della vita passata e dell'altro nonno. Ed era come se gli spiriti degli altri, anch'essi persi, erranti tra le strade del cielo, scendessero accanto al fuoco della nuova casa. E li osservavano silenziosamente, erano quattro, non due. O meglio erano due, due coppie. E così vivevano una doppia vita: una, la vita del cielo, vita fatta di ricordi, e l'altra fatta di speranze terrene.

Il pomeriggio se ne andavano verso la collina e, con le spalle rivolte verso il paese, vedevano risaltare sopra il cielo, in lontananza, dei pioppi che segnavano il cammino della vita. Tornavano cantando.

E così passò il tempo fino a quando, un giorno -alcuni anni più tardi- il vecchio sentì un altro canto vicino casa.

-Dimmi Maria, chi sta cantando questa canzone?

-Forse l'usignolo del pioppeto...

-No, è la voce di un ragazzo!

Lei abbassò lo sguardo.

-Questo canto, Maria, è un richiamo. Tu vieni chiamata per seguire il tuo percorso, io per la morte. Dio ci benedica, bambina"

-Nonnino! Nonnino! -lo abbracciò, lo riempì di baci, lo guardava negli occhi come se cercasse sé stessa.

-No, no, che lei è morta, Maria! Anche io sto per morire!

-Non voglio nonno, non voglio che tu muoia! Vivrai con noi...

-Con voi dici? Tuo nonno? Tuo nonno, bimba mia, è morto. Io sono un altro!

-No, no; tu sei mio nonno! Non ricordi quando io, svegliandomi sola, ti raccontai di come sono scappata di casa e tu mi dicesti: "torneranno alla vita e al cammino"? Ed effettivamente sono tornati!

-Sono tornati sul loro cammino, sì, figlia mia, e su quel cammino ci richiama questa canzone del ragazzo. Tu con lui, Maria mia, ed io... con lei.

-No, con lei no! Con me!

-Sì, con te! Ma... con l'altra!

-Ahi, nonno, nonno mio!

-Lì ti aspetto! Dio vi benedica, perché per te ho vissuto!

Il povero anziano, quel viandante che protrasse i suoi giorni, morì durante il pomeriggio; la bambina, con le dita che raccoglievano fiori di campo -margherite, garofani e papaveri- gli chiuse entrambi gli occhi, custodi del sogno di un altro mondo; lo baciò sugli occhi, pianse, pregò, sognò, fino a quando sentì di nuovo la canzone del cammino e andò da colui che la chiamava.

Il vecchio tornò alla terra: per bere, sottoterra, tutti i suoi ricordi.

L'amore che assalta

Cos'è questo Amore, di cui parlano sempre molti uomini e che è quasi l'unico tema dei versi dei poeti? Era ciò che si domandava Anastasio. Perché lui non sentì mai nulla che si assomigliasse a ciò che gli innamorati chiamano Amore. È tutta un'invenzione o magari una bufala convenzionale con cui le anime deboli provano a difendersi dalla vacuità della vita, dall'inevitabile noia? Perché sì, secondo Anastasio, non vi era nulla di più vacuo e noioso, assurdo e senza senso, della vita umana.

Il povero Anastasio si trascinava in un'esistenza pietosa, senza stimoli né obiettivi di vita, e si sarebbe suicidato almeno cento volte se non conservasse un'incomprensibile speranza, a prova di una delusione continua, che prima o poi sarebbe stato visitato anche lui dall'Amore. E viaggiava, viaggiava per cercarlo, in modo che lo avrebbe assalito, ad un bivio del suo percorso, quando meno se lo sarebbe aspettato.

Non era né avido di denaro, avendo a disposizione un patrimonio modesto ma più che sufficiente per lui, né aveva ambizioni di gloria o onori, né voglia di comandare o avere potere. Nessuno dei motivi che spingono gli uomini a fare degli sforzi, gli sembrava degno di sforzarsi per essi, e non trovava neppure una minima consolazione al suo tedio mortale né nella scienza, né nell'arte, né nella politica. Leggeva il libro dell'Ecclesiaste in attesa dell'ultima esperienza, quella dell'Amore.

Aveva letto tutti i grandi poeti erotici, agli esperti dell'amore tra uomo e donna, tutti i romanzi d'amore, e finì per leggere addirittura quelle pietose opere per coloro i quali ancora non sono del tutto uomini e per quelli che, in un certo modo hanno smesso di esserlo: si ridusse addirittura a scavare tra la letteratura pornografica. Ed è chiaro che lì trovò ancora meno tracce dell'Amore rispetto a tutti gli altri posti.

E non è che Anastasio non fosse un uomo fatto e finito; per bene e a modo non resisteva al peccato della carne. Sì, era uomo come tutti gli altri, ma non aveva mai sperimentato l'amore. Perché è chiaro che non era amore la passeggera eccitazione della carne che dimentica l'immagine provocatrice. Fare di ciò il terribile dio vendicatore, la consolazione di vita, il padrone delle anime, gli sembrava un sacrilegio, come se si volesse innalzare al rango di divinità l'appetito. Una poesia sulla digestione è una blasfemia.

No, l'amore non esisteva nel mondo del povero Anastasio. Lesse e rilesse la leggenda di Tristano e Isotta, e lo fece pensare molto quel terribile romanzo del portoghese Camilo Castelo Branco, *a mulher fatal*. "Mi succederà proprio così? -pensava-. Mi trascinerà dietro di lei, quando meno me lo aspetto, la donna fatale?". E viaggiava, viaggiava alla ricerca di questa fatalità.

"Arriverà un giorno -si ripeteva- in cui perderò questa speranza di incontrarlo, e quando diventerò vecchio, senza aver mai conosciuto né la giovinezza né l'età virile, quando mi dirò: non ho vissuto e non posso ormai vivere! Cosa farò? Incombe su di me un destino terribile, oppure tutti gli altri hanno confabulato per mentire." E diventò pessimista.

Né mai nessuna donna gli suscitò amore, né pensava che lui l'avesse suscitato. E trovava molto più spaventoso, non tanto il fatto di non esser amato, quanto quello di non amare, se realmente l'amore è ciò di cui scrivono i poeti. Ma lui sapeva se qualche volta non avesse fatto nascere la passione nel cuore di qualche donna? Per caso non può amore ravvivare una bella statua? Perché lui era come una statua, veramente bello. I suoi occhi neri, che mostravano un fuoco misterioso, sembravano osservare dal fondo tenebroso di un tedio pieno di ansie; la sua bocca si socchiudeva per una sete tragica; in tutto sé stesso palpitava un destino terribile.

E viaggiava, viaggiava disperato, scappava dappertutto, poggiando il suo sguardo sulle meraviglie dell'arte e della natura, dicendosi: perché tutto questo?

Era un pomeriggio sereno del tranquillo autunno. Le foglie, ormai ingiallite, si staccavano dagli alberi e venivano avvolte dalla tiepida brezza che le faceva cadere sull'erba del campo. Il sole si tappava con un manto di nuvole che si sfilacciavano e si rompevano in brandelli. Anastasio guardava dal finestrino del vagone come sfilavano le colline. Scese nella stazione di Aliseda⁵⁰, in cui il treno si fermava, dando ai viaggiatori del tempo per mangiare, ed andò nella sala da pranzo della locanda, piena di valigie.

Si sedette distrattamente e aspettò che gli portassero la zuppa. Ma alzando lo sguardo e percorrendo distrattamente con esso tutti i commensali, i suoi occhi si imbatterono in quelli di una donna. Proprio in quel momento lei stava mettendo un pezzo di mela nella sua bocca,

⁵⁰ Es, por lo menos, muy curioso que el nombre de la ciudad, Aliseda, recuerde la palabra griega 'alisyda', que significa 'cadena'; el nombre de una ciudad donde va a nacer el amor parece hacer una referencia a una palabra que nos recuerda la segregación y el sufrimiento.

grande, fresca e umida. Si fissarono l'un l'altra e impallidirono. E vedendosi impallidire, impallidirono ancora di più. Gli palpitavano i cuori. Ad Anastasio gli pesava il corpo; un formicolio freddo lo agitava.

Lei appoggiò il volto nella mano destra e sembrava che stesse per avere un mancamento. Anastasio allora, senza vedere nei dintorni null'altro che lei, mentre il resto delle persone sembrava sfumare, si alzò tremando, le si avvicinò e con voce secca, assetata, soffocata e tremolante le bisbigliò vicino all'orecchio:

-Cosa le succede? Sta male?

-Oh, nulla, nulla; non è nulla..., grazie...!

-Vediamo... -aggiunse lui, e con la mano che tremava le prese il polso per sentirle il battito.

Fu in quel momento che una corrente di fuoco passò dall'uno all'altra. Sentivano a vicenda il loro calore; le loro guance si accesero.

-Lei ha la febbre... -sussurrò lui balbettando e con una voce impercettibile.

-La febbre è... tua! -rispose lei, con una voce che sembrava venire da un altro mondo, dall'oltretomba.

Anastasio si dovette sedere; le ginocchia gli si piegavano al peso del cuore, che lanciava l'allarme.

-Sarebbe imprudente mettersi in viaggio in queste condizioni -disse lui, parlando in maniera meccanica.

-Sì, rimarrò qui -rispose lei.

-Rimarremo qui -aggiunse lui.

-Sì, rimarremo qui... E ti racconterò, ti racconterò tutto! -aggiunse la donna.

Raccolsero le loro valigie, presero una carrozza e si avviarono verso il paese di Aliseda, che dista cinque chilometri dalla sua stazione ferroviaria. E nella carrozza, seduti l'uno di fronte all'altra, accarezzandosi le ginocchia, mescolando i loro sguardi, la donna prese le mani di Anastasio e gli raccontò la sua storia. La storia stessa di Anastasio, esattamente la stessa. Anche lei viaggiava alla ricerca dell'Amore; anche lei sospettava che fosse tutto un'enorme bufala convenzionale per ingannare il tedio della vita.

Si confessarono l'uno all'altra, e più si confessavano più i loro cuori si tranquillizzavano. Dopo un tragico turbamento iniziale, seguì nelle loro anime un riposo terribile, qualcosa come un annullamento. Avevano la sensazione che si conoscessero da tutta la vita, da prima di nascere; ma contemporaneamente tutto il passato spariva e vivevano come in un presente eterno, fuori dal tempo.

-Oh, se ti avessi conosciuto prima, Eleuteria⁵¹! -le diceva lui.

-E per cosa, Anastasio? -rispondeva lei-. È meglio così, che non ci siamo conosciuti prima.

-E il tempo perduto?

-Lo chiami perso questo tempo che utilizziamo nel cercarci, nell'anelarci e nel desiderarci l'un l'altra?

-Io ormai avevo perso la speranza di incontrarti...

-No, perché se avessi perso realmente la speranza ti saresti tolto la vita.

-È vero.

-Ed io avrei fatto lo stesso.

-Ma ora, Eleuteria, da oggi in avanti...

-Non parlare del futuro, Anastasio, ci basti il presente!

Entrambi tacquero. Al di sotto dell'estasi che si era appropriata di loro, risuonava uno strano rumore di acque dalle profondità dell'abisso. Non era allegria, non era godimento ciò che stava a galla della serietà tragica che li avvolgeva.

-Non pensiamo al futuro -ripresero lei- né al passato. Dimentichiamoci di entrambi. Ci siamo trovati, abbiamo trovato l'Amore e questo è sufficiente. E ora, Anastasio, cosa mi dici dei poeti?

-Che mentono, Eleuteria, che mentono; ma in modo differente rispetto a ciò che pensavo io prima. Mentono, sì; l'amore non è ciò che loro scrivono...

-Hai ragione, Anastasio. Ora capisco che l'Amore non si scrive.

⁵¹ El nombre Eleuteria procede del griego 'eleutheria' que significa 'libertad'; muy curioso que esté en total contraposición con el nombre de la ciudad; de hecho ese amor con Eleuteria dará la tan deseada 'libertad' a nuestro protagonista pero, al mismo tiempo, encontrará la muerte en la ciudad.

E ci fu un altro silenzio, un silenzio lungo in cui, presi per mano, si fissarono negli occhi come se cercassero sul fondo di essi il segreto dei loro destini. E poco dopo iniziarono a tremare.

-Tremi, Anastasio?

-Anche tu, Eleuteria?

-Sì, tremiamo entrambi.

-Per cosa?

-Per la felicità.

-È terribile questa felicità; non so se potrò resisterle.

-Meglio, perché vorrà dire che è più forte di noi.

Si chiusero in una sordida stanza di una volgarissima locanda. Passò tutto il giorno successivo e parte dell'altro ancora senza che dessero alcun segnale di vita, fino a quando il locandiere, preoccupato per non aver ottenuto nessuna risposta, forzò la porta. Li trovarono nel letto, assieme, nudi, freddi e bianchi come la neve. Il medico legale assicurò che non si trattava di suicidio, come effettivamente era, ma che probabilmente erano morti per un attacco cardiaco.

-ma... entrambi? -esclamò il proprietario.

-Entrambi! -rispose il medico.

-Quindi è contagioso...! E si portò la mano sul lato destro, dove supponeva che fosse il suo cuore da locandiere. Fece di tutto per nascondere il fatto, per non screditare la sua struttura, e fece disinfettare la stanza, che non si sa mai.

Non fu possibile identificare i cadaveri. Da lì vennero portati direttamente al cimitero e, nudi e vicini l'uno all'altra, come furono trovati, li misero nella stessa fossa e la coprono con della terra. Su quella terra è cresciuta l'erba e sull'erba piove. E così il cielo, colui che li portò alla morte, è l'unico che piange sulla loro tomba.

Il locandiere di Aliseda, riflettendo su quel fatto incredibile -nessuno ha più immaginazione che la realtà stessa, ripeteva- giunse ad una profonda conclusione di carattere medico legale: "Queste lune di miele...! Non dovrebbero permettere ai cardiopatici di sposarsi tra di loro".

Solitaña⁵²

*Soli, Solitaña
Vete a la montaña,
Dile al pastor
Que traiga buen sol,
Para hoy y pa mañana
Y pa toda la semana.*⁵³

*(filastrocca per bambini tipica della zona di Bilbao)*⁵⁴

Vi era in Artecalle, a Tendería o in qualsiasi altra delle sette strade, una bottega per i residenti della zona, vicino la cui porta si fermavano molte volte le donne provenienti da Zamudio con i loro asini. Il bugigattolo si trovava all'angolo della stretta porta principale e l'accesso alla casa veniva impedito dalla presenza di una panchina piena di scampoli di stoffe, panni rossi, blu, verdi, marroni e di altri mille colori per sottane e sottovesti; erano appesi, sulla porta appiattita e ricurva, pantaloni, camicette blu, indumenti di lana, variopinti di blu e rosso, cinture di un acceso color porpora appese da entrambe le estremità, baschi e altri articoli, cenci che dondolavano a causa del vento di nord-ovest che passava per la strada come fosse un tubo, formando all'ingresso qualcosa di simile ad un arco che soffocava la porticina. Tutte le donne del vicinato si fermavano nel bel mezzo della strada, parlavano, si avvicinavano, toccavano e ritoccavano gli articoli, parlavano ancora, se ne andavano, tornavano un'altra volta, entravano e chiedevano, contrattavano, se ne andavano, tornavano a contrattare e alla fine compravano l'articolo. Il bancone, splendente a causa del continuo sfregamento, era pieno di scampoli di stoffe: su di esso delle saracinesche che si alzavano e si fissavano al tetto con dei ganci, che servivano per chiudere il negozio e limitarne l'orizzonte. All'interno dell'ingresso di quel

⁵² Nombre que se le daba a la mariquita en algunas zonas del País Vasco. No se ha traducido porque, al mismo tiempo, es también el apodo del personaje principal.

⁵³ Canto para niños típico del País Vasco. Si se tradujera, perdería la mayoría de su significado.

⁵⁴ Canto que aparece también en otros dos escritos del autor: *Recuerdos de niñez y mocedad* y *De mitología entomológica*.

caleidoscopio, odore di tela e umidità dappertutto e in ogni angolo, scampoli, indumenti, tela grossolana per le camicie da penitente, un cumulo di baschi, tutto in un piacevole disordine, a terra, sulle panchine e sulle mensole, e accanto ad una finestra che riceveva la luce opaca e triste della stradina, un tavolino con il suo calamaio e i libri di don Roque.

Era una bottega di articoli per il vicinato. I vivaci sensi dell'uomo del paese apprezzano il contrasto di colori sgargianti, ricercano le allegre sinfonie del rosso con il verde e l'azzurro, e le facce rosse delle giovani del paesino sembrano andare a fuoco sul fazzoletto di grandi e variopinte fantasie. In quella bottega venivano offerti loro tutti gli articoli alla vista e al tatto, che è ciò che l'uomo desidera visto che mangia con occhi, mani e bocca. Non si sono mai visti articoli più allegri, sgargianti e gradevoli, in una bottega più triste, più silenziosa e fredda di quella.

Accanto a questa bottega, su un lato, un negozio di scarpe con tutti gli articoli disposti su file, alla vista dei passanti; sull'altro lato una pasticceria che emanava odore di cera.

Spuntava, da quel guscio ricoperto di fiori stampati, la testa della lumaca umana; una lumaca umida, nascosta e silenziosa, che trascina la sua casetta, passo dopo passo, con un movimento impercettibile, lasciando lungo il cammino una scia viscida che scintilla per un po' e poi sparisce.

Don Roque de Aguirregoicoa y Aguirrebecua, soprannominato *Solitaña*, era della zona, di uno di quei villaggi nella valle Txorrieri⁵⁵ o giù di lì, di certo non era della zona di Arrigorriaga. Non vi è memoria di quando approdò a Bilbao, né della sua gioventù, se realmente fu giovane in qualche momento, né sapeva con certezza come si sposò né perché lo fece, anche se sapeva quando, perché da quel momento iniziò la sua vita. Si deduce *a priori* che lo portò dal villaggio uno zio suo affinché si dedicasse alla bottega. Naso lungo, grosso e massiccio; il labbro inferiore sporgente; occhi oscurati dall'ombra di grandi sopracciglia; rasato accuratamente; poi diventato calvo; mani grandi e piedi ancor di più. Quando camminava dondolava un po'.

Sua moglie, Rufina de Bengoechebarri y Giocoechezarra, anche lei era originaria di quelle zone, ma ben acclimatata ad Artecalle: uno scoiattolo chiacchierone e furba come il demonio. Addomesticò suo marito, a cui voleva bene davvero. Era così infelice *Solitaña!* Una

⁵⁵ Es un valle en la provincia de Vizcaya, en el País Vasco.

persona benedetta da Dio, un angelo, docile come un agnellino, perseverante come un cane, paziente come un somaro.

L'acqua che rende fecondo un terreno ne rende sterile un altro: il vento umido che si infilava nell'oscura strada fece fermentare e invigorì lo spirito della signora Rufina, mentre appiattì e ammuffì quello di don Roque.

La casa in cui si era insediato don Roque era vecchissima, con balconi in legno; il suo prospetto era incredibilmente tragico: sorrideva con l'allegria porta e piangeva con le sue tristi finestre. Era così umida che usciva la muffa sulle pareti.

Solitaña saliva tutti i giorni le scale strette e oscure, con il corrimano ormai annerito, avvolte da esalazioni di umidità piccante, e vi saliva al buio senza inciampare né sbagliare rampa, dove chiunque altro si sarebbe rotto la testa, e mentre saliva lento e impassibile, le scale tremavano d'amore sotto i suoi piedi e lo abbracciavano tra le loro ombre.

Per lui tutti i giorni erano uguali, così come tutte le ore del giorno; si svegliava alle sei, alle sette scendeva in bottega, all'una pranzava, cenava verso le nove e attorno alle undici si coricava, voltava le spalle a sua moglie e, raccogliendosi come una lumaca, si dissolveva nel sonno.

Nelle grandi profondità del mare vivono felici le spugne.

Tutti i giorni pregava il rosario, ripeteva l'avemaria come la cicala e il mare ripetono tutte le ore lo stesso inno. Sentiva un seducente solletico quando arrivava il momento dell'*ora pro nobis* della litania. Sempre, all'*agnus*, dovevano avvisarlo che gli *ora pro nobis* erano finiti; continuava a ripeterli per forza d'inerzia, se qualche giorno, straordinariamente, non pregava il rosario, dormiva male e faceva incubi. Tutte le domeniche lo pregava alla cattedrale di Santiago, e per *Solitaña* era un piacere unico ascoltare, mezzo addormentato, nell'oscurità del tempio, che altre voci nasali ripetevano assieme a lui, in coro, *ora pro nobis, ora pro nobis*.

Le domeniche, durante la mattina, apriva la bottega fino alle dodici e, nel pomeriggio, se non vi era la messa e il tempo era buono, faceva un giro alla basilica di Begoña, dove pregavano l'Ave Maria e si stupivano sempre per le stesse cose, sempre nuove per Dio benedetto. Tornava a casa ripetendo "che bell'aria che si respira lì"!

Salivano le scale della basilica di Begoña e un cieco, con tono solenne e piagnone:

-Prenda in considerazione, nobile signore, la triste oscurità in cui mi trovo... la santissima Vergine di Begoña vi accompagni, nobile signore...

Solitaña tirava fuori due quarti di oncia e chiedeva tre ottavi di resto. Più in là:

-Quando compariremo davanti al tribunale supremo di Dio...

Solitaña gli dava un ottavo. Più in là una donnina:

-Un'elemosina, pietoso signore...

Un altro ottavo. Più in là, un vecchio dalla lunga barba bianca, occhiali blu, rannicchiato in un angolo con un cane e con il braccio allungato. Un altro più avanti, mostrando una gamba magra, nera, appiccicosa e storta, sulla quale si poggiavano le mosche. Altri due ottavi. Un giovane zoppo chiedeva elemosina in lingua basca e, a questo, *Solitaña* dava un quarto. Quegli accenti scuotevano, nell'animo di don Roque, il suo fondo giacente; e sentiva in esso l'odore della campagna, verde come i suoi panni per le sottane, brezze del villaggio, esalazioni del fumo del borgo, odore di granturco. Era un ricordo che gli faceva sentire, nel fondo del suo animo, come usciti da un fonografo, canti di fanciulle, cigolii di carrozze, muggiti di buoi, coccodè di galline, pigolii di uccelli, cose che stagnavano formando una fanghiglia sul fondo della lumaca umana, come polvere impastata con l'umidità della strada e di casa.

Solitaña e il bancone della bottega si comprendevano e si volevano bene. Appoggiando le sue braccia incrociate su di esso, contemplava i ragazzini che giocavano nel canale di scolo, immergendo i piedi nel canaletto sporco. Di tanto in tanto, la guardia, muovendo su e giù le gambe, incrociava il campo visivo dell'uomo del bancone, che lo vedeva senza osservarlo e scuoteva la testa per spaventare qualche mosca.

Andò come testimone alle nozze di una sua nipote; "a far prendere un po' d'aria al cervello -diceva sua moglie-, a stiracchiare il corpo, sempre rinchiuso lì dentro come un orso. Io glielo dico: Roque, vatti a fare una passeggiata, prendi il sole, prendi il sole, e lui, nulla". Dopo tre giorni tornò dicendo che si annoiava fuori dalla sua bottega; ciò che lui voleva era rannicchiarsi e non stiracchiarsi; lo stretching gli causava mal di testa e faceva sì che circolasse nelle sue vene l'umidità e l'ombra che riposavano sul fondo del suo animo angelico: si potevano paragonare ai movimenti per un reumatico. "Uno gnomo, molto più che uno gnomo -gli diceva la signora Rufina-, sembri un topo." *Solitaña* sorrideva. Un altro dei suoi piaceri,

oltre a quello di misurare le stoffe e degli *ora pro nobis*, era quello di ascoltare sua moglie che lo rimproverava. Che buona che era Rufina!

Andava qualche donna a comprare.

-Dai, me lo lascerà per diciotto.

-Non è possibile, signora.

-Voi dite sempre le stesse cose, lei è proprio caro! Come minimo intasca la metà.

Niente, diciotto dai, diciotto...!

-Non è possibile, signora.

-Accidenti! Me lo prendo...! Tenga...!

-Signora, non è possibile...

-Va beh! Lo sarà... almeno a diciotto e mezzo; oh, me lo prendo...

-Non è possibile, signora.

-Bene; né io né lei: facciamo diciannove.

-Non è possibile...

Alla fine, sconfitta per l'infinito martellamento dell'umido uomo, o se ne andava o accettava di pagarlo venti. È per questo che preferivano mettersi d'accordo con lei perché, nonostante neppure lei cedesse, dava ragione, discuteva, prendeva in considerazione l'articolo, insomma, parlava. Ma per i cittadini del borgo non c'era nessuno come lui; *gutta cavat lapidem*.

La bottega di *Solitaña* era fortunata. Vi è qualcosa di grande nella semplice impassibilità del benedetto di Dio; gli uomini totalmente buoni attraggono.

Quando arrivava qualcuno del suo paese e gliene parlava, si ricordava del vecchio borgo, del granturco, del fumo che riempiva la cucina mentre lui, sonnecchiando con le mani in tasca, si riscaldava i piedi vicino al fuoco, dove stridevano le castagne, guardando come il vecchio calderone nero, appeso mediante una catena nera, si dondolava. Mentre evocava i ricordi della sua infanzia provava una vaga nostalgia che percepisce solo colui che abbandona la sua patria da bambino e vive sereno e acclimatato in una terra straniera.

Erano giorni di grande allegria quando lui, sua moglie e alcuni amici andavano a fare merenda in campagna o a cucinare qualche *fresada*⁵⁶. Tornavano serenamente a casa quando

⁵⁶ Alimento pobre compuesto por harina, leche y manteca, se comía mucho en el pasado en zonas de campo.

faceva buio, sentendo circolare dentro la loro anima tutta l'aria di vita e tutto il calore del sole. una volta andarono a Las Arenas in carrozza, *Solitaña* non l'aveva mai visto prima. Oh! Le barche, quante barche!, e poi il mare, il mare con le onde! A *Solitaña* piaceva il monotono rantolo della respirazione di quel colosso, che stupendo accompagnamento per la litania! Il giorno successivo, vedendo l'acqua sporca scendere giù per il canalone in strada, si ricordava del mare; ma lì, nella sua bottega, tastava sé stesso.

Durante il Natale si riunivano vari familiari; dopo cena si ballava un po' e bisognava vederlo *Solitaña*, mentre agitava le sue gambe goffe e batteva i tacchi con i suoi piedi enormi. Che ridere! Beveva giusto un po' più del solito e subito diceva a sua moglie che era bella ma insopportabile.

Sotto lo stesso cielo, sempre piovoso, *Solitaña* era sempre lo stesso; nel suo sguardo si poteva vedere il riflesso del terreno bagnato dalla pioggia; il suo spirito aveva messo radici nella bottega, come fanno le cipolle in un qualsiasi ambiente umido. Il suo corpo soffriva di reuma, ma il dolore era alleviato dall'effetto oppiaceo dalle chiacchiere dei suoi frequentatori.

La sera erano presenti alla chiacchierata un vecchio sempre di bell'aspetto, intelligente, intelligente, secondo lui, allegro e spiritoso, che raccontava sempre episodi riguardanti la caccia e la limonata; un altro che ogni otto giorni raccontava le fucilazioni che fece Zurbano quando entrò a Bilbao nel '41⁵⁷, e a volte un prete molto informale. Sempre si parlava di questi tempi di blasfemia e liberismo; si raccontavano imprese dell'altra guerra e si mormorava se sarebbero venuti nuovamente fuori dalla montagna o no quei selvaggi. *Solitaña*, nonostante fosse carlista, era di temperamento pacifico, possiamo dire speranzoso per la sua fazione.

Senza smettere di pensare alla conversazione, di interessarsi del suo andamento, pensando sempre all'ultima cosa pronunciata dall'ultimo che aveva parlato, si dirigeva verso gli angoli della bottega, dava ciò che gli veniva chiesto, misurava, prendeva il denaro, lo contava, dava il resto e tornava al suo posto. Durante l'inverno vi era un braciere e *Solitaña* non avrebbe lasciato la paletta per nulla al mondo, che maneggiava bene come fosse un

⁵⁷ Habla del nombramiento a comandante de Vizcaya de Martín Zurbano que reprimió el pronunciamiento contra Espartero en 1841, que terminó con la orden de fusilamiento del político Manuel Montes de Oca.

bastone e con cui mescolava la brace mentre gli altri parlavano, e poi, stendendo con piacere i piedi, si addormentava molte volte nel sussurro della chiacchierata.

Sua moglie lo comandava a bacchetta, incominciava a inveire contro i neri, si dispiaceva per la situazione del Papa, prigioniero a Roma per colpa dei liberali, dura con loro! Lei era carlista perché i suoi genitori lo erano stati, perché il latte con cui era stata cresciuta era carlista, perché la sua strada era carlista, lo era anche l'ombra della sua stradina e l'aria umida che respiravano; e il carlismo, attaccato ai suoi globuli rossi, circolava nelle sue vene.

Il vecchio, sempre di bell'aspetto, rideva di queste cose; erano allegri sia i bianchi che i neri, e bevendo una limonata nessuno si ricorda dei colori; per il resto, lui sapeva bene che senza religione e garrota⁵⁸ non c'è giustizia.

Parlavano di una limonata:

-Che limonata! -diceva colui che vide le fucilazioni di Zurbano-, pezzi di ghiaccio grandi come pugni navigavano da quelle parti!...

-Non avreste mica dei saraghi -interuppe il vecchio, sempre di bell'aspetto-; nella limonata ci vogliono i saraghi... senza saraghi, limonata cattiva; come un tamburo senza flauto. Quando ci sono quei pezzettini gelidi che fanno male ai denti, allora...

-Una piccola porzione di lingua non sarebbe male...

-Sì, anche la lingua; ma soprattutto i saraghi, che non manchino mai i saraghi...

Solitaña sorrideva, sistemando il fuoco con la paletta.

-A me piacerebbe anche del merluzzo in salsa... -tornò a dire l'altro.

-Con la limonata? Dai, stai zitto, non dire cavolate... Tu sei suonato... Merluzzo in salsa con la limonata? Solo a te poteva venire in testa qualcosa del genere...

-Tu puoi dire ciò che vuoi; ma per me non c'è nulla come il merluzzo..., quello di Bermeo si intende, ovviamente mai quello di Laredo, ogni cosa dalla sua zona: sardine di Santurtzi, avannotti dell'isola e merluzzi di Bermeo...

-Non farci caso -disse il prete-; ho mangiato a Bermeo delle sardine che grondavano grasso in una tale maniera... senza neppure volerlo se ne veniva via la pelle... e in Deba, degli avannotti di Aginaga... che, insomma!...

⁵⁸ Es una máquina que fue utilizada en España de 1820 a 1974 para aplicar la pena capital a través de la ruptura de los huesos del cuello.

-Va beh, insomma... cosa dico io?, ogni cosa al suo posto e nel suo momento; prima le lumache, poi l'orata... facemmo una cena di lumache poco prima che Zurbano entrasse nell'anno...

-Già ti ho detto molte volte -lo interruppe il vecchio di bell'aspetto-, che tu non sai né raccogliere né cucinare le lumache e, soprattutto, torno a dirti, e non torniamo più sull'argomento, che con la limonata ci vanno i saraghi, e a chi ti dice che ci va il merluzzo in salsa puoi dirgli che è un mascalzone ridicolo... se me lo verrai a dire...

-A me piace la limonata con il merluzzo in salsa...

-Allora non sai mangiare come dio comanda.

-Cos'è che non so fare io?

-Va bene, va bene -intervenne il prete per sistemare la questione-, scommetto che non sapete una cosa curiosa!

-Cosa?

-Che gli inglesi non mangiano le cervella.

-Questo si sapeva; per questo sono così rossi -disse il vecchio di bell'aspetto-, perché, al contrario, ingurgitano costolette crude e si beccano ogni tipo di batterio nocivo...

-Questi eretici... -iniziò la signora Rufina.

E iniziava ad andare contro i liberali.

Quando i presenti andavano via, la signora Rufina e suo marito chiudevano la bottega; contavano attentamente il denaro, facendo i loro conti; poi, con una candela accesa, controllavano tutti gli angoli della bottega, guardavano dietro gli articoli, sotto il bancone e le panchine; chiudevano a chiave e andavano a dormire. *Solitaña* non era abituato a sognare; la sua anima sprofondava nell'immensa cavità della coscienza, addormentata dalla leggera pioggia o dalla violenta grandinata che scuoteva i vetri delle finestre.

Il giorno successivo si alzava esattamente come si era alzato il giorno precedente, più costante del sole, che anticipa e ritarda il momento di sorgere, e scendeva in bottega, d'inverno, tra le ombre del crepuscolo mattutino.

Il Giovedì Santo sembrava resuscitare la lumaca benedetta; indossava la giacca nera, guanti anch'essi neri, il cappello a cilindro nero che conservava dal giorno del matrimonio della

nipote, e girava con un piccolo bastone nero a pregare per la Vergine della *Soledad*⁵⁹ dal mantello nero. Dopo, durante la processione, la portava sulle spalle, e quel dolce peso era per lui una gioia comparabile solo a una dozzina di litanie con i suoi cinquecento sessantadue *ora pro nobis*.

Povero angelo di Dio, con la carne anestetizzata! Non bisognava aver pena di lui, era padre e tutta l'umidità del suo animo sembrava sparire alla sola vista del piccolo. Baci? Mai! Questi, per lui, erano qualcosa di raro, quasi mai lo videro baciare suo figlio, che, come ogni buon padre, amava alla follia.

Arrivò il bombardamento, le persone si rifugiarono nei mercati e iniziò la vita delle famiglie ammassate. Per *Solitaña* non cambiò nulla; tutto continuò come prima. Il rumore delle bombe provocava in lui la reazione incosciente dell'avemaria, e la recitava pensando a qualsiasi cosa. Vedeva passare la gente di Bilbao dell'altra guerra come vedeva passare l'eterna guardia. Se la bomba cadeva vicino, correva dentro e si stendeva a terra in preda ad un'angoscia indefinibile. Per tutto il tempo del bombardamento non uscì mai dal suo bugigattolo. La notte di San José tremava sul materasso, steso in terra, ripetendo avemaria. "Se alla fine dovessero entrare -diceva la signora Rufina- farei pagare io a quel nero di don José María tutto ciò che ci deve."

Suo figlio se ne andò per studiare Medicina. La madre lo accompagnò a Valladolid; tutto ciò che riguardava il figlio era a sue spese. Quando terminò gli studi pensarono per un attimo di lasciare la bottega; ma *Solitaña*, senza di lei, sarebbe morto di febbre, come un orso bianco portato nell'Africa equatoriale.

Arrivò il terremoto della casa ducale degli Osuna⁶⁰, quando il valore delle obbligazioni iniziò ad oscillare vertiginosamente, tutto iniziò a stridere e caddero in rovina famiglie intere; *Solitaña*, in una mattina piovosa e fredda, si ritrovò con la notizia che quei soldi erano diventati, improvvisamente, carta straccia, e la bagnò con le sue lacrime. Scese, abbattuto, alla sua bottega e continuò la sua vita.

Suo figlio si sistemò in un villaggio e, quel giorno, don Roque, emise un sospiro di sollievo e soddisfazione. Morì sua moglie, e il pover'uomo, salendo le scale che scricchiolavano

⁵⁹ Nombre de una de las cofradías presentes durante la semana santa en el País Vasco.

⁶⁰ Hace referencia a la bancarrota de la Casa ducal de Osuna, una de las mayores casas aristocráticas españolas, entre el año 1860 y 1869.

sotto i suoi piedi, e ascoltando la pioggia, che sferzava le finestre, piangeva in silenzio con la testa sprofondata nel cuscino.

Si ammalò. Poco prima di morire lo portarono al viatico, e quando il prete iniziò la litania, il povero *Solitaña*, con la testa sprofondata nel cuscino, pronunciava con le labbra tremolanti degli impercettibili *ora pro nobis*, che si dissolvevano languidamente nella camera da letto che era luccicante e piena di un debole odore di cera. Morì; suo figlio lo pianse per il tempo che le sue occupazioni e i suoi amori non lo tennero impegnato; lasciò il vuoto che, quando muore, lascia una zanzara, e l'anima di *Solitaña* volò verso il paradiso, per chiedere a Gesù Cristo, lui che sempre aveva vissuto nell'ombra, che facesse risplendere il sole per tutta la giornata di oggi, per il giorno successivo e per tutta la vita.

Siano benedetti i docili!

Bonifacio

Bonifacio visse cercando sé stesso e morì senza essersi mai trovato; come il barone del racconto credeva che si sarebbe tirato fuori dal pozzo tirandosi per le orecchie.⁶¹

Era un ragazzo, per sua sfortuna, sveglio, impegnatissimo nell'essere originale e sembrare stravagante, fino al punto che smetteva di fare ciò che facevano gli altri per la stessa ragione per cui lo fanno loro: perché lo vedono fare.

Impegnato nel distinguersi dagli uomini, non poteva smettere di esserlo.

Io non voglio far nessun ritratto; dichiaro che Bonifacio è un essere fantastico che vive nel mondo intelligibile del buon Kant, una specie di quinto cielo; ma la verità è che ogni volta che penso a Bonifacio provo angoscia e mi si stringe il petto.

“Quale sarà la mia attitudine?”, si chiedeva Bonifacio tra sé e sé.

Scrisse dei versi e li cancellò perché non li trovava abbastanza originali: alcuni ricordavano i versi di quel poeta, altri quelli di un altro ancora; gli sembrava innaturale dichiararsi sentimentale, ancora più innaturale romantico (cosa vuol dire romantico?), molto più innaturale, scettico, superbamente innaturale e disperato. Scrisse delle canzoni ironiche piene di disprezzo verso tutto l'umano e il divino, e leggendole un mese dopo le cancellò, dicendosi: “Ma che ipocrisia!, ma se io non sono così.” In seguito ne scrisse delle altre, tenerissime, in cui parlava della casa, della sua famiglia, del suo luogo di nascita, roba che avrebbe fatto piangere un sasso, ma cancellò anche queste: “Che roba insipida, insipida! Questa è musica celestiale!”.

Povero Bonifacio! Ogni mattina la luce faceva germogliare un nuovo pensiero, che moriva poco dopo, più o meno al tramonto.

Bonifacio era allegro con i suoi amici; ma quando era solo si impegnava per esser triste, si tirava su per le orecchie con forza ; ma, ovviamente, la superficie del pozzo era serena e lui ancora lì dentro.

Aveva iniziato a leggere molti libri ma ne aveva terminati pochi; gli piaceva più sognare che leggere. A qualsiasi scrittore rimproverava che gli mancava qualcosa, evidentemente, gli mancava qualcosa... assomigliava ad altri e questo è orribile.

⁶¹ Trátase del llamado Barón de la castaña.

Quale sarà la mia attitudine? Questo era il suo tormento eterno. Iniziò a costruire un nuovo sistema filosofico e, quando stava per concluderlo, vide che tutto ciò che lui stava scrivendo lo aveva già scritto qualcun altro, così fece a pezzi quei fogli pieni di rattoppi, macchie e aggiunte.

Non vi era argomento della conoscenza umana nel quale non si esercitasse; ma tutti, assolutamente tutti, erano già argomenti triti e ritriti...! Bisognava lavorare molto per spigolare cose così vecchie! Poi vi è un destino orribile: tutte le verità scoperte diventano banali.

Chi caspita potrebbe scoprire una verità che si scontrerebbe eternamente con gli uomini?

Bonifacio aveva un animo buono; ma lui si ostinava nel cercarsi nella forma. Gli era entrato in testa che sarebbe diventato un uomo famoso: il problema era trovare la strada. La casa, la famiglia, i piaceri intimi... Puah!, volgarità che finiscono per annoiare.

A forza di stimolare tutti i suoi nervi otteneva delle ore notturne di tristezza, si lasciava andare a pensieri tetri che il vento fresco proveniente dalla strada portava via come nubi.

Quando parlava, si dimenticava del suo ruolo e metteva in scena il suo animo: un animo semplice e candido, volgare, totalmente umano.

Bonifacio amava, ma con un amore che mortificava, per nulla originale. Qualsiasi amore di qualsiasi eroe di qualsiasi romanzetto si assomigliava al suo. La donna è un ostacolo; evidentemente corre di più colui che si porta in spalla da solo piuttosto di colui che porta con sé sua moglie. Platone, San Tommaso, Cartesio, Kant, erano scapoli; questo causava malessere al poveretto.

La sua più grande paura era quella di dover lavorare per vivere. Risulta inoltre che vivere è volgare e routinario come lavorare.

Una volta stavamo passeggiando sul finire del pomeriggio; il povero ragazzo, sfogandosi; io, mordendo una foglia di rovo.

-In questa vita non vi è altro tempo se non per vivere -mi diceva.

Io lo guardavo con stupore e timore; istintivamente mi allontanai un po' da lui.

-Guarda -proseguì-, delle volte sono allegro, altre triste; io non vedo le cose né chiare né scure; ma mi manca qualcosa, non so cosa mi sta succedendo, ma qualcosa succede. Dicono

che sono fuori di testa, che tutte queste cose sono fantasie, che sono molto strano -mentre diceva tutto ciò gli brillavano gli occhi-. Tutti gli imbecilli mi disprezzano, e visto che sono buono, sono obbligato a mandare giù la bile che distilla il mio fegato.

Povero Bonifacio! Non dico che iniziò a piangere, perché sarebbe falso; io non lo vidi piangere, ma non so se trattenne le lacrime; ci sono stati casi di persone che per non consegnare un foglietto segreto se lo sono mangiato, e digerito, che è anche peggio.

Alcuni giorni era così felice che, francamente, pensavo che fosse riuscito ad uscire dal pozzo: un'allegria stranissima, sovrumana.

Bonifacio non era pessimista, Bonifacio non era ottimista, Bonifacio non era nulla, non voleva essere nulla, né sapeva ciò che voleva. Povero Bonifacio!

Lui desiderava essere qualcosa che attirasse l'attenzione, ma non sapeva esattamente cosa.

Perché continuare un racconto così vecchio?

Prendete Bonifacio, dategli delle martellate qua e là, plasmatelo affinché si pieghi alle esigenze della realtà, e ditemi sinceramente, dopo averci pensato bene, se davvero avete conosciuto Bonifacio.

Devo parlare della fine di Bonifacio.

Riguardo a ciò vi sono due versioni dei fatti ugualmente attendibili.

Secondo la prima, Bonifacio finì la sua vita come l'aveva iniziata, sempre uguale, sempre cercando sé stesso ma senza essersi mai trovato; fece la fine delle nubi estive: quando era vivo fece ombra, e quando morì il sole continuò a far ombra sul suo posto ormai vuoto.

Secondo un'altra versione dei fatti, Bonifacio, con un colpo qui e un colpo lì, si smussò, si sposò, ebbe dei figli, e quando divenne padre trovò l'originalità che aveva cercato per tanto tempo che, essendo così comune, è la più rara. Le sue ultime parole furono: "Quindi addio, figli miei!".

Vi sono anche delle altre versioni dei fatti, perché sono come i funghi; ma in tutte la verità è decorata da mille ritagli e aggiunte.

Le tribolazioni di Susín

A Juan Arzadun⁶²

La fresca bellezza del cielo che avvolge i verdi alberi e gli uccelli canterini rallegrava Susín, impegnato nel costruire fortezze con l'argilla, mentre la tata, facendo ampi gesti, rideva agli scherzi di un assistente.

Susín si alzò da terra, dov'era seduto, si pulì sul vestito nuovo le mani piene di fango e ammirò la sua opera: un ottimo risultato! Dentro la trincea circolare vi era uno spazio a forma di catino che chiedeva qualcosa, così Susín, alzandosi la sottana, riempì di pipì il recinto. A quel punto gli venne in mente di andare a cercare un calabrone o qualsiasi altro tipo di insetto per insegnargli a nuotare.

Allungò lo sguardo per i campi, vide brillare in lontananza qualcosa sul terreno, qualcosa che sembrava una stella che era caduta durante la notte assieme alla rugiada. Che cosa stupenda! Dimenticandosi dello stagnetto, opera delle sue mani e della sua pipì, se ne andò verso la stella caduta. Improvvisamente, a mano a mano che si avvicinava, la stella sparì. O era stata inghiottita dal terreno, o si era sciolta, o l'uomo nero se l'era portata via. Giunse accanto all'albero dove aveva brillato la trappola, ma non vide nulla se non dei ciottoli, e tra di essi un pezzetto di vetro.

Che bella mattinata! Susín incamerava luce con gli occhi e aria del cielo azzurro con i polmoni.

Lì sì che c'erano alberi! Quello sì che era il mondo, non la strada piena di pericoli in cui, a qualsiasi ora, passano cavalli, carrozze, buoi, cani, ragazzi cattivi e ufficiali!

Susín cambiò colore rapidamente, iniziarono a vacillargli le piccole gambe e un nodo di angoscia gli strinse la gola. Un cane..., un cane seduto che lo guardava con i suoi occhioni spalancati, un cagnone nero, nerissimo e molto grande. Se fosse passato per la sua strada lo avrebbe minacciato dall'ingresso con un bastone; ma purtroppo era in aperta campagna, che è luogo dei cani e non dei bambini.

⁶² Poeta con el cual, Unamuno, mantuvo una correspondencia.

Il cane non gli toglieva gli occhi di dosso; si alzò e iniziò ad avvicinarsi a Susín che, bloccato dal terrore, non ebbe modo di tentare la fuga. Ripresosi un po', iniziò a correre ma, sfortunatamente, inciampò e cadde a faccia in giù. Cadde e non pianse, rimanendo appiccicato a terra... Piangere? E se l'avesse sentito il cane, che magari non era altro che l'uomo nero che, mascherato, si portava via i bambini piagnoni? Si avvicinò il cagnone e lo annusò. Quasi senza respirare, e con un occhio socchiuso; Susín vide, mentre gli batteva il cuoricino, che il cane si allontanava lentamente e che lì, in lontananza, oscillavano con maestosità i suoi lombi e la sua coda nera.

Susín si alzò e, guardandosi attorno, si vide solo nell'immensa solitudine; il sole picchiava sulla sua testolina bionda e gli alberi lo salutavano. E lì vicino brillava l'acqua di una pozza al riflesso del sole.

Si dimenticò del cane, come aveva dimenticato lo stagnetto, opera delle sue mani, e della stella cadente, e si avvicinò allo stagno, la cui superficie limpida e chiara sembrava il viso sereno, ma triste, di uno stagno morto da rianimare. Prese una pietrolina, la scagliò in acqua, e allora la pozza sorrise, per poi perdersi lentamente verso il pantano presente sulle rive. Che bei cerchi! Iniziò a salire la melma dal fondo e iniziò ad offuscarsi lo stagno; e allora Susín prese un palo, si abbassò, e agitò l'acqua. Come si intorbidiva!

Susín si alzò, mise un piedino nell'acqua e iniziò a sguazzarci. Che bello! Come rideva la pozza che si infangava e che stava sporcando il bambino!

Susín, sentendo che l'umidità stava penetrando i suoi stivaletti rinfrescando i suoi piedi, ebbe la sensazione di star facendo qualcosa di sbagliato e ci ripensò. Emise un grido e si appoggiò ad un albero; rimase attaccato ad esso senza sapere dove nascondere i piedi. Oh, se avesse potuto arrampicarsi come i ragazzi grandi e nascondersi sui rami più alti, dove si nascondono i calabroni! Ma la mucca avrebbe potuto abbattere l'albero con una cornata.

Era una mucca colossale, il cui corpo copriva quasi tutto il cielo e la cui ombra si estendeva per la smisurata e fantastica terra. Avanzava lentamente, divertendosi nell'angoscia della sua vittima, che si tappò gli occhi affinché la mucca non la vedesse, sul punto di gettarsi a terra e gridare: "No, non lo farò più!". La mucca, avanzando, girò al largo. Susín si staccò dall'albero e si guardò attorno. Dov'era?

Sentiva un solletico nello stomaco, poiché è risaputo che le sensazioni forti accelerano il passo del tempo e debilitano il corpo, e che addirittura i grilli appena morti resuscitano tra la lattuga.

Allora Susín si rese conto della sua situazione, guardò attonito la lunga strada, ai grossi castani, la terra solitaria e il sole imperturbabile, conficcato nel cielo azzurro. E la tata?

Di quando in quando passavano alcuni uomini e quasi nessun signore. Uomini, tutti uomini, e che uomini!, tutti brutti, con molta barba e nessuno che somigliasse a papà. Uno lo guardo fissamente, e questi uomini che fissano sono i peggiori, quello del sacco. Provò un'angoscia mortale vedendosi così, perso nel mondo, alla mercé dei ragazzi cattivi che chiamano "madre" la loro mamma, dei cagnoni grandi e delle grandi mucche, e papà non era lì per picchiarli. Il soffio dell'uomo nero gelò l'anima di Susín, che tremava come le foglie dell'albero, sentendo che l'uomo nero era dappertutto: acquattato tra gli alberi, rannicchiato sotto le pietre, nascosto sotto la terra, che camminava alle sue spalle. Scoppiò a piangere e, attraverso le lacrime vide che nel terreno pieno di nebbia gli si avvicinava un uomo.

Un uomo... ma, che uomo! Lo guardò spaventato, raccogliendo la sua anima gelata in un angolino del suo cuore. Non era un uomo, era qualcosa peggio di un uomo, era una guardia!

La guardia gli si avvicinava a poco a poco come il cane nero e la mucca grande; ma non si allontanò né girò al largo. Susín aprì gli occhi, così poco che appena ci vedeva, sentì che una manaccia si posava sulla sua manina, e si sentì perso e senza la possibilità di piangere.

-Non piangere, ragazzino; non piangere, non ti faccio nulla.

Che cattivo che è l'uomo nero! Che cattivo che è l'uomo nero quando usa ironia da guardia!

-Vieni, vieni con me; andiamo a cercare papà.

Il cielo si spalancò al bambino con un miracolo, perché lo era, era davvero un miracolo, quello che la guardia avesse una voce così delicata, delle inflessioni così tenere, un tono così carezzevole. Sembrava un papà quella guardia! La sua mano non stringeva e il suo passo si adeguava a quello del bambino, che allora si sentiva protetto da un personaggio importante, un uomo nero buono.

-Dimmi, di chi sei?

-Di papà.

-E chi è tuo papà?

-Papà.

-Sì ma, quale papà, figliolo?

-Quello della mamma.

La guardia sorrise, perché anche lui era di sua moglie. Domanda singolare per il bambino, chi è tuo papà? Come se ce ne fosse più di uno!

-Dove vivi?

-In casa.

-E dov'è la tua casa?

-Nella casa di papà.

La guardia rinunciò all'interrogatorio, rimanendo perplesso; ma senza interrogatorio, come si scoprono le cose?

Si erano rasserenati gli occhi di Susín e tutta la dolcezza dell'aria del cielo invase i suoi occhi quando vide arrivare la tata minacciosa, un pericolo evidente e chiaro, nient'affatto un'immaginazione. A quel punto il bambino afferrò con le sue due manine i pantaloni della guardia, nascondendo la sua testolina bionda tra le gambe di quest'ultimo. Si sarebbe fatto così piccolo fino a poter entrare nella tasca di quel sacro pantalone.

La voce della guardia risuonò armoniosissima, dicendo: "Non ti preoccupare, non ti faranno nulla". E poi, con tono più grave: "Lo lasci, che non è sua la colpa".

Dalle mani della guardia passò tra le braccia della domestica, e mentre si allontanava continuava a guardare se quell'uomo stesse continuando a proteggerlo con lo sguardo. Ma appena persero di vista l'uomo nero buono, Susín sentì sul culetto la mano della tata.

-Ragazzino! Non ti ho detto che devi starmi accanto... ti darò le botte... mi hai fatto passare un brutto quarto d'ora... lo come una pazza, che ti cercavo dappertutto, e tu...

Il bambino piangeva in modo commovente; quello non era l'uomo nero, ma era comunque una bella sculacciata. Piangeva così tanto che la tata, spazientita, iniziò a baciarlo e a dirgli:

-Non essere sciocco, non è successo niente, non piangere, Susín... Dai, smettila, già sai che a papà non piacciono i bimbi piagnoni... smettila... guarda, ti compro una caramella, se la smetti...

Susín si calmò per succhiare la caramella.

Quando, poco dopo, vide le mura della sua casa e si sentì forte aggrappato a suo padre, iniziò a sentire nuovamente le ferite, sentì il dente del cane, il corno della mucca e la mano della tata e scoppiò a piangere. Come gli suonò dolce la voce del padre che rimproverava la tata! Dopo suo padre lo prese in braccio, Susín appoggiò la sua guancia che ardeva sul petto protettivo del padre e giunse il sonno a sciogliere ogni suo dolore.

Com'è bello giungere al porto zuppo dell'acqua della tempesta!

Cose da francesi! **(un racconto assurdo)**

È risaputo che i nostri vicini, i francesi, siano incorreggibili quando pensano ai fatti nostri, perché per loro parlare della Spagna o fare una gaffe è la stessa cosa.

Alle innumerevoli prove di questa affermazione, il lettore ci aggiunga anche questo racconto, molto peculiare, che un francese ci offre delle faccende spagnole e che, tradotto letteralmente, dice più o meno questo:

Don Pérez era un nobile cavaliere castigliano, dedito corpo ed animo alla scienza; ed i suoi compatrioti lo consideravano modestissimo.

Non dormiva più; passava le notti sveglio, tanto da non distinguere più la notte dal dì e il dì dalla notte⁶³, totalmente immerso nello studio di un problema di chimica che, per beneficio e gloria della sua Spagna, lo avrebbe condotto, con grande onore, alla scoperta di un nuovo esplosivo che avrebbe reso inutili tutti quelli inventati sino ad allora.

Il lettore che stesse pensando che il nostro Don Pérez non usciva dal suo laboratorio perché manipolava storte, alambicchi, reagenti, miscugli e precipitati⁶⁴ dimostrerebbe di non conoscere le cose spagnole.

Un nobile cavaliere spagnolo non può abbassarsi a maneggiare cose di drogheria e a capirne qualcosa dell'eccellenza della scienza in questo modo subdolo; che per qualche motivo la Spagna è stata fucina di teologi.

Don Pérez passava le ore morte, come dicono gli spagnoli, davanti ad una lavagna spremendosi le meningi e scrivendo mille formule per ottenere, finalmente, quella giusta. Non voleva, in nessun modo, macchiare i suoi studi con le impurezze della realtà; ricordava il passaggio in cui quei galeotti villani presero a pietre Don Chisciotte e non voleva che facessero

⁶³ Clara referencia metaliteraria al *Don Quijote* de Cervantes, vol. I, cap. I.

⁶⁴ Términos técnicos de la química.

lo stesso con lui. Lasciava ai Sancho Panza della scienza il grembiule e il laboratorio, riservando per sé l'esplorazione della grotta di Montesinos⁶⁵.

Vadano avanti a tentoni coloro che vivono all'oscuro di tutto o non sono nati, come la maggior parte degli spagnoli, possedendo la verità assoluta o che l'hanno perduta per la loro superbia.

Dopo tanta fatica Don Pérez ottenne la tanto desiderata formula e il momento in cui ciò venne reso pubblico fu un giorno di gioia in tutta Spagna. Ci furono paramenti, fuochi d'artificio, statue e, soprattutto, corride di tori. Le fanfare rallegravano le strade della città suonando l'inno di Riego⁶⁶.

Las Cortes⁶⁷ deliberarono per Don Pérez l'incoronazione d'alloro, in campidoglio a Madrid, in modo che potesse far saltare in aria la rocca di Gibilterra con tutti i suoi inglesi o, come minimo, la montagna del Retiro di Madrid.

Il ritratto di Don Pérez decorava le mura di negozi di scarpe e barbieri di ogni paesino e, in non poche abitazioni, tra i vari esemplari de *La Lidia*⁶⁸ appariva il ritratto di Don Pérez, delle volte assieme a quello di Ruiz Zorrilla, altre assieme a quello del pretendente al trono Don Carlos. Una nuova acquavite all'anice la chiamarono "Anice esplosivo Pérez".

Non mancarono, ovviamente, dei Sancho o degli scaltri diplomati che tentavano di spegnere l'entusiasmo del popolo gettandovi sopra brocche d'acqua fredda; ma dal momento in cui apparvero sui giornali le opinioni dell'illustre geometra don López e del non meno famoso teologo don Rodríguez, che spezzavano delle lance a favore del nuovo esplosivo Pérez, gli insoddisfatti si ridussero al silenzio pubblico e alla lima sorda che non fa nessun rumore.

Giunse il giorno della prova. Tutto era pronto per far saltare in aria una collinetta situata sulle pianure della Mancha, e non mancarono dei credenti ferventi che si impegnarono a dar fuoco alla miccia assieme a don Pérez.

⁶⁵ La cueva de Montesinos es una cueva de origen natural que se encuentra cerca de la localidad española de Ossa de Montiel, en la provincia de Albacete. Es muy conocida porque aparece en la novela *Don Quijote de la Mancha*.

⁶⁶ Es el nombre que recibe el himno cantado por la columna volante del coronel Rafael del Riego y fue utilizado como himno nacional de España en tres momentos diferentes: durante el Trienio Liberal (1820-1823), durante la Primera República (1873-1874) y durante la Segunda República (1931-1939).

⁶⁷ Las Cortes Generales son el Parlamento español y representan al pueblo español en cada decisión.

⁶⁸ La revista taurina más importante de la época, nacida en el siglo XIX.

Quando la miccia iniziò a prender fuoco, si alzò un incredibile olé!, olé! dalla folla che da lontano assisteva alla prova e impallidi.

Quando il fuoco giunse all'esplosivo si sentì un rumore simile ad un tuono, si alzò un gran polverone che, sparendo, rivelò la figura di un don Pérez raggianti. La massa lo acclamò freneticamente e applaudì sua madre, e lo portarono via in braccio come tirano fuori don Frascuelo dalla piazza quando uccide un toro, secondo le regole della metafisica della tauromachia. E dappertutto non si sentiva altro che: olé! Viva la Spagna piena d'onore!

I giornali fecero affari.

Alcuni assicuravano che il colle era stato polverizzato, altri mostravano le cicatrici dei colpi ricevuti dai pezzi in cui venne distrutto; ma, alcuni giorni dopo, assicurarono che alcuni pastori avevano visto il colle nello stesso posto in cui era sempre stato, e quando la notizia venne confermata si alzò il polverone d'indignazione popolare.

Il fatto era impossibile, il colle sarebbe dovuto saltare in aria per le formule di don Pérez.

Era stata una mano traditrice che aveva bagnato l'esplosivo, la mano di un mago, nemico di don Pérez e invidioso della sua fama.

Visto che il fatto era successo in Spagna, si sapeva già chi poteva esser stato: il Governo.

L'opinione pubblica si dichiarò contro quest'ultimo nei caffè e nei circoli letterari, e i giornali misero in risalto lo scortese atteggiamento del mago maligno che faceva di tutto per esser distante dall'opinione pubblica, così esperta in chimica, com'è sempre stato in Spagna, soprattutto dopo esser stata istruita dall'illustre geometra don López e dal non meno famoso teologo don Rodríguez.

In quel tentativo vennero ricordati Cristoforo Colombo, Cisneros, Miguel Servet, le armate delle Fiandre, il fiume Salado, Lepanto, e le battaglie di Otumba e Wad-Ras, i teologi di Trento e il valore della fanteria spagnola che, grazie ad esso, resero inutili le grandi abilità del Grande Capitano del secolo⁶⁹. In tale occasione si insistette ancora una volta sull'assenza di patriottismo di coloro che non volevano altro che lo straniero nonostante avessero di meglio in casa: e si ricordò il povero don Fernández, messo in disparte e sconosciuto nella sua ingrata patria, ma acclamatissimo al di fuori di essa; il povero don Fernández, i cui libri erano

⁶⁹ Gonzalo Fernández de Córdoba que derrotó a la caballería francesa en 1503.

sequestrati dalle corporazioni, venivano tradotti in tutte le lingue colte, comprese il giapponese e il basso bretone.

Il povero don Pérez, perseguitato da una baraonda di malandrini, provò a difendere l'onore spagnolo e, volendo dimostrare l'efficacia dell'esplosivo, con avrebbe dovuto far saltare in aria Gibilterra e smascherare il Governo, venne presentato come candidato al consiglio provinciale de Las Cortes. Las Cortes sono l'accademia in cui si riuniscono a discutere tutti i saggi spagnoli; assemblea che, seguendo le gloriose tradizioni dei Concili di Toledo, era ambivalente: sia congresso politico, sia concilio in cui si chiariscono problemi teologici, come successe nel '69.

Per ciò che riguarda gli ammiratori di don Pérez, presentò la sua candidatura l'illustre torero don Señorito, esempio vivente della commistione tra letterato e uomo d'armi; sentì ribollire il suo sangue e, appena terminato una corrida in cui aveva incantato il pubblico stoccando sei tori con le sue abilità più pure, andò ad una riunione e tornò per incantarli nuovamente con un discorso a favore della candidatura di don Pérez.

Solo nella pittoresca Spagna si possono vedere cose del genere. Dopo aver fatto un brindisi per la patria, don Señorito sventolò il drappo, fece una mossa, con onore, per la Spagna, un'altra di petto per Gibilterra e i suoi inglesi, una di merito a don Pérez, mantenne brillantemente il discorso, anche se con qualche intoppo, sull'importanza della chimica e, finalmente, fece terminare l'agonia, dando al Governo una stoccata che perforò fino all'impugnatura.

Il pubblico urlava: Evviva la tua eleganza!, e chiedeva che offerissero al tribuno l'orecchio dell'animale, unendo nella sua celebrazione i nomi di don Pérez e don Señorito.

Lì vi era anche il grande organizzatore delle ovazioni, il Barnum⁷⁰ spagnolo, il famosissimo imprenditore don Carrascal, che aveva l'obiettivo di portare in tournée per tutta la Spagna in saggio don Pérez, esattamente come aveva fatto con il grande poeta nazionale⁷¹.

Il buon don Pérez si lasciava prendere e portare dai suoi ammiratori, senza sapere come sarebbe terminato tutto questo.

⁷⁰ Empresario estadounidense muy famoso.

⁷¹ Nombre con el cual se le llama a José Zorrilla.

Però né l'arte oratoria del tribuno don Señorito, né l'operosità del popolare don Carrascal, né la protezione del gran politico don Encinas smossero il Governo spagnolo, che continuò a restare fermo sulla sua posizione e sordo alle voci del popolo, com'è sua abitudine fare.

E la Rocca di Gibilterra è ancora in piedi assieme a tutti i suoi inglesi!

Conveniamo che solo un francese sarebbe capace, dopo aver inanellato questo cumulo di assurdità, soprattutto quella di presentarci un torero del tribuno a favore della candidatura di un saggio a deputato, di offrire questo racconto come tipico delle faccende spagnole. Cose da francesi!

Ma, signori, quando impareranno a conoscerci i nostri vicini, per lo meno tanto quanto noi conosciamo noi stessi?

Il mistero dell'iniquità (cioè i Pérez e i López)

Juan apparteneva alla famiglia Pérez, ricca e liberale sin dai tempi di Álvarez Mendizábal. Sin da piccolo aveva sentito parlare dei carlisti con un astio mal celato. Se li immaginava come persone strane, e aveva di loro un'idea molto simile a quella volgarmente riferita agli ebrei. Gente taciturna, con la faccia deforme, rasata o con barbe nere grandi e arruffate, lunghi cappotti neri, di poche parole e consumatori di tabacco. Si riunivano di notte in edifici umidi, tra grandi sacchi di un magazzino pieno di topi per tramare cose orrende.

Con il passare degli anni, nella sua immaginazione, cambiarono aspetto questi fantasmi, e iniziò ad immaginarli come gente astuta che nei periodi di pace prepara, in sordina, la guerra e che si rifornisce solo presso i negozi appartenenti al loro gruppo.

Quando divenne grande queste assurde foschie mattutine si dissiparono dalla sua mente e iniziò a vedere in loro gente con un'opinione discutibile, visto che è discussa, fanatici che, con la scusa della religione... È inutile snocciolare qui di seguito la litania di sciocchezze piene di epiteti marci tipici tra gli anti-carlisti.

Nella famiglia Pérez vi erano vecchi rancori nei confronti della famiglia carlista López. Un Pérez e un López erano stati soci in passato; ci fu tra di loro qualcosa il cui ricordo è sepolto tra le due famiglie; questo qualcosa generò dei pettegolezzi, e la tiritera continua con piccoli insulti quotidiani, saluti negati, mormorii, sguardi provocatori, pettegolezzi; insomma... si è generato un forte odio.

La famiglia Pérez, benché liberale, era devota tanto quanto la famiglia López. Ascoltavano messa ogni giorno, prendevano la comunione ogni mese, facevano parte di varie congregazioni e consumavano vari scapolari. Erano irreprensibili.

Il nostro Juan Pérez si era nutrito di questi sentimenti, ai quali aggiungeva qualche insegnamento, né molti né vari. La sua passione più grande era la matematica.

Così andavano le cose quando iniziò a farsi largo questo famosissimo aforisma "il liberismo è il peccato", una frase portentosa. Peccato! La scelta di questa parola è un'opera maestra, perché qualsiasi altra parola si utilizzasse al suo posto, come errore, eresia, impietà, crimine, dice più o meno così o non tocca il tema fondamentale o passa direttamente oltre.

Il nostro Pérez non diede molta importanza a ciò, come fosse uno stratagemma indegno uscito dagli edifici umidi dove si riunivano i fantasmi dei cappotti. Un articolo che il caso fece giungere tra le sue mani gli stuzzicò l'appetito. Lesse il libro sacro dell'esimio Sardá, si appassionò agli articoli di Hermano Mayor, alle lettere del *Martillo* di protestanti e liberali, e iniziò a occuparsi di questa nefanda dottrina che, sotto il nome di liberismo, infiltra nella società, sotto forma di veleno, i suoi miasmi letali. Le cose nefande e letali gli producevano un prurito alle tempie.

Studio la lotta tra i meticci e quelli di razza pura, e conosceva dall'inizio alla fine tutte le decisioni indicate nell'Indice e i viaggi di don Celestino. Lesse solo giornali puri e con spirito critico pari a zero fagocitava articoli interminabili, sempre sullo stesso tema, sempre con lo stesso stile e con gli stessi epiteti di sempre. Aguzzò il suo spirito in impercettibili arguzie, nei giochi di prestigio e nei piccoli logogrifi riguardanti concetti basilari.

Nel frattempo giunse l'enciclica *Libertas* e con essa la vivace predicazione contro l'insieme di tutte le eresie e la campagna contro i liberali, imitatori di Lucifero, padrone del motto "non servirò!".

Molte volte, all'imbrunire, si fermava in chiesa seduto su una panca, meditando. A poco a poco le sue idee perdevano i contorni, fino a trasformarsi in nubi e, a quel punto, sentendo l'orologio che suonava le nove, abbandonava la quiete del tempio ed entrava nella confusione della strada.

Iniziò a sentire un certo malessere nello spirito. Una notte, tornando a casa dalla predica, gli ronzò per la testa il famoso aforisma. Non poteva convincersi del fatto che lui fosse più peccatore di un adultero o un assassino; e la cosa era chiara perché peccare contro la fede, direttamente contro Dio, non ascoltandolo, è peggio che peccare per puro caso; la superbia è più satanica dell'ira o della lussuria. Quella notte non chiuse occhio; sudò e si girò e rigirò nel letto mille volte, si alzò per bere acqua con la caraffa dal bacile, chiuse gli occhi di scatto con l'idea di contare fino a cinquanta, ma non ci fu verso; nulla, sempre lì, all'oscuro, rimuginando su quella frase. Avrebbe passato in questo modo tutta la notte se, intorno alle quattro, grazie alla stanchezza che vinse l'insonnia, quest'idea di pace non avesse illuminato la sua mente: tranne i casi di ignoranza o i casi in buona fede. Si addormentò dicendo: Dio mi perdonerà perché non so ciò che penso.

Juan Pérez recuperò una apparente tranquillità, considerandosi un caso di ignoranza o buona fede.

Ma... prendiamolo in considerazione: l'ignoranza che si può sconfiggere, non è peccato? Iniziò a fare immersioni nel profondo della sua anima per capire se lui fosse un caso di ignoranza o buona fede, o se si trattasse solo di espedienti del nemico cattivo. È davvero difficile crocifiggere il vecchio uomo! Gira e rigira fu nuovamente vittima di insonnia.

Così si trovava il poveretto. Tornò a rileggere il sacro libro dell'esimio Sardá, l'enciclica *Libertas*, e iniziò a studiare ciò che il fior fiore della gente considera come liberismo nelle sue differenti accezioni e significati; lo stesso fece per le parole liberale, imitatori, ecc. un pomeriggio, al tramonto, mentre Juan Pérez tornava a casa dopo una passeggiata, masticando dei rovi, si chiese: per caso sono liberale, imitatore etc.? E scoprì senza stupore, come qualcosa che aveva dimenticato ma sapeva benissimo, che non era mai stato liberale. Recuperò la calma; non era liberale, ma neppure carlista. Carlista come i López! Mai! Quelli dei cappotti! Al di sotto delle proprie idee giacevano gli spettri della sua infanzia.

Non era liberale, ma aveva ancora il nome. Che cosa terribile è il nome! Sono i tentacoli dell'intelligenza. I suoi genitori venivano chiamati e si chiamavano tra di loro, liberali. Perdere il cognome perché qualcun altro lo ha diffamato! Il nome si afferrava a lui perché Satana sa che la pelle è l'ultima cosa che si lascia e che per essa molti si perdono. Il mio liberale chiuse occhi e orecchie al sentire il terribile nome, la parola misteriosa, che è ciò che era all'inizio.

Nella vita di Juan Pérez giunse un nuovo periodo di prova: è sufficiente, nel secolo della lotta, osservarla come un semplice spettatore? È sufficiente disertare le effigi di Belial? La timidezza non è forse peccato?

Il risultato fu che Juan Pérez divenne tradizionalista, ma non carlista; abiurò in ogni forma e modo contro la setta letale a cui mai era appartenuto e si allontanò dai liberali, imitatori di Lucifero, padrone del motto "non servirò!". Studiò gli errori nefasti che costituiscono questo abominevole compendio di tutte le eresie e detestò, soprattutto, l'ignobile convivenza tra i figli della luce e figli delle tenebre; sopraggiunse un'implacabile curiosità di conoscere il bene e il male, e lesse scritti di liberali per conoscere da vicino il cancro della nostra società.

Rinfreschiamo un po' la secchezza di questo racconto.

Carmencita era una brava ragazza, celebrata da tutte le vecchie e con le tasche piene di soldi, cosa che spiega perché Juan Pérez e un López, entrambi convinti che non è buona cosa che un uomo stia da solo e che non è buona cosa bruciarsi, le andassero dietro con buone intenzioni. Questo López, da carlista si era trasformato in integro, integro di testa, leale di sangue, perché tutte le altre distinzioni non passano dalla valvola di sicurezza di un cervello zeppo di verità assolute.

Non si sa come fece López a rubare la ragazza a Pérez, ma alla fine si sposò con la ragazza. Juan Pérez passò dei giorni orrendi e delle notti peggiori; ma alla fine benedì gli imperscrutabili disegni della Divina Provvidenza e in poco tempo indebolì i suoi legami di amicizia nei confronti di López, a cui aveva evitato vecchi rancori di famiglia sull'altare della comunione della stessa dottrina.

Juan Pérez, quando si considerava liberale, non aveva la più pallida idea di cosa fosse il liberismo; ma ormai purificatosi aveva appreso a menadito dei pestilenti errori della nefanda setta e aveva letto i direttori di coro di quelle blasfemie e alcuni tedeschi tradotti. Il nemico cattivo delle volte lo tentava, la conoscenza del male gli causava vertigini e ascoltava un canto simile a quello delle sirene ingannatrici, il fischio malefico del serpente infernale.

Il demonio lo tentava e quanto più aveva curiosità di conoscenza, tanto più il suo intelletto, corrotto dal peccato originale, si librava sulle ali della superbia. Satana lo tentava offrendogli un mondo nuovo, di idee nuove, se avesse ceduto e lo avesse adorato. Iniziò a fare indigestione della dolce virtù di umiliarsi davanti alle scritture e a disconoscere che Dio scelse lo stupido e il debole del mondo per far vergognare i saggi e i forti. Bisogna aggiungere che in quei tempi Juan Pérez si dedicava alla ginnastica ed era innamorato di una ragazza civettuola e povera.

Giunse il momento di massima tensione. Un giorno di primavera, durante una riunione, discorrevano amichevolmente, assieme ad altri, i nostri Pérez e López riguardo ad una carta di Martillo e commentavano la sparatoria tra integri e leali. Ripeterono per la centesima volta la stessa battuta, scrutinavano la quarta delibera senza aver fatto la prima, ripetevano cose che sempre nelle stesse collane si leggono su sei o sette colonne di prosa, fino a quando Juan Pérez e Pedro López iniziarono a discutere sul maggiore o minore grado di liberismo delle loro opinioni rispetto a un tema concreto.

Bisogna sapere che in questo sfortunato secolo dell'illuminismo e dei diritti dell'uomo, il virus pestilenziale del liberismo lo infetta così tanto con i suoi miasmi letali che arriva sino alle radici del fondamentalismo più estremo. Uno dei maggiori tormenti dell'uomo puro è quello di esaminare lentamente ogni idea che gli possa passare per la testa prima di renderla pubblica, mettendola in quarantena per poter vedere il grado di liberismo che può raggiungere. Che secolo triste!

La discussione tra Pérez e López si inasprì così tanto che dovettero intervenire gli amici, temendo che sarebbe potuta finire male. Pérez bruciava d'ira, aveva la faccia tutta rossa, il cuore gli batteva forte, si soffocava, e il cuore, contagiato dal peccato originale, gli riportava alla mente i fantasmi della sua giovinezza, l'immagine sfuocata dei cappotti neri nei luoghi umidi, il rancore ereditato e trasmessogli da sua madre attraverso il suo latte, le frasi dei suoi genitori che non capì ascoltandole, gli sguardi dei López, lo squallore del vapore proveniente dal patio dei vicini, narrazioni di imprese eroiche dei cristini, gli occhi da bue di Carmencita che lo guardavano, e gli si smuoveva la melma presente nel suo cuore che Dio gli aveva disseccato, gli si disconnetteva il cervello e, soprattutto, questo nuvolone confuso che come vento di tempesta spazzava via la rabbia, vedeva brillare il famoso aforisma. Sentì un nodo alla gola e la voglia di strangolare López quando sentì che quest'ultimo gli urlava:

-Si tolga da lì, schifoso liberale!

Juan Pérez esplose:

-Sì, sì e ancora sì. Liberale e orgoglioso di esserlo! Fui liberale, lo sono e lo sarò, liberale in ogni grado e sfaccettatura, imitatore di Lucifero, padrone del motto "Non servirò!" No, non servirò!, e se questo è peccato... che lo sia pure!

Non sapeva ciò che diceva, eppure nemmeno nel delirio della rabbia dimenticò tutta la fraseologia.

Uscì sbuffando e quella notte soffrì nuovamente di insonnia.

Aveva rotto il guscio, era in caduta libera, non ebbe il garbo adeguato e iniziò dentro di sé un'opera di autodistruzione. Aveva assaggiato il frutto del peccato ed era finito per diventare liberale di proposito. È una brutta cosa vantarsi di essere saggi; bisogna aspettarsi di più dal tonto! Poverini coloro che si considerano saggi per loro stessa bocca.

La dottrina ruppe l'ignoranza; la conoscenza del peccato gli provocò il terrore, e il sangue liberale, peccato originale dei Pérez sin dai tempi di Álvarez Mendizábal, fece regnare la carne sullo spirito. Non conobbe il peccato, tranne che per la legge; non avrebbe conosciuto il liberismo se la legge non gli avesse detto: il liberismo è peccato. Il peccato, causato dal mandato del giudice, ravvivò in lui la ribellione del sangue, perché senza la legge il peccato non esisterebbe. Juan Pérez visse senza legge per un certo periodo della sua vita, ma quando giunse il mandato del giudice rivisse il peccato; il mandato che dà la vita gli diede la morte, perché il peccato, causato dal mandato, lo ingannò e lo uccise. La legge è spirituale, ma noi siamo carnali.

Il mistero dell'iniquità era stato compiuto: il sangue e Álvarez Mendizábal lo avevano portato a termine. E ci sarà ancora chi, ostinatamente, negherà che il liberismo è peccato; peccato di quelli grandi, e i liberali imitatori, ecc.! Miserabile e corrotta carne di Adamo! Chi ci libererà mai da questo corpo mortale?

Un suo simile

Visto che tutti fuggivano da Celestino lo sciocco, tutt'al più lo trattavano come un fantoccio con cui divertirsi, il poveretto evitava le persone passeggiando da solo per i campi, sprofondato in tutto ciò che lo circondava; assistendo, senza farci grande attenzione, a tutto ciò che gli passava davanti. Celestino lo sciocco sì che viveva *dentro* il mondo, come fosse l'utero materno, intrecciando nuove realtà con ricordi dell'infanzia, che erano per lui tanto reali quanto le altre, in una infanzia ristagnante, attaccata al vivo caleidoscopio come la placenta al feto, come lui all'oscuro di sé stesso. La sua anima racchiudeva tutto ciò in pura semplicità; tutto era una condizione della sua coscienza. Passeggiava per i luoghi più isolati dei pioppeti ai lati del fiume, prendendosi gioco dei tuffi delle anatre, dei voli corti degli uccelli, dei volteggi intrecciati delle coppie di farfalle. Uno dei suoi più grandi divertimenti era quello di capovolgere un povero scarabeo.

L'unica cosa che lo spaventava era la presenza del nemico, l'essere umano. Quando qualcuno gli si avvicinava lo guardava con un sorriso che voleva dire: "Non mi fare nulla ché non ti farò del male"; e quando lo aveva ormai vicino, sotto quello sguardo di indifferenza e senza alcun amore, abbassava lo sguardo a terra, desiderando farsi piccolo come una formica. Se qualche conoscente, incontrandolo, gli diceva: "Ciao, Celestino!" lui inclinava docilmente la testa e sorrideva aspettando lo scappellotto. Quando vedeva in lontananza dei ragazzini, affrettava il passo; il suo timore era giustificato: erano i peggiori tra gli esseri umani.

Un giorno Celestino si scontrò con un altro essere solitario che passeggiava con lui; come d'abitudine gli sorrise ma, in quel momento, vide nel volto di quello sconosciuto il riflesso del suo stesso sorriso, un sorriso intelligente. E girandosi indietro, dopo essersi scontrati, vide che anche l'altro aveva fatto lo stesso, e si sorrisero l'un l'altro ancora una volta. Doveva essere qualcuno simile a lui. Celestino passò tutta la giornata più allegro del solito, pieno di un calore che gli era stato lasciato nell'animo dall'eco della sua semplicità che il mondo, attraverso un volto umano, gli aveva ricambiato.

Il giorno successivo si incontrarono di nuovo nel momento in cui, un passero, facendo baccano, si posò in un nido vicino. Celestino lo segnalò all'altro e disse ridendo:

-Che uccello..., è un passero!

-È vero, è un passero -rispose l'altro mettendosi a ridere.

Entrambi, felici, risero tantissimo: inizialmente dell'uccello che faceva loro da coro strillando, e poi di loro stessi che se la ridevano. E così i due sciocchi divennero amici, all'aria aperta e sotto il cielo di Dio.

-Chi sei?

-Pepe.

-Ed io Celestino.

-Celestino... Celestino... -urlò l'altro, scoppiando a ridere con tutte le sue forze-. Celestino lo sciocco... Celestino lo sciocco...

-E tu Pepe lo sciocco -rispose con vivacità e un po' incavolato Celestino.

-È vero, Pepe lo sciocco e Celestino lo sciocco!...

E i due sciocchi finirono per ridere a crepappelle della loro stupidità e, facendolo, ingoiarono boccate d'aria fresca. Le loro risate si perdevano nel pioppeto, e le loro voci si confondevano nei campi come una delle tante.

Da quel giorno di risate si vedevano ogni giorno per passeggiare assieme, condividere impressioni, facendo notare l'un l'altro tutto ciò che Dio gli metteva davanti, vivere *dentro* il mondo, donandosi calore e fomento, come gemelli che dividono lo stesso utero.

-Oggi fa caldo.

-Sì, fa caldo, è vero che fa caldo...

-In questi giorni tende a fare caldo...

-È vero, tende a fare calore in questi giorni... hi, hi..., e in inverno freddo.

E così continuavano a sentirsi simili e provavano piacere nello scoprire in ogni momento tante cose che noi diamo per scontate, avendole cristallizzate in concetti astratti, classificandole seguendo la logica. Per loro qualsiasi cosa era nuova sotto il sole, tutte le impressioni erano nuove e il mondo era una creazione eterna senza nessun secondo fine. Quando Pepe vide lo scarabeo capovolto esplose in una fragorosa risata! Sull'onda dell'entusiasmo prese un ciottolo per schiacciare l'animaletto, ma Celestino glielo impedì dicendogli:

-No, non è cattivo...

La stupidità di Pepe non era congenita e irreversibile come quella del suo nuovo amico, bensì fortuita e graduale, dovuta ad un ammorbidimento del cervello. Celestino lo distinse, pur senza rendersene conto a pieno; percepì in maniera confusa ciò che li differenziava nella profondità della loro somiglianza e, da questa osservazione incosciente, nascosta nelle profondità oscure del suo animo vergine, germogliò in lui un grande amore per il povero Pepe; un amore fraterno, ma anche materno e paterno. Quando delle volte il suo amico si addormentava vicino le rive del fiume, Celestino, seduto al suo lato, gli scacciava le mosche e i calabroni, gettava pietre nello stagno affinché si azzittissero le rane, faceva attenzione che le formiche non salissero sulla faccia del suo amico addormentato, e guardava angosciato da un lato e dall'altro nel caso venisse qualche essere umano. E scorgendo dei ragazzini gli batteva forte il cuore e si avvicinava di più al suo amico, nascondendo delle pietre nelle tasche. Quando sul volto del suo amico addormentato spuntava un sorriso, Celestino sorrideva sognando il mondo che lo rinchiusa.

I ragazzini correvano per le strade gridandogli:

*Sciocco più sciocco,
sciocchi due volte!*

Un giorno in cui un mascalzone arrivò per picchiare il malato, si risvegliò in Celestino un istinto in lui sopito fino a quel momento; corse appresso al ragazzino e lo riempì di scappellotti e schiaffi. La ciurmaglia, irritata ma nello stesso momento fomentata dall'imprevedibile reazione dello sciocco, iniziò a prendere di mira la coppia; Celestino, facendo scudo al suo amico, si difese eroicamente con calci e schiaffi fino a quando arrivò una guardia a mettere in fuga i ragazzini. E la guardia rimproverò lo sciocco... Finalmente, signore!

La malattia di Pepe, progredendo, giunse al punto di intorpidirgli il cervello così tanto che si limitava a ripetere a denti stretti, mezzo addormentato, ciò che il suo amico gli segnalava di volta in volta, man mano che passavano come interpreti di un cosmorama.

Un giorno Celestino lo sciocco non vide il suo povero amico e andò a cercarlo dappertutto, guardando con odio i ragazzini e sorridendo come non mai agli esseri umani. Poco dopo sentì dire che era morto come un uccellino e, anche se non capì bene questa storia

dell'esser morto, sentì come un vuoto spirituale; prese un ciottolo, lo mise nella tasca, andò in chiesa durante la messa, si inginocchiò davanti al crocifisso, poi si sedette sui talloni e dopo essersi fatto varie volte il segno della croce ripeté:

-Chi lo ha ucciso? Dimmi chi lo ha ucciso...

Continuando a guardare il Cristo, senza mai togliergli gli occhi di dosso, ricordando che un giorno aveva ascoltato una predica in cui si diceva che quella persona crocifissa resuscitava i morti, esclamò:

-Resuscitalo! Resuscitalo!

Uscendo dalla chiesa venne accerchiato da un branco di ragazzini: uno lo strattonava per la giacca, un altro gli fece cadere il cappello, qualcuno gli sputò e altri gli chiedevano: "E l'altro sciocco?" Celestino, chiusosi in sé stesso, avendo perso quel coraggio passeggero, figlio dell'amore, mormorò: "Mascalzoni, mascalzoni e ancora mascalzoni..., canaglie..., voi lo avete ucciso..., mascalzoni"; scagliò il ciottolo e affrettò il passo per mettersi al sicuro nella sua casa.

Quando tornò a passeggiare nuovamente da solo vicino ai pioppeti accanto alle rive del fiume, le ondate di fresche sensazioni che riceveva dal vasto campo come fosse sangue spirituale della placenta, si raggruppavano e prendevano vita attorno alla sfumata e semioscura immagine del volto sorridente del suo amico che dormiva. In questo modo umanizzò la natura antropomorfizzandola a modo suo, in pura semplicità e incoscienza; versava nelle sue nuove forme, come fosse una sostanza vitale, la tenerezza paterna e materna che era germogliata in lui stando a contatto con un suo simile, e senza rendersene conto intravide vagamente Dio che, dal cielo, gli sorrideva con un sorriso di un umano simile a lui.

Soledad

Soledad nacque dalla morte di sua madre; anche Leopardi scrisse che la nascita di un essere umano è rischio di morte,

*nasce l'uomo a fatica
ed è rischio di morte in nascimento*⁷²

rischio di morte per chi nasce e per chi dà la vita.

La povera Amparo, la madre di Soledad, nei suoi cinque anni di matrimonio, aveva vissuto una vita silenziosamente tragica e sempre nella penombra. Suo marito era impenetrabile e sembrava insensibile. La poveretta non sapeva perché si era sposata; si trovò unita nel vincolo di matrimonio a quell'uomo come colui che si sveglia da un sonno profondo. La sua vita da nubile si perdeva come in una lontananza brumosa, e quando pensava in essa ricordava sé stessa, ciò che era prima di sposarsi, una persona strana. Non poteva sapere se suo marito l'amasse o la detestasse. Passava in casa giusto il tempo di dormire e mangiare, solo per i suoi istinti animali; lavorava fuori casa, parlava fuori casa e si distraeva fuori casa. Non diresse mai alla sua povera moglie una parola più forte o più aspra delle altre; non la contraddisse su nulla. Quando la povera Amparo gli chiedeva qualcosa o desiderava un suo parere, otteneva da lui sempre la stessa risposta: "Sì, va bene, lasciami in pace, fai come vuoi!". E questo incessante "fai come vuoi!" giungeva dritto al cuore della poveretta, un cuore malato, come un pugnale affilato. "Come vuoi tu! -pensava la poveretta-; vuol dire che la mia volontà non merita neppure di esser contraddetta". E per finire il "lasciami in pace", quel terribile "lasciami in pace" che fa soffrire tante case. In quella di Amparo, quella che dovrebbe essere la casa di Amparo, questa tranquilla e nefasta tranquillità ottenebrava ogni cosa.

Dopo un anno di matrimonio Amparo ebbe un figlio; ma nella triste situazione di abbandono della sua casa lei desiderava una figlia. "Un figlio! -pensava- un uomo! Gli uomini sempre fanno tutto fuori casa!". E così, quando rimase nuovamente incinta, non faceva altro che aspettare una bambina. E l'avrebbe chiamata Soledad. La povera finì allettata,

⁷² En italiano en el texto original.

gravemente malata. Il suo cuore perdeva forza rapidamente. Comprese che non sarebbe vissuta oltre la nascita di sua figlia, giusto in tempo di metterla al mondo nella casa tenebrosa. Chiamò suo marito e disse: "Ascolta Pedro, se come spero sarà femmina la chiamerai Soledad, va bene?". "Sì, va bene -rispose lui-, avremo tempo per pensarci", e nel mentre pensava che quel giorno, con la storia del parto, non avrebbe giocato la sua partita a domino. "Sto per morire, Pedro, non supererò il parto", aggiunse lei. "È solo ansia!", rispose lui. "Sarà -rispose Amparo-; ma se nasce femmina la chiamerete Soledad, va bene?" "Sì, va bene, lasciami in pace; come vuoi tu!", concluse lui.

E lo lasciò in pace per sempre. Dopo aver dato alla luce la sua bambina ebbe solo il tempo di rendersi conto che era una femmina. E le sue ultime parole furono: "Soledad, va bene Pedro?" Soledad!".

L'uomo rimase perplesso e, se fosse stato ancora, vivo sarebbe sparito se fosse stato possibile. Vedovo, alla sua età, e con due figli piccoli! Chi si sarebbe preso cura della casa adesso? Chi se li sarebbe cresciuti ora? Perché fino a quando la bambina fosse cresciuta a sufficienza per poter farsi carico di portare avanti la famiglia e amministrare la casa... E poi sposarsi di nuovo! No, non lo avrebbe fatto nuovamente. Sapeva bene cosa significasse esser sposato; se lo avessi saputo prima! Un nuovo matrimonio non risolverebbe nulla. No, decisamente no, non si sarebbe sposato un'altra volta.

Fece portare Soledad in un paesino affinché la crescessero fuori casa. Non voleva seccature dai bambini né sfacciataggini da parte della balia. Già non ne poteva più dell'altro, di Pedrín, che aveva ormai tre anni.

Soledad ricordava appena i suoi primi anni di infanzia. Lì, in lontananza, i suoi ultimi ricordi riguardavano la sua casa cupa e cinerea, e quel padre ermetico, quell'uomo che mangiava accanto a lei e che vedeva solo quando si alzava dal tavolo e quando andava a dormire. E ricordava quei baci liturgici, forzati. La sua unica compagnia era Pedrín, suo fratello. Ma lui giocava con lei in senso molto stretto: non giocava assieme a lei, bensì giocava con lei come si giocava con una bambola. Lei, Soledad, nella sua solitudine, era il suo giocattolo. E, esattamente come dovrebbe essere ogni uomo, era un brutto. Visto che i suoi pugni erano più forti, voleva sempre avere ragione. "Voi donne non servite a nulla. Chi comanda sono gli uomini!", le disse una volta.

Soledad aveva un'indole molto ricettiva, incredibilmente sensibile. Spesso le donne hanno quest'indole ricettiva che, non producendo nulla, sparisce senza che nessuno se ne sia reso conto. All'inizio Soledad, piangendo e ferita nel profondo, si rivolse a suo padre, alla sfinge, chiedendo giustizia; ma l'inflessibile uomo le rispondeva ironicamente: "Sì, va bene, lasciami in pace! Datevi un bacio e fate che ciò non si ripeta!". Credeva di sistemarlo in questo modo, togliendo di mezzo il disturbo. E fu così perché Soledad non si lamentò più delle crudeltà di suo fratello, sopportò tutto in silenzio, lasciando suo padre in pace ed evitando gli umilianti baci fraterni.

La tristezza cinerea della sua casa aumentò e divenne sempre più oscura. Riposava solo quando era a scuola, dove la iscrisse suo padre, grazie all'aiuto pensionistico, per averla il meno tempo possibile in casa. Lì, a scuola, seppe che tutte le sue compagne avevano o avevano avuto una mamma. E un giorno, durante la cena, prese coraggio e disturbò suo padre chiedendogli: "Dimmi papà, io ho mai avuto una mamma?". "Ma che domanda -rispose l'uomo-, tutti abbiamo avuto una mamma, perché me lo chiedi?" "E dov'è la mia mamma, papà?" "È morta quando sei nata tu." "Oh, che triste!", esclamò Soledad. E allora suo padre ruppe per un momento il suo feroce silenzio e le disse che sua mamma si chiamava Amparo e le mostrò un suo ritratto. "Com'era bella!", esclamò la bambina. E il padre aggiunse: "Sì, ma non tanto come te!". In questa esclamazione che gli scappò, rivelava una delle sue arroganze; era certo che se sua figlia era più bella della madre era merito suo. "E tu, Pedrín -disse Soledad a suo fratello- spinta da quel fugace calore familiare-, ti ricordi di lei?" "E come potrei ricordarla se quando morì avevo appena tre anni!" "Beh, io al tuo posto me ne ricorderei" rispose la bambina. "Certo, voi donne siete più sveglie!" esclamò l'ometto in erba. "No, ma ricordiamo di più." "Va bene, va bene, non dire stupidaggini e lasciami in pace." E terminò la conversazione di quell'indimenticabile sera in cui seppe che aveva avuto anche lei una madre.

E la pensò così tanto che quasi la ricordò. Popolò la sua solitudine con sogni materni.

Gli anni passarono rapidamente, tutti uguali, tutti cenerei e tristi in quella casa spenta. Il padre non invecchiava né poteva farlo. Alla stessa ora faceva tutti i giorni le stesse cose, con una regolarità meccanica. E il fratello iniziò a sperperare e a far parlare di sé nel paese. Fino a che non sparì da lì; Soledad non seppe mai dove se ne andò. Rimasero da soli il padre e la

figlia, soli e separati; o meglio possiamo dire che vivevano, mangiavano e dormivano sotto lo stesso tetto.

Finalmente un giorno sembrò che a Soledad si stessero per aprire le porte del cielo. Un valoroso ragazzo, che da qualche tempo, quando la vedeva per le strade del paese, la mangiava con gli occhi, le parlò chiedendole di fidanzarsi. La povera Soledad vide che la vita le offriva un'opportunità, e nonostante alcuni suoi presentimenti che invano voleva scacciare, accettò. E fu come se fosse arrivata la primavera.

Soledad iniziò a vivere, o meglio a nascere. Iniziò a capire il significato di molte cose che fino a quel momento, per lei, non lo avevano avuto; iniziò a capire molto di ciò che aveva sentito dire dalle sue maestre o dalle sue compagne di scuola, molto di ciò che aveva letto. Tutto sembrava far festa dentro di lei. Allo stesso tempo scoprì tutto l'orrore della sua casa, e se non fosse stato per l'immagine del suo ragazzo, sempre presente dentro di lei, si sarebbe congelata lì, assieme a quell'uomo granitico.

Fu un vero stupore quel fidanzamento per la povera Soledad. Suo padre sembrava non essersi accorto di nulla o non voler accorgersene: neppure una minima allusione. Se uscendo di casa incontrava il ragazzo di sua figlia che si avvicinava alla grata, nell'ora delle piacevoli chiacchierate, faceva finta di non accorgersi di nulla. La povera Soledad ebbe più di una volta l'intenzione di accennare qualcosa a suo padre mentre erano seduti a tavola, durante la cena; ma le parole le si solidificavano nella bocca prima di uscire. E continuò a non dire nulla.

Soledad iniziò a leggere dei libri che le portava il suo ragazzo; iniziò, grazie a lui, a scoprire il mondo. E quel giovane non sembrava un uomo. Era dolce, allegro, aperto, ironico e addirittura delle volte la contraddiva. Di suo padre, del padre di lei, non gli parlò mai.

Fu l'iniziazione alla vita e il sogno di una famiglia. Soledad iniziò a sognare come sarebbe una famiglia, a intravedere cos'erano veramente le famiglie, le vere famiglie che le sue compagne avevano. E questa comprensione, o meglio questo sentimento, fece aumentare in lei l'orrore per il covo in cui viveva.

Improvvisamente, un giorno, quando meno se lo aspettava, arrivò il crollo. Il suo ragazzo, che era fuori da ormai un mese, le scrisse una lunga lettera piena di dimostrazioni di affetto molto ricercate, molto subdole, in cui dietro mille dimostrazioni di affetto le diceva che la loro relazioni non poteva più continuare. E terminava con questa terribile frase: "Forse un

giorno arriverà un altro che ti potrà rendere felice di più di come ho fatto io". Soledad sentì un freddo tenebroso che le avvolgeva l'anima e tutta la brutalità, l'indicibile brutalità di lui, cioè dell'uomo, del maschio. Si contenne divorando in silenzio e con gli occhi scavati la sua umiliazione e il suo dolore. Non voleva apparire debole davanti a suo padre, davanti alla sfinge.

Perché? Perché il suo ragazzo l'aveva lasciata? Si era forse stancato di lei? Perché? Un uomo si può forse stancare di amare? Ci si può stancare di amare? No, no, la verità è che non l'aveva mai amata. E lei, la povera Soledad, assetata d'amore sin dal giorno in cui nacque, comprese che quell'altro uomo non l'aveva mai amata. E sprofondò in sé stessa, rifugiandosi nella venerazione di sua madre e della Vergine. E non pianse perché il suo dolore non era di lacrime; era un dolore arido e rovente.

Una sera, durante la cena, la sfinge paterna aprì la bocca per dire: "Allora? Sembra che sia già finita!". E Soledad sentì come se il suo cuore venisse attraversato da una spada di ghiaccio. Si alzò dalla tavola, andò nella sua stanza e esclamando: "mamma mia!", ebbe delle convulsioni. E da quel momento il mondo le seppe di nulla.

Passati due anni, una mattina, trovarono morto suo padre, don Pedro, nel letto. Gli si era fermato il cuore. E sua figlia, adesso sola al mondo, non pianse per lui.

Soledad rimase sola. Completamente sola. E affinché la sua solitudine fosse ancora maggiore vendette tutte le proprietà che suo padre le aveva lasciato, realizzò una modesta fortuna e se ne andò a vivere lontano, molto lontano, dove nessuno la conosceva e dove lei non conosceva nessuno.

E questa è Soledad, oggi ormai quasi anziana, questa donna semplice e nobile che vedete tutti i pomeriggi andare a prendere il sole verso le rive del fiume, questa donna misteriosa che non si sa né da dove è arrivata né di dove è originaria. Lei è la caritatevole anima solitaria che in silenzio pone rimedio ai bisogni altrui; lei è la donna a cui qualche volta scappa uno di questi tristi episodi, segnali di uno sconforto ormai sedimentato.

Nessuno sapeva la sua storia e si diffuse la leggenda di una terribile tragedia racchiusa in lei. Ma, come vedete, non c'è nella sua vita nessuna tragedia degna di rappresentazione, se non questa tragedia volgare, volgarissima, non rappresentabile, silenziosa, che tante vite umane distrugge: la tragedia della solitudine.

Si sa solo che qualche anno fa un uomo incredibilmente decrepito, curvo sotto il peso del vizio, venne a cercare Soledad; dopo pochi giorni morì nella casa della donna. “Era mio fratello!”, fu l’unica cosa che disse la donna.

Ora capite cos’è la solitudine nell’animo di una donna e, soprattutto, di una donna assetata di affetto e affamata di calore familiare? Il maschio, nella nostra società, ha a disposizione alcune cose in cui non pensare alla sua solitudine; ma una donna sola che non vuole chiudersi in un convento, cosa può fare in questa società?

Questa povera donna, che vedete vagare sulle sponde del fiume, senza mai fermarsi e senza uno scopo, ha provato l’enorme brutalità dell’egoismo animalesco dell’uomo. Cosa pensa? Per cosa vive? Quale lontana speranza la tiene in vita?

Ho intrecciato delle relazioni, non dico amicizia, con Soledad e ho provato a carpire la sua idea della vita e del destino, ciò che qualcuno chiamerebbe la sua filosofia. Fino ad ora non ho ottenuto granché, spero di fare meglio in futuro. Tutto ciò che sono riuscito a fare è conoscere la sua storia, quella che ho appena finito di raccontarvi. A parte questo non le ho sentito dire altro se non delle riflessioni piene di buon senso, ma un buon senso freddo e servile. È una donna dotata di una straordinaria cultura sui libri, perché ha letto molto, e di una gran lungimiranza. Ma, soprattutto, è estremamente sensibile alle volgarità e brutalità di ogni tipo. Vive così, riservata e solitaria, per non soffrire gli urti della brutalità umana.

Di noi uomini ha un’idea singolare. Quando ho tirato fuori il discorso sugli uomini si è limitata a esclamare: “poveretti!”. Sembra che ci compatisca come chi compatisce un granchio. Mi ha promesso che qualche volta mi parlerà degli uomini e del più grande, dell’enorme, del supremo problema delle relazioni tra uomo e donna. “Non delle relazioni sessuali -mi disse-, eh? Mi capisca bene, non di questo, ma delle relazioni generali tra uomo e donna, come madre e figlio, figlia e padre, sorella e fratello, amica e amico rispettivamente, marito e moglie, fidanzato e fidanzato o amanti; l’importante, la cosa fondamentale, è la relazione generale, su come un uomo deve percepire una donna, indipendentemente dal fatto che sia sua mamma, sua figlia, sua sorella, sua moglie, o persona cara, e come una donna deve percepire un uomo, indipendentemente dal fatto che sia suo padre, suo figlio, suo fratello, suo marito o un amante.” E aspetto il giorno in cui Soledad mi parlerà di ciò.

Una volta parlai con lei di quest'abbondanza di libri erotici da cui siamo inondati, perché con la buona Soledad si può parlare di qualsiasi cosa facendo attenzione a non ferirla. Quando le tirai fuori questo discorso istintivamente mi guardò con i suoi grandi occhi chiari, occhi eternamente giovani, e con un accenno di sorriso presente sulla sua bocca mi chiese: "Mi dica, lei mangerà? Non è forse vero?". "Certo che mangerò!", risposi sorpreso per la domanda. "Ebbene, se a lei che piace mangiare la sorprendessi leggendo un libro di cucina e avessi il potere di decidere, la manderei in cucina a pulire le padelle." E non aggiunse null'altro.

Col passare degli anni

*Eheu, fugaces, Postume,
Postume, Labuntur anni...*
(Orazio. Ode II, 14.)

Il luogo comune che appare con maggiore insistenza nella filosofia morale e nella poesia riguarda il modo in cui passa il tempo, come gli anni sprofondino nell'eternità del passato.

Tutti gli uomini, ad una certa età, scoprono che stanno invecchiando, così come noi tutti ci rendiamo conto ogni anno –oh, che osservazione portentosa!– che le giornate cominciano ad allungarsi con l'arrivo della primavera, e che con l'arrivo dell'autunno, sei mesi dopo, iniziano ad accorciarsi.

Questo luogo comune del tempo che scorre senza sosta e che, nel suo fluire, deforma e trasforma tutto è un tema di riflessione per tutti i giorni dell'anno, ma sembra che noi uomini dedichiamo a essa in particolar modo l'ultimo e il primo giorno dell'anno successivo, o di come arriva il tempo. E arriva nello stesso modo in cui va via, senza accorgersene. E basta con i luoghi comuni.

Siamo gli stessi di due, otto o venti anni fa?

Che inizi il racconto.

* * *

Juan e Juana si sposarono dopo un lungo fidanzamento, che permise loro di conoscersi, e più che conoscersi, farsi l'uno per l'altra. Conoscersi no, perché due fidanzati che non si conoscono in otto giorni non si conosceranno neppure in otto anni, e il tempo non fa altro che gettare un velo sugli occhi –lo spesso velo dell'affetto– affinché non scoprano i rispettivi difetti, o, piuttosto, in modo che gli occhi stregati li convertano in virtù.

Juan e Juana si sposarono dopo un lungo fidanzamento, e il loro matrimonio fu come la continuazione di quest'ultimo.

La passione li bruciò come mirra negli impeti della luna di miele, e restò solo ciò che rimane tra le ceneri della passione, ma vale molto più della passione stessa: la tenerezza. La tenerezza sotto forma di sentimento della convivenza.

Gli sposi tardano sempre a diventare una sola carne, come disse Cristo (Marco X, 8). Ma quando si arriva a questo, coronamento della tenerezza della convivenza, la carne della donna non infiamma più la carne dell'uomo, nonostante questa si infiammi di suo; ma se tagliassero la carne di lei, farebbe male anche a lui come se stessero fendendo la propria. E questo è il colmo della convivenza, il fatto di vivere due in uno e una sola vita. Persino l'amore, il puro amore, finisce quasi per sparire. Amare la propria donna diventa amare sé stessi, amor proprio, e questo è fuori dai precetti, poiché se ci hanno detto "ama il tuo prossimo come te stesso", è perché si presuppone che ognuno, senza precetto, ama sé stesso.

Juan e Juana arrivarono presto alla tenerezza della convivenza, alla quale li aveva preparati il loro lungo noviziato al matrimonio. E delle volte, tra il tepore della tenerezza affioravano delle fiammate di passione.

E passavano i giorni.

Passavano, e Juan si arrabbiava e spazientiva non vedendo segnali del frutto sperato. Era forse meno uomo di altri che lui riteneva meno uomini di lui? E non vi sorprenda questo pensiero di Juan, perché nella sua terra, dove scorre sangue semita, c'è un senso troppo carnale della virilità. E segretamente, senza confessarselo, Juan e Juana provavano ognuno una certa diffidenza verso l'altro, al quale davano la colpa della presunta frustrazione della speranza matrimoniale.

Finalmente un giorno Juana disse a Juan qualcosa all'orecchio –anche se erano soli e molto lontani da altre persone; però in questi casi si gioca a fare i misteriosi–, e l'abbraccio di Juan a Juana fu il più forte e il più caloroso di tutti gli abbracci che le aveva dato fino a quel momento. Infine la convivenza trionfò persino nella carne, portando in essa una nuova vita.

E arrivò il primo figlio, la novità, il miracolo. A Juan sembrò quasi impossibile che quello, uscito dal corpo di sua moglie, fosse vivo, e più di una notte, tornando a casa, avvicinò il suo orecchio alla testolina del piccolo, che dormiva nella sua culla, per sentire se respirasse.

E passava lunghi momenti con il libro aperto davanti, guardando come Juana allattava Juanito.

E passarono due anni, e venne un altro figlio, che era femmina –però, signore, quando si parla di maschile e femminile, perché si deve applicare a entrambi i sessi il primo genere e non il secondo?–, e fu chiamata Juanita, e a Juan, suo padre, già non sembrò più un miracolo, anche se per Juana, sua madre, fu molto doloroso darla alla luce.

E passarono anni, e ne arrivò un altro, e dopo un altro, e dopo ancora un altro, e Juan e Juana si riempirono di figli. E Juan sapeva solo il giorno di nascita del primo, e per quanto riguarda gli altri, non sapeva neppure in che mese fossero nati. Invece Juana, la loro madre, poiché teneva il conto a seconda del dolore provato, lo ricordava bene. Perché ricordiamo molto meglio le date dei dolori e delle disgrazie piuttosto che quelle dei piaceri e delle gioie. Le pietre miliari della vita sono più dolorose che piacevoli.

E a causa di questo scorrere degli anni e partorire figli, Juana si era trasformata da una fanciulla giovane e snella, in una matrona matura e in carne, forse troppo. I suoi lineamenti si erano fortemente deformati; il fiore della gioventù era appassito. Era ancora bella, ma non più gradevole. E la sua era una di quelle bellezze più per il cuore che per gli occhi. Era una bellezza di ricordi, non più di speranze.

E Juana si accorse che suo marito Juan cambiava carattere con il passare degli anni, e persino la tenerezza della convivenza si stava raffreddando. Erano sempre più rare quelle fiammate di passione che nei primi anni di matrimonio, di tanto in tanto, divampavano tra i tizzoni della tenerezza. Ormai non restava altro che la tenerezza.

E la tenerezza pura, a volte, si confonde quasi con la gratitudine e addirittura confina con la pietà. A Juana i baci di Juan, suo marito, le sembravano baci per la madre dei suoi figli più che baci per sua moglie, baci imbevuti di gratitudine per avergli dato dei figli così belli e buoni, baci forse imbevuti di pietà per il fatto di vedere la sua vita volgere verso il suo declino. E non c'è amore vero e profondo, come quello di Juana verso Juan, che si soddisfi con gratitudine o pietà.

L'amore non vuole essere ringraziato né vuole essere commiserato. L'amore vuole essere amato e basta, senza una ragione, per quanto nobile possa essere.

Ma Juana aveva gli occhi e lo specchio da una parte, e aveva, dall'altra, i suoi figli. E inoltre aveva fiducia e rispetto in suo marito. E aveva, soprattutto, la tenerezza che tutto appiana.

Ma notò che il suo Juan era preoccupato e depresso, e oltre a preoccupato e depresso, eccitato. Sembrava come se una nuova gioventù gli smuovesse il sangue nelle vene. Era come se, mentre iniziava l'autunno della sua vita, *un'estate di San Martino*⁷³ facesse germogliare in lui fiori tardivi che in inverno dovrebbero congelare.

Sì, Juan era depresso; Juan cercava la solitudine; Juan sembrava pensare a cose lontane quando la sua Juana gli parlava, Juan era distratto. Juana si mise ad osservarlo e a meditare, più con il cuore che con la testa, e finì per scoprire quello che tutte le donne finiscono per scoprire ogni volta che si affida la ricerca al cuore e non alla testa: scoprì che Juan era innamorato. Non vi era alcun dubbio.

E Juana raddoppiò il suo affetto e le sue tenerezze per il suo Juan e lo abbracciava come per difenderlo da una tentazione maligna, da un cattivo pensiero.

E Juan, intuito il significato di quegli abbracci di rinnovata passione, si lasciava amare e raddoppiava tenerezze, gratitudine e pietà fino a riuscire a ravvivare la fiamma della passione ormai quasi estinta, ma che non si può mai estinguere del tutto. E, tra Juan e Juana, c'era un segreto evidente ad entrambi, un segreto confessato in segreto.

E Juana iniziò a fare, discretamente, la posta al suo Juan cercando l'oggetto della nuova passione. E non lo trovava. Chi, se non lei, amerebbe il suo Juan?

Fino a quando un giorno, quando e dove il suo Juan lo sospettava meno, lo sorprese, senza che lui se ne rendesse conto, a baciare un ritratto. E se ne andò afflitta, ma decisa a scoprire di chi fosse quel ritratto. E iniziò da quel giorno un lavoro astuto, silenzioso e paziente, sempre alla ricerca del misterioso ritratto, tenendo per sé l'angoscia e raddoppiando la passione e gli abbracci protettivi.

Finalmente! Finalmente un giorno quell'uomo previdente e cauto, quell'uomo così astuto, lasciò –lo aveva fatto di proposito?–, lasciò per errore il portadocumenti in cui conservava il ritratto. E Juana tremante, ascoltando i richiami del suo cuore che la avvertiva, piena di curiosità, di gelosia, di compassione, di paura e vergogna, mise mano al portafogli. Lì, era lì il ritratto; sì, era quello, quello, lo stesso; lo ricordava bene. Quando il suo Juan lo baciò

⁷³ Es un fenómeno atmosférico que se conoce en España con el nombre de 'veranillo de San Martín'; se produce entre los últimos días del verano y los primeros del otoño y causa una ascensión de las temperaturas.

appassionatamente lei lo vide solo dalla parte del rovescio, però era quello stesso rovescio, lo stesso che ora stava guardando.

Si fermò un momento, lasciò il portafogli, si avvicinò alla porta, ascoltò un momento e poi la chiuse. E afferrò il ritratto, lo girò e lo fissò.

Juana rimase attonita, inizialmente pallida e poi come accesa dal rossore; due grosse lacrime caddero dai suoi occhi sul ritratto, e poi le asciugò baciandolo. Quello era un ritratto di lei, proprio suo, solo che..., Ahi, postumo; come passano veloci gli anni! Era un suo ritratto di quando aveva ventitré anni, pochi mesi prima di sposarsi; era un ritratto che Juana diede a Juan quando erano fidanzati.

E davanti al ritratto risorse davanti ai suoi occhi tutto quel passato di passione, quando Juan non aveva un solo capello bianco e lei era snella e giovane come un germoglio.

Juana era gelosa di sé stessa? O meglio, la Juana di quarantacinque anni era gelosa della Juana di ventitré, della sua altra Juana? No, ma provò compassione per sé stessa, e con essa, tenerezza, e con la tenerezza, affetto.

E prese il ritratto e lo nascose nel suo petto.

Quando Juan non trovò il ritratto nel portadocumenti sospettò qualcosa e si mostrò inquieto.

Era una notte di inverno, e Juan e Juana, già messi i figli a dormire, erano soli assieme al fuoco del camino; Juan leggeva un libro; Juana lavorava a maglia. Improvvisamente Juana disse a Juan:

–Ascolta, Juan, ti devo dire una cosa.

–Dimmi, Juana, tutto quello che vuoi.

Come gli innamorati a cui piaceva ripetersi l'un l'altro i nomi.

–Tu, Juan, nascondi un segreto.

–Io? No!

–Ti dico di sì, Juan.

–Ti dico di no, Juana.

–Ti ho scoperto; non me lo puoi negare, Juan.

–Se è così, mostramelo.

Quindi Juana prese il ritratto e, allungandolo verso Juan, gli disse con la voce rotta dal pianto:

–Dai, prendilo e bacialo quanto vuoi, però non di nascosto.

Juan arrossì, e appena si riprese dall'emozione, di sorpresa, prese il ritratto, lo gettò nel fuoco e avvicinandosi a Juana, prendendola tra le sue braccia e facendola sedere sopra le sue ginocchia, che gli tremavano, le diede un lungo e appassionato bacio sulla bocca, un bacio in cui dalla pienezza della tenerezza risbocciò la passione originaria. E sentendo su di sé il dolce peso di quella fonte di vita, da dove erano venuti fuori per lui, oltre a nove figli, più di venti anni di tranquillità, le disse:

–Non a lui, ché è cosa morta, e le cose morte, al rogo; non a lui, ma a te, a te, Juana mia, vita mia, a te, a te che sei viva e mi hai dato vita, a te.

E Juana, tremando d'amore sulle ginocchia del suo Juan, sentì che stava tornando ai ventitré anni, agli anni del ritratto che bruciava, riscaldandoli con il suo fuoco.

E la pace della serena tenerezza tornò a regnare nella casa di Juan e Juana.

La borsa di studio

“Torni un altro giorno...” “Vedremo!” “Lo prenderò in considerazione.” “Va così male questo...” “Voi siete tanti...” “Lei è arrivato tardi, è un peccato!” Don Agustín veniva mandato via ogni volta con frasi come queste, disoccupato a tempo indeterminato. E non era in grado di imporsi né di importunare, nonostante avesse sentito mille volte il detto “chi la dura la vince”.

Tra sé e sé faceva mille progetti, si armava di coraggio, e prometteva a sé stesso di raccontare a chiunque le verità del barcaiolo; ma quando vedeva due occhi che lo guardavano, gli si raggomitava il cuore. “Ma perché mai sono così, Dio mio?”, si chiedeva, ma continuava ad essere così, quello che era, perché solo in questo modo poteva essere ciò che era.

E sotto sotto provava un curioso piacere nel trovarsi senza un lavoro e nel non sapere dove avrebbe trovato un duro⁷⁴ per il giorno successivo. La libertà è molto più dolce quando si ha lo stomaco vuoto, dicano pure ciò che vogliono coloro i quali non si sono mai trovati con la vita spoglia. Questi conoscono solo gli indumenti che avvolgono la vita, i loro finimenti, non la vita stessa, vuota e spoglia.

Il figlio, Agustinito, rachitico e malaticcio, con due occhietti che si muovevano sul pallido viso, era molto sveglio. Capiva tutto al volo.

-È la nostra unica speranza -diceva la madre, avvolta nel suo scialle, durante una notte d’inverno- che faccia domanda per la borsa di studio, e avremo le due pesetas per il tempo in cui dureranno i suoi studi..., perché questa storia di vivere così, della carità altrui...! E che carità, Dio mio! No, non credere che mi stia lamentando, no! Le signore sono molto gentili, però...

Sì; che, come dice Martín, invece di fare la carità si dedicano allo sport della beneficenza.

-No, questo no; non è questo.

-Te l’ho sentito dire qualche volta; sembra che nel momento in cui fanno la carità si propongono di far vergognare colui che la riceve. Ricordi quello che ci disse la lavandaia

⁷⁴ Moneda española de cinco pesetas.

quando ci raccontò che le diedero da mangiare a Natale e veniva servita dalle signorinelle..., “questa cosa che fanno le signorinelle per farci diventare rosse...”

-Sì ma...

-Sii sincera e non nascondermi le cose. Capisci che ci fanno l’elemosina per umiliarci...

Nelle notti gelide non aveva nulla per riscaldarsi, neppure il fuoco della cucina, perché non potevano accenderlo. La loro era una casa spenta.

Il bambino capiva tutto ed era totalmente assorbito dall’obiettivo rimarcato da quel continuo ritornello: “applicati, Agustinito, applicati!”.

Fu dura la battaglia per la domanda di borsa di studio, ma la ottenne; e quel giorno, tra lacrime e baci, venne finalmente acceso il fuoco di casa.

A partire dal giorno del trionfo si accentuò in don Agustín la vergogna per andare a chiedere un posto di lavoro; anche se poco e male, riuscivano a mangiare grazie a ciò che il figlio riceveva, e con del denaro in più, visto che il padre lavoricchiava stagionalmente qua e là, riuscivano ad uscire, più male che bene, dall’affanno giornaliero. Non si è detto quel ritornello che fa “siano sufficiente ad ogni giorno le proprie attenzioni” e quell’altro che... “non albeggia più velocemente se ci si alza prima.”? E se non albeggia più velocemente nonostante ci si alzi prima, allora la cosa migliore da fare è rimanere a letto. Il letto intorpidisce il dolore. Ci sarà una ragione se i medici dicono che il riposo cura ogni problema.

-Agustín, i libri! I libri! Ricordati che sei quasi totalmente il nostro unico sostegno, da te dipende ogni cosa... che Dio ti premi! -diceva la madre.

E Agustinito non mangiava, non dormiva, né riposava a suo piacimento; stava sempre sui libri! E così gli si avvelenava il corpo e lo spirito: quello con cattiva digestione e incubi spaventosi, quest’altro lo spirito, con cose non meno digeribili che i professori lo obbligavano a trangugiare. Doveva mangiare quello che c’era e doveva studiare a sufficienza per ottenere il voto sufficiente per non perdere la borsa di studio.

Era abituato ad addormentarsi sui libri, utilizzandoli come cuscini, e sognava delle vacanze infinite. Inoltre doveva ottenere la lode per evitare di pagare le tasse dell’anno successivo.

-Vado a vedere don Leopoldo, Agustinito; per dirgli che hai bisogno di un trenta per poter continuare ad ottenere la borsa di studio...

-No, non farlo mamma, è molto brutto...

-Brutto? Non c'è nulla che sia brutto in caso di necessità, figlio mio!

-Riuscirò a prendere trenta mamma; lo prenderò;

-E la lode?

-Anche la lode, mamma.

-Dio ti benedica, figlio mio.

Si trovava obbligato ad ottenere la lode; obbligato, che è qualcosa di veramente terribile.

-Ascolta, Agustinito, don Alfonso, il professore di patologia medica, è ammalato; devi andare a casa sua a chiedergli come sta...

-Non ci andrò mamma, non voglio fare il leccchino.

-Fare cosa?

-Il leccchino!

-Va beh, non so cosa sia ma ti capisco; ma noi poveri, figlio mio, dobbiamo essere leccchini. Assolutamente non "poveri ma orgogliosi", che è uno dei maggiori difetti degli spagnoli...

-Beh, non ci vado.

-Va bene, ci andrò io.

-No; non ci andrò nemmeno lei.

-Va bene, non vuoi che sia leccchina..., va bene, non ci andrò; ma, figlio mio...

-Prenderò trenta, mamma.

-E alla fine lo prese quel trenta maledetto; ma, a che costo! Una volta prese solo ventotto e avreste dovuto vedere la faccia che fecero i suoi genitori.

-Ho seguito così tante brutte lezioni...

-No, no, qualcosa gli hai fatto... -disse il padre.

E la madre aggiunse:

-Te lo dicevo io... non ti sei impegnato a sufficienza per questo corso...

Il mese di maggio era terribile per lui. Era abituato ad addormentarsi sui libri con la caffettiera accanto. E la mamma, che si alzava meticolosamente dal letto, andava a svegliarlo, e gli diceva:

-Basta per oggi, figlio mio. È meglio non esagerare... Inoltre il sonno ti sfinisce, e si spreca il petrolio. E non è il caso.

Si ammalò e dovette rimanere allettato; la febbre lo stava consumando. E i suoi genitori si preoccuparono, si preoccuparono del ritardo che quella malattia poteva causare sui suoi studi; se l'infermità fosse durata ancora non avrebbe potuto fare gli esami e il pagamento della borsa di studio sarebbe rimasto in sospeso.

Il medico invece augurò ai genitori che durasse; ma i genitori, preoccupati, gli chiesero: "potrà fare gli esami di giugno?".

-Lasciate perdere gli esami, tutto ciò di cui questo ragazzo ha bisogno è mangiare tanto e studiare poco, e aria, molta aria...

-Mangiare molto e studiare poco! -esclamò la madre-; ma, signore, se già deve studiare molto per poter mangiare un poco!...

-Si tratta di un caso di *surmenage*.

-Di *sur...* cosa?

-Di *surmenage*, signora; di eccesso di lavoro.

-Povero figlio mio! -e scoppiò a piangere la madre-. È un santo... un santo!

E il santo sembrò riprendersi, e quando fu in grado di stare in piedi chiese i libri alla madre che, portandoglieli, esclamò:

-Sei un santo, figlio mio!

E dopo appena tre giorni:

-Guarda: oggi che c'è bel tempo puoi uscire; vai a lezione ben coperto, mi raccomando, e di' a don Alfonso che sei stato ammalato e che ti eviti l'esame...

Tornando dalla lezione disse:

-Mi ha detto don Alfonso che non vada a lezione fino a quando non sarò completamente guarito.

-Ma... e il trenta, figlio mio?

-Lo prenderò.

E lo prese; finalmente arrivarono le vacanze, il suo unico momento di respiro. "In campagna!", aveva detto il medico. In campagna? E con quali soldi? Con due pesetas non si possono mica fare miracoli. Poteva privarsi don Agustín, suo padre, del caffè giornaliero,

dell'unico momento in cui dimenticava le sue sofferenze? Qualche volta provò a farne a meno; ma il figlio modello gli diceva:

-No, no; vai al bar, papà; non rinunciarci per me; già lo sai che io ce la faccio con quello che c'è...

E non andò in campagna, perché non poté. Il povero ragazzo non appoggiò il suo cuore stanco sul vitale petto della madre terra; non si sfregò gli occhi sul prato, che sempre ritorna, né sfregò il suo cuore nella confortante dimenticanza.

E iniziarono un'altra volta le lezioni, e con esse la dura lotta; e riprese a star male il borsista, e una mattina, mentre studiava, gli venne un attacco di tosse e le pagine del libro si riempirono di sangue; erano le pagine che spiegavano la tisi.

Il povero ragazzo rimase fermo a guardare il libro, la macchia rossa, con gli occhi fissi nel vuoto e con il gelo della disperazione collocato nell'anima. Quell'episodio gli creò nell'animo una tristezza eterna, la tristezza trascendentale, il tedio prenatale che riposa sul fondale di ognuno di noi, il cui rumore, simile ad un tarlo, tentiamo di mettere a tacere nell'andirivieni della vita.

-Deve smettere di studiare immediatamente -disse il medico non appena lo vide;- subito!

-Smettere di studiare! -esclamò don Agustín- E con cosa mangiamo?

-Lavori lei.

-Ma se cerco e non trovo nulla, se...

-Beh, se suo figlio muore, sarà colpa sua...

E il rude don José Antonio uscì di casa mormorando: "che crimine! Questo è un caso di antropofagia..., questi genitori si stanno mangiando il loro figlio."

E se lo mangiarono, con l'aiuto della tisi; lo mangiarono a poco a poco, goccia a goccia, briciolo dopo briciolo.

Se lo mangiarono titubando tra la speranza e la paura, arrabbiandosi ogni notte e riprendendo il giro ogni mattina.

E cosa potevano fare? Il povero padre camminava afflitto, pieno di rassegnata disperazione. E mentre girava il caffè con il cucchiaino per sciogliere la zolletta di zucchero si

diceva: “Com’è amara la vita! Com’è miserabile la società! Che maiali gli uomini! Adesso mancava solo che ci morisse...”. E subito dopo, a voce alta: “Ragazzo, il *Vida Alegre!*”.

Alla fine il ragazzo ce la fece a laurearsi ed ebbe la consolazione di poter firmare la laurea, di firmare la sua condanna a morte con la mano tremante e febbrile. Poi chiese un libro, un romanzo.

-Oh, i libri, sempre i libri! -esclamò la madre-. Lasciali adesso. Per quale motivo vuoi sapere così tante cose?

Lasciali!

-Finalmente, madre.

-Adesso riposa un po’ e cercati una moglie...

-Una moglie?

-Sì, ho parlato con don Félix, e mi ha promesso che ti raccomanderà a Robleda.

Dopo pochi giorni se ne andò Agustín, per sempre, verso le vacanze interminabili, con la sua laurea sotto il cuscino -fu un suo desiderio- e con un libro in mano; se ne andò verso le vacanze eterne. E i suoi genitori piansero amaramente la sua morte.

-Adesso, proprio adesso che avrebbe iniziato a vivere; proprio adesso che ci avrebbe tirato fuori dalla miseria; adesso... Oh, Agustín, che triste che è la vita!

-Sì, molto triste -mormorò il padre, pensando che a breve non sarebbe più potuto andare al bar.

E don José Antonio, il medico, mi disse dopo avermi raccontato questa storia: “Un altro crimine, un altro crimine dei genitori... Sono stanco di assistere a tutto ciò! E poi verranno con la storia del diritto genitoriale e l’amore paterno... Bugia!, bugia!, bugia! La maggior parte delle ragazze che spariscono sono state vendute dalle loro stesse madri... Questo succede tra i poveri, e si capisce, anche se non si giustifica. E gli altri? Non sono passati neppure tre giorni che González García diede sua figlia in sposa ad un tifico, molto ricco, questo sì, con più pesetas che bacilli, e pensa che di bacilli ne ha a milioni!, e la diede in sposa nonostante sapesse che il fidanzato è già con un piede nella fossa; fa parte dei suoi calcoli che il genero possa morire, e poi il nipote che possa morire di meningite o qualcosa del genere, e poi... E per questo padre che si permette di parlare di moralità, non esiste la prigione? E adesso, questo povero ragazzo, questa nuova vittima... e continueremo e considerare il paese come

un ospedale, e continueranno i trenta e il cannibalismo... cannibalismo, sì, cannibalismo! Se lo sono mangiati e se lo sono bevuto; gli hanno mangiato la carne, gli hanno bevuto il sangue..., e questa cosa che i genitori si mangino un figlio, come lo chiameremo, signor ellenista? *Gonofagia*⁷⁵, non è così? Sì; gonofagia, gonofagia, perché chiamando le cose con il loro nome greco perdono gran parte dell'orrore che potrebbero nascondere. Mi ricordo di quando lei mi parlò di quegli indiani di cui parla Erodoto, che seppellivano i loro genitori nel loro stomaco, mangiandoli. È qualcosa di terribile; ma è ancora più terribile Saturno che divora i suoi figli; ancora più terribile è il banchetto di Atreo. Perché che qualcuno si mangia il passato, soprattutto se questo passato è già morto, possiamo ancora accettarlo; ma che qualcuno si mangi il futuro...!

“E se lei osserva bene, vedrà in quanti modi differenti ce lo stiamo mangiando, smorzando in semi i più bei germogli. Se lei avesse visto il triste sguardo del povero studente; quegli occhi, che sembravano guardare oltre le cose, verso un futuro incerto, sempre futuro e sempre triste, e poi quel padre, a cui non poteva mancare il suo caffè giornaliero. Se avessi visto il suo dolore nel perdere il figlio, vero dolore, provato, sincero -non posso pensare altro; però un dolore che nascondeva sotto il suo carattere animalesco, di istinto ferito, qualcosa di freddo, di rivoltante, di triste. E poi quei libri, quei maledetti libri, che invece di fungere da pasto fungono da veleno dell'intelligenza; questi maledetti libri di testo, dove si trovano tutte le cose più banali, più pedestri, tutte le cose più insopportabili della scienza, con mediocri disegni mercantili...”.

Si azzittì il medico, e mi azzittii anche io. Per quale motivo parlare?

Dopo che fu passato del tempo mi dissero che Teresa Martín, la figlia di don Rufo, si voleva fare monaca. E manifestando il mio stupore per quella notizia, aggiunsero che era stata la fidanzata di Agustín Pérez, il borsista, e che dal momento in cui lui morì era diventata inconsolabile.

Pensava che si sarebbe sposata non appena avesse trovato un fidanzato.

-E i genitori? -mi venne in mente di chiedere.

E dopo, raccontando a colui che mi aveva riferito questa storia, il modo in cui i suoi genitori se lo erano mangiato, mi rispose senza alcuna umanità:

⁷⁵ Costumbre de los padres de comerse a los hijos.

-Bah, se non se lo fossero mangiato i suoi genitori, se lo sarebbe mangiato la sua fidanzata.

-Ma quindi -esclamai allora- siamo condannati ad esser mangiati da qualcuno?

-Senza dubbio -mi rispose il mio interlocutore, che è un uomo appassionato di astuzie e paradossi-, senza dubbio, lei già sa che su questa terra non esiste altra cosa che mangiare gli altri o esser mangiato dagli altri, anche se io penso che tutti mangiamo gli altri e loro mangiano noi. È un mangiarsi reciprocamente.

-Allora meglio vivere da soli -dissi.

E mi rispose:

-Non otterrà nulla, tranne mangiarsi da solo, e questa è la cosa peggiore, perché al piacere di mangiarsi si aggiunge il dolore di esser divorato, e questa fusione tra dolore e piacere è la cosa più triste che possa esistere.

-Basta così -gli risposi.

Evviva l'introiezione!

“Ciò di cui abbiamo bisogno, spagnoli, è l'introiezione, il più prezioso, il più fecondo, il più sacro dei diritti umani. Come possiamo vivere senza di esso? Senza la libertà di introiezione, tutte le altre libertà ci sembreranno inutili e, addirittura, dannose. Sì, dannose, perché ci sono libertà che, in assenza di altre che le completino, fanno più male che bene all'uomo. Effettivamente, a cosa ci serve la libertà di associazione, di stampa, di culto religioso, di lavoro, di pigrizia e tante altre libertà delle quali dicono che godiamo, se ci manca la libertà di introiezione? Senza questa imprescindibile prerogativa il suffragio universale e il giudice popolare si trasformano in armi della vergognosa tirannia da cui siamo dominati. E no, non venite a dirmi che abbiamo la libertà di introspezione, perché l'introspezione non è l'introiezione, allo stesso modo in cui l'autonomia non è l'autarchia. Prima di tutto dobbiamo metterci d'accordo sulle parole, bisogna chiamare ogni cosa con il proprio nome: il pane, pane, il vino, vino, l'architrave, architrave, l'introiezione, introiezione e tirannia questo eterogeneo insieme di vane e incomplete libertà in cui affoghiamo. La parola, ehi, la parola, signori, la parola...!”

Arrivato a questo punto del suo eloquentissimo discorso, la voce di Lucas Gómez venne sopraffatta da tantissimi applausi del numeroso pubblico che assisteva all'assemblea. L'impeto delle loro anime aumentò improvvisamente e i viva Lucas Gómez! Si mischiarono ai viva la libertà di introiezione!

La gente uscì convinta di quanto è necessario introiettare e di come i governi che soffriamo ce lo impediscono. Gli spagnoli iniziarono ad avere fame e sete di introiezione.

Bisogna però tenere a mente che tutto ciò succedeva attorno al 1981, perché oggi, sul finire di questo tristissimo XXI secolo, una volta consumata l'introiezione nel suo utilizzo più vero, ci rendiamo chiaramente conto dell'entusiasmo che provocò in quei tempi.

Il fatto è che i tafferugli crebbero come la marea; si formò una lega introiezionista, con il suo consiglio d'amministrazione e le sue delegazioni provinciali, mettendo così in difficoltà il governo. In tali difficoltà che fu fatto cadere, e venne esatto dalla volontà popolare il governo dei radicali, con l'accordo sottinteso di introdurre, chiaramente, la libertà di introiezione.

È cosa ben conosciuta da tutti ciò che sono o sono sempre stati i nostri governi: quando non vogliono, non possono o non sono in grado di fare ciò che l'opinione pubblica esige, stravolgono tutto. Oggigiorno è cosa verificata e certa, e che io stesso ho potuto verificare sfogliando tra vecchie carte dell'epoca, che pagarono un famoso sofista, il cui nome è chiaro a tutti i miei lettori, affinché snaturasse il movimento popolare. Un dato curioso che possiamo offrire è che i costi, non esigui, che il sofista causò al governo, li giustificò nell'invio del materiale, come spese per la refrigerazione degli uffici durante quella caldissima estate del 1982.

Il nostro sofista iniziò la sua campagna fingendosi introiezionista o introiettivo, modo in cui si faceva chiamare, per poter iniziare a confondere la gente più umile. E poi, dopo aver fissato nell'introeiezione, l'introspezione, l'introquisizione così tante differenze che nessuno sapeva cosa fosse ognuna di queste importanti funzioni, si chiedeva: "Questa introiezione deve essere psichica, spirituale; spontanea, riflessiva o riflessa; primaria o secondaria?". E portò a termine il suo progetto machiavellico, riuscendo in poco tempo a far dividere gli introiezionisti in psichici, spirituali, spontanei, riflessivi, riflessi, primari, secondari, con una moltitudine di sfumature differenti, termini a metà e termini uniti. E lì in mezzo nessuno si capiva.

Ma non mancarono degli uomini coraggiosi, sagaci e entusiasti che denunciarono il vergognoso lavoro del sofista introiettivo, smascherarono le sue meschine abilità e furbizie, e provarono a riparare, nel limite del possibile, allo smisurato danno che aveva provocato alla causa introiezionista. Redassero delle regole, credo organiche -anche se di ciò non ne siamo così sicuri-, per portare a termine la grande manifestazione introiezionista, riducendo ad un'unica formula le distinte correnti.

I meno ridicibili tra di essi furono i riflessivi e i riflessi, tra cui vi erano delle profondissime differenze, conseguenza delle differenze che separavano i loro rispettivi capi, don Martín Fernández e L. Fernando Martínez; i primari e i secondari si erano uniti sotto il nome di primari-secondari già da un bel po'; avevano adottato questo nome e non quello di secondari-primari, ma in cambio il capo dei secondari lo divenne della corrente composta, perché in politica ogni cosa è transazione.

Tutti sappiamo ciò che successe dopo; le risolte campagne della manifestazione, i brillantissimi discorsi di Lucas Gómez e la folle brama di introiezione che si accese nei cuori degli spagnoli. Divenne inutile la libertà di pensiero, perché ormai nessuno pensava a null'altro se non all'introiezione; inutile la libertà d'istruzione, visto che l'insegnamento non poteva esser introiettivo; inutile quella di culto religioso visto che non si poteva venerare l'introiezione; inutile quella di associazione dal momento in cui non era permesso associarsi per introiettarsi reciprocamente; inutile quella del lavoro se non si poteva lavorare introiettivamente.

E successe ciò che doveva succedere, giunse la rivoluzione del 1989, e dopo quelle tre brevi ma sanguinose giornate del 5, 6 e 7 febbraio, trionfò l'introiezionismo e Lucas Gómez prese le redini del paese.

La prima cosa che il governo rivoluzionario fece fu quella di proclamare ai quattro venti la libertà di introiezione. E a quel punto successe ciò che tutti si aspettavano: mentre si rinnovavano le dure lotte tra psichici, spirituali, spontanei, riflessi, riflessivi, primari e secondari, ciò che allora si chiamava massa imparziale, e ora la sociologia moderna chiama plasma *sociogerminalivo*⁷⁶, provò una strana sensazione comune; i loro componenti si guardarono negli occhi l'un l'altro e quindi si domandarono con curiosità e stupore: e ora... cos'è questa storia dell'introiezione e con cosa ci sostentiamo?

Oggi non è necessario porci questa domanda; la dolorosa esperienza dell'ultimo terzo del ventesimo secolo, fino a quando non si ebbe la salvifica unificazione ispano-marocchina - di cui parleremo un altro giorno-, ci mostrò, con nostro dolore, cos'è l'introiezione e cosa significa.

⁷⁶ Uno de los muchos neologismos creados por Miguel de Unamuno.

Perché essere così?

Era terribile, davvero terribile. Se fosse continuato non avrebbe più risposto di sé stesso. “Ma Dio mio! -diceva a sé stesso-, perché sono così? Perché sono come sono? Tutti i buoni propositi di fermezza mi si ritorcono contro, si dissolvono nella nebbia appena affronto la realtà.

Sin da bambino, il povero José aveva tenuto la sua indomabile determinazione sul fondo della propria anima, mostrando al mondo quella debolezza che gli era valsa la fama di buono; una fama che lo stava facendo soffrire non poco. Perché era buono, nel buon senso della parola, e se non era esploso più di una volta era stato per bontà e riflessione: ne era certo. Aveva piena coscienza del fatto che più di una volta avrebbe fatto parlare di sé, non era successo perché tendeva a tenere nascosta la bestia sotto l'angelo. E la gente, che solo giudicava le apparenze, confondeva la sua bontà con impotenza. Fino al giorno in cui sarebbe esploso...!

Era ormai tempo di esplodere. Non si trattava solo di sé stesso, ma anche dei suoi figli e di sua moglie, del futuro di coloro che si affidavano a lui. Un padre di famiglia non può aspirare ad essere un santo, né lasciare il mantello a colui il quale gli faccia causa perché vuole togliergli gli indumenti. Questa cosa di non cedere al male era adatta ai frati. È compatibile la più alta perfezione cristiana con le necessità di una famiglia? Non poteva rendere i suoi figli vittime della sua bontà, doveva aizzare per un momento la bestia che dormiva in lui. Adesso avrebbero visto chi era realmente José il mansueto, il tranquillo.

Aveva passato una notte angosciante, pensando ai debiti che aveva maturato senza aver la possibilità di saldarli... Cioè, sì; aveva denaro per saldarli, ma diviso tra i suoi debitori. Vi è cosa peggiore che vedersi assillato dai debiti quando i crediti sono superiori ad essi? E non poteva dire ai suoi creditori che lo perdonassero come lui perdonava i suoi debitori, perché un creditore non è perfetto come il Padre nostro che è nei cieli. Si armò di coraggio, si mise in testa il cappello ed uscì di casa a riscuotere quanto gli dovevano.

Stava componendo, parola per parola, e ripeteva come fosse un saggio, la tremenda filippica che avrebbe propinato al primo debitore che avrebbe incontrato, quando la visione, in lontananza, di uno dei più tranquilli gli fece sparire l'impeto, gli fece battere il cuore e lo

obbligò a deviare, verso un'altra strada, mormorando: "ma, signore, perché sono così?". Non aveva studiato bene il suo copione e quell'incontro inaspettato gli tolse l'autocontrollo.

Si ricordò dei suoi figli e di sua moglie, del suo denaro sparpagliato, e armato di coraggio salì le scale di casa di un altro suo debitore. Saliva lentamente, contando i gradini; ad ogni rampa le palpitazioni cardiache lo obbligavano a riposare; guardò tre o quattro volte l'orologio; arrivò alla porta e, sentendo dei passi giungere dall'interno, impallidì e senza aver bussato alla porta, scese giù dalle scale velocemente. I passi erano stati di lui, di Eustaquio... non gli lasciavano il tempo di prepararsi, lo sorpredevano prima che si mettesse in guardia!

Misurava il santo pavimento e diceva a sé stesso: "Ma, perché sono così?", e di colpo si sentì gelato da una voce che, alle sue spalle, disse: "Ciao, José!". Il più accomodante dei suoi debitori gli allungava la mano vuota, che José strinse intenerito dalla vergogna. Parlarono di mille cose differenti, l'altro alluse a quella maledetta cambiale che, puntualmente, ogni volta che incontrava José stava per arrivare, e gli chiese se avesse cinque duros; José rispose che per prudenza non li aveva a portata di mano; l'altro arrogante gliel'allungò e lo salutò dicendogli: "Di quell'altra cosa non mi dimentico...".

-Non si dimentica...! È una assicurazione!

Poco dopo José passò accanto al bar in cui beveva il suo caffè durante le felici giornate in cui aveva a disposizione una peseta in più.

E se qualcuno dei suoi amici era lì? Entrò. C'era Ricardo, così pieno di sé, bevendo un caffè, con un calice e un sigaro.

-Con i miei soldi -mormorò José-. Io mi astengo dal berlo affinché lo faccia lui. Ma guarda tu...! Niente, niente, che io sono così...

Si avvicinò a Ricardo, che con mille smancerie esclamò dopo averlo visto:

-Che occhi allegri...! Tutti puntano gli occhi su di te. Cosa vuoi bere?

-Oh, grazie, grazie mille! Niente, niente..., non sono solito... lo sai che non...

-Dai, su, bevi qualcosa, offro io.

-No, no, grazie.

-Va beh, tu ci perdi...

Gli dispiaceva che Ricardo spendesse il suo denaro nell'offrirgli qualcosa con il suo denaro... Oh, no! E il poveretto, intimidito e pieno di vergogna, guardava la tazzina di Ricardo per non incrociare il suo sguardo inquisitorio.

Dopo aver scambiato quattro chiacchiere, con la scusa di una faccenda, José si alzò e, mentre si avvicinava all'uscita, Ricardo gli disse:

-Abbiamo quella cosa in sospeso... non pensare che lo dimentichi; uno di questi giorni passerò da casa tua. La cosa non cade nel vuoto.

"Non cade nel vuoto...! Cosa c'è di più vuoto di un caffè? Entrando in casa gli andarono incontro i suoi figli.

-Papà, non ci hai portato quello che ci hai promesso l'altro giorno?

-Un altro giorno, miei cari, un altro giorno...! Oggi non mi sento bene, un altro giorno... quando Ricardo o Eustaquio passeranno da qui...

-Ti fa male qualcosa, papà?

Sua moglie gli portò il conto del sarto; José lo prese, si chiuse nella sua stanza e, guardando il conto, pianse senza darlo a vedere.

"Ma, Dio mio, perché sono così? Perché dio mi avrà fatto così? Perché non posso essere un altro...? Dice che passerà da casa... che bugiardo che è! Nel prossimo numero de *El Mundo Cómico*⁷⁷ scriverà sicuramente qualche battuta come anticipo per me. I mariti buoni, le suocere, i creditori e i maestri di scuola facciamo ridere il mondo, come fanno i bambini con i ragazzini. Tiragli, tiragli la coda, vedi come urla! Non avere paura, dai, ché non morde mica, neppure abbaia...! E il bugiardone con che umore mi dice: Come sei buono, José!, mentre, come fosse una carezza, mi dà un colpetto sulla tasca, per vedere se tintinna... Socialismo, socialismo! Lotta di classe! Borghesi e proletari! Sfruttatori e sfruttati...! Musica divina! Non vi sono altro che due classi, due soltanto: quella dei creditori e quella dei debitori. E quando si è, come succede a me, debitore e creditore allo stesso tempo? È orribile! Porto dentro di me due leggi contraddittorie che si combattono e si distruggono. Sarebbe molto meglio essere solo o un debitore implacabile o un mansueto creditore. Mitezza, mitezza! Tutti celebrano il leone, perfino la tigre, e si prendono gioco della povera lepre e, ciò nonostante, lo stesso Dio che diede gli artigli e becco all'aquila, artigli e fauci poderose alla tigre e corna al toro, diede

⁷⁷ Fue una revista española, semanal, de carácter satírico, publicada en Madrid entre 1872 y 1876.

ali veloci alla rondine, zampe leggere alla lepre, piccole dimensioni alla zanzara, inchiostro al calamaro, pungiglione all'ape, veleno alla vipera, mitezza all'agnello e al creditore. E poi giunge un irriverente Lessing⁷⁸ che insulta l'agnello, che è colui che toglie i peccati del mondo. Tutte queste baggianate sull'onore, tutto questo codice anticristiano dell'amor proprio lo hanno inventato i crudeli vincitori. E adesso, cosa faccio con questo conto?... adesso mi ricordo di un giorno in cui un mendicante mi chiese l'elemosina ed io gli risposi di cattivo umore: Adattarsi! Tradusse la parola a modo suo e la tradusse bene; mi riempì di insulti e dovetti fuggire. La sua maledizione mi perseguita: adattarsi! Loro sono coloro che si adattano a me come il vischio alla quercia. Se non ci fossero i parassiti, cosa ne sarebbe dell'eccesso di vita? Adattarsi! La lotta per la vita! La selezione naturale! Questa sì che è filosofia cavalleresca. E che parli ancora di cavalieri cristiani...! Accidenti, accidenti, non ci voglio pensare; arriva l'ultimo numero de *El Mundo Cómico* in cui pubblicai un articolo crudele che spaventò i padri di famiglia e fece ridere tutti coloro che affermano di conoscermi. In questo numero vi era Enrique in un racconto in cui vi è un creditore..."

José si stava occupando di questo quando la domestica gli annunciò che don Enrique lo stava aspettando.

-Don Enrique..., Enrique..., sarà venuto a pagarmi! Metterà la mano in tasca ed io, che non sono una persona crudele gli devo dire: "Oh, no, non c'è fretta, per un giorno in più o in meno...!". Ed Enrique, allora, tirerà fuori la mano dalla tasca...

-Signore, cosa gli dico?

-Ah, sì, aspetta, ascolta...! Tirerà fuori la mano dalla tasca..., la tirerà fuori, me la allungherà e dirà: "Visto che non hai fretta, dammi altri cinque duro così saranno cinquanta, un numero tondo, mille reales, e appena riscuoto una certa somma te lo pago tutto assieme...".

-Signore, sta aspettando, cosa gli dico?

-È vero...! Povero Enrique, digli che entri!

"Ma, Dio mio, perché sono così!"

⁷⁸ Escritor y filósofo alemán, es considerado uno de los máximos exponentes de la ilustración alemana.

Il diamante di Villasola

Il maestro di Villasola era molto perspicace e appassionato come pochi del suo lavoro; così non appena intravide nel ragazzo un'intelligenza grande ed evidente, sentì una gioia simile a quella di un esperto di pietre preziose a cui giunge tra le proprie mani uno stupendo diamante grezzo.

Quello sì che era un esemplare adatto per mettere alla prova la sua bravura e svolgere i saggi del maestro! Stupenda cavia per esperimenti pedagogici! Eccellente materia pedagogizzabile su cui sperimentare nuovi metodi *in anima vili!* Perché la profonda convinzione del maestro di Villasola -anche quando non riusciva ad esprimerla- era che i ragazzi sono mezzi attraverso i quali *fare*. Per fare Pedagogia, come per fare Patologia con i malati. "La scienza per la scienza stessa", era il suo motto esplicito; e quello implicito, quello nascosto sotto di esso, era quest'altro: "la scienza per il mio sollazzo e progresso personale".

Prese il prodigioso ragazzo per rovinarlo. Che cambio! Dopo tutta quella sterile lotta contro una volgarità così grande, con tutti quegli oscuri carboni che, al massimo, sarebbero arrivati ad essere delle grafiti! "Che differenza tra un'anima e un'altra! -si diceva-; tutte sono carbonio spirituale, ma qui vi è, in mezzo a tanto comune carbone oscuro, un'anima cristallizzata in diamante."

Il maestro iniziò il lavoro. Aveva ben chiara la bellissima forma poliedrica, le multipli sfaccettature, gli assi. Che riflesso darebbe al mondo, e come si vedrebbe in lui la competenza dell'esperto di pietre preziose che lo tagliava!

Il ragazzo si lasciò modellare, anche se conservò la sua qualità più intima: la durezza tipica del diamante. Ma quando, scoprendo la sua lucentezza, si comparò con gli opachi carboni tra i quali viveva, si lasciò modellare totalmente dal suo maestro esperto di pietre preziose.

Quante sfaccettature! Quanti riflessi! Quanti bagliori! Quante cose sapeva, e com'erano messe insieme, tutte secondo una disposizione poliedrica! Era la meraviglia del paese. Il giorno in cui parlò nel circolo tutti rimasero sbalorditi a Villasola. Come lo incastonava e collegava bene in un unico discorso continuo e ordinato!

Ora mostrava una sfaccettatura, ora un'altra, abbagliando con mille luminescenze cangianti e iridescenze multiple, a seconda che la luce incolore e vaga della scienza si riflettesse nella sua mente in un modo o in un altro. Che oratore!

Che testa! Lì dentro era tutto ordinato e quadrettato, in 1^A , 2^A e 3^A , in *A* e *B* maiuscole, *a* e *b* minuscole, relazionato con interruttori diversi, e chiavi di interruttori, in un meraviglioso quadro sinottico.

Arrivò il giorno in cui il portento di Villasola si avviò verso il tribunale in cerca di fortuna. Fu accompagnato alla stazione da frotte di persone, e tutto il paese gli stette vicino con il proprio cuore, senza che lui, dal canto suo, lo portasse nel suo di cuore. Le mamme lo segnalavano ai loro figli come modello, desiderandolo, nello stesso momento, per le loro figlie; queste ultime sospiravano per lui, e gli invidiosi si consumavano il fegato. Ma quello realmente orgoglioso era il maestro di Villasola, l'esperto di pietre preziose, creatore di quella meraviglia, che avrebbe fatto valere il suo elevato valore di scambio, evitando quando possibile di incastonarlo in un gioiello sociale qualunque per innalzare così il suo valore corrente. Aspirava ad un solitario.

Cadde nel ruscello del mondo, sul suo fondale sabbioso, tra ciottoli e polvere di diamanti ormai distrutti. Tutti coloro che gli si avvicinarono rimasero subito meravigliati; ma, feriti dai suoi spigoli, erano costretti a lasciarlo. Lo spostarono di sala in sala, facendogli fare mille giri, affinché tutti potessero ammirare i suoi riflessi; ma nessuno lo voleva se non per incastonarlo su di un anello; ma lui, invece, voleva essere libero, senza montatura.

Nel mentre la corrente lo trascinava e lo sfregava contro la sabbia del fondale dove vi era anche polvere di diamanti.

Chiese, piuttosto che pretendere, a una giovane e ricca donna che gli facesse da montante, ma ricevette un due di picche. Quella notte morse il cuscino, sentendosi da solo e al buio un semplice masso, secco e freddo.

La grande intelligenza sinottica piano piano svanì e, a mano a mano che gli si rompevano gli spigoli, il cervello gli si offuscava e annebbiava; ormai non rifletteva altro che una luce dozzinale. E allora vide gli umili carboni con i quali aveva disdegnato mischiarsi, sotto l'influenza di una solidarietà che, come corrente elettrica, li percorreva tutti assieme, brillare di luce propria, loro, gli oscuri carboni; e non semplice bagliore riflesso come lui, diafano

diamante. I poveretti si consumavano lavorando, riflettevano la luce della propria carne e del proprio sangue, con dolore, sì, ma anche con amore, uniti dalla sacra corrente elettrica dei comuni sforzi fraterni. E lui da solo, solitario, duro, senza riflessi, a cosa serviva ormai?

Sarebbe utile solo per tagliare i vetri, perché gli rimaneva la sua qualità essenziale e intima: la durezza. Il diamante di Villasola bisogna ascoltarlo nei tavoli dei bar quando, dopo aver bevuto qualche cognac, rovina la sua fama ormai ben costruita, i sentimenti, qualsiasi vetri; li graffia e li taglia cigolando. Che eloquenza ispida, secca, dura, cigolante! Come taglia i vetri! Ora è il momento di conoscerlo, ora che, consumato dallo sfregamento con la sabbia del fondale del fiume del mondo, rovinate le sue sfaccettature per lo sfregamento continuo con la polvere di diamanti, rivela la sua durissima essenza di carbone cristallizzato.

Quando il maestro di Villasola seppe la fine che aveva fatto il suo diamante, si fece questa difficile domanda: “la Pedagogia è scienza esatta o applicata?”. Ma ciò che non è venuto in mente all’esperto di pietre preziose è che è più fattibile tirar fuori la luce dal calore potenziale immagazzinato nei carboni neri, che tirar fuori calore vitale dalla luce riflessa del diamante.

Juan Manso (Racconto di morti)

Che inizi il racconto.

Juan Manso, in questo mondo malizioso, era un beato di Dio, un 'gatto morto' che in tutta la sua vita aveva rotto un piatto. Da bambino, quando i suoi amici giocavano all'asino,⁷⁹ fare l'asino toccava sempre a lui; più in là fu il confidente degli intrighi amorosi dei suoi colleghi, e quando divenne un uomo maturo chi lo conosceva lo salutava con un affettuoso: Ciao, Juanito!

Il suo più grande motto fu sempre quello dell'indiano: non immischiarsi in nulla e stare sempre dalla parte del più forte.

Detestava la politica, odiava gli affari, lo disgustava tutto ciò che potesse turbare la piccola quiete del suo animo.

Viveva grazie ad alcuni piccoli canoni d'affitto che esauriva totalmente senza però intaccare il suo capitale. Era sufficientemente devoto, non contraddiva mai nessuno e, visto che pensava male di tutti, parlava bene di tutti.

Se gli si parlava di politica, diceva:

-Io non sono niente, né carne né pesce, per me Re o torre è indifferente: sono un povero peccatore che vuole vivere in pace con tutti.

Ciò nonostante la sua mitezza non servì e, dopo poco, morì, cosa che fu l'unica azione compromettente che fece durante la sua vita.

Un angelo armato di uno spadone fiammeggiante divideva le anime, facendo attenzione al simbolo con cui le segnava in un registro o in una dogana attraverso cui dovevano passare una volta andate via dal mondo e dove, come fosse un seggio elettorale, angeli e demoni, in pace e amore, esaminavano i documenti per vedere se erano in regola.

L'entrata della dogana sembrava il botteghino di una biglietteria nei giorni di una corrida importante. Il flusso di gente era enorme, tanti spintoni, tanta la fretta che tutti avevano di conoscere il proprio destino eterno, e tale era la confusione che le imprecazioni,

⁷⁹ Juego de naipes.

le suppliche, gli insulti e le scuse in mille e una lingua, dialetti e gerghi da tutte le parti del mondo che Juan Manso si disse:

-Chi me lo fa fare di mettermi nei casini? Sicuramente qui ci saranno dei criminali.

Questo lo disse tra sé e sé, non sia mai che qualcuno lo ascoltasse.

L'angelo col maledetto spadone fiammeggiante controllò i suoi documenti e finalmente si poté incamminare in direzione del Paradiso.

Camminava da solo, molto lentamente. Di quando in quando passavano degli allegri gruppi che cantavano delle litanie e ballavano come potevano, fatto che gli parve poco adeguato a futuri beati.

Quando arrivò in alto si trovò davanti a sé una fila di gente fuori dalle mura del Paradiso, e vari angeli che come fossero degli agenti di polizia sulla terra vegliavano per l'ordine.

Juan Manso si mise alla fine della fila. Dopo poco giunse un umile francescano che con abilità addusse tante commoventi scuse sul fatto che avesse una gran fretta di entrare il prima possibile, che il nostro Juan Manso gli cedette il proprio posto dicendosi:

-Non è male farsi degli amici anche in Paradiso.

Colui che era dopo di lui, che non era un francescano, non volle esser da meno e avvenne esattamente la stessa cosa.

Insomma, non ci fu un'anima caritatevole che non fregasse il posto a Juan Manso, la fama della sua mitezza giunse a tutta la fila e si trasmise come una tradizione orale che svolazzava su tutte le persone che giungessero alla fila. E Juan Manso era schiavo della sua buona fama.

In questo modo sembrò a Juan Manso che fossero passati dei secoli, ma sarebbe stato necessario altrettanto tempo prima che l'agnellino perdesse la pazienza. Finalmente un giorno si imbatté in un puro e saggio vescovo che si scoprì essere un bis-bisnipote di un fratello di Manso. Quest'ultimo si lamentò con il suo bis-bisnipote e il puro e saggio vescovo gli offrì la sua intercessione con il Padre Eterno; Juan, in cambio di questa promessa, cedette il suo posto al puro e saggio vescovo.

Quest'ultimo entrò in Paradiso e, essendo intransigente, andò direttamente a porgere i suoi ossequi al Padre Eterno. Quando ebbe concluso il discorso, che l'Onnipotente ascoltò distrattamente, quest'ultimo gli rispose:

-Non hai altro da aggiungere? -mentre scandagliava il suo cuore con il suo sguardo.

-Signore, mi permetta di intercedere per uno dei suoi servi che di là, alla fine della fila...

-Basta con la retorica -disse il signore con voce fragorosa-. Juan Manso?

-Proprio lui, Signore, Juan Manso che...

-Va bene, va bene! Che se la veda lui, e tu non ficcare il naso in cose che non ti riguardano.

E rivolgendosi all'angelo che accompagna le anime, aggiunse:

-Che entri il prossimo!

Se qualcosa avesse potuto turbare l'inscindibile allegria di un beato, diremmo che quella del puro e saggio vescovo era stata turbata. Però, per lo meno, mosso da un senso di pietà, si avvicinò alle mura del Paradiso, attorno a cui si estendeva la fila, si arrampicò su di esse e, chiamando Juan Manso, gli disse:

-Pro-zio, mi dispiace tanto! Quanto mi dispiace, zietto mio! Il signore mi ha detto che devi vedertela da solo e che io non devo più ficcare il naso in cose che non mi riguardano. Ma... sei ancora alla fine della fila? Cavolo, zietto mio!, armati di coraggio e non cedere più il tuo posto.

-Ormai è troppo tardi! -esclamò Juan Manso, versando lacrime grandi come ceci.

Ormai era tardi perché pesava su di lui la funesta tradizione orale per cui ormai neppure gli chiedevano il posto, se lo prendevano da soli.

Con lo sguardo basso abbandonò la fila e iniziò a percorrere i campi solitari e desertici dell'oltretomba, fino a quando giunse ad un cammino battuto da molte persone, tutte a testa bassa. Li seguì e si ritrovò all'ingresso del Purgatorio.

-Qui sarà più facile entrare -si disse-, e una volta dentro, dopo esser stato purificato, mi invieranno sicuramente al Paradiso.

-Ehi, amico, dove vai?

Juan Manso si voltò e si trovò faccia a faccia con un angelo, con un cappellino con una nappa, con una piuma per scrivere sull'orecchio, che lo guardava da sopra gli occhiali. Dopo

averlo analizzato dalla testa ai piedi, lo fece tornare indietro, aggrottò le sopracciglia e gli disse:

-Mhmm, *malorum causa*! Sei grigio fino al midollo... ho paura a metterti nella nostra candeggina, non vorrei che ti sciogliessi. Meglio andare al Limbo.

-Al Limbo!

Per la prima volta Juan Manso si indignò ascoltando ciò, perché non esiste uomo così paziente e rassegnato che possa sopportare che un angelo lo tratti da vero idiota.

Disperato si incamminò verso l'Inferno. Qui non c'era né fila né qualcosa di simile. Era un ampio portone da cui uscivano boccate di fumo denso e nero e un baccano infernale. Sulla porta un povero diavolo suonava un organetto e si sgolava urlando:

-Entrino signori, entrino... qui assisterete alla commedia umana... qui può entrarci chiunque lo desideri...

Juan Manso chiuse gli occhi.

-Ehi, ragazzetto, fermati! -gli urlò il povero diavolo.

-Non hai detto che ci può entrare chiunque?

Sì, ma... vedi -disse il povero diavolo con tono serio, accarezzandosi la coda-, ancora ci rimane una piccola briciola di coscienza... e per la verità... tu...

-Va bene! Va bene! -disse Juan Manso tornando indietro perché non poteva sopportare il fumo.

E sentì il diavolo dire tra sé e sé: "Poverino!".

-Poverino! Addirittura il diavolo mi compatisce.

Disperato, pazzo, iniziò a percorrere, come un tappo di sughero nel bel mezzo dell'oceano, gli immensi campi desertici dell'oltretomba, incontrando di tanto in tanto l'anima di Garibay⁸⁰.

Un giorno, attratto dall'invitante odorino che giungeva dal Paradiso si avvicinò alle mura per vedere cosa stessero preparando, e vide che il Signore, verso l'ora del tramonto, usciva a prendere un po' d'aria fresca nei giardini del paradiso. Lo attese vicino al muro e quando vide la sua venerabile testa, aprì le sue braccia a mo' di supplica e con un tono di voce un tantino risentito gli disse:

⁸⁰ Historiador español vivido en el siglo XVI bajo el reinado de Felipe II.

-Signore, Signore! Non promettesti il tuo regno ai buoni?

-Sì; ma agli impetuosi, non ai noiosi.

E gli voltò le spalle.

Una antichissima tradizione orale narra che il Signore, compatendo Juan Manso, gli permise di tornare in questo mondo malizioso; tornato nuovamente lì, iniziò a scontrarsi a destra e manca con tutta la volontà di un poveretto infelice; che dopo esser morto per la seconda volta si ritrovò nella famosa fila e si introdusse di soppiatto al Paradiso.

E non smette di ripetere:

-La vita dell'uomo sulla terra è una lotta!⁸¹

⁸¹ Cita del libro bíblico *El libro de Job*, 'Militia est vita hominis super terram', que aparece también en *Niebla*.

Dall'odio alla pietà

Quel viaggio di Toribio a Madrid fu un viaggio terribile: non poteva togliersi dalla testa l'ignobile figura di quel Campomanes che tanto lo aveva infastidito nel suo paese. Campomanes! Somma di tutto ciò che disturba. Toribio gli attribuiva tutte le cattive qualità che più odiava, e si compiaceva nel non assegnargli dei fini cattivi o perfidi. "Perfido? Mal intenzionato Campomanes? Lui lo vorrebbe, ma è un imbecille, null'altro che un imbecille!", si ripeteva Toribio senza poter chiudere occhio.

Tirò fuori i guanti e stava per indossarli; ma poi pensò: "Campomanes possiede dei guanti come questi... sembrerei elegante...". E non se li mise.

Giunse a Madrid e assieme a lui, nella sua testa, la ignobile figura di Campomanes.

Quello stesso pomeriggio andò al vecchio bar; lì, parlando del più e del meno, avrebbe dimenticato le sue sofferenze ed anche Campomanes.

Quando arrivò lì i suoi amici ancora non erano arrivati. Al tavolo vicino vi era un uomo da solo che fumava un sigaro. Toribio lo guardava pensando a Campomanes.

Arrivarono i suoi amici e quelli del vicino, a ogni tavolo si formò un coro e si mischiarono in entrambi tutto l'umano e il divino.

Toribio continuò a frequentare il vecchio bar. Quasi tutti i giorni era il primo ad arrivare, e quasi tutti i giorni trovava al tavolo a fianco la stessa persona, sempre da sola e sempre lì che fumava un sigaro. Iniziò a sentire nei suoi confronti una forte antipatia che si convertì ben presto in un forte odio. Non lo conosceva, non sapeva chi era, cosa era, cosa faceva né cosa diceva; non sapeva nulla di lui, null'altro se non che lui, Toribio, lo odiava con tutte le sue forze.

"Ma signore, si diceva, perché quest'uomo ti dà fastidio?" e per giustificare il suo odio inventò, senza rendersi conto di ciò che stava facendo, mille piccoli pretesti. "Che modo presuntuoso di fumare il sigaro! Che disprezzo nello sguardo! Che viso gonfio! Che segno dell'imbecillità nel vestito! Come mi guarda..., mi odia, ci siamo capiti!" E tutto ciò era falso, e Toribio lo sapeva, non c'era quella presunzione, né quel disprezzo, né quel viso, né nessun odio.

"E nemmeno saluta quando entro!"... Neppure lui lo faceva.

A forza di ripetersi questi pretesti finì per crederci, se li propose come veri e si convinse del fatto che il vicino lo odiasse.

Entrava nel bar... “Eccolo lì, come mi guarda! Mi odia, è chiaro che mi odia...”

Iniziò con i suoi amici a parlar male dell’altro, disse loro che si odiavano, inventò mille piccole bugie riguardanti occhiate feroci e gesti di disprezzo; lui stesso finì per convincersene.

Il vicino, impassibile, forse poteva indovinare ciò che stava succedendo nell’anima di Toribio, ma non lo dava a vedere.

Un giorno Toribio arrivò al bar un po’ brillo, e la prima cosa che vide fu il suo vicino seduto al loro tavolo, di Toribio e i suoi amici.

“Ha occupato il nostro tavolo nonostante il suo fosse libero..., cerca rogne... Ma qui i tavoli sono del primo che arriva. Non importa, il suo è libero, perché non ha occupato quello...? No, beh io vado e mi siedo al nostro. Cerca rogne?, che inizi lui... È evidente! Non appena mi siederò accanto lui mi dirà qualcosa visto che è ciò che vuole...”.

Si sedette allo stesso tavolo, di fronte all’odiato vicino. Chiese un caffè. Il cameriere portò via la tazza che era davanti a Toribio.

-Che fai? La porti all’altro tavolo? No, lasciala qui! -e guardò il suo vicino.

-No, signore -rispose il cameriere-, la porto via perché questa tazza è usata: ci ha bevuto il caffè un altro signore che era qui con il signor Rafael.

Si chiamava Rafael, che nome antipatico!

Toribio iniziò a bere dalla sua tazza, gli batteva il cuore e non sapeva cosa stesse succedendo. Terminò il caffè e in un sol sorso si bevve il suo cognac. chiese un altro bicchiere e poi un altro ancora, come non era abituato a fare. Gli bruciava il volto. Finalmente si diresse al suo vicino e gli disse:

-Perché oggi si è seduto a questo tavolo nonostante il suo sia libero?

Il vicino lo guardò tranquillamente e pensò: “Dicevo io che questo povero ragazzo è matto”. Non rispose.

-Perché si è seduto al mio tavolo?

-Perché ne avevo voglia!

-Forse non sa che è il nostro?

Rafael stava per rispondergli volgarmente, ma pensò: “Meglio che ci vada con calma, povero ragazzo!”.

-Sa... quando sono arrivato era qui seduto un mio conoscente e mi sono seduto con lui.
Era vero.

-E quando è andato via il suo conoscente, perché non ha lasciato libero il nostro tavolo?

Toribio chiese un altro bicchiere. Rafael lo osservò con turbamento, nello stesso modo in cui si osserva un matto, e rispose:

-Perché volevo stare con lei... non beva tanto!

-E a lei cosa le importa?

Rafael pensò: “La cosa migliore è allontanarsi”. Si alzò e disse a Toribio:

-Si calmi!

Ed uscì.

Toribio fu eccitatissimo per tutto il giorno. E ci credo! Quattro bicchieri, lui che non ne beveva mai più di uno.

Quella notte rifletté e comprese la stupidità del suo comportamento. “Devo tenermi a freno”.

Il giorno successivo entrò nel bar. Rafael era lì, stavolta al suo tavolo. Toribio si rivolse a lui e l'altro pensò: “Un'altra volta il matto”.

Gli diede mille spiegazioni, gli chiese perdono, e finì per offrirgli qualcosa. Da quel momento divennero molto amici, quasi fraterni. Toribio gli parlò di Campomanes.

Rafael era un ragazzo d'oro, molto simpatico.

Quando Toribio dovette tornare al suo paese fu molto triste nel salutare Rafael.

Arrivò al suo paese e la prima persona che si trovò di fronte fu Campomanes. “Che cosa strana” non sentì nei suoi confronti neppure una briciola di odio, al contrario, quasi simpatia. “È solo un infelice,” pensò.

Da quel momento pensò molto al modo in cui il suo odio per Campomanes si era sciolto trasformandosi in pietà.

Un giorno, mentre passeggiava con uno dei suoi amici di Madrid, incontrarono Campomanes. Toribio glielo mostrò e l'altro gli disse:

-Sai a chi mi assomiglia?

-A chi?

-A Rafael.

Ed era vero. Non lo aveva notato fino a quel momento. O meglio, sì, lo aveva notato, ma senza rendersene conto.

Allora si spiegò il suo odio per Rafael e, di conseguenza, la ragione per cui, una volta chiaritosi con Rafael, sparì l'odio nei confronti di Campomanes. "Che cosa strana -si diceva- il demonio scova la vera motivazione dei nostri odi e dei nostri amori... L'uomo è l'animale più strano che esista."

La verità è che l'animo umano ha delle pieghe strambe.

La rivincita

Dopo essermi scervellato un po' ho rifiutato l'uso che presume la parola gallica revancha, e mi attengo a quella più abusata, cioè, al purismo che ci obbliga a utilizzare la parola rivincita. Che nessuno lo prenda in considerazione.

Questa cosa della rivincita è incredibilmente attuale, ora che tutti siamo risentiti dell'internazionalismo bellicoso.

Luis era un galletto della strada e il ragazzo più rissoso del quartiere. Nessuno della sua età era forte quanto lui, e aveva dato un sacco di botte a tutti. Da quando sottomise Guillermo non c'era ormai più nessuno che potesse tenerlo a bada. Passava tutto il giorno vantandosi e agitando la cresta; se c'era un litigio voleva comandarlo, si divertiva a spaventare le ragazze del quartiere per disturbare i loro fratelli, si intrometteva dappertutto, e tutti zitti, ho detto tutti zitti!

Provasse qualcuno a muoversi!

-Se non taci ti gonfio la faccia con un manrovescio...!

Vuole comandare troppo, davvero troppo! E che pesante, accidenti se era pesante! Al povero Enrique, Enrique lo sciocco, non faceva altro che dargli dei pizzicotti sulle guance, e una volta fece di tutto per fargli mangiare plastilina e bere inchiostro.

Quelli della strada erano molto arrabbiati con lui.

Guillermo, dopo l'ultima bastonata, taceva e lo lasciava emettere chicchirichì ed urla, aspettando il momento giusto e ripetendosi: sarà sconfitto questo rissoso.

A Guillermo, quelli del quartiere, stanchi del gallo, dicevano "acchiappalo, acchiappalo", avanti e indietro ripetendoglielo all'orecchio.

-Dice che hai paura di lui.

-Io?

-Dice che è più forte di te.

-Dice che ti fa girare come una trottola!...

-Sì, gli piacerebbe!

In una tiepida mattina di primavera si trovarono in campagna; durante la notte aveva piovuto e il terreno era tutto bagnato. Ai due, Luis e Guillermo, gli ribolliva la linfa vitale, le braccia non potevano stare ferme, e lo stesso facevano i loro cuori che prevedevano i cazzotti.

Iniziarono a discutere se era stato l'uno o l'altro a rovesciare un calabrone con una sassata.

Il calabrone era a terra pancia all'aria chiedendo, mediante lo scalciare delle sue sei zampe, che la smettessero; attendendo che per lui si decidesse l'egemonia del quartiere.

-Sì...! Non sai far altro che minacciare...!

-Minacciare? Io minacciare? Se ti prendo!

Faceva finta di andarsene con un certo disprezzo, ma tornava.

-Zitto e non provocarmi!

-Accidenti!, provocare -esclamò uno degli astanti-, provocare..., provocare... che bugiardo! Affinché gli si dica che ne è capace!

Gli astanti li aizzavano.

-Dai, picchialo!

-Acchiappalo!

-Hai paura di lui?

-Paura io?

-Insultalo!

-Sputalo!

-Chiamalo noioso!

-Provocalo, dai, provocalo!

Tutti scoppiarono a piangere dalle risate a sentire queste parole. Luis divenne tutto rosso in volto, e si avvicinò per punire il burlone.

-Lascialo in pace! -Gli gridò Guillermo.

-Farò lo stesso con te se strilli ancora!

-A me?

Lui gli diede uno spintone, Guillermo replicò, seguì un pugno sul naso e iniziò la rissa. Gli astanti li incoraggiavano con piacere. Uno di questi si mise a *pregare* per Guillermo.

-Speriamo vinca Guillermo. Speriamo, amen... speriamo vinca... speriamo vinca...

Si separavano per caricare il pugno e scaricarlo con maggior energia. All'inizio si toccavano la parte ferita e prendevano tempo prima di ricambiare il colpo, dopo intensificarono i colpi senza nessuna pausa.

-Speriamo vinca... Speriamo vinca... Speriamo vinca...

-Fagli lo sgambetto!

Alla fine caddero sul terreno bagnato, Luis sotto, e cadendo schiacciarono il calabrone che implorava pietà con le sue zampette. Guillermo con le ginocchia bloccò le braccia del nemico, e mentre quest'ultimo tentava di divincolarsi, l'altro, tutto sudato, con la faccia rossa, emanando gioia, con gli occhi aggressivi, gli diceva sbuffando:

-Ti arrendi?

-No!

E gli scaricava un pugno sulla bocca.

-Ti arrendi?

-No!

Un altro pugno, e continuò fino a quando non sanguinò dalla bocca.

In quel momento uno degli astanti urlò...

-Pula..., pula..., pula!

Stava arrivando il poliziotto, furbacchione, con cautela, con aria distratta, come una tigre che sta per cacciare una preda. Vedendolo tutti abbandonarono il campo di battaglia e iniziarono a correre. E il poliziotto, vedendo la preda scappare, li minacciava da lontano con il manganello.

Si infilarono in una strada; il vincitore, circondato dai testimoni del suo trionfo, non fece caso a Eugenio che gli ripeteva:

-Ho pregato per te! Ho pregato per te!

Poco dopo entrò lo sconfitto sanguinando dalla bocca, pieno di fango, scontroso, mormorando:

-Sarà sconfitto, presto sarà sconfitto!

Da quel giorno Guillermo era attorniato da un corteo di persone!

Per strada tutti ballavano dalla gioia, non avevano più paura del rissoso, ormai potevano dirgli:

-Guillermo ti ha sconfitto.

Chi diede maggiori attenzioni a quest'ultimo fu Eugenio.

Il quale provava una grande empatia con la dignità umana. Se gli davano 6, 15 o 21 colpi, lui ricambiava con 7, 16 o 22; se il maestro gli dava una serie di sculacciate, lui contava le frustate, e se erano un numero pari a n , dopo, a mo' di rivincita, doveva toccare la falda della redingote del maestro $n + 1$ volte. Vinceva sempre.

Lui non aprì più il becco, ma non ci fu una volta che andò a dormire o si svegliò senza mormorare:

-Sarà sconfitto, presto sarà sconfitto!

Di ciò si cibava ardentemente la sua rispettabile grandezza perduta!

Che ardito gruppo di ragazzini! Guarda con cosa ci lasciano!

Questo dice il lettore?

Bene! Perché da lì viene l'origine del sentimento della giustizia, per cui nacque questo sentimento della rivincita. Tutte queste sciocchezze sulla vendetta sociale si riduce alla rivincita sociale, né più né meno. Mi picchia? Lo picchio, e siamo in pace!

-Accidenti che pace!

I popoli sono passati dalla vendetta al castigo. È una semplice relazione, come lo starnuto. Un granello di polvere entra nella mucosa..., la laringe castiga il granello di polvere starnutendolo.

Quando vedo due ragazzini prendersi a ceffoni per strada, mi dico:

questa è la vera educazione sociale, tutto il resto sciocchezze. Così, libera e all'aria aperta, così ognuno capisce che davanti alla sua volontà ce ne sono delle altre, e che non esistono molte possibilità: imporsi o sottomettersi ad esse, metterle tutte d'accordo o scappare non appena arriva il poliziotto.

Dobbiamo ancora apprendere molto dal "sarà sconfitto!" internazionale che viene fuori dal profondo del cuore della persona ferita.

Ma attenzione, fate molta attenzione!, non bisogna perder di vista il poliziotto, che si avvicina con cautela, come una tigre che caccia la sua preda, che da lontano ci minaccia con il bastone e può romperci le uova nel paniere.

Una riparazione d'onore (Racconti sideriani)⁸²

Un gentiluomo non deve, non può tollerare un oltraggio simile!

Dopo aver ascoltato la cosa del gentiluomo, Anastasio inclinò la testa sul petto per annusare la rosa che portava nell'asola del bavero e disse sorridendo:

-Schiaccerò questo rettile... ragazzo!

Per pagarlo tirò fuori dalla tasca un duro e, assieme ad esso, due pezzi d'oro che portava con sé come risparmi permanenti e intangibili; diede tutto al ragazzo e, senza aspettare che gli desse il resto, molto distratto come chiunque al suo posto, uscì dall'Arca.

L'Arca era il nome bizzarro e sorprendente, stando a ciò che dice uno dei suoi membri, che in Sideria si dava al casino a cui accorrevano il fior fiore dell'eleganza, gli uomini di mondo e dell'alta società, quelli valutati dal *chroniqueur* modernista e boulevardistico de *El Correo Sideriense de gentlemens, sportsmens, clubmens, bonvivants, blasés, comme il faut, struggle-for-lifeurs* e un'altra smisurata quantità di terminacci simili; in poche parole, i signori più degni di nota della città ducale.

Uno di loro aveva importato dalla Germania, dove risiedette per un anno e mezzo, il nome di *filistei* che i membri affibbiavano a tutti i volgari borghesi della città.

Gli invidiosi, i pedanti e i trovatelli sostenevano che nell'Arca si riunissero gli animi più banali della città, dediti a tirarsi fuori dall'abisso della propria volgarità come il barone di Münchhausen dal pozzo in cui cadde, tirandosi fino in su per le orecchie, e non mancavano delle malelingue che classificavano gli allegri membri come babbei e banditi senza costume; babbei vestiti da banditi e banditi vestiti da babbei.

Ma lasciando perdere questi schiamazzi inutili, torniamo ad Anastasio, il quale, uscendo per strada, sembrò riflettere per un attimo davanti alla macchina e terminò dicendosi: "No, stavolta non c'entra la macchina. A piedi, a piedi!".

Una carrozza che passava gli schizzò di fango i pantaloni. La prima reazione che questo disastro provocò in Anastasio fu l'intenso dolore dell'ermellino offeso nella sua

⁸² Ese subtítulo se encuentra también en el cuento *El gran duque-pastor*; parece que Unamuno quisiera crear una colección de cuentos que debería desarrollarse en la ciudad de Sideria, metáfora de la ciudad de Salamanca.

candida purezza; ma dopo, volgendo gli occhi verso l'affronto che divorava il suo cuore, si compiacque della provvidenziale macchia di fango.

Se Anastasio avesse avuto la debolezza, inadatta ad un perfetto gentiluomo, di avere qualcosa del filosofo, puah! Si sarebbe perso in stupide divagazioni sul simbolismo della Natura. Ma tutta la sua filosofia si riduceva a quella strettamente necessaria: sapere che Dio fece il mondo per l'uomo e l'uomo per l'onore e che tutto l'universo era un'arca immensa.

Quando giunse alla redazione de *El Abejorro*⁸³, si fermò sulla porta, sulla quale aveva disegnato un calabrone enorme.

Anastasio tirò fuori il fazzoletto profumato, che portava così nonostante le battutine di molti membri, più *pratico* rispetto ai fazzoletti, e lo avvicinò al naso.

All'interno della redazione si ascoltavano voci di battibecchi, e una su tutte che, spiccando sulle altre, diceva:

-Le dico che di tutte le stupidaggini che hanno inventato i pigri per passare il tempo e distinguersi, la più stupida è l'onore. Tutti parlano della nobiltà del leone, che è un animale dannoso, mentre a me sembra molto più nobile l'asino. Il leone, che è un predatore che si nutre di carne, avrà inventato l'onore; ma il povero asino, che è un animale da carico, ha inventato il dovere. E soprattutto, signori, da dove tirate fuori che sia nobile difendersi con le unghie e con i denti, come fa il leone, e non lo sia anche la leggerezza delle zampe, come la lepre; l'astuzia, come la volpe; le dimensioni piccole, come la zanzara; l'inchiostro, come la seppia? Lo stesso Dio che ha dato artigli e becco all'aquila ha dato le piccole dimensioni alla zanzara e l'inchiostro alla seppia. Tutti gli stupidi...

In quel momento Anastasio, che aveva allungato i pugni, sistemato i baffi e preso il bastone come un cero in processione, indignato dall'aver ascoltato tante bizzarre pedanterie, entrò.

Subito dentro, spostò in avanti una gamba affinché si potesse vedere la simbolica macchia di fango, e disse:

-Il disegnatore di questa... caricatura?

-Buonasera.

-Sera. Ho detto il disegnatore.

⁸³ Se trata de una revista inventada por Unamuno; el nombre 'abejorro' es muy común en su obra literaria.

-Presente! -esclamò un giovane che stava facendo un animaletto piegando la carta.

-È lei il creatore di questo... scarabocchio di carta? Tornò a chiedergli Anastasio.

-Per servirla.

Anastasio, alla vista di un animaletto di carta piegata appoggiata sul tavolo, ebbe voglia di graffiare il suo creatore; ma si repressero abbassando la testa per annusare la rosa, candido fiore!, e tornò a domandare:

-È lei il creatore di questa immonda caricatura?

-Im-mon-da..., im-mon-da..., molto bene! Esatto..., la frase è giusta..., sì signore, sono io!

-Ecco il mio biglietto da visita -disse Anastasio prendendone uno per darglielo.

-Molto bene... Joaquín Ortiz, calle de Suso, 31, secondo piano, come fosse casa sua. Non uso bigliettini da visita.

“Un imbrattatele -pensò Anastasio-; immaginavo che non si trattasse di un gentiluomo... ma non fino a questo punto! Non usa bigliettini da visita! Questo vuol dire non esser neppure un uomo. Dove vuole andare quest’infelice?”

-Mi aspetto da lei una soddisfazione; questa notte due miei amici le faranno visita - aggiunse uscendo.

Quando, chiudendo la porta, sentì una risata, Anastasio sorrise pieno di compassione, annusò la rosa e si disse: non usa bigliettini da visita!, sentì la bruttezza della macchia di fango. Visto che era ormai secca, la pulì sulle scale della redazione de *El Abejorro*.

Per strada molti lo osservavano. “Saprete chi è Anastasio!”, pensò.

Due maleducati si rimproveravano, giurando come signorini, e uno di loro disse all’altro:

-Andiamo a spaccarci la testa...

Vedendoli andare via Anastasio si disse: “e nel frattempo la polizia non impedisce queste mancanze di stile... Rozzi! Niente, niente, il popolo è popolo... Quando dico che in Spagna non siamo pronti per la repubblica... popolo rozzo, stampa volgare... È evidente che l’aristocrazia ha il dovere di fare da tutore al popolo, in modo fraterno, ovviamente... e la vera aristocrazia non è anticaglia rancida mangiata dai tarli”.

Quando arrivò al Casinò cercò il suo amico Herminio a cui chiese di Pepito Curda.

-Pepito... a quest'ora!

-Ah, sì! -rispose Anastasio con serietà, ricordandosi che a quell'ora Curda si dedicava ad ubriacarsi per poter dormire tutto d'un fiato, dimenticando i traffici dei suoi affari.

-E Juanito...?

-Lascialo stare che oggi è molto fortunato!

-Ma questo ragazzo quando si correggerà? -disse Anastasio con la serietà che necessitava la situazione-. Perché finirà male.

-Ma dai! Lui lo sa e sa anche che il suo capitale frutterà.

-E Ambrosio?

-Eccolo lì.

Effettivamente, a un tavolo vicino vari membri discutevano di una proposta, cioè quella che il Municipio di Sideria pagasse due ragazzi all'Arca, bella combinazione per scandalizzare ancora di più i poveri *filistei* della città ducale.

-Bisogna far parlare quelle zampe di maiali che lavorano come degli stupidi e risparmiano affinché se li mangino i loro figli e credono nel buon senso!

Un timido obiettava all'idea e chiedeva come minimo una patina di legalità.

-Hai ragione! -esclamò uno.

-Pff! Avere o non avere ragione, cosa importa? -replicò con sdegno Ambrosio, che era considerato uno degli oracoli dell'Arca.

La frase lasciò tutti a bocca aperta per l'ammirazione che in un momento si diffuse in tutta l'Arca.

Anastasio chiamò Ambrosio, mise lui ed Herminio al corrente del fatto e terminò dicendo:

-Una larga rettificazione, assoluta, completa, senza incertezze..., altrimenti..., con la sciabola!

Dopo aver detto questo andò a casa di un esperto di armi, dove provò le schivate e la postura.

Ormai vinto da tutte queste emozioni tornò a casa; si mise a pensare al vestito adeguato alla situazione.

Lo tirò fuori, lo indossò e si mise a provare le schivate con il bastone. Dopo si mise a scrivere ad Enriqueta, la sua convivente. Lo scopo era tranquillizzarla, non si sa mai che qualcuno indiscreto potesse darle un dispiacere con una notizia improvvisa.

Quando si svegliò sulla poltrona stava già albeggiando. Iniziò ad andare su e giù per il salotto fino a quando non furono le sette, orario concordato con l'esperto d'armi per continuare la lezione.

I suoi amici andarono a cercarlo nella sala dove si esercitava nel momento in cui era maggiormente assorto, intento a schivare un colpo.

-Nulla di tutto ciò -gli dissero-, la cosa si è risolta in modo soddisfacente.

-Ma tra gentiluomini... -iniziò a dire l'altro.

"Ma se non usa bigliettini da visita...!", pensò Anastasio.

-Una perfetta rettificazione, una rettificazione d'onore, esattamente come desideravi. Ne parlerà il prossimo numero de *El Abejorro*, quello di domenica.

L'esperto d'armi gli diede la mano dicendogli:

-Spero che ci vedremo nuovamente. Un giovane come lei, facente parte de *la crème de la crème*, non deve trascurare queste cose. Lei dimostra una buona predisposizione e maneggiare delle armi dimostra la prudenza di un uomo forte e, allo stesso tempo, fa sì che veniamo rispettati.

Anastasio gli diede una grande mancia ed uscì con i suoi due amici, che sorridendo lo portarono in uno studio fotografico.

-Ma...

-Lascia fare. Hai affidato il tuo onore nelle nostre mani.

El Abejorro della domenica seguente raggiunse un numero di copie vendute così alto come non aveva fatto quello con la caricatura di Anastasio.

In prima pagina era pubblicato un bellissimo ritratto fotografico di Anastasio con un elegante vestito, una rettificazione larga, assoluta, completa, senza incertezze.

I lettori che non conoscevano Anastasio confrontarono il ritratto con la caricatura, mentre l'offeso ormai soddisfatto si faceva vedere con il vestito elegante per tutte le strade della città ducale.

Un redattore de *El Abejorro* andò a complimentarsi con lui, che accettò con dignità, annusando la rosa, mentre si diceva: “oggi non ridi”.

-Ecco lì -sentì che diceva un gruppo di persone.

Ma lo scherzo più pesante avvenne nell’Arca. Per la gioia dei membri, organizzarono un banchetto con le sue sbornie e i suoi brindisi, presieduto da Anastasio, totalmente dedicato all’Onore, di cui, grazie al prodigioso Ambrosio, tutti ridevano sotto i baffi mentre, invece, davano a vedere di crederci fortemente.

Il numero di rettificazione de *El Abejorro* fungeva da centrotavola. Anastasio non ne poté più del suo onore e dei bicchieri che lo obbligavano a bere. E alla fine cadde per terra.

Da quel momento in poi frequentò spesso la sala dove esercitava il maneggio delle armi.

Una visita al vecchio poeta

Nell'intensa quiete che veniva a posarsi, placidamente, dal cielo luminoso, stava per fondersi la rassegnata tranquillità che la vecchia città esalava dal suo nucleo, ormai addormentata in una pigra siesta. Mi immersi tra le deserte stradine che cingono la Colegiata e in una di esse, dove mi avevano detto che abitava il vecchio poeta che, ormai, non parlava più da molto tempo, colpii il batacchio del portale, che era l'unico di tutta la stradina. Il colpo sul batacchio risuonò, rompendo il sonnolento silenzio, sui muri della stradina, fiancheggiata, come un fosso, da un lato il muretto a secco dell'orto di un convento, dall'altro delle pareti ormai crepate.

Le superai e, attraverso un piccolo giardino recintato, uno di quei cadenti giardini imprigionati nel centro dei paesini, vidi un anziano che annaffiava un vaso. Mi si avvicinò. Era la sua nota figura.

-Salgo subito -mi disse.

-No, preferisco visitarla da qui, che importa.

-Come preferisce... Rosa, porta giù delle sedie.

Si sprigionava una tranquilla malinconia da quel frammento di Natura rinchiusa tra i muretti a secco di variopinte abitazioni. Due o tre alberelli si alzavano alla loro stessa altezza, alla ricerca di sole, e in essi si rifugiavano gli uccelli. In un angolo, accanto ad un pozzo, un albero di fico faceva ombra ad una panchina di pietra. La casa aveva una terrazza con balaustra in legno che affacciava sul giardino. Il tubo di scarico della cucina serviva ad annaffiare l'albero di fico. Sembravano delle rovine della Natura abbracciate a rovine dell'abitazione umana.

Lì in alto si alzava la vivace torre della Colegiata, indorata dal sole e dai suoi raggi molto inclinati, prossimi al tramonto; l'austera torre contribuiva a rendere ancora più evidente lo spigoloso profilo del pezzo di cielo da lì visibile. Delle galline beccavano per terra.

-È il mio luogo di pace e di consolazione -mi disse.

-Io pensavo che lei preferisse la vera campagna..., all'aria aperta...

-No. Ci vado di tanto in tanto, qualche volta; ma lo faccio per poi tornare a rinchiudermi qui, in questa gabbia, con questi miei alberelli simili a dei prigionieri, alla vista di questa torre, in questo boschetto imprigionato, che mi sembra un animaletto della foresta malato che,

prigioniero e nostalgico, lambisce la mia anima e si distende umilmente ai miei piedi. Qui non sono scossi dalle tempeste, né il forte vento li agita; qui crescono protetti da questi muretti a secco. Guardi l'albero di fico, il mio albero di fico domestico, che rigoglioso! Mi raccoglie i raggi del sole e dolcemente li conserva. Attraverso il suo fogliame contemplo la torre dorata, anch'essa piena d'arte, con il suo esuberante fogliame architettonico. Se lei sentisse come risuona tra questi vecchi muretti a secco il suono lento delle sue campane! Quando le sue vibrazioni si dilatano sciogliendosi nella serena atmosfera, questi miei poveri alberelli sembrano anch'essi impregnarsi nell'eco ormai sciolta... questa casa mi ricorda quella della mia infanzia, quella rasa al suolo dall'inevitabile progresso. Aveva un giardinetto come questo. Qui impregno l'anima dei miei ricordi infantili; riprendo la mia dolce veglia dopo anni di sonno...

-E non ha mai avuto voglia di uscire, di tornare al mondo... non è mai stato tentato dalla fama?

-Che fama? -mi domandò con dolcezza.

-La fama...!

-Ah, sì, la fama! Mi perdoni; dimenticavo che sto parlando con un giovane letterato.

Si alzò per togliere un bruco da uno degli alberelli, guardò per un attimo la retta torre, resa dorata dal sole che tramontava ad ovest, e proseguì:

-Per caso lei non pensa che quando l'eco di queste lingue di bronzo si sarà spenta, sciolta nella tranquillità del suo spazio delimitato, vivrà ancora nel silenzio il suo dolce ritmo ormai svanito? Sì, riposa nel mare del silenzio, nel suo eterno letto, dove riposano tutte le voci e i canti che un tempo furono, e dove, forse, aspettano la suprema evocazione in grado di resuscitarli per intonare la gloriosa sinfonia eterna. Cantano nel silenzio...

Io, più che ascoltarli, ammiravo la sua meravigliosa testa da veggente.

-Sì -continuò-, il mio nome sta per esser dimenticato; ormai nessuno ne parla; ma è adesso, mentre il mio nome viene dimenticato, che forse il mio spirito, diffuso in quello del mio paese, opera con più efficacia. Si genera un pensatore o un artista, e mentre la sua opera non si trova nell'anima del suo paese, mentre è estranea a quest'ultimo e si scontra con esso, ha bisogno di portare il nome del suo creatore. Ma quando il nostro pensiero diventa il pensiero di chi ci circonda, quando le nostre sensazioni si accomunano alle sensazioni del

nostro paese, rendendolo più elaborato; quando la nostra voce converge con quella del coro, arricchendo la melodia comune..., è in quel momento che il nostro nome, a poco a poco, svanisce. Le nostre idee sono ormai di tutti; il busto della nostra moneta si è cancellato, e con esso la leggenda, e la moneta si sposta perché è di oro zecchino. Quando si parla poco di uno scrittore è quello il momento in cui ha un'influenza maggiore.

-Forse... -iniziai, e lui, senza ascoltarmi, continuò:

-Il mio nome! Perché dovrei sacrificare la mia anima per il mio nome? Protrarre il rumore della fama? No! Ciò che voglio è stanziare la mia anima nel silenzio dell'eternità. Perché, mi ascolti ragazzo, molti sacrificano l'anima per il nome e la realtà per l'apparenza. No, non voglio che la mia personalità, questo che viene chiamato personalità dai letterati, inghiotta la mia persona -e dicendo ciò si toccava il petto-. Io, io, io, questo io tangibile che prova dei sentimenti, che soffre, che gioisce, che vive, questo io che non si può trasmettere..., non voglio sacrificarlo per l'idea di me stesso che io ho, per un me medesimo convertito in un ideale astratto, a questo io cerebrale di cui siamo schiavi...

-Ma l'io che lei definisce tangibile...

-È l'unico realmente esistente; l'altro è un'ombra, è il riflesso di noi stessi che il mondo che ci circonda ci manda indietro attraverso i suoi mille specchi..., simili a noi. Lei, ragazzo, ha pensato mai al tremendo scontro tra il nostro essere più intimo, colui che ci strappa dalle profondità delle nostre viscere, che ci intona la canzone che ci ricorda la fanciullezza ormai lontana, e quell'altro essere intruso e sovrapposto, che non è altro che l'idea di noi stessi che gli altri creano, idea che ci viene imposta e, alla fine, ci soffoca?

-Qualcuno chiamerebbe tutto ciò egoismo... mi arrischiavi a insinuare rapidamente, prima che, pentito, riprendesse le mie parole.

-Egoismo? -mi rispose con calma-. Oh, sì; adesso hanno inventato quest'altra cosa dell'altruismo! Questo sì che è immorale e inumano; sacrificare la *mia* idea, perché non è altro che un'idea che sacrificiamo; sacrificare la *mia* idea, la mia; tutti i miei simili, compreso me stesso, il mio primo simile, il più simile o il più vicino a me.

Sembrò affondare in qualche ricordo lontano, di questi fuori dal tempo, e poi proseguì:

-Non voglio divorare altre persone; che siano loro a divorarmi! Che bello che è esser la vittima! Darsi in pasto spirituale..., essere consumato..., diluirsi nelle anime degli altri! Così un

giorno resusciteremo, quando tutte si uniranno e Dio sarà presente in qualsiasi persona, come dice san Paolo...

Ormai la luce era quasi sparita, si vedevano dei riflessi solo sulla sommità della torre; la tranquillità e il silenzio sembravano addensarsi, interrotti solamente da qualche rondone che passava, strillando, per quello spigoloso pezzo di cielo del giardinetto imprigionato.

-Guardi, guardi il gatto come si arrampica sulla finestra della cucina utilizzando questo alberello! Su dà la caccia i topi; qui, tra gli alberi, dà la caccia agli uccelli. Mi diverte molto. Che vita!, dirà lei. Qui, con i suoi alberelli, il suo triste albero di fico, il concerto di uccelli, il suo gatto, le sue galline, i suoi fiori..., annaffiando i suoi ricordi e coltivando la sua tristezza...! Dopo quel triste avvenimento che lei conosce, mi ritirai in campagna per impregnare il mio spirito malato con la sua tranquillità sedativa. Mi sarei curato contemporaneamente dai danni dell'urbanesimo e da questa malattia spirituale cronica in cui ci affossa la quotidiana scarica di illusioni della città. Lì, in campagna, capii cosa vuol dire dormire, e colui che non sa cosa significhi non vive. Nella città... sguardi, vapori di bramosi fiati, di desideri impuri, di rancori, sorrisi equivoci, saluti, ritardi, interruzioni..., tutto ci entusiasma! È una serie continua di insignificanti punzecchiature, di impercettibili solletichi, che ci animano la vita e alla fine di sconfiggono. E andai a fare il grande bagno, l'immersione all'aria aperta, alla luce del sole, nella calma, nella lentezza delle tranquille ore. E lì a pensare ritmicamente, con calma, con il corpo e con l'anima, non solo con il cervello, trono di quella che voi chiamate personalità.

Il suono della campana della Colegiata, che suonava la messa pomeridiana, lo interruppe. Guardò i suoi alberelli, che sembravano ascoltarlo, e si azzittì per un momento. Rispettai il suo silenzio. E dopo, con calma, disse:

-Dalla campagna venni in questo rifugio. Ho rinunciato a quell'io fittizio e astratto che mi immergeva nella solitudine del primo stesso vuoto interiore. Cercai Dio attraverso lui; ma visto che questo io era solo un'idea astratta, un io freddo, vago, di rimbalzo non trovai mai Dio se non la sua proiezione all'infinito, con una nebbia fredda e vaga anch'essa, con un Dio logico, muto, cieco e sordo. Ma sono tornato a me stesso, al povero io mortale che soffre e spera, che gioisce e crede, colui che è svegliato dai sobbalzi di questo cuore malato, e qui, in questo umile giardino, assieme a questi appassiti e silenziosi amici, mi dedico alla filosofia più profonda, che consiste nel riflettere sui vecchi luoghi comuni. Rifletto sulle parole della signora

Paula, una buona vicina, inesauribile nelle ormai conosciute riflessioni del popolo sulla caducità della felicità e sulla necessità della rassegnazione. Altre volte, all'ombra di questo albero di fico, musicale organo di passeri e beccafichi, leggo il vangelo. E in esso vedo il figlio di Dio, l'uomo stesso, tangibile, concreto, vivo, e attraverso Gesù Cristo, con cui parlo, giungo a suo Padre, senza ragionamenti logici, grazie ad una scala cordiale...

-Che vita! -sussurrai.

E lui, che mi senti:

-Sì -disse-, lo so che voi dissertate molto sulla vita, e dite che bisogna amarla; ma la trattate come un'amante e non come una sposa. La vita! In essa mi sono seppellito, sono morto ancora vivo in essa! Bisogna vivere! E per cosa...? È questo, per cosa...? Perché tutto questo? Me lo dica. Per cosa...? Per cosa? Non voglio immolare la mia anima sull'atroce altare della mia fama, per cosa dovrei farlo?

Una volta uscito, ormai di notte, sembrava che il suono dei miei passi rimbombasse nell'oscuro silenzio della solitaria stradina; vagava per essa, con un volo interrotto, come un pipistrello invisibile, questa domanda: per cosa?

Il Calabrone

–A dire il vero non la facevo un uomo audace –gli dissi.

–Perché? Per la storia del calabrone? –mi chiese.

E a un mio segnale affermativo, aggiunse:

–Non ci sono tutti questi pericoli, anche se devo dirle che credo che se indagassimo a fondo le radici più profonde delle stesse superstizioni che ci sembrano più assurde, apprenderemmo a non prenderle a cuor leggero. Pensi se i miei figli, solo vedendomi, assimilassero la mia avversione per il calabrone, e dai miei figli la assimilassero i miei nipoti, e così via si trasmette. Si trasformerebbe in un fato. E, tuttavia, questa avversione ha in me radici profonde e reali.

–Beh, questo...

–Non lo metta in dubbio. Sono uno di quegli uomini che si nutrono maggiormente della propria infanzia; uno di quelli che vivono maggiormente nei ricordi della propria infanzia lontana. Le prime impressioni che ricevette lo spirito vergine, le più vivide, sono quelle che formano la sua base, il fertile limo da cui nascono le piante che si bagnano nel lago della nostra anima.

La mia infanzia –disse continuando–, fu un’infanzia triste. Quasi tutti i giorni uscivo con il mio povero padre, già allora prossimo alla morte. Lo ricordo appena: la sua figura, sfumata, fa capolino nella mia memoria, che confina con il sogno. Mi portava a passeggiare al crepuscolo, noi due da soli, attraverso i campi, e quasi non ricordo null’altro se non che quelle passeggiate mi rendevano triste.

–Ma non ricorda nulla delle sue parole o delle vostre conversazioni?

–Sì, sì; alcune mi sono rimaste impresse nella memoria come caratteri indelebili. Mi parlava della luna, delle nuvole e di come si formavano; di come si semina, cresce e si raccoglie il grano; degli insetti, della loro vita e delle loro consuetudini. Sono sicuro che quegli insegnamenti, perfino quelli che ho dimenticato, sono i più importanti che io abbia mai ricevuto, la pietra viva della mia cultura più profonda. Persino quelli dimenticati, glielo assicuro, mi animano il pensiero dall’oblio stesso, perché l’oblio è qualcosa di positivo, come lo sono il silenzio e l’oscurità.

–Almeno –lo interrompi– sono l’oblio, l’oscurità e il silenzio quelli che rendono possibile la memoria, la luce e la voce.

–Improvvisamente gli veniva l’impulso di prendermi in braccio e mi baciava e sbaciucchiava, chiedendomi ogni momento: “Gabriel, farai sempre il bravo?” Ed io, spaventato più che commosso, gli rispondevo sempre: “Sì, papà.” Lo ricordo bene; mi spaventava quella domanda “Farai sempre il bravo?”; paura, paura era ciò che provavo. Delle volte pianse addirittura sulle mie guance; e allora ricordo che anche io iniziai a piangere, con un pianto silenzioso, come il suo, con un pianto profondo che mi strappava dalle viscere dell’anima tutta la tristezza con la quale era stata impastata la nostra carne, dolori dall’*oltreculla* ... Chi lo sa?, dolori forse ereditati.

–Che teorie!... –dissi io.

–Non sono teorie –mi rispose–: sono fatti. Si stancava molto, e ad ogni passo si doveva sedere; un pomeriggio, già tramontato il sole, mi parlò, guardando verso il luminoso ovest, della sua morte prossima. E terminò con la sua domanda di sempre: “Farai sempre il bravo, Gabriel?” Mai quella domanda mi fece più paura, non provai un terrore più religioso di quello. Né so se seppi mai rispondergli.

–Vedo che ricorda più di quello che diceva...

–Sì, quando mi metto a pensarci. Tutti questi ricordi sono lo sfondo sul quale ho ricevuto le mie successive impressioni nella vita, e tutte sono tinte del suo colore. Ho visto tutto attraverso quelle impressioni; però di lui, di mio padre, della sua figura, ricordo poco. Altre volte mi parlava del Padre, che è il modo in cui chiamava sempre Dio, e lì, nella campagna mentre la luce si fondeva con la notte, mi faceva recitare il Padrenostro, spiegandomi ognuna delle sue parole. Usava soffermarsi sul *sia fatta la tua volontà*, e quando finiva di spiegarmelo mi abbracciava forte, dicendomi: “Farai sempre il bravo, Gabriel?”

Si fermò un attimo, come raccogliendo i suoi ricordi più lontani, e proseguì:

–Ciò che ricordo realmente è il suo ultimo giorno, il giorno della sua morte, il giorno del calabrone. Era già molto debole; aveva bisogno di sedersi sempre, e quando si metteva a spiegarmi qualcosa lo faceva con una tale lentezza, tante pause e respiri affannosi, che mi infondeva un vago terrore.

Quella sera si sedette su un tronco di un albero abbattuto, e presto, uno di questi calabroni falegnami che svolazzano come rintontiti, inciampando su ogni cosa, dopo il tramonto iniziò a svolazzarci attorno. Mio padre lo scacciava con la mano, e persino questo sforzo gli era faticoso. “Mandalo via”, mi disse. Ed io, con il mio berretto, lo scacciai. “Oggi non c’è la luna, papà”, ricordo che gli dissi; e lui, con una calma incredibile, borbottando ogni parola, mi rispose: “La luna c’è, figlio mio; è spenta, e per questo non la vedi; la luna c’è sempre; quando la vedi come una falce, è che il sole non la illumina interamente... Altre volte appare quasi durante il giorno...” Tornò il calabrone, e già non si intrattenne a scacciarlo. “Come sto male, figlio!”, esclamò. Io rimasi in silenzio, e il calabrone ronzava attorno a noi. Mio padre si portò un poco in avanti, e fuoriuscì un fiotto di sangue dalla sua bocca. Io rimasi terrorizzato, e il mio terrore era accompagnato dallo svolazzo del calabrone. “Muoio, Gabriel –disse mio padre–; addio! Farai sempre il bravo?” Non potei neppure rispondere. Mio padre cadde morto; ed io, freddo, solo con lui nel mezzo della campagna, ed era già notte, non ricordo né ciò che pensai né ciò che sentii. Di quei momenti non ricordo nulla se non il calabrone, il tenace calabrone, che sembrava ripetermi: “Farai sempre il bravo, Gabriel?”, e che andò a posarsi proprio sul volto di mio padre.

–Adesso si capisce tutto –gli dissi–; però, perché la terrorizzava questa semplice domanda, così naturale e così dolce?

–Quale? La domanda di mio padre? La sua ultima domanda? Quella che mi pose poco prima di morire?

Non lo so; però quello che le posso assicurare è che quando mi metto a scavare nella mia coscienza e a cercare con attenzione il perché del terrore che da quel momento mi provocano i calabroni che la sera svolazzano come rintontiti, trovo che questa paura non si deve tanto al fatto che mi ricordino la morte di mio padre, quanto al fatto che mi ricordano la fatidica domanda: “Farai sempre il bravo, Gabriel?” È una domanda che mi sembra provenire dalla tomba...

–Credo che lei si sbaglia. Il segno di una morte, e della morte di suo padre, soprattutto, e in più nelle circostanze che lei mi ha raccontato, lascia un solco indelebile nell’animo di un bambino. È una scoperta tremenda, è una fonte di serietà per tutta la vita.

–Può essere; però io le assicuro che penso alla morte con relativa tranquillità; che delle volte mi esercito nel rappresentarmela vividamente e nel rappresentare la mia morte, e affronto questa immagine. Però ogni volta che riporto alla memoria quell’insistente domanda paterna, incubata con tutte le misteriose malinconie della sera, quel “Farai sempre il bravo?”, tremo, tremo come una foglia. Perché, me lo dica, posso forse sapere se farò sempre il bravo?

–Con la buona volontà...

–Oh!, sì, è ciò che dicono sempre tutti... Con la buona volontà! Posso io sapere se farò sempre il bravo? So se lo sono almeno ora?

–Suvvia!

–Mi aspettavo questa espressione di stupore; con quella mi hanno risposto quasi sempre. Sì, so se lo sono?

–Su, la voce della propria coscienza!...

–E se è muta?

–Chi non ha coscienza di fare del male allora non fa male, perché l’intenzione...

–L’intenzione! L’intenzione! Conosciamo le nostre intenzioni?

Sappiamo se siamo buoni o no? Mi creda che è questa tremenda domanda quella che ci fa tremare quando il calabrone evocatore della morte ronza attorno a noi. Senza questa domanda, nessuna crederebbe nella morte.

–Che strane teorie...

–No, non sono teorie: sono fatti.

La poesia persistente dell'amore

Un giorno di primavera, all'imbrunire, vidi in campagna un cieco guidato da una signorina che diffondeva tutt'intorno a sé un'aura di quiete. La fronte della ragazza era una copia del cielo senza nubi; dai suoi occhi scorreva, come da una sorgente, uno sguardo sereno, che diluendosi nelle forme della loro sagoma, le impregnava di un grande quiete; il suo passaggio assoggettava il terreno, accarezzandolo, e l'aria era un tutt'uno armonico con il ritmo del suo respiro, tranquillo e profondo. Tutto l'ambiente campagnolo sembrava aspirare a lei, e allo stesso tempo prendeva da lei una forza rigenerante. Camminava al lato dei campi di grano ancora verdi, punteggiati da papaveri di un rosso acceso, che si piegavano per il venticello, sotto il sole incubatore del seminato, non ancora maturo. Conforme con la cadenza dei passi della ragazza il morbido fogliame dei vecchi pioppi, rivestiti da nuove foglie, arricciato come una scarola e impregnato dalla luce ormai fioca del tramonto, vibrava sotto la pressione del vento.

Fermò il suo cammino alla vista di una pianura traboccante di calma. La signorina posò su di essa il suo sguardo, uno sguardo veramente melodioso; il misero terreno, dopo essersi depurato dalla sua volgare materialità specchiandosi nelle pupille della ragazza, si allontanava da esse ripiegandosi in sé stesso, convertito in sogno dal puro candore della sua innocente osservatrice. Osservando la campagna la umanizzava; più che una donna si trattava di natura campestre incarnata in un casto corpo di donna.

Quando fu ormai satura della tranquilla visione, si avvicinò al cieco e, mossa da affetto filiale, con un bacio silenzioso gli trasfuse l'anima del paesaggio.

-Che bello! Che bello! -esclamò allora il padre, versando in una lacrima la felicità dei suoi occhi morti. E tornò a baciare quelli di sua figlia, che riempiva di inconsapevole compassione.

Ripresero il loro cammino dopo aver saziato il cieco di luce interiore e di calma la sua guida.

-Che Dio li benedica! -disse uno stanco viandante scontrandosi con loro, sentendo su di sé la carità spirituale di quello sguardo.

-Vita mia, eternità mia, luce mia, gloria mia, poesia mia! -sussurrava il cieco all'orecchio di sua figlia, mentre raccoglieva la vita di tutta la campagna attraverso la ritmica pulsazione della mano che lo guidava.

Sì, era la sua vita, il calice in cui purificava con bramosia il liquido della creazione; era la sua eternità, l'eternità su cui avanzavano lente le sue ore che si infrangevano nell'oblio in schiumosa merlatura di dolci ricordi; era la luce che illuminava le sue tenebre con la luce dell'amore; era la gloria in cui si proiettava all'infinito; era, insomma, la sua poesia, la poesia persistente delle sue viscere, impastato con la sua carne, il suo spirito, il suo sangue e il suo midollo, con le sue energie e i suoi sensi.

Julián, il cieco, da giovane era stato un poeta ingegnoso, e per ingegnoso intendiamo un calcolatore, un cerebrale prodotto della città dove tutti vanno veloci e non si ascolta mai il silenzio. Era stato un distillatore di sentimenti quintessenziali nell'alambicco dell'ingegno, un alchimista dell'amore fratello della morte, un erotico impotente per amare con buoni risultati. Era stato il cantore delle opulenti rose dai cento petali, senza profumo né frutto, con solo petali dai colori accesi, nate al margine del grasso letamaio.

Ormai sofferente della vita in città, dopo aver tradotto in strofe intricate la spuma dell'amore cerebrale, dovette ritirarsi in campagna a rinnovare nella sua fonte la vita del corpo. E lì sentì che si stava rapidamente trasformando in un idiota, che il filtro in cui setacciava le sue raffinate sensazioni gli si stava intorbidendo, che la carne si stava trasformando in terra. Non poteva sopportare il contatto con il paesano diffidente, egoista e rozzo; non poteva opporre resistenza a Tajuña, il mugnaio, l'eroe popolare, un vero alcolizzato; a Martinillo, le cui grottesche messinscene liberavano la risata, sempre pronta a scatenarsi, dei suoi vicini; a Panchote, quel rozzo del fabbro, che lavorava come un asino senza mai offrire qualcosa di poco valore, un egoista che non ha mai pensato al prossimo. Dispiaciuto da tutto ciò, percorreva pianure, gole e valichi recitando le sue poesie, come esorcismo al maleficio della Natura che lo avvolgeva. Si sentiva soffocare privo di compagnia. Sua cugina Eustaquia, la figlia della famiglia che lo ospitava, si curava solo di non apparire ingenua davanti a lui.

Ma la campagna piano piano lo stava sopraffacendo, invadendo il suo spirito goccia a goccia, mentre, dopo aver arricchito il suo sangue, faceva piazza pulita di sottigliezze nel suo

cervello e regalava entusiasmo al suo cuore. Ne giovava la sua salute, e aumentava la vergogna per il suo passato vedendo che la Natura, imperturbabile, sorrideva sdegnosamente al suo comportamento di ostentazione e finzione.

Giunse il giorno della festa e andò al monte, in pellegrinaggio, con sua cugina Eustaquia. Gente da tutti i dintorni partecipava alla famosa festa. Al bordo del sentiero canticchiavano lamentosamente le loro patetiche suppliche i mendicanti. “Tenete a mente, anime cristiane, la triste difficoltà in cui mi trovo...” Più in là: “Non c’è nulla, fratelli, tanto importante come la salute...” Ancora più lontano, accanto ad un albero, un gracile ragazzino mostrava la sua pancia enorme, lucente e abbronzata al sole. Julián distolse lo sguardo da tanta miseria per riposarlo nelle umili rose canine che rivestivano il rovetto che ornava l’altro lato della strada.

Giunsero allo spiazzo dell’eremo, in cui entrò per un attimo a pregare Eustachia, coprendosi, prima di entrare, la testa con il fazzoletto bianco. C’era odore di freschezza della campagna fecondata dal raccolto e di succulenti stufati; dal fogliame salivano in cielo colonne di fumo.

Nell’affumicata cavità di un castagno centenario preparavano, come ogni anno, la merenda; e, come ogni anno, rinverdiva il vecchio albero. Accanto alla carrozza del vino vi era Tajuña, il mugnaio, instancabile flebotomo di otre; bicchiere viene, bicchiere va... e lui così eccitato. Gli vacillavano le gambe, ma non la testa. E Julián stette ad ammirare l’eroe assieme ai cittadini. Martinillo uscì a ballare, il cui faccino sembrava che stesse per piangere ma alla fine non piangeva, e Julián rise assieme ai cittadini dei salti felini e delle capriole del buontempono. Vide con che concentrazione merendava Panchote e capì che chi lavora non è mai egoista. Quelle persone erano la Natura, e la Natura è anche società.

Si mise con sua cugina nel capannello di gente dove i paesani ballavano con tutto sé stessi, scaricando in salti, piroette e urla lo straripamento della vita, l’onesto piacere della libertà dei movimenti, il godersi il proprio corpo. Ballavano assieme a loro le note chiare e stridenti del fischietto, piene dell’acidità del vecchio vinello di quelle montagne, note che esplodevano assieme alle risate sincere che facevano vibrare di allegria l’aria, mentre le foglie del castagno saltellavano al vento, incamerando luce. Quella danza collettiva era una danza liturgica, ringraziamento per la vita semplice e pura, esplosione di energia vitale.

A Julián vibrarono le viscere, iniziarono a cantargli la canzone della salute che trabocca, e prendendo la mano di Eustaquia iniziò a ballare in un capannello di gente con lei ed altri paesani. Era la stessa campagna che ballava con lui. “Bene, bene per il signorino!”, gli dicevano; “Sollevala Julián, sollevala!”, lo aizzava Martinillo, facendo ridere tutti. I piedi di Eustaquia battevano sul pavimento con un certo ritmo; il suo prospero corpo si ravvivò in modo appariscente all’aria aperta; brillavano di salute le sue guance sempre più rosse; le sue labbra erano fonte allegria, e i suoi occhi irradiavano la voglia della vita di venir fuori.

Quando una volta finita la danza Julián prese per i fianchi sua cugina, i cui occhi erano il riflesso della vita, gli si fusero il sangue e le viscere, sciogliendo il suo cervello sul suo cuore. Si sedettero assieme ad altri a terra sul peloso tappeto per condividere la merenda, bere dallo stesso bicchiere, respirare la stessa aria e riscaldarsi sotto lo stesso sole.

A quel punto Julián sentii l’abbraccio della montagna e che al bacio della brezza gli si spegneva nell’anima l’eco delle esotiche poesie cittadine. Gli ronzava per la testa la campagna e si sentiva ammorbido dalla gioia di vivere che lo circondava. Era l’amore che gli nasceva dalla campagna, un amore fruttuoso, colmo di vitalità.

Al ritorno la maggior parte dei pellegrini tornavano in coppia, mano nella mano o abbracciati, mentre la luce del tramonto si affievoliva. Di tanto in tanto a qualcuno scappavano dei potenti nitriti, che volavano come allodole sulla pianura per poi morire languidamente nella gola simile ad un nido da cui erano usciti. Julián sentì un brivido rianimante nel ricevere il sospiro con cui Eustaquia rispose all’intenso e lento bacio, ricevuto in una curva del sentiero; e solo allora il cittadino ormai guarito capì che è l’erotismo l’impotenza del desiderio.

Quando un anno dopo tornò in città, portò con sé Eustaquia e una figlia, fiore profumato di dell’amore sincero, un’opera del corpo e dello spirito, dell’essere integro e uno; ispirazione della campagna in cui i semplici roveti danno come frutto le umili rose canine con cinque petali; una poesia generata dallo svenimento del cervello, poesia di amore fatta carne vivente; la sua vita, la sua eternità, la sua luce, la sua gloria, la sua poesia.

E quando, anni dopo, dopo aver perduto la sua compagna di vita e dimenticato le sue poesie, divenne cieco per delle antiche ferite, gli rimasero quegli occhi filiali che rasserenavano ogni luogo su cui posasse il suo sguardo innocente.

Il canto adamico

Tutto ciò avvenne in un pomeriggio biblico, di fronte alla magnificenza delle torri della città, che riposavano sul cielo come fossero delle gigantesche spighe dorate che spuntano dalle piante che ricoprono e ricamano il fiume. Presi *Foglie d'erba -Leaves of Grass-*, di Walt Whitman, quell'uomo americano, immenso embrione di un poeta secolare, di cui Robert Luis Stevenson dice che, come un cane dal pelo lungo a cui è appena stata tolta la catena, percorreva le spiagge del mondo ululando alla luna; presi quelle pagine e ne tradussi alcune ad un mio amico, davanti alla lucentezza silenziosa della città dorata.

E il mio amico mi disse:

-Che strano effetto causano queste enumerazioni di uomini, di territori, di nazioni, di cose, di piante...! Questa è poesia?

Ed io gli risposi:

-Quando la poesia si sublima e si spiritualizza finisce per essere una mera enumerazione e sospirare nomi cari. La prima strofa di *Romeo e Giulietta* può essere il "Ti amo, ti amo tanto, ti amo con tutto me stesso"; ma l'ultima strofa, quella della perdita dei sensi, non è altro che queste due parole: "Romeo! Giulietta!" "Romeo! Giulietta!". Il sospiro più profondo dell'amore consiste nel ripetere il nome dell'amato: assaporandolo, facendosi venire l'acquolina in bocca. E osserva il bambino. Non dimenticherò mai un'immagine impossibile da dimenticare che Dio mi mise una mattina davanti agli occhi: vidi tre bambini che si tenevano per mano, davanti ad un cavallo, pazzi di gioia, cantando null'altro che queste parole: "Un cavallo!, un cavallo!, un cavallo!". Stavano creando la parola man mano che la ripetevano. Il loro era un canto genesiaco.

-Come nacque la poesia? -chiese il mio amico-, quale fu il primo canto?

-Andiamo alla leggenda -gli dissi-, ascolta ciò che dice il libro della *Genesi* nel suo secondo capitolo, quando dice: "Allora il Signore Dio plasmò dal suolo ogni sorta di bestie selvatiche e tutti gli uccelli del cielo e li condusse all'uomo, per vedere come li avrebbe chiamati: in qualunque modo l'uomo avesse chiamato ognuno degli esseri viventi, quello doveva essere il suo nome. Così l'uomo impose nomi a tutto il bestiame, a tutti gli uccelli del cielo e a tutte le bestie

selvatiche, ma l'uomo non trovò un aiuto che gli fosse simile.” Questo fu il primo canto, il canto del dare nome alle bestie durante l'alba dell'umanità, momento in cui Adamo rimase estasiato davanti a tutto ciò.

-Dare il nome! Dare il nome a qualcosa è, in certo modo, impossessarsi spiritualmente di essa. Lo stesso Walt Whitman, la cui *Foglie d'erba* abbiamo qui con noi, dicendo nella sua poesia “Canto al tramonto” queste parole: “Respirare l'aria, quale delizia! Parlare!, passeggiare! Stringere qualcosa con la mano!”, aggiunse: “dare nome alle cose, che miracolo!”.

Adamo, con l'atto di dare nome alle bestie e agli uccelli, si appropriò di essi; e guarda cosa il salmo ottavo, dopo aver raccontato che Dio permise che l'uomo si appropriasse delle creazioni delle sue mani divine, mettendole tutte a sua disposizione, le pecore, i buoi e anche le bestie selvatiche, gli uccelli del cielo e i pesci del mare e tutto ciò che passa per quei sentieri, dice in conclusione: “O Signore, Signore nostro, quanto è mirabile il tuo nome su tutta la terra!”. Parla della grandezza di quel nome, che milioni di bocche umane chiedono, ogni giorno, che sia santificato. Se fossimo in grado di dare un nome adeguato, un nome poetico, un nome creativo a Dio, in lui si soddisferebbe, come in un fiore eterno, tutta la poesia.

Anche nella *Genesis*, e soprattutto nei versetti che vanno dal 24 al 30 del capitolo XXXII, ci viene raccontato come Giacobbe, dovendo passare il guado di Jaboc alla ricerca di suo fratello Esaù, passò la notte da solo lottando fino all'alba con uno sconosciuto, un angelo di Dio o forse Dio stesso, e, angosciato, gli chiedeva il suo nome, come si chiamasse. In quei tempi antichi se un essere vivente dichiarava il suo nome, in pratica stava dichiarando la sua essenza. Gli eroi omerici la prima cosa che ci fanno sapere di sé sono i loro nomi.

Questi nomi non erano detti, ma erano cantati sotto la spinta di passione e adorazione. E sono sicuro, caro lettore, che l'inno che è penetrato più a fondo nel tuo cuore è il tuo nome, il nome di battesimo, il nome con cui ti chiamavano in casa, nudo e crudo, quando veniva sospirato nella penombra. È il coronamento della poesia.

La forma della litania è, forse, la più bella che le esplosioni delle poesie ci offrono: un nome ripetuto durante il rosario e, ogni volta, collegato con epiteti vivi che lo mettono in risalto. E tra questi vi è l'epiteto consacrato.

Nelle poesie omeriche sono messi in risalto gli epiteti consacrati; ogni eroe ha il suo. Achille, piè rapido; Ettore, dall'elmo lucente. E in ogni epoca e tempo, quando qualcuno scopre l'epiteto consacrato che si sposa poeticamente con una persona, tutti lo usano e tutti lo ripetono. E ciò che succede con le persone succede anche con gli animali, con le cose e con le idee. Scaltro come una volpe, fedele come un cane, nobile come un destriero, paziente come un asino, lento come un bue, scontroso come una capra, mansueto come una pecora, timido come una lepre... e i disegni della Provvidenza, possono non essere imperscrutabili?

Insomma, cantare il nome, mettendolo in risalto con epiteti consacrati, è l'esaltazione meditativa della poesia, mentre l'esaltazione immediata, quella suprema, è cantarlo nudo e crudo, senza nessun epiteto, ripeterlo più volte, come se stessimo immergendo l'anima nel suo contenuto ideale, inzuppandola in esso senza aggiungere null'altro.

-Non mi sorprende -dissi al mio amico- che queste enumerazioni ti producano uno strano effetto, e ti confesso che a volte possono non avere nulla di poetico. Ma dovremmo stupirci ancora di più di noi stessi che, con parole morte, riduciamo la poesia a qualcosa di discorsivo e oratorio, a eloquenza in rima.

-Osserva, inoltre -aggiunsi-, che le parole non hanno acquisito il proprio splendore e purezza fino a quando non si sono unite ad altre nella loro cadenza e nel ritmo. È come il grano; non è pulito né pronto per esser macinato fino a quando non è stato purificato e spulato lanciandolo per aria.

-Adesso ricordo -disse il mio amico, interpolando un intermezzo comico-, ora ricordo una barzelletta americana: dicono che quando Adamo stava dando il nome agli animali, avvicinandosi al cavallo, Eva gli disse: "Questo assomiglia ad un cavallo; quindi chiamiamolo cavallo".

-La barzelletta fa ridere -gli dissi-, ma il fatto è che quando Adamo diede nome alle bestie selvatiche e agli uccelli del cielo, la donna non era stata ancora creata secondo quanto dice la *Genesi*. Da qui viene l'idea che l'uomo ebbe la necessità di parlare anche se era solo, parlare con sé stesso, cantare; pare che la sua azione di dare nomi agli esseri viventi fu un atto di purezza lirica, di puro altruismo. Glieli diede per potersi estasiare con essi. Solo che dopo aver cantato quei nomi e averglieli dati, sentì la necessità di un suo simile a cui comunicarli; una volta che dalle viscere del suo entusiasmo venne fuori quel canto di designazione, ebbe

la necessità di un pubblico ma, aggiunge il testo, Adamo non trovò nessuno simile a lui che potesse aiutarlo. E in seguito a ciò la narrazione biblica ci racconta la creazione della donna, modellandola dalla costola del primo uomo, e la necessità crescente dell'uomo di una compagnia subito dopo essersi appropriato di tutti gli esseri viventi dando loro un nome. L'uomo sentì la necessità di parlare con qualcuno, e Dio gli diede la donna. E non appena la donna apparve di fronte all'uomo, dopo aver detto la famosa frase "Questa, finalmente, è ossa delle mie ossa e carne della mia carne", la prima cosa che lui fece fu darle un nome, dicendo: "Ella sarà chiamata donna, perché è stata tratta dall'uomo". E questo nome, effettivamente, non ha prevalso visto che la maggior parte delle popolazioni erudite ha dato alla donna un nome con una radice differente e non con quella dell'uomo; come fossero due specie differenti.

-Tranne l'inglese -disse il mio amico.

-E qualche altra lingua -aggiunsi io.

E rimettendo a posto *Foglie d'erba*, di Walt Whitman, lasciammo la città splendente al tramonto.

Le forbici

Tutte le sere, dalle nove alle undici, si ritrovavano in un angoletto del bar di Occidente due anziani che i clienti abituali del bar chiamavano *le forbici*. Si erano conosciuti in quello stesso bar, e le poche cose che sapevano l'uno dell'altro erano queste:

Don Francisco era celibe, pensionato e viveva con una domestica anziana e un piccolo barboncino molto goloso, che portava al bar per poi regalargli ciò che avanzava delle zollette di zucchero. Don Pedro era vedovo, pensionato, aveva una figlia sposata dalla quale viveva separato a causa del genero. Non sapevano null'altro. Entrambe erano due persone ben istruite.

Andavano al bar per sfogare la loro bile con dei monologhi dialogati, assopendosi cullati da stupide conversazioni ed esalazioni umane.

Don Pedro odiava il cagnolino del suo amico. Era solito portarsi a casa ciò che avanzava della sua zolletta di zucchero per addolcire il bicchiere d'acqua che beveva quando si alzava dal letto. Vi era tra lui e il cagnolino una lotta silenziosa per lo zucchero che lasciavano i vicini. Quando don Pedro vedeva il cagnolino arrampicarsi sul marmo leccandosi il muso, allontanava, tremando, le sue zollette di zucchero. Qualche volta, mentre parlava, pestava, come se lo avesse fatto per errore, la coda del cagnolino che si rifugiava dal suo padrone.

Il padrone del cane odiava, senza conoscerla, la figlia di don Pedro. Non ne poteva più di sentir dire che lei era la sua luce e il suo conforto; mia figlia di qua, mia figlia di là, sempre sua figlia! Quando il padre si lamentava di quel mascalzone di suo genero, il padrone del cane gli diceva:

-Se ne convinca, don Pedro. La colpa è di sua figlia; se la volesse come padre, tutto si sistemerebbe... Ama più lui! È normale! Sua moglie farebbe lo stesso...!

Il cuore del povero padre si contraeva per l'angoscia sentendo queste parole, e il suo piede cercava la coda del barboncino.

Un giorno il cane mangiò, dopo le zollette di zucchero del suo padrone, anche quelle di don Pedro. Il giorno seguente quest'ultimo, con enorme dignità, raccolse, oltre alle sue zollette di zucchero, quelle che spettavano al cane. Dopo questo parlarono a lungo dell'assenza di giustizia nel mondo.

Le conversazioni dei due anziani erano tremende. Ascoltarle era un piacere solitario e reciproco nelle pause del proprio monologo: ascoltava ogni pezzo dell'altro monologo senza però interessarsi nel dolore pietrificato che lo produceva; lo ascoltava come uno spettatore sereno, come si ascolta una semplice eco che non si sa da dove viene. Ascoltavano l'eco della sua anima senza capire da chi provenisse.

Quando entrava l'ultima persona iniziavano i pettegolezzi con un: "Cosa c'è di nuovo oggi?", per poi concludere con un "Che squallore! È tutta una farsa!". Avevano piacere nel *dimenarsi*, sporcare tutto per concimare il mondo.

Non riprodurrò quei monologhi esattamente come venivano prodotti; preferisco esporre la loro melodia più autentica.

-Se lei è onesto, don Francisco, la chiameranno stupido...

-Giustamente!

-Rassegnazione!, rimproverano coloro i quali si sono rassegnati a vivere bene. Mi hanno schiacciato per essermi rassegnato...!

-E a me per aver protestato!

-La vita è dura, don Pedro! Ho sempre nascosto i miei bisogni e mi sarei lasciato morire di fame, con un atteggiamento signorile, come un gladiatore che lotta per dei ceci... Oh!, bisogna saper sfoggiare un rattoppo fatto a regola d'arte... Io non ho saputo piagnucolare al momento giusto. Sempre celibe, non ho mai rispettato le volontà sante, perché dei padri di famiglia che avevano le lacrime nelle tasche mi toglievano il pane. Io le ingoiavo...

-Io sono stato sposato, i celibi avevano una sola bocca da sfamare, correvano senza pesi sulle spalle, si accontentavano di meno... non potei nulla contro di loro...

-Ho avuto la possibilità di essere un criminale ma non ho voluto.

-Io volevo esserlo ma non ne ho avuto la possibilità, si sono opposti....

-Adesso dicono che nella lotta per sopravvivere vince il più adatto. Accidenti che lotta! Il più adatto? Bugia, don Pedro!

-È vero, don Francisco! Vince il più incapace perché è il più adatto. Tutti lottano a chi scende di più, a chi è più automa, a chi più e meglio piange, a chi più e meglio fa il ruffiano. Avere carattere...? Oh, chi è questo che vuol uscire fuori dal coro e aspira a fare la comparsa?

Bisogna lottare per la giustizia, che non scende dal cielo come la rugiada; chi non piange, non mangia.

Ormai restano giusto due lavori utili, il ladro e il mendicante, la minaccia o le lacrime. Bisogna chiedere dall'alto o dal basso.

-Ah, don Francisco! Quello che serve per meno cose è quello che più serve.

-Nonostante lo dicano, io non sono pessimista. Il mondo non ha la colpa se siamo nati nel posto sbagliato.

-Non c'è giustizia, don Francisco; anche se a volte si fa la cosa giusta, la si fa malgrado non lo siamo.

-Guardi don Pedro, come sua figlia la ripaga!

Il povero padre cercava la coda del barboncino mentre diceva:

-La carità! Uguale alla giustizia! Quante anime forti vengono uccise dalla lotta per la carità...! "Ah, questo è in grado di lavorare, non ne ha bisogno", e tutti vanno via senza dargli né lavoro né pane.

-La carità, don Pedro! I poveri avevano bisogno del pane, e mi diedero parole di conforto..., che gli costano davvero poco..., le hanno pronte all'uso! I ricchi mi diedero dei tozzi di pane..., che gli costa davvero poco..., li avrebbero gettati ai cani! Nessuno mi ha offerto del pane con compassione; sul pane del corpo, il miele dell'animo. Ho vissuto grazie allo Stato, questa cosa anonima che non ringrazio nemmeno un po'.

-Ah, don Francisco! Ti bastonano e ti danno ragione. Non mi fanno male i pestoni, bensì il "mi perdoni". Le bastonate sono sufficienti, la ragione sovrabbonda... Mi dicevano: "Ti conviene, è per il tuo bene, lo meriti"; e altre mille stupidaggini: come gettare sale sulla ferita.

-Lei ha ragione. Nessuno mi ha fatto più danno di coloro che dicevano che lo stavano facendo per il mio bene. Io nacqui bellissimo, come un grande diamante grezzo, mi presero gli esperti di pietre preziose; a colpi di picca e righello mi ripulirono tutte le sfaccettature; divenni brillante, eccezionale per una collana...! Non volli unirmi agli altri, né incastonarmi nell'oro; rotolai via per il ruscello; ero libero e lo sfregamento mi consumò, persi la brillantezza e i riflessi, e oggi, ormai poca cosa, rimpicciolito, utile giusto per tagliare i vetri.

-Iniziai a correre, inciampando in ogni angolo per arrivare al banchetto. "Non ti affrettare, mi dicevano alla fine di ogni giornata: hai ancora tempo e non ti mancherà il posto

a tavola, se non è un posto, sarà un altro.” Quando arrivai era ormai tardi; la stanchezza e il digiuno avevano ormai ucciso il mio appetito, la molla della mia vita; giunsi all’illusione deluso, stanco del digiuno... avevo fatto indigestione di speranze!

Un giorno degli studenti fecero una carognata al povero cagnolino. Il suo padrone si infastidì, i ragazzi gli mancarono di rispetto e iniziarono i problemi. Nel momento peggiore della discussione, un’onda di rimproveri soffocò il padre che ascoltava tutto rimanendo zitto; si alzò, brontolò un saluto e se ne andò lasciando che il padrone del cane se la vedesse da solo. Ma il giorno successivo tornò come sempre.

-Io sono sempre stato progressista -diceva il padrone del cane-; ora non sono più nulla.

-Io sempre moderato...!

-Ma progressista per conto mio, senza nessuna etichetta, fuori dai comitati... Questo mi ha fatto smarrire!

-Questo ha fatto smarrire entrambi!

-Che imperfezione è questa, don Pedro, che non ha soprannome nei gruppi della entomologia politica e sociale?

-E guardi, don Francisco, guardi come vivono *Trigonidium cicindeloides*, *Anaplotermes pacificus*, *Termes lucifugus*, *Palingenia longicauda* e tanti altri di quella specie, quel genere o quella famiglia dell’ordine degli insetti.

-Le idee, don Pedro, non sono altro che zavorre... L’unica verità è la verità viva, l’uomo che la possiede... Quando vuole alzare il tiro...

-L’uomo, don Francisco, è una verità triste. I buoni credono e aspettano succhiandosi il dito; i mascalzoni si aiutano..., e alla fine, tutti concludono la stessa cosa. Io credo in un limbo per i buoni e in un inferno per i cattivi.

-Buon per lei, don Pedro! Buon per lei che ha il conforto di credere nell’inferno!

-Il mio piacere più grande dopo queste conversazioni è dormire come un ghiro. Mi piacerebbe addormentarmi per sempre con la speranza di trovare sulla testiera del letto il mio bicchiere d’acqua zuccherata un giorno che non arriverà mai... Dormire per sempre cullato da una dolce speranza!

-Il mio unico conforto, don Pedro, è il pensiero puro, ma anche questo, appena vive, si sporca...!

Così, anche se in modo differente, passavano il tempo quegli anziani che, congelati per il freddo, guardavano con disprezzo la vita dalla cima gelida della loro solitudine. Amavano la vita e amavano parlare del mondo, sentendosi i vinti, i vincitori del mondo, il vincitore. Pensavano che tutto andasse male perché loro si credevano i buoni e avevano piacere nel crederlo. Il loro era un atteggiamento come qualsiasi altro. Credevano che il sole fosse una farsa, ma che riscalda, e in esso si riscaldavano.

Uscivano assieme e ben coperti dal bar, e dopo essersi separati, ognuno per la sua strada, continuavano il loro monologo eterno. Tutte le notti, mentre si separavano, borbottavano: “Che squallore! È tutta una farsa!”.

Un giorno don Pedro non andò al bar e, con grande gioia del barboncino, continuò a non presentarsi. Quando il padrone del cane seppe che il padre era morto, borbottò: “Povero signore. Sicuramente sua figlia gli avrà dato qualche dispiacere! Troverà prima o poi il suo bicchiere d’acqua zuccherata sulla testiera del letto?”. E continuò il suo monologo. L’eco della sua anima si era spenta, chi era? Da dove veniva? Come viveva? Non lo sapeva né provò a scoprirlo; rimase solo e non conobbe la sua solitudine.

Continua a sedersi all’angolo del bar di Occidente. I clienti abituali lo sentono parlare da solo e lo vedono gesticolare. Mentre dà una zolletta di zucchero al cane che agita con gioia la sua coda che termina con un pompon, borbotta: “Che squallore, don Pedro, è tutta una farsa!”. E i clienti abituali dicevano: “Povero signore! Da quando ha perso l’altra parte della forbice, non è più in sé. È stato per lui un gran colpo! È comprensibile..., alla sua età!”.

Il padrone del cane esce dal bar senza ricordarsi del padre della figlia e, tutto solo, continua a parlare: “Che squallore! È tutta una farsa!”.

Che inizi il racconto!

A Miguel, l'eroe del mio racconto, gliene avevano chiesto uno. Eroe? Sì, eroe! E perché? -si chiederà il lettore-. Beh, primo, perché quasi tutti i protagonisti dei racconti e delle poesie devono essere eroi, e questo per definizione. Per definizione? Sì! E se così non è, diamo un'occhiata.

D. -Cos'è un eroe?

R. -Uno che fa in modo che si possa scrivere su di lui un poema epico, un epinicio, un epitaffio, un racconto, un epigramma, o anche solo un trafiletto di cronaca o una semplice frase.

Achille è un eroe perché lo ha creato quel tale Omero, o chiunque sia stato, nel comporre l'Iliade. Siamo, insomma, noi scrittori -Oh nobile sacerdozio!- coloro che, per nostro piacere e soddisfazione, creiamo gli eroi, e non ci sarebbe egoismo se non ci fosse la letteratura. Questa degli eroi ignorati è una sciocchezza per il sollievo degli sprovveduti. Essere eroi significa essere *celebrati!*

E, inoltre, era eroe il Miguel del mio racconto perché gliene avevano chiesto uno. Colui a cui gli si chiede un racconto è, per il fatto stesso di chiederglielo, un eroe, e chi lo richiede è un altro eroe. Eroi entrambi. Era, insomma, un eroe il mio Miguel, a cui Emilio chiese un racconto, ed era un eroe anche il mio Emilio, che chiese il racconto a Miguel. E così continua ciò che sto scrivendo. Cioè,

scherzando scherzando, siamo già a due.⁸⁴

E il mio eroe, davanti alle bianche o ingiallite pagine, gli occhi fissi su di esse, la testa tra le mani e con i gomiti sulla scrivania- e con questa descrizione mi sembra che il lettore lo stia vedendo molto meglio che se fosse illustrato-, diceva tra sé e sé: "Ebbene, che cosa scrivo nel racconto che mi è stato chiesto? Non è cosa da poco scrivere un racconto per chi, come me, non è uno scrittore di racconti di professione! Perché c'è il romanziere che scrive romanzi,

⁸⁴ Hace referencia al verso -'burla burlando van los tres delante-, del famosísimo soneto de Lope de Vega, *Un soneto me manda hacer Violante*.

uno, due, tre o più all'anno, e poi c'è chi li scrive quando ha l'ispirazione. Io non sono un novelliere!..."

E no, il Miguel del mio racconto non era un novellista. Quando casualmente li scriveva, traeva spunto o da qualcosa che, visto o sentito, gli aveva solleticato la fantasia, o dalle profondità delle sue viscere. E questa cosa di tirar fuori racconti dal profondo delle viscere, di trasformare in letteratura i più intimi tormenti dell'anima, i dolori più spirituali della mente, oh, per quanto riguarda ciò!... Per quanto riguarda ciò hanno già detto tanto i poeti di tutte le epoche e di tutti i paesi, che ormai non ci resta poi molto da dire.

E poi i racconti del mio eroe avevano per il pubblico dei lettori di racconti –i quali formano una categoria speciale all'interno di quella generale dei lettori– un gravissimo inconveniente, quello che in loro non ci fosse alcun argomento, quella cosa che si chiama argomento. Dava molta più importanza alle perle che non al filo in cui vanno infilate, e per il lettore di racconti l'importante è la *filazione*, così, con effe, di filo, e una sola elle, e non *illazione*, senza effe e con due elle, così come ci ostiniamo a scrivere noi latinisti, chi più chi meno, che abbiamo preso l'abitudine di pensare e insegnare che questo vocabolo deriva da *infero, fers, intuli, illatum*. (Non dimenticate che sono un professore, e grazie a questo lavoro sfamo i miei figli, anche se a volte fanno merenda grazie a un racconto perduto.)

E sono a metà di un'altra quartina.

Per l'eroe del mio racconto, il racconto non è altro che un pretesto per fare osservazioni più o meno ingegnose, gesti di fantasia, paradossi, ecc., ecc. E questo, francamente, è calpestare la dignità del racconto, che ha un valore sostanziale –credo che si dica così– in sé e per sé stesso. Miguel non credeva che l'importante fosse l'interesse della narrazione o che il lettore si domandasse in ogni momento: "E adesso, cosa succederà?" oppure: "E questo come terminerà?" Sapeva, inoltre, che c'è chi inizia uno di questi romanzi interessantissimi, va a leggere nelle ultime pagine la conclusione e poi non legge oltre.

Per questo credeva che un buon romanzo non dovrebbe avere conclusione, come non ce l'ha, di consueto, la vita. O dovrebbe averne due o anche più, esposte a due o più colonne,

e che sia il lettore a scegliere quella che più gli piace. Questo è sovraneamente arbitrario. E questo mio Miguel era il più arbitrario di tutti.

In un buon racconto la cosa più importante sono le situazioni e le transizioni.

Soprattutto queste ultime. Le transizioni, oh! E in riferimento a quelle, ecco cosa diceva il famoso melodrammaturgo d'Ennery⁸⁵: "in un dramma (e chi dice dramma dice racconto), la cosa importante sono le situazioni; lei dia vita ad una situazione patetica ed emozionante, e importerà poco ciò che in essa diranno i personaggi, perché il pubblico quando piange non ascolta." Che profonda osservazione questa secondi cui il pubblico, quando piange, non ascolta! Uno che era stato il suggeritore del grande attore Antonio Vico mi disse che una volta, mentre quest'ultimo rappresentava *La muerte civil*, nel momento in cui fingeva di morire tra due sedie, e le signore lo guardavano con il binocolo da teatro per nascondere le lacrime e i signori facevano finta di soffiarsi il naso mentre, in realtà, si asciugavano le lacrime, il gran Vico, tra singhiozzi stertorosi e frasi rotte dal dolore, nel frattempo gli stava affidando, al suggeritore, degli incarichi di contabilità. Ecco cosa implica saper piangere!

Sì; chi in un racconto, come in un dramma, sa far piangere o ridere, può dire ciò che vuole. Il pubblico, quando piange o quando ride, non si accorge di nulla. E l'eroe del mio racconto aveva la dannosa e insolente mania che il pubblico –Il suo pubblico, chiaramente!– si accorgesse di ciò che lui scriveva. Non si era mai vista una pretesa simile!

Mi permetta il lettore che interrompa per un momento il filo della narrazione del mio racconto, venendo meno al precetto letterario dell'impersonalità del narratore (si veda la *Correspondance*, di Flaubert, in qualsiasi dei suoi cinque volumi, *Oeuvres complètes*, Paris, Louis Conard, libraire-éditeur, MDCCCLX), per lamentarmi di questa pretesa ridicola dell'eroe del mio racconto che il suo pubblico si accorga di ciò che lui scriveva. Non sapeva forse che la maggior parte delle persone legge per non rendersi conto? Ognuno è già stufo delle proprie angosce, dei suoi dispiaceri e pensieri per poterne sopportare altri!

Quando io, la mattina, mentre bevo la cioccolata, leggo il giornale, lo faccio per distrarmi, per intrattenermi.

⁸⁵ Adolphe d'Ennery o Dennery, aunque su verdadero nombre era Adolphe Philippe, fue un dramaturgo francés del siglo XIX.

Ed è famoso l'aforisma di quel saggio granadino: "ciò che importa è distrarsi"; al quale un altro saggio, di Bilbao, che sarei io, aggiunse: "Però senza alcun impegno serio."⁸⁶ E non c'è modo meno impegnativo di distrarsi se non leggendo il giornale. E se prendo un romanzo o un racconto non è certo affinché, di riflesso, smuovano le mie più profonde preoccupazioni e i miei dolori, bensì per distrarmi da essi. E proprio per questo non mi rendo conto di ciò che leggo, e addirittura leggo per non voler rendermene conto...

Però l'eroe del mio racconto era un petulante che scriveva affinché si rendessero conto, e, naturalmente, così non può essere, da ciò che scriveva gli venivano fuori solo paradossi.

Che cos'è questa cosa del paradosso? Ah!, io non lo so, ma non lo sanno neppure quelli che ne parlano con un certo disprezzo, più o meno finto; però noi ci capiamo, e basta. E precisamente il colmo del paradosso, come quello dell'umorismo, si basa sul fatto che non c'è quasi nessuno che ne parli o che sappia cosa sia. Ciò che importa è distrarsi, sì, però senza alcun impegno. E che serio impegno si può prendere dicendo che qualcosa è un paradosso, senza sapere che cosa sia, o qualcos'altro è umoristico?

Ed io che, come l'eroe del mio racconto, sono un eroe e un professore di greco, so ciò che, etimologicamente, indica la parola paradosso: dalla preposizione *para*, che indica lateralità, ciò che si sposta lateralmente o che devia, e *doxa*, cioè opinione, e so che tra paradosso ed eresia non c'è molta differenza; però...

Però cosa ha a che fare tutto questo con il racconto? Torniamo, quindi, a noi.

Lasciamo il nostro eroe –all'inizio era mio, ed ora è già tuo, amico lettore, ed anche mio; cioè, nostro– con i gomiti sul tavolo, con gli occhi fissi sui fogli bianchi, ecc. (si veda la descrizione precedente), e chiedendosi: "Ebbene, che cosa scrivo io adesso?..."

Questa cosa del mettersi a scrivere, non esattamente perché si sia trovato un tema, ma per trovarlo, è uno dei bisogni peggiori a cui vanno incontro gli scrittori fabbricanti di eroi, ed eroi, per questo, essi stessi. Perché qual è il supremo eroismo, se non costruire eroi, celebrarli? L'importante è che l'eroe non fabbrichi il suo fabbricante, opinione che difendo con forza nella mia *Vida de Don Quijote y Sancho, según Miguel de Cervantes Saavedra, explicada y*

⁸⁶ Esta frase, 'pero sin adquirir compromisos serios', se repite otras tres veces en obras de Unamuno: *Público y prensa*, *Del sentimiento trágico de la vida* y en el prólogo a *San Manuel bueno, mártir*.

comentada; Madrid, libreria de Fernando Fe, 1905 –e basti questo, a riguardo, a scopo pubblicitario–, opera nella quale sostengo che fu il Don Quijote che fece Cervantes e non il contrario.

E a me chi mi ha fatto, quindi? In questo caso, non c'è alcun dubbio che sia stato l'eroe del mio racconto. Sì, io non sono altro che una fantasia dell'eroe del mio racconto.

Continuiamo? Per me, amico lettore, fino a quando vuole lei; però ho paura che questo si trasformi nel racconto senza fine. Come quello della vita... Anche se... No!, No!, quello della vita finisce.

Questa sarebbe l'occasione buona, con questo pretesto, per una dissertazione sulla fugacità di questa vita effimera e sulle sue vanità, cosa che darebbe a questo racconto un certo carattere moralizzante che lo eleverebbe al di sopra di questi altri racconti volgari che servono solo per divertire. Perché l'arte deve essere edificante. Mi appresso, quindi, a concludere con la *morale della favola*, –Tutto finisce in questo misero mondo: persino i racconti e la pazienza dei lettori. Non so, quindi, abusarne.

3.2 *El espejo de la muerte* – Miguel de Unamuno

***El espejo de la muerte* (Historia muy vulgar)**

¡La pobre! Era una languidez traidora que iba ganándole el cuerpo todo de día en día. Ni le quedaban ganas para cosa alguna: vivía sin apetito de vivir y casi por deber. Por las mañanas costábale levantarse de la cama, ¡a ella, que se había levantado siempre para poder ver salir el sol! Las faenas de la casa le eran más gravosas cada vez.

La primavera no resultaba ya tal para ella. Los árboles, limpios de la escarcha del invierno, iban echando su plumoncillo de verdura; llegábanse a ellas algunos pájaros nuevos; todo parecía renacer. Ella no renacía.

«¡Esto pasará -decíase-, esto pasará!», queriendo creerlo a fuerza de repetírselo a solas. El médico aseguraba que no era sino una crisis de la edad: aire y luz, nada más que aire y luz. Y comer bien; lo mejor que pudiese.

¿Aire? Lo que es como aire le tenían en redondo, libre, soleado, perfumado de tomillo, aperitivo. A los cuatro vientos se descubría desde la casa el horizonte de tierra, una tierra lozana y grasa que era una bendición del Dios de los campos. Y luz, luz libre también. En cuanto a comer... «Pero, madre, si no tengo ganas...».

-Vamos, hija, come, que a Dios gracias no nos falta de qué; cómele repetía su madre, suplicante.

-Pero si no tengo ganas le he dicho...

-No importa. Comiendo es como se las hace una.

La pobre madre, más acongojada que ella, temiendo se le fuera de entre los brazos aquel supremo consuelo de su viudez temprana, se había propuesto empapizarla, como a los pavos. Llegó hasta a provocarle bascas, y todo inútil. No comía más que un pajarito. Y la pobre viuda ayunaba en ofrenda a la Virgen pidiéndole diera apetito, apetito de comer, apetito de vivir, a su pobre hija.

Y no era esto lo peor que a la pobre Matilde le pasaba; no era el languidecer, el palidecer, marchitarse y ajársele el cuerpo; era que su novio, José Antonio, estaba cada vez más frío con ella. Buscaba una salida, sí; no había dudado de ello; buscaba un modo de zafarse y dejarla. Pretendió primero, y con muy grandes instancias, que se apresurase la boda, como si temiera perder algo, y a la respuesta de madre e hija de: «No; todavía no, hasta que me reponga; así no puedo casarme», frunció el ceño. Llegó a decirle que acaso el matrimonio la aliviase, la curase, y ella, tristemente: «No, José Antonio, no; éste no es mal de amores; es otra cosa: Es mal de vida». Y José Antonio la oyó mustio y contrariado.

Seguía acudiendo a la cita el mozo, pero como por compromiso, y estaba durante ella distraído y como absorto en algo lejano. No hablaba ya de planes para el porvenir, como si éste hubiera para ellos muerto. Era como si aquellos amores no tuviesen ya sino pasado.

Mirándole como a espejo, le decía Matilde:

-Pero dime, José Antonio, dime, ¿qué te pasa? Porque tú no eres ya el que antes eras...

-¡Qué cosas se te ocurren, chica! ¿Pues quién he de ser?...

-Mira, oye; si te has cansado de mí, si te has fijado ya en otra, déjame. Déjame, José Antonio, déjame sola; porque sola me quedaré; ¡no quiero que por mí te sacrifiques!

-¡Sacrificarme! Pero ¿quién te ha dicho, chica, que me sacrifico? Déjate de tonterías, Matilde.

-No, no, no lo ocultes; tú ya no me quieres...

-¿Que no te quiero?

-No, no, ya no me quieres como antes, como al principio...

-Es que al principio...

-¡Siempre debe ser principio, José Antonio!; en el querer siempre debe ser principio; se debe estar siempre empezando a querer.

-Bueno, no llores, Matilde, no llores, que así te pones peor...

-¿Que me pongo peor? ¿Peor? ¡Luego estoy mal!

-¡Mal.... no! Pero... Son cavilaciones...

-Pues mira, oye: No quiero, no; no quiero que vengas por compromiso...

-¿Es que me echas?

-¿Echarte yo, José Antonio, yo?

-Parece que tienes empeño en que me vaya...

Rompía aún a llorar la pobre. Y luego, encerrada en su cuarto, con poca luz ya y poco aire, mirábase Matilde una y otra vez al espejo y volvía a mirarse en él. «Pues no, no es gran cosa - se decía-; pero las ropas cada vez me van quedando más grandes, más holgadas; este justillo me viene ya flojo, puedo meter las dos manos por él; he tenido que dar un pliegue más a la saya... ¿Qué es esto, Dios mío, qué es?». Y lloraba y rezaba.

Pero vencían los veintitrés años, vencía su madre, y Matilde soñaba de nuevo en la vida, en una vida verde y fresca, aireada y soleada, llena de luz, de amor y de campo; en un largo porvenir, en una casa henchida de faenas, en unos hijos y, ¿quién sabe?, hasta en unos nietos. ¡Y ellos, dos viejecitos, calentando al sol el postre de la vida!

José Antonio empezó a faltar a las citas, y una vez, a los repetidos requerimientos de su novia de que la dejara si es que ya no la quería como al principio, si es que no seguía empezando a quererla, contestó con los ojos fijos en la guija del suelo: «Tanto te empeñas, que al fin...». Rompió ella una vez más a llorar. Y él entonces, con brutalidad de varón: «Si vas a darme todos los días estas funciones de lágrimas, sí que te dejo». José Antonio no entendía de amor de lágrimas.

Supo un día Matilde que su novio cortejaba a otra, a una de sus más íntimas amigas. Y se lo dijo. Y no volvió José Antonio.

Y decía a su madre la pobre:

-¡Yo estoy muy mala, madre; yo me muero!...

-No digas tonterías, hija; yo estuve a tu edad mucho peor que tú; me quedé en puros huesos. Y ya ves cómo vivo. Eso no es nada. Claro, te empeñas en no comer...

Pero a solas en su cuarto y entre lágrimas silenciosas, pensaba la madre: «¡Bruto, más que bruto! Por qué no aguardó un poco..., un poco, sí, no mucho... La está matando... antes de tiempo...».

Y se iban los días, todos iguales, unánimes, llevándose cada uno un jirón de la vida de Matilde.

Acercábase el día de Nuestra Señora de la Fresneda, en que iban todos los del pueblo a la venerada ermita, donde se rezaba, pedía cada cual por sus propias necesidades y era la vuelta una vuelta de romería, entre bailes, retozos, cantos y relinchidos. Volvían los mozos de

la mano, del brazo de las mozas, abrazados a ellas, cantando, brincando, jijeando, retozándose. Era una de besos robados, de restregones, de apretujeos. Y los mayores se reían recordando y añorando sus mocedades.

-Mira, hija -dijo a Matilde su madre-; está cerca el día de Nuestra Señora: prepara tu mejor vestido. Vas a pedirle que te dé apetito.

-¿No será mejor, madre, pedirle salud?

-No, apetito, hija, apetito. Con él te volverá la salud. No conviene pedir demasiado ni aun a la Virgen. Es menester pedir poquito a poquito; hoy una miaja, mañana otra. Ahora apetito, que con él te vendrá la salud, y luego...

-Luego, ¿qué, madre?

-Luego un novio más decente y más agradecido que ese bárbaro de José Antonio.

-¡No hable mal de él, madre!

-¡Que no hable mal de él! ¿Y me lo dices tú? Dejarte a ti, mi cordera; ¿y por quién? ¿Por esa legañososa de Rita?

-No hable mal de Rita, madre, que no es legañososa. Ahora es más guapa que yo. Si José Antonio no me quería ya, ¿para qué iba a seguir viniendo a hablar conmigo? ¿Por compasión? ¿Por compasión, madre, por compasión? Yo estoy muy mal, lo sé, muy mal. Y a Rita da gusto de verla, tan colorada, tan fresca...

-¡Calla, hija, calla! ¿Colorada? Sí, como el tomate. ¡Basta, basta!

Y se fue a llorar la madre.

Llegó el día de la fiesta. Matilde se atavió lo mejor que pudo, y hasta se dio, ¡la pobre!, colorete en las mejillas. Y subieron madre e hija a la ermita. A trechos tenía la moza que apoyarse en el brazo de su madre; otras veces se sentaba. Miraba al campo como por despedida, y esto aun sin saberlo.

Todo era en torno alegría y verdor. Reían los hombres y los árboles. Matilde entró a la ermita, y en un rincón, con los huesos de las rodillas clavados en las losas del suelo, apoyados los huesos de los codos en la madera de un banco, anhelante, rezó, rezó, rezó, conteniendo las lágrimas. Con los labios balbucía una cosa, con el pensamiento, otra. Y apenas si veía el rostro resplandeciente de Nuestra Señora, en que se reflejaban las llamas de los cirios.

Salieron de la penumbra de la ermita al esplendor luminoso del campo y emprendieron el regreso. Volvían los mozos, como potros desbocados, saciando apetitos acariciados durante meses. Corrían mozos y mozas excitando con sus chillidos éstas a aquéllos a que las persiguieran. Todo eran restregones, sobeos y tentarujas bajo la luz del sol.

Y Matilde lo miraba todo tristemente, y más tristemente aún lo miraba su madre, la viuda.

-Yo no podría correr si así me persiguieran -pensaba la pobre moza-; yo no podría provocarles y azuzarles con mis carreras y mis chillidos... Esto se va.

Cruzáronse con José Antonio, que pasaba junto a ellas acompañando al paso a Rita. Los cuatro bajaron los ojos al suelo. Rita palideció, y el último arbol, un arbol de ocaso encendió las mejillas de Matilde, de donde la brisa había borrado el colorete.

Sentía la pobre moza en torno de sí el respeto como espesado; un respeto terrible, un respeto trágico, un respeto inhumano y cruelísimo. ¿Qué era aquello? ¿Era compasión? ¿Era aversión? ¿Era miedo? ¡Oh, sí; tal vez miedo, miedo tal vez! Infundía temor; jella, la pobre chiquilla de veintitrés años! Y al pensar en este miedo inconsciente de los otros, en este miedo que inconscientemente también adivinaba en los ojos de los que al pasar la miraban, se la helaba de miedo, de otro más terrible miedo, el corazón.

Así que traspuso el umbral de la solana de su casa, entornó la puerta; se dejó caer en el escaño, reventó en lágrimas y exclamó con la muerte en los labios:

-¡Ay, mi madre; mi madre, cómo estaré! ¡Como las feas! ¡Cómo estaré, Virgen santa, cómo estaré! ¡Ni por cumplido, ni por compasión, como otras: como a las feas! ¡Cómo estaré, Virgen santa, cómo estaré! ¡Ni me han retozado... ni me han retozado los mozos como antaño! ¡Ni por compasión, como a las feas! ¡Cómo estaré, madre, cómo estaré!

-¡Bárbaros, bárbaros y más que bárbaros! -se decía la viuda-. ¡Bárbaros; no retozar a mi hija, no retozaría!... ¿Qué les costaba? Y luego a todas esas legañosas...

¡Bárbaros!

Y se indignaba como ante un sacrilegio, que lo era, por ser el retozo en estas santas fiestas un rito sagrado.

-¡Cómo estaré, madre, cómo estaré que ni por compasión me han retozado los mozos!

Se pasó la noche llorando y anhelando, y a la mañana siguiente no quiso mirarse al espejo. Y la Virgen de la Fresneda, madre de compasiones, oyendo los ruegos de Matilde, a los tres meses de la fiesta se la llevaba a que la retozasen los ángeles.

El sencillo don Rafael, cazador y tresillista

Sentía resbalar las horas, hueras, aéreas, deslizándose sobre el recuerdo muerto de aquel amor de antaño. Muy lejos, detrás de él, dos ojos ya sin brillo entre nieblas. Y un eco vago, como el del mar que se rompe tras la montaña, de palabras olvidadas. Y allá, por debajo del corazón, susurro de aguas soterrañas. Una vida vacía, y él solo, enteramente solo. Solo con su vida.

Tenía para justificarla nada más que la caza y el tresillo. Y no por eso vivía triste, pues su sencillez heroica no se compadecía con la tristeza. Cuando algún compañero de juego, despreciando un solo, iba a buscar una sola carta para dar bola, solía repetir don Rafael que hay cosas que no se debe ir a buscar; vienen ellas solas. Era providencialista; es decir, creía en el todopoderío del azar. Tal vez por creer en algo y no tener la mente vacía.

-¿Y por qué no se casa usted? -le preguntó alguna vez con la boca chica su ama de llaves.

-¿Y por qué me he de casar?

-Acaso no vaya usted descaminado.

-Hay cosas, señora Rogelia, que no se deben ir a buscar: vienen ellas solas.

-¡Y cuando menos se piensa!

-¡Así se dan las bolas! Pero, mire, hay una razón que me hace pensar en ello...

-¿Cuál?

-La de morir tranquilo ab intestato.

-¡Vaya una razón! -exclamó el ama, alarmada.

-Para mí la única valedera -respondió el hombre, que presentía no valen las razones, sino el valor que se las da.

Y una mañana de primavera, al salir, con achaque de la caza, a ver nacer el sol, halló un envoltorio en la puerta de su casa. Encorvose a mejor percatarse, y dentro, un ligerísimo susurro como de cosas olvidadas. El rollo se removía. Lo levantó; estaba tibio; lo abrió: era una criatura de horas. Quedósele mirando, y su corazón pareció sentir, no ya el susurro, sino el frescor de sus aguas soterrañas. «¡Vaya una caza que me ha deparado el destino!», pensó.

Volvióse con el envoltorio en brazos, la escopeta a la bandolera, subiendo las escaleras de puntillas para no despertar a aquello, y llamó quedamente varias veces.

-Aquí traigo esto -le dijo al ama de llaves.

-Y eso, ¿qué es?

-Parece un niño...

-¿Parece solo?...

-Lo dejaron a la puerta de la calle.

-¿Y qué hacemos con ello?

-Pues... ¿qué vamos a hacer? Bien claro está: ¡Criarlo!

-¿Quién?

-Los dos.

-¿Yo? ¡Yo, no!

-Buscaremos ama.

-¿Pero está usted en su juicio, señorito? ¡Lo que hay que hacer es dar parte al juez, y en cuanto a eso, al Hospicio con ello!

-¡Pobrecillo! ¡Eso sí que no!

-En fin, usted manda.

Una madre vecina le prestó caritativamente las primeras leches, y pronto el médico de don Rafael encontró una buena nodriza: una chica soltera que acababa de dar a luz un niño muerto.

-Como nodriza, excelente -le dijo el médico-, y como persona, ya ves, un desliz así puede ocurrirle a cualquiera.

-A mí no -contestó con su sencillez característica don Rafael.

-Lo mejor sería -dijo el ama de llaves- que se lo llevase a su casa a criarlo.

-No -replicó don Rafael-; eso tiene graves peligros; no me fío de la madre de la chica. Aquí, aquí, bajo mi vigilancia. Y no hay que darle disgustos a la chica, señora Rogelia, que de ello depende la salud del niño. No quiero que por una sofoquina de Emilia pase el angelito un dolor de tripas.

Era Emilia, la nodriza, de veinte años, alta, agitanada, con una risa perpetua en los ojos, cuya negrura realzaba el marco de ébano del pelo que le cubría las sienes como con dos esponjosas alas de cuervo, entreabiertos y húmedos los labios guinda, y unos andares de gallina a que el gallo ronda.

-¿Y cómo va a bautizarle usted, señorito? -le preguntó la señora Rogelia.

-Como hijo mío.

-Pero, ¿está usted loco?

-¡Qué más da!

-¿Y si mañana, por esa medalla que lleva y esas contraseñas, aparecen sus verdaderos padres?...

-Aquí no hay más padre ni madre que yo. Yo no busco niños, como no busco bolas; pero cuando vienen..., soy libre. Y creo que ésta del azar es la más pura y libre de las maternidades. No me cabe la culpa de que haya nacido, pero tendré el mérito de hacerle vivir. Hay que creer en la Providencia, siquiera por creer en algo, que eso consuela, y además, así podré morir tranquilo ab intestato, pues ya tengo quien me herede forzosamente.

La señora Rogelia se mordió los labios, y cuando don Rafael hizo bautizar y registrar al niño como hijo suyo, dio que reír a la vecindad y a nadie que sospechar malicia alguna: tan conocida era su transparente ingenuidad cotidiana. Y el ama de llaves tuvo, mal de su grado, que avenirse y concordar con el ama de leche.

Ya tenía don Rafael algo más en qué pensar que en la caza y el tresillo; ya estaban sus días llenos. La casa se le llenó de una vida nueva, luminosa y sencilla. Y hasta perdió alguna noche el sueño y el descanso paseando al nene para acallararlo.

-Es hermoso como el sol, señora Rogelia. Y tampoco hemos tenido mala suerte con el ama, me parece.

-Como no vuelva a las andadas...

-De eso me encargo yo. Sería una picardía, una deslealtad: se debe al niño. Pero no, no; está desengañada del zanguango de su novio, un bausán de marca mayor a quien ya aborrece...

-No se fíe usted..., no se fíe usted...

-Y a quien voy a pagarle el pasaje a América. Y ella es una pobrecilla...

-Hasta que vuelva a tener ocasión...

-¡Digo que lo evitaré!

-Pues como ella quiera...

-¡Ah, en cuanto a eso, sí! Porque si he de decirle a usted la verdad, la verdad es que...

-Sí, me la supongo.

-¡Pero ante todo, respeto a mi hijo!

Emilia nada tenía de lerda, y estaba deslumbrada con el rasgo heroicamente sencillo de aquel solterón semidurmiente. Encariñose desde un principio con el crío, como si fuese su madre misma. El padre putativo y la nodriza natural pasábanse largos ratos, a sendos lados de la cuna, contemplando la sonrisa del sueño del niño cuando éste hacía como que mamaba.

-¡Lo que es el hambre! -decía don Rafael.

Y cruzábanse sus miradas. Y cuando, teniéndole ella, Emilia, en brazos, iba él, don Rafael a besar al niño, con el beso ya preparado en la boca, rozaba casi la mejilla de la nodriza, cuyos rizos de ébano le afloraban la frente al padre. Otras veces quedábase contemplando alguno de los dos mellizos blancos senos, turgentes de vida que se da, con el serpenteo azul de las venas que del cuello bajaban, y sostenido entre dos ahusados dedos índice y corazón como en horqueta. Doblábase sobre él un cuello de paloma. Y también entonces le entraban ganas de besar al hijo, y su frente, al tocar al seno, hacía temblotear.

-¡Ay, lo que siento es que pronto tendré que dejarte, sol mío! -exclamaba ella, apretándolo contra su seno y como si le entendiera.

Callábase a esto don Rafael.

Y cuando le cantaba al niño, abrazándole, aquella vieja canturria paradisiaca que, aun trasmitiéndosela de corazón a corazón las madres, cada una de éstas crea e inventa de nuevo, eternamente nueva poesía, siendo la misma siempre, la única, como el sol, traíale a don Rafael como un dejo de su niñez, olvidada en las lontananzas del recuerdo. Balanceábase la cuna, y con ella el corazón del padre, y mejíasele aquel canto...

que viene el cocóóóó...

con el susurro de las aguas debajo de su corazón...

a llevarse a los niños...

que iba también durmiéndose...

que duermen pocóóóó...

entre las blandas nieblas de su pasado...

¡ah, ah, ah, aaaah!

-¡Qué buena madre hace! -pensaba.

Alguna vez, hablando del percance que la hizo nodriza, le preguntó don Rafael:

-Pero, chica, ¿cómo pudo ser eso?

-¡Ya ve usted, don Rafael! -y se le encendía leve, muy levemente, el rostro.

-¡Sí, tienes razón, ya lo veo!

Y llegó una enfermedad terrible, días y noches de angustia. Mientras duró aquello hizo don Rafael que Emilia se acostase con el niño en su mismo cuarto.

-Pero, señorito -dijo ella-, ¿cómo quiere usted que yo duerma allí?...

-Pues muy sencillo -contestó él, con su sencillez acostumbrada-, ¡durmiendo!

Porque para aquel hombre, todo sencillez, era sencillo todo.

Por fin el médico dio por salvado al niño.

-¡Salvado! -exclamó don Rafael con el corazón desbordante, y fue a abrazar a Emilia, que lloraba del estupor del gozo.

-¿Sabes una cosa? -le dijo, sin soltar del todo el abrazo, y mirando al niño que sonreía en floración de convalecencia.

-Usted dirá -contestó ella, mientras el corazón se le ponía al galope.

-Que puesto que estamos los dos libres y sin compromiso, pues no creo que pienses ya en aquel majadero, que ni siquiera sabemos si llegó o no a Tucumán, y ya que somos yo padre y tú madre, cada uno a su respecto, del mismo hijo, nos casemos, y asunto concluido.

-¡Pero, don Rafael!... -y se puso de grana.

-Mira, chiquilla, así podremos tener más hijos...

El argumento era algo especioso, pero persuadió a Emilia. Y como vivían juntos y no era cosa de contenerse por unos días fugitivos -¡qué más da!-, aquella misma noche le hicieron sucesor al niño, y muy poco después se casaron como la santa madre Iglesia y el providente Estado mandan.

Y fueron, en lo que en lo humano cabe -¡y no es poco!-, felices, y tuvieron diez hijos más, una bendición de Dios, con lo cual pudo morir tranquilo ab intestato, por tener ya quienes forzosamente le heredaran, el sencillo don Rafael, que de cazador y tresillista pasó de dos brincos a padre de familia. Y es lo que él solía decir como resumen de su filosofía práctica:

-¡Hay que dar al azar lo suyo!

Ramón Nonnato, suicida

Cuando harto de llamar a la puerta de su cuarto, entró, forzándola, el criado, encontrase a su amo lívido y frío en la cama, con un hilo de sangre que le destilaba de la sien derecha, y junto a él, aquel retrato de mujer que traía constantemente consigo, casi como un amuleto, y en cuya contemplación se pasaba tantas horas.

Y era que en la víspera de aquel día de otoño gris, a punto de ponerse el día, Ramón Nonnato se había pegado un tiro. Habíanle visto antes, por la tarde, pasearse, solo, según tenía por costumbre, a la orilla del río, cerca de su desembocadura, contemplando cómo las aguas se llevaban al azar las hojas amarillas que desde los álamos marginales iban a caer para siempre, para nunca más volver, en ellas. «Porque las que en la primavera próxima, la que no veré, vuelvan con los pájaros nuevos a los árboles, serán otras», pensó Nonnato.

Al desparramarse la noticia del suicidio hubo una sola y compasiva exclamación: «¡Pobre Ramón Nonnato!». Y no faltó quien añadiera: «Le ha suicidado su difunto padre».

Pocos días antes de darse así la muerte había pagado Nonnato su última deuda con el producto de la venta de la última finca que le quedaba de las muchas que de su padre heredó, y era la casa solariega de su madre. Antes fue a ella y se estuvo allí solo durante un día entero, llorando su desamparo y la falta de un recuerdo, con un viejo retrato de su madre entre las manos. Era el retrato que traía siempre consigo, sobre el pecho, imagen de una esperanza que para él había siempre sido recuerdo, siempre.

El pobre hombre había desbaratado la fortuna que su padre le dejara en locas especulaciones enderezadas a acrecentarla, en fantásticas combinaciones financieras y bursátiles, mientras vivía con una modestia rayana en la pobreza y ceñido de privaciones. Pues apenas si gastaba más que lo preciso para sustentarse con un discreto decoro, y fuera de esto, en caridades y favores. Porque el pobre Nonnato, tan tacaño para consigo, era en extremo liberal y pródigo para con los demás, sobre todo con las víctimas de su padre.

La razón de su conducta era que buscaba aumentar lo más posible su fortuna, hacerla enorme, y emplearla luego en vasto objeto de servicio a la cultura pública, para redimirla así de su pecado de origen. No le parecía bastante haberla distribuido en pequeñas caridades, y

mucho menos haber tratado de cancelar los daños de su padre. No es posible recoger el agua derramada.

Llevaba siempre fijadas en la mente las últimas palabras que al morir le dirigió su padre, y fueron así:

-Lo que siento, hijo mío, es que esta fortuna, tan trabajosamente fraguada y cimentada por mí; esta fortuna tan bien repartida, y que es, aunque tú no lo creas, una verdadera obra de arte, se va a deshacer en tus manos. Tú no has heredado mi espíritu, ni tienes amor al dinero, ni entiendes de negocio. Confieso haberme equivocado contigo.

«Afortunadamente», pensó Nonnato al oír estas últimas palabras de su padre. Porque, en efecto, no había logrado éste infundirle su recio y sombrío amor al dinero, ni aquella su afición al negocio, que le hacía preferir la ganancia de tres con engaño legal a la de cuatro sin él.

Y eso que el pobre Nonnato había sido el abogado de los pleitos en que de continuo se metía aquel hombre terrible: un abogado gratuito, por supuesto. En su calidad de abogado de su padre, es como Nonnato tuvo que penetrar en los más recónditos recovecos del antro del usurero, tinieblas húmedas donde acabó de entristecerse el alma, presa de una esclavitud irrescatable. Ni podía libertarse, pues, ¿cómo resistir la mirada cortante y fría de aquel hombre de presa?

Años tétricos los de la carrera del pobre Nonnato, de aquella carrera odiada que estudiaba obligado a ello por su padre. Cuando durante los veranos se iba de vacaciones a su pueblo costero, después de aquel tenebroso curso de estudios, pasado en una miserable casa de uno de los deudores de su padre, que así le sacaba más interés a su préstamo, íbase Nonnato solo a orillas del mar a consolarse de su soledad con la soledad del Océano, y a olvidar las tristezas de la tierra. El mar le habla siempre llamado como una gran madre consoladora, y sentado a su orilla sobre una roca ceñida de algas contemplaba el retrato aquel de su pobre madre, fingiéndose que el canto brezador de las olas era el arrullo de cuna que no le había sido concedido oír en su infancia.

Él había querido hacerse marino para huir mejor de casa de su padre, para cultivar la soledad de su alma; pero su padre, que necesitaba un abogado gratuito, le obligó a estudiar leyes para torcerlas, renunciando al mar. De aquí lo tétrico de sus años de carrera.

Y ni aun tuvo en ellos el consuelo de refrescarse el alma a solas con el recuerdo de sus mocedades, porque éstas habíalas pasado como una sola noche de invierno en un desierto de hielo. Solo, siempre solo con aquel padre que apenas le hablaba como no fuese de sus feos negocios, y que de cuando en cuando le decía: «Porque esto lo hago por ti, principalmente por ti, casi sólo por ti. Quiero que seas rico, muy rico, inmensamente rico y que puedas casarte con la hija del más rico de esos ricachos que nos desprecian». Mas el chico sentía que aquello era mentira, y que él no era sino un pretexto para que su padre se justificase ante sí mismo, en el foro de su conciencia, su usura y su avaricia. Y fue entonces, en aquella tétrica mocedad, cuando dio con el retrato de su madre y empezó a dedicarle culto. El padre, por su parte, jamás le habló de ella.

Y el pobre mozo, que oía a sus compañeros hablar de sus madres, trataba de figurarse cómo habría podido ser la suya. E interrogaba en vano a aquella antigua sirvienta, seca y dura, la confidente de su padre, la que le había tomado de brazos de su nodriza, a la que no había vuelto a ver. Nunca le oyó cantar a aquella mujer ceñuda y tercamente silenciosa. Y era ella la que se perdía en sus más remotos recuerdos de niñez.

¡Niñez! No la había tenido. Su niñez fue solo un día largo, un día gris y frío de unos cuantos años, porque todos sus días fueron iguales e iguales las horas todas de cada uno de sus días. Y la escuela, no menos tétrica que su hogar. En ella le dirigían bromas feroces, como son las bromas infantiles, sobre las mañas de su padre. Y como le vieran una vez llorar al llamarle el hijo del usurero, redoblaron las burlas.

La nodriza lo había dejado en cuanto pudo porque no se le pagaba su servicio en rigor. Era el modo que tenía el usurero de cobrarse una deuda del marido de ella. Y así, en vez de pagarle sus mesadas por dar leche de su pecho al pobrecito Nonnato, íbaselas descontando de lo que su marido le debía.

Habíanle sacado a Ramón Nonnato del cadáver tibio de su madre, que murió poco antes de cuando había de darle a luz, cuarenta y dos años antes del día aquel en que se suicidó. Y es, pues, que había nacido con el suicidio en el alma.

¡La pobre madre! ¡Cuántas veces, en sus últimos días de vida, se ilusionaba con que el hijo tan esperado habría de ser un rayo de sol en aquel hogar tenebroso y frío y habría de cambiar el alma de aquel hombre terrible! «¡Y por lo menos -pensaba- no estaré ya sola en el

mundo, y cantando a mi niño no oiré el rechinar del dinero en ese cuarto de los secretos! ¡Y quién sabe!... ¡acaso cambie!».

Y soñaba con llevarle en los días claros a la orilla del mar, a darle allí el pecho frente al pecho palpitante de la nodriza de la tierra, uniendo su canto al eterno canto de cuna que tantos dolores del trabajado linaje humano adormeciera.

¿Cómo se encontró casada con aquel hombre? Ni ella lo sabía. Cosa de su familia, de su padre, que tenía negocios oscuros con el que fue luego su marido. Sospechaba algo pavoroso, pero en que no quería entrar. Recordaba que un día, después de varios en que su madre tuvo de continuo enrojecidos los ojos por el llanto, la llamó su padre al cuarto de las solemnidades y le dijo:

-Mira, hija mía, mi salvación, la salvación de la familia toda, depende de ti. Sin un sacrificio tuyo, no sólo la ruina completa, sino además la deshonra.

-Mándeme, padre -respondió ella.

-Es menester que te cases con Anastasio, mi socio.

La pobre, temblando de los talones a la nuca, se calló, y su padre, tomando su silencio por un otorgamiento, añadió:

-Gracias, hija, gracias; no esperaba yo otra cosa de ti. Sí, este sacrificio...

-¿Sacrificio? -dijo ella por decir algo.

-¡Oh, sí, hija mía; no le conoces, no le conoces como yo!...

Cruce de caminos

Entre dos filas de árboles, la carretera piérdese en el cielo; sesteaba un pueblecillo junto a un charco, en que el sol cabrillea, y una alondra, señora, trepidando en el azul sereno, dice la verdad mientras todo calla. El caminante va por donde dicen las sombras de los álamos; a trechos para y mira, y sigue luego.

Deja que oree el viento su cabeza blanca de penas y años, y anega sus recuerdos dolorosos en la paz que le envuelve.

De pronto, el corazón le da rebato, y se detiene temblando cual si fuese ante el misterioso final de su existencia. A sus pies, sobre el suelo, al pie de un álamo y al borde del camino, una niña dormía un sueño sosegado y dulce. Lloró un momento el caminante, luego se arrodilló, después sentose, y sin quitar sus ojos de los ojos cerrados de la niña, le veló el sueño. Y él soñaba entre tanto.

Soñaba en otra niña, como aquella, que fue su raíz de vida, y que al morir una mañana dulce de primavera le dejó solo en el hogar, lanzándole a errar por los caminos, desarraigado.

De pronto abrió los ojos hacia el cielo la que dormía, las volvió al caminante, y cual quien habla con un viejo conocido, le preguntó: «¿Y mi abuelo?». Y el caminante respondió: «¿Y mi nieta?». Miráronse a los ojos, y la niña le contó que, al morirle su abuelo, con quien vivía sola -en soledad de compañía solos-, partió al azar de casa, buscando... no sabía qué... más soledad acaso.

-Iremos juntos; tú a buscar a tu abuelo; yo, a mi nieta -le dijo el caminante.

-¡Es que mi abuelo se murió! -dijo la niña.

-Volverán a la vida y al camino -contestó el viejo-. Entonces..., ¿vamos?

-¡Vamos, sí, hacia adelante, hacia levante!

-No, que así llegaremos a mi pueblo y no quiero volver, que allí estoy sola. Allí sé el sitio en que mi abuelo duerme. Es mejor al poniente; todo derecho.

-¿El camino que traje? -exclamó el viejo- ¿Volverme dices? ¿Desandar lo andado? ¿Volver a mis recuerdos? ¿Cara al ocaso? ¡No, eso nunca! ¡No, eso sí que no, antes morirnos!

-¡Pues entonces..., por aquí, entre las flores, por los prados, por donde no hay camino!

Dejando así la carretera fueron campo traviesa, entre floridos campos -magarzas, clavelinas, amapolas-, adonde Dios quisiera.

Y ella, mientras chupaba un chupamieles con sus labios de rosa, le iba contando de su abuelo cómo en las largas veladas invernales le hablaba de otros mundos, del Paraíso, de aquel diluvio, de Noé, de Cristo...

-¿Y cómo era tu abuelo?

-Casi era como tú, algo más alto...; pero no mucho, no te creas..., viejo..., y sabía canciones.

Calláronse los dos, siguió un silencio y lo rompió el anciano dando a la brisa que iba entre las flores este cantar:

Los caminos de la vida
van del ayer al mañana,
mas los del cielo, mi vida,
van al ayer del mañana.

¡Y al oírle, la niña dio a los cielos, como una alondra, esta fresca canción de primavera!:

Pajarcito, pajarcito,
¿de dónde vienes?
El tu nido, pajarcito
¿ya no le tienes?
Si estás solo, pajarcito,
¿cómo es que cantas?
A quién buscas, pajarcito,
¿cuando te levantas?

-Así era como tú, algo más chica -dijo llorando el viejo-; así era como tú..., como estas flores...

-¡Cuéntame de ella, pues, cuéntame de ella!

Y empezó el viejo a repasar su vida, a rezar sus recuerdos, y la niña a su vez a ensimismárselos, a hacerlos propios.

«Otra vez...», empezaba él, y ella, cortándole, decía: «¡Lo recuerdo!».

-¿Que lo recuerdas, niña?

-Sí, sí; todo eso me parece cual si fuera algo que me pasó, como si hubiese vivido yo otra vida.

-¡Tal vez! -dijo el anciano, pensativo.

-Allí hay un pueblo: ¡Mira!

Y el caminante vio tras una loma humo de hogares. Luego, al llegar a su espinazo, al fondo, un pueblecillo agazapado en rolde de una pobre espadaña, cuyos dos huecos con sus dos chilejas, cual dos pupilas, parecían mirar al infinito. En el ejido, un zagalejo rubio cuidaba de unos bueyes que bebían en una charca, que, cual si fuese un desgarrón de tierra, mostraba el cielo soterrano; y en éste otros dos bueyes -dos bueyes celestiales- que venían a contemplar sus sombras pasajeras o a darles nueva vida acaso.

-Zagal, ¿aquí hay donde hacer noche?, dime -preguntó el viejo.

-¡Ni a posta! -dijo el mozo-. Esa casa de ahí está vacía; sus dueños emigraron, y hoy sirve nada más que de guarida para alimañas. Pan, vino y fuego aquí nunca se niega al que viene de paso en busca de su vida.

-¡Dios os lo pagará, zagal, en la otra!

Durmiéronse arrimados y soñaron: El viejo, en el abuelo de la niña; y ella, en la nietecita que perdiera el pobre caminante. Al despertar miráronse a los ojos, y como en una charca sosegada que nos descubre el cielo soterrano, vieron allí, en el fondo, sus sendos sueños.

-Puesto que hay que vivir, si nos quedáramos en esta casa... ¡La pobre está tan sola! -dijo el viejo.

-Sí, sí; la pobre casa... ¡Mira, abuelo, que el pueblo es tan bonito! Ayer, el campanario de la iglesia nos miraba muy fijo, como yendo a decir...

En este punto sonaron las chilejas. «Padre nuestro que estás en los cielos...». Y la niña siguió: «¡Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo!». Rezaron a una voz. Y salieron de casa, y les dijeron: «Vosotros, ¿qué sabéis hacer? ¡Veamos!».

El viejo hacía cestas, componía mil cosas estropeadas; sus manos eran ágiles; industrioso su ingenio.

Sentábanse al arrimo de la lumbre: la niña hacía el fuego, y cuidando de la olla le ayudaba. Y hablaban de los suyos, de la otra nieta y de aquel otro abuelo. Y era cual si las almas de los otros, también desarraigadas, errantes por las sendas de los cielos, bajasen al arrimo de la lumbre del nuevo hogar. Y les miraban silenciosas, y eran cuatro y no dos. O más bien eran dos, más dos parejas. Y así vivían doble vida: la una, vida del cielo, vida de recuerdos, y la otra, de esperanzas de la tierra.

Íbanse por las tardes a la loma, y de espaldas al pueblo veían sobre el cielo destacarse, allá en las lejanías, unos álamos que dicen el camino de la vida. Volvíanse cantando.

Y así pasaba el tiempo hasta que un día -unos años más tarde- oyó otro canto junto a casa el viejo.

-Dime, ¿quién canta esa canción, María?

-Acaso el ruiseñor de la alameda...

-¡No, que es cantar de mozo!

Ella bajó los ojos.

-Ese canto, María, es un reclamo. Te llama a ti al camino y a mí a morir. ¡Dios os bendiga, niña!

-¡Abuelito! ¡Abuelito! -y le abrazaba, cubríale de besos, le miraba a los ojos cual buscándose.

-¡No, no, que aquélla se murió, María! ¡También yo muero!

-No quiero, abuelo, que te mueras; vivirás con nosotros.

-¿Con vosotros me dices? ¿Tu abuelo? Tu abuelo, niña, se murió. ¡Soy otro!

-¡No, no; tú eres mi abuelo! ¿No te acuerdas cuando yo, al despertar sola y contarte cómo escapé de casa, me dijiste: «Volverán a la vida y al camino»? ¡Y volvieron!

-Volvieron al camino, sí, hija mía, y a él nos llama esa canción del mozo. ¡Tú con él, mi María; yo... con ella!

-¡Con ella, no! ¡Conmigo!

-¡Sí, contigo! Pero... ¡con la otra!

-¡Ay mi abuelo, mi abuelo!

-¡Allí te aguardo! ¡Dios os bendiga, pues por ti he vivido!

Murióse aquella tarde el pobre anciano, el caminante que alargó sus días; la niña, con los dedos que cogían flores del campo -magarzas, clavelinas, amapolas- le cerró ambos los ojos, guardadores de ensueño de otro mundo; besole en ellos, lloró, rezó, soñó, hasta que oyendo la canción del camino se fue a quien le llamaba.

Y el viejo fue a la tierra: a beber bajo de ella sus recuerdos.

El amor que asalta

¿Qué es eso del amor, de que están siempre hablando tantos hombres y que es el tema casi único de los cantos de los poetas? Es lo que se preguntaba Anastasio. Porque él nunca sintió nada que se pareciese a lo que llaman amor los enamorados. ¿Sería una mera ficción, o acaso un embuste convencional con que las almas débiles tratan de defenderse de la vaciedad de la vida, del inevitable aburrimiento? Porque, eso sí, para vacío y aburrido, y absurdo y sin sentido, no había, en sentir de Anastasio, nada como la vida humana.

Arrastraba el pobre Anastasio una existencia lamentable, sin estímulo ni objetivo para el vivir, y cien veces se habría suicidado si no aguardase, con una oscura esperanza a prueba de un continuo desengaño, que también a él le llegase alguna vez a visitar el amor. Y viajaba, viajaba en su busca, por si cuando menos lo pensase le acometía de pronto en una encrucijada del camino.

No sentía codicia de dinero, disponiendo de una modesta, pero para él más que suficiente fortuna, ni sentía ambición de gloria o de honores, ni anhelo de mando y poderío. Ninguno de los móviles que llevan a los hombres al esfuerzo le parecía digno de esforzarse por él, y no encontraba tampoco el más leve consuelo a su tedio mortal ni en la ciencia, ni en el arte, ni en la acción pública. Y leía el *Eclesiastés* mientras esperaba la última experiencia, la del amor.

Habíase dado a leer a todos los grandes poetas eróticos, a los analistas del amor entre hombre y mujer, las novelas todas amatorias, y descendió hasta esas obras lamentables que se escriben para los que aún no son hombres del todo y para los que dejaron en cierto modo de serlo: se rebajó hasta escarbar en la literatura pornográfica. Y es claro, aquí encontró menos aún que en otras partes huella alguna del amor.

Y no es que Anastasio no fuese hombre hecho y derecho, cabal y entero, y que no tuviese carne pecadora sobre los huesos. Sí, hombre era como los demás, pero no había sentido el amor. Porque no sabía que fuese amor la pasajera excitación de la carne que olvida la imagen provocadora. Hacer de aquello el terrible dios vengador, el consuelo de la vida, el dueño de las almas, parecía un sacrilegio, tal como si se pretendiese endiosar al apetito de comer. Un poema sobre la digestión es una blasfemia.

No, el amor no existía en el mundo para el pobre Anastasio. Leyó y releyó la leyenda de *Tristán e Iseo*, y le hizo meditar aquella terrible novela del portugués Camilo Castelo Branco: *A mulher fatal*. «¿Me sucederá así? -pensaba-. ¿Me arrastrará tras de sí, cuando menos lo espere, y crea, la mujer fatal?». Y viajaba, viajaba en busca de la fatalidad ésta.

«Llegará un día -se decía- en que acabe de perder esta vaga sombra de esperanza de encontrarlo, y cuando vaya a entrar en la vejez sin haber conocido mi mocedad ni edad viril, cuando me diga: ¡Ni he vivido ni puedo ya vivir!, ¿qué haré? Es un terrible sino que me persigue, o es que todos los demás se han conchabado para mentir». Y dio en pesimista.

Ni jamás mujer alguna le inspiró amor, ni creía haberlo él inspirado. Y encontraba mucho más pavoroso que no poder ser amado el no poder amar, si es que el amor era lo que los poetas cantan. ¿Pero sabía él, Anastasio, si no había provocado pasión escondida alguna en pecho de mujer? ¿No puede acaso encender amor una hermosa estatua? Porque él era, como estatua, realmente hermoso. Sus ojos negros, llenos de un fuego de misterio, parecían mirar desde el fondo tenebroso de un tedio henchido de ansias; su boca se entreabría como por una sed trágica; en todo él palpitaba un destino terrible.

Y viajaba, viajaba desesperado, huyendo de todas partes, dejando caer su mirada en las maravillas del arte y de la naturaleza, y diciéndose: «¿Para qué todo esto?».

Era una tarde serena del tranquilo otoño. Las hojas, amarillas ya, se desprendían de los árboles e iban envueltas en la brisa tibia a restregarse contra la hierba del campo. El sol se embozaba en un cendal de nubes que se desflecaban y deshacían en jirones. Anastasio miraba desde la ventanilla del vagón cómo iban desfilando las colinas. Bajó en la estación de Aliseda, donde daban a los viajeros tiempo para comer, y fuese al comedor de la fonda, lleno de maletas.

Sentose distraídamente y esperó le trajesen la sopa. Mas al levantar los ojos y recorrer con ellos distraídamente la fila de los comensales, tropezaron con los de una mujer. En aquel momento metía ella un pedazo de manzana en su boca, grande, fresca y húmeda. Claváronse uno a otro las miradas y palidieron. Y al verse palidecer palidieron más aún. Palpitábanles los pechos. La carne le pesaba a Anastasio; un cosquilleo frío le desasosegaba.

Ella apoyó la cara en la diestra y pareció que le daba un vahído. Anastasio entonces, sin ver en el recinto nada más que a ella, mientras el resto del comedor se le esfumaba, se levantó

tembloroso, se le acercó, y con voz seca, sedienta, ahogada y temblona, le cuchicheó casi al oído:

-¿Qué le pasa? ¿Se pone mala?

-¡Oh, nada, nada; no es nada...; gracias!

-A ver... -añadió él, y con la mano temblona le cogió el puño para tomarle el pulso.

Fue entonces una corriente de fuego que pasó del uno al otro. Sentíanse mutuamente los calores; las mejillas se les encendieron.

-Está usted febril... -suspiró él balbuciente y con voz apenas perceptible.

-¡La fiebre es... tuya! -respondió ella, con voz que parecía venir del otro mundo, de más allá de la muerte.

Anastasio tuvo que sentarse; las rodillas se le doblaban al peso del corazón, que le tocaba a rebato.

-Es una imprudencia ponerse así en camino -dijo él, hablando como por máquina.

-Sí, me quedaré -contestó ella.

-Nos quedaremos -añadió él.

-Sí, nos quedaremos... ¡Y ya te contaré; te lo contaré todo! -agregó la mujer.

Recogieron sus maletas, tomaron un coche y emprendieron la marcha al pueblo de Aliseda, que dista cinco kilómetros de su estación. Y en el coche, sentados el uno frente al otro, tocándose las rodillas, mejiendo sus miradas, le cogió la mujer a Anastasio las manos con sus manos y fue contándole su historia. La historia misma de Anastasio, exactamente la misma. También ella viajaba en busca del amor; también ella sospechaba que no fuese todo ello sino un enorme embuste convencional para engañar al tedio de la vida.

Confesáronse uno a otro, y según se confesaban iban sus corazones aquietándose. A la trágica turbación de un principio sucedió en sus almas un reposo terrible, algo como un deshacimiento. Imaginábanse haberse conocido de siempre, desde antes de nacer; pero a la vez todo el pasado se borraba de sus memorias, y vivían como un presente eterno, fuera del tiempo.

-¡Oh, que no te hubiese conocido antes, Eleuteria! -le decía él.

-¿Y para qué, Anastasio? -respondió ella-. Es mejor así, que no nos hayamos visto antes.

-¿Y el tiempo perdido?

-¿Perdido le llamas a ese tiempo que empleamos en buscarnos, en anhelarnos, en desearnos el uno al otro?

-Yo había desesperado ya de encontrarte...

-No, pues si hubieses desesperado de ello, te habrías quitado la vida.

-Es verdad.

-Y yo habría hecho lo mismo.

-Pero ahora, Eleuteria, de hoy en adelante...

-¡No hables del porvenir, Anastasio; bástenos el presente!

Los dos callaron. Por debajo del arrobamiento que les embargaba sonaba extraño rumor de aguas de abismo sin fondo. No era alegría, no era gozo lo que sobrenadaba en la seriedad trágica que les envolvía.

-No pensemos en el porvenir -reanudó ella-; ni en el pasado tampoco. Olvidémonos de uno y de otro. Nos hemos encontrado, hemos encontrado el amor, y basta.

Y ahora Anastasio, ¿qué me dices de los poetas?

-Que mienten, Eleuteria, que mienten, sí; el amor no es lo que ellos cantan...

-Tienes razón, Anastasio; ahora siento que el amor no se canta.

Y siguió otro silencio, un silencio largo, en que, cogidos de las manos, estuvieron mirándose a los ojos y como buscándose en el fondo de ellos el secreto de sus destinos.

Y luego empezaron a temblar.

-¿Tiemblas, Anastasio?

-¿Y también tú, Eleuteria?

-Sí, temblamos los dos.

-¿De qué?

-De felicidad.

-Es cosa terrible esta felicidad; no sé si podré resistirla.

-Mejor, porque eso querrá decir que es más fuerte que nosotros.

Encerráronse en un sórdido cuarto de una vulgarísima fonda. Pasó todo el día siguiente y parte del otro sin que dieran señal alguna de vida, hasta que, alarmado el fondista y sin obtener respuesta a sus llamadas, forzó la puerta. Encontráronles en el lecho, juntos,

desnudos y fríos y blancos como la nieve. El perito médico aseguró que no se trataba de suicidio, como así era en efecto, y que debían de haberse muerto del corazón.

-¿Pero los dos? -exclamó el fondista.

-¡Los dos! -contestó el médico.

-¡Entonces eso es contagioso!... -y se llevó la mano al lado izquierdo del pecho, donde suponía tener su corazón de fondista. Intentó ocultar el suceso, para no desacreditar su establecimiento, y acordó fumigar el cuarto, por si acaso.

No pudieron ser identificados los cadáveres. Desde allí los llevaron al cementerio y desnudos y juntos, como fueron hallados, echáronlos en una misma huesa y encima tierra. Sobre esta tierra ha crecido hierba y sobre la hierba llueve. Y es así el cielo, el que les llevó a la muerte, el único que sobre la tumba llora.

El fondista de Aliseda, reflexionando sobre aquel suceso increíble -nadie tiene más imaginación que la realidad, se decía-, llegó a una profunda conclusión de carácter médico legal, y es que se dijo: «¡Estas lunas de miel!... No se debía permitir que los cardíacos se casasen entre sí».

Solitaña

*Soli, solitaña
vete a la montaña,
dile al pastor
que traiga buen sol,
para hoy y pa mañana
y pa toda la semana.*

Canto infantil bilbaíno.

Érase en Artecalle, en Tendería o en otra cualquiera de las siete calles, una tiendecita para aldeanos, a cuya puerta paraban muchas veces las zamudianas con sus burros. El cuchitril daba a la angosta portada y costreñía el acceso a la casa un banquillo lleno de piezas de tela, paños rojos, azules, verdes, pardos y de mil colores para sayas y refajos; colgaban sobre la achatada y contrahecha puerta pantalones, blusas azules, elásticos de punto abigarrados de azul y rojo, fajas de vivísima púrpura pendientes de sus dos extremos, boinas y otros géneros, mecidos todos los colgajos por el viento noroeste que se filtraba por la calle como por un tubo, y formando a la entrada como un arco que ahogaba a la puertecilla. Las aldeanas paraban en medio de la calle; hablaban, se acercaban, tocaban y retocaban los géneros; hablaban otra vez, iban, volvían a regatear y al cabo se quedaban con el género. El mostrador, reluciente con el brillo triste que da el roce, estaba atestado de piezas de tela: sobre él unas compuertas pendientes que se levantaban para sujetarlas al techo con unos ganchos y servían para cerrar la tienda y limitar el horizonte. Por dentro de la boca abierta de aquel caleidoscopio, olor a lienzo y humedad por todas partes, y en todos los rincones, piezas, prendas de vestido, tela de tierra para camisas de penitencia, montones de boinas, todo en desorden agradable, en el suelo, sobre bancos y en estantes, y junto a una ventana que recibía la luz opaca y triste del cantón, una mesilla con su tintero y los libros de don Roque.

Era una tienda de género para la aldeanería. Los sentidos frescos del hombre del pueblo gustan los choques vivos de colorines chillones, buscan las alegres sinfonías del rojo con el

verde y el azul, y las carotas rojas de las mozas aldeanas parecen arder sobre el pañuelo de grandes y abigarrados dibujos. En aquella tienda se les ofrecía todo el género a la vista y al tacto, que es lo que quiere el hombre que come con ojos, manos y boca. Nunca se ha visto género más alegre, más chillón y más frescamente cálido, en tienda más triste, más callada y más tibiamente fría.

Junto a esta tienda, a un lado, una zapatería con todo el género en filas, a la vista del transeúnte; al otro lado, una confitería oliendo a cera.

Asomaba la cabeza por aquella cáscara cubierta de flores de trapo el caracol humano, húmedo, escondido y silencioso, que arrastra su casita, paso a paso, con marcha imperceptible, dejando en el camino un rastro viscoso que brilla un momento y luego se borra.

Don Roque de Aguirregoicoa y Aguirrebecua, por mal nombre *Solitaña*, era de por ahí, de una de esas aldeas de chorierricos o cosa parecida, si es que no era de hacia la parte de Arrigorriaga. No hay memoria de cuándo vino a recalar en Bilbao, ni de cuándo había sido larva joven, si es que lo fue algún tiempo, ni se sabía a punto cierto cómo se casó, ni por qué se casó, aunque se sabía cuándo, pues desde entonces empezaba su vida. Se deduce a priori que le trajo de la aldea algún tío para dedicarle a la tienda. Nariz larga, gruesa y firme: el labio inferior saliente; ojos apagados a la sombra de grandes cejas; afeitado cuidadosamente; más tarde calvo; manos grandes y pies mayores. Al andar se balanceaba un poco.

Su mujer, Rufina de Bengoechebarri y Goicoechezarra, era también de por ahí, pero aclimatada en Artecalle: una ardilla, una cotorra y lista como un demonio. Domesticó a su marido, a quien quería por lo bueno. ¡Era tan infeliz *Solitaña*! Un bendito de Dios, un ángel, manso como un cordero, perseverante como un perro, paciente como un borrico.

El agua que fecunda a un terreno esteriliza a otro, y el viento húmedo que se filtraba por la calle oscura hizo fermentar y vigorizarse al espíritu de doña Rufina, mientras aplanó y enmoheció al de don Roque.

La casa en que estaba plantado don Roque era viejísima, y con balcones de madera; tenía la cara más cómicamente trágica que puede darse: sonreía con la alegre puerta y lloraba con sus ventanas tristes. Era tan húmeda que salía moho en las paredes.

Solitaña subía todos los días la escalera estrecha y oscura, de ennegrecidas barandillas, envuelta en efluvios de humedad picante, y la subía a oscuras sin tropezarse ni equivocarse un

tramo, donde otro se hubiera roto la crisma, y mientras la subía lento e impasible temblaba de amor la escalera bajo sus pies y la abrazaba entre sus sombras.

Para él eran todos los días iguales e iguales todas las horas del día; se levantaba a las seis; a las siete bajaba a la tienda; a la una comía; cenaba a eso de las nueve, y a eso de las once se acostaba, se volvía de espaldas a su mujer, y, recogiénose como un caracol, se disipaba en el sueño.

En las grandes profundidades del mar viven felices las esponjas.

Todos los días rezaba el rosario, repetía las avemarías como la cigarra y el mar repiten a todas horas el mismo himno. Sentía un voluptuoso cosquilleo al llegar a los *orá por nobis* de la letanía; siempre, al agnus, tenían que advertirle que los *orá por nobis* habían dado fin; seguía con ellos por fuerza de inercia; si algún día por extraordinario caso no había rosario, dormía mal y con pesadillas. Los domingos lo rezaba en Santiago, y era para *Solitaña* goce singular el oír medio amodorrado por la oscuridad del templo que otras voces gangosas repetían con él, a coro, *orá por nobis, orá por nobis*.

Los domingos, a la mañana, abría la tienda hasta las doce, y a la tarde, si no había función de iglesia y el tiempo estaba bueno, daban una vuelta por Begoña, donde rezaban una salve y admiraban siempre las mismas cosas, siempre nuevas para aquel bendito de Dios. Volvía repitiendo ¡qué hermosos aires se respiran desde allí!

Subían las escaleras de Begoña, y un ciego, con tono lacrimoso y solemne:

-Considere, noble caballero, la triste oscuridad en que me veo... La Virgen santísima de Begoña os acompañe, noble caballero...

Solitaña sacaba dos cuartos y le pedía tres ochavos de vuelta. Más adelante:

-Cuando comparezcamos ante el Tribunal Supremo de la Gloria...

Solitaña le daba un ochavo. Luego una mujercilla viva:

-Una limosna, piadoso caballero...

Otro ochavo. Más allá, un viejo de larga barba blanca, gafas azules, acurrucado en un rincón con un perro y con la mano extendida. Otro más adelante, enseñando una pierna delgada, negra, untosa y torcida, donde posaban las moscas. Dos ochavos más. Un joven cojo pedía en vascuence, y a éste *Solitaña* le daba un cuarto. Aquellos acentos sacudían en el alma de don Roque su fondo yacente y sentía en ella olor a campo, verde como sus paños para

sayas, brisas de aldea, vaho de humo del caserío, gusto a borona. Era una evocación que le hacía oír en el fondo de sí mismo, y como salidos de un fonógrafo, cantos de mozas, chirridos de carro, mugidos de buey, cacareos de gallina, piar de pájaros, algo que reposaba formando légamo en el fondo del caracol humano, como polvo amasado con la humedad de la calle y de la casa.

Solitaña y el mostrador de la tienda se entendían y se querían. Apoyando sus brazos cruzados sobre él, contemplaba a los chiquillos que jugaban en el regatón para desagüe, chapuzando los pies en el arroyuelo sucio. De cuando en cuando, el chinel, adelantando alternativamente las piernas, cruzaba el campo visual del hombre del mostrador, que le veía sin mirarle y sacudía la cabeza para espantar alguna mosca.

Fue en cierta ocasión como padrino a la boda de una sobrina. «A refrescar un poco la cabeza -decía su mujer-, a estirar el cuerpo, siempre metido aquí como un oso. Yo ya le digo: «Roque, vete a dar un paseo; toma el sol, hombre, toma el sol, y él nada». A los tres días volvió diciendo que se aburría fuera de su tienda; él lo que quería es encogerse y no estirarse; los estirones le causaban dolor de cabeza y hacían que circulara por todas sus venas la humedad y la sombra que reposaban en el fondo de su alma angelical: eran como los movimientos para el reumático. «Mamarro, más que mamarro -le decía doña Rufina-, pareces un topo». *Solitaña* sonreía. Otro de sus goces, además del de medir telas y los *orá por nobis*, era oír a su mujer que le reñía. ¡Qué buena era Rufina!

Venía alguna mujer a comprar.

-Vamos, ya me dará usted a dieciocho.

-No puede ser, señora.

-Siempre dicen ustedes lo mismo; ¡es usted más carero!... Lo menos la mitad gana usted.

Nada, ¡a dieciocho, a dieciocho!...

-No puede ser, señora.

-¡Vaya!, me lo llevo... ¡Tome usted!...

-Señora, no puede ser...

-¡Bueno!, lo será...; siquiera a dieciocho y medio; vaya, me lo llevo...

-No puede ser, señora.

-Pues bien; ni usted ni yo; a diecinueve.

-No puede ser...

Vencida al fin por el eterno martilleo del hombre húmedo, o se iba o pagaba los veinte. Así es que preferían entenderse con ella, que aunque tampoco cedía, daba razones, discutía, ponderaba el género; en fin, hablaba. Pero para los aldeanos no había como él: paciencia vence a paciencia.

La tienda de *Solitaña* era afortunada. Hay algo de imponente en la sencilla impasibilidad del bendito de Dios; los hombres exclusivamente buenos, atraen.

Cuando llegaba alguno de su pueblo y le hablaba de su aldea natal, se acordaba del viejo caserío, de la borona, del humo que llenaba la cocina cuando dormitando con las manos en los bolsillos calentaba sus pies junto al hogar, donde chillaban las castañas, viendo balancearse la negra caldera pendiente de la cadena negra. Al evocar recuerdos de su niñez sentía la vaga nostalgia que experimenta el que salió niño de su patria y vive feliz y aclimatado en tierra extraña.

Eran grandes días de regocijo cuando él, su mujer y algunos amigos iban a merendar al campo o a hacer alguna fresada. Se volvían al anochecer tranquilamente a casa, sintiendo circular dentro del alma todo el aire de vida y todo el calor del sol. Una vez fueron en tartana a Las Arenas; nunca había visto aquello *Solitaña*. ¡Oh!, los barcos, ¡cuánto barco!, y luego el mar, ¡el mar con olas! A *Solitaña* le gustaba el monótono resuello de la respiración del monstruo; ¡qué hermoso acompañamiento para la letanía! Al día siguiente, viendo correr el agua sucia por el canalón de la calle, se acordaba del mar; pero allí, en su tienda, se palpaba a sí mismo.

Por Navidad se reunían varios parientes; después de la cena había bailoteo, y era de ver a *Solitaña* agitando sus piernas torpes y zapateando con sus pies descomunales. ¡Qué risas! Bebía algo más que de costumbre y luego le llamaba hermosa y salada a su mujer.

Bajo el mismo cielo, lluvioso siempre, *Solitaña* era siempre el mismo; tenía en la mirada el reflejo del suelo mojado por la lluvia; su espíritu había echado raíces en la tienda como una cebolla en cualquier sitio húmedo. En el cuerpo padecía de reuma, cuyos dolores le aliviaba el opio de las conversaciones de sus tertulios.

Iban a la noche de tertulia un viejo siempre tan guapo, bizcor, bizcor, según él decía, alegre y dicharachero, que contaba siempre escenas de caza y de limonada; otro que cada

ocho días narraba los fusilamientos que hizo Zurbano cuando entró en Bilbao el año 41, y algunas veces un cura muy campechano. Siempre se hablaba de estos tiempos de impiedad y liberalismo; se contaban hazañas de la otra guerra y se murmuraba si saldrían o no otra vez al monte los montaraces. *Solitaña*, aunque carlista, era de temperamento pacífico, como si dijéramos, hojalatero.

Sin dejar de atender a la conversación, de interesarse en su curso, pensando siempre en lo último que había dicho el que había hablado el último, se dirigía a los rincones de la tienda, servía lo que le pedían, medía, recibía el dinero, lo contaba, daba la vuelta y se volvía a su puesto. En invierno había brasero y por nada del mundo dejaría *Solitaña* la badila, que manejaba tan bien como la vara, y con la cual revolvía el fuego mientras los demás charlaban, y luego, tendiendo los pies con deleite, dormitaba muchas veces al arrullo de la charla.

Su mujer llevaba la batuta, la emprendía contra los negros, lamentaba la situación del Papa, preso en Roma por culpa de los liberales; ¡duro con ellos! Ella era carlista porque sus padres lo habían sido, porque fue carlista la leche que mamó, porque era carlista su calle, lo era la sombra del cantón contiguo y el aire húmedo que respiraba, y el carlismo, apegado a los glóbulos de su sangre, rodaba por sus venas.

El viejo, siempre tan guapo, se reía de esas cosas; tan alegres eran blancos como negros, y en una limonada nadie se acuerda de colores; por lo demás, él bien sabía que sin religión y palo no hay cosa derecha.

Hablaban de una limonada.

-¡Qué limonada! -decía el que vio los fusilamientos de Zurbano-; ¡pedazos de hielo como puños navegaban allí!...

-Tendríaís sarbitos -interrumpió el viejo, siempre tan guapo-; en la limonada hacen falta sarbitos... Sin sarbitos, limonada *fachuda*; es como tambolín sin *chistu*. Cuando están aquellos cachitos helados que hacen mal en los dientes, entonces...

-Unas tajaditas de lengua no vienen mal...

-Sí, lengua también; pero sobre todo, sarbitos; que no falten los sarbitos...

Solitaña se sonreía, arreglando el fuego con la badila.

-A mí ya me gusta también un poco de merlusita en salsa... -volvió el otro.

-¿Con la limonada? Cállate, hombre; no digas sinsorgadas... Tú estás tocao... ¿Merlusa en salsa con limonada? A ti solo se te ocurre...

-Tú dirás lo que quieras; pero pa mí no hay como la merlusa...; la de Bermeo, se entiende; nada de merlusa de Laredo; cada cosa de su paraje; sardinas de Santurce, angulitas de la Isla y merlusa de Bermeo...

-No haga usted caso de eso -dijo el cura-; yo he comido en Bermeo unas sardinas que talmente chorreaban manteca; sin querer se les caiga el pellejo... Y estando en Deva, unas angulitas de Aguinaga, que ¡vamos!...

-Bueno, hombre, pues ¿qué digo yo?, cada cosa en su sitio y a su tiempo; luego los caracoles, después el besugo... Hisimos una caracolada poco antes de entrar Zurbano el año...

-Ya te he dicho muchas veces -le interrumpió el viejo siempre tan guapo- que tú no sabes ni coger ni arreglar los caracoles, y, sobre todo, te vuelvo a desir, y no le des más vueltas, que con la limonada sarbitos, y al que te diga merlusa en salsa le dises que es un arlote barragarri... Si me vendrás a desir a mí...

-Y si a mí me gusta en la limonada merlusa en salsa...

-Entonces no sabes comer como Dios manda.

-¿Que no sé?

-Bueno, bueno -interrumpió el cura para cortar la cuestión-, ¿a que no saben ustedes una cosa curiosa?

-¿Qué cosa?

-Que los ingleses nunca comen sesos.

-Ya se conoce; por eso están, tan coloraos -dijo el viejo guapo-, porque en cambio se sampan cada chuleta cruda y te pasan cada sapalora...

-Esos herejes... -empezó doña Rufina.

Y venía rodando la conversación a los liberales.

Quando los contertulios se marchaban, cerraban la tienda doña Rufina y su marido; contaban el dinero cuidadosamente, sacando sus cuentas; luego, con una vela encendida, registraban todos los rincones de la tienda; miraban tras de las piezas, bajo el mostrador y los banquillos; echaban la llave y se iban a dormir. *Solitaña* no acostumbraba a soñar; su alma se

hundía en el inmenso seno de la inconsciencia, arrullada por la lluvia menuda o el violento granizo que sacudía los vidrios de la ventana.

Al día siguiente se levantaba como se había levantado el anterior, con más regularidad que el sol, que adelanta y atrasa sus salidas, y bajaba a la tienda en invierno entre las sombras del crepúsculo matutino.

El Jueves Santo parecía revivir un poco el bendito caracol; se calaba levita negra, guantes también negros, chistera negra que guardaba desde el día de la boda, e iba con un bastoncillo negro a pedir para la Soledad de la negra capa. Luego en la procesión la llevaba en hombros, y aquel dulce peso era para él una delicia sólo comparable a una docena de letanías con sus quinientos sesenta y dos *orá por nobis*.

¡Pobre ángel de Dios, dormido en la carne! No hay que tenerle lástima; era padre y toda la humedad de su alma parecía evaporarse a la vista del pequeño. ¿Besos?, ¡quíá! Esto en él era cosa rara; apenas se le vio besar a su hijo, a quien quería, como buen padre, con delirio.

Vino el bombardeo, se refugió la gente en las lonjas y empezó la vida de familias acuarteladas. Nada cambió para *Solitaña*; todo siguió lo mismo. La campanada de bomba provocaba en él la reacción inconsciente de un avemaría, y la rezaba pensando en cualquier cosa. Veía pasar a los chimberos de la otra guerra como veía pasar al eterno chinel. Si el proyectil caía cerca, se retiraba adentro y se tendía en el suelo presa de una angustia indefinible. Durante todo el bombardeo no salió de su cuchitril. La Noche de San José temblaba en el colchón, tendido sobre el suelo, ensartando avemarías. «Si al cabo entraran, decía doña Rufina, ya le haría yo pagar a ese negro de don José María lo que nos debe».

Su hijo fue a estudiar Medicina. La madre le acompañó a Valladolid; a su cargo corría todo lo del chico. Cuando acabó la carrera pensaron por un momento dejar la tienda; pero *Solitaña* sin ella hubiera muerto de fiebre, como un oso blanco transportado al África ecuatorial.

Vino el terremoto de los Osunas; y cuando las obligaciones bambolearon, crujió todo y cayeron entre ruinas de oro familias enteras, se encontró *Solitaña* una mañana lluviosa y fría con que aquel papel era papel mojado, y lo remojó en lágrimas. Bajó mustio a la tienda y siguió su vida.

Su hijo se colocó en una aldea, y aquel día dio don Roque un suspiro de satisfacción. Murió su mujer, y el pobre hombre, al subir las escaleras que temblaban bajo sus pies, y sentir la lluvia, que azotaba las ventanas, lloraba en silencio con la cabeza hundida en la almohada.

Enfermó. Poco antes de morir le llevaron el Viático, y cuando el sacerdote empezó la letanía, el pobre *Solitaña*, con la cabeza hundida en la almohada, lanzaba con labios trémulos unos imperceptibles *orá por nobis*, que se desvanecían lánguidamente en la alcoba, que estaba entonces como ascua de oro y llena de tibio olor a cera. Murió; su hijo le lloró el tiempo que sus quehaceres y sus amores le dejaron libre; quedó en el aire el hueco que al morir deja un mosquito, y el alma de *Solitaña* voló a la montaña eterna, a pedir al Pastor, él, que siempre había vivido a la sombra, que nos traiga buen sol para hoy, para mañana y para siempre.

¡Bienaventurados los mansos!

Bonifacio

Bonifacio vivió buscándose y murió sin haberse hallado; como el barón del cuento, creía que tirándose de las orejas se sacaría del pozo.

Era un muchacho, por su desgracia, listo, empeñadísimo en ser original y parecer extravagante, hasta tal punto que dejaba de hacer lo que hacían otros por la misma razón que éstos lo hacen: porque ven hacerlo. Empeñado en distinguirse de los hombres, no conseguía dejar de serlo.

Yo no quiero hacer ningún retrato; declaro que Bonifacio es un ser fantástico que vive en el mundo inteligible del buen Kant, una especie de quinto cielo; pero la verdad es que cada vez que pienso en Bonifacio siento angustia y se me oprime el pecho.

«¿Cuál será mi aptitud?», se preguntaba Bonifacio a solas.

Escribió versos y los rompió por no hallarlos bastante originales; éstos recordaban los de tal poeta, aquéllos los de cual otro; le parecía cursi manifestarse sentimental, más cursi aún romántico (¿qué quiere decir romántico?), mucho más cursi, escéptico y soberanamente cursi, desesperado. Escribió unas coplas irónicas, llenas de desdén hacia todo lo humano y lo divino, y leyéndolas un mes más tarde las rompió, diciéndose: «¡Vaya una hipocresía!, pero si yo no soy así». Luego escribió otras tiernísimas en que hablaba del hogar, de su familia, de su rincón natal, cosa de arrancar lágrimas a un canto, y las rompió también: «Sosadas, sosadas; ¡esto es música celestial!».

¡Pobre Bonifacio! Cada mañana la luz hacía brotar de su mente un pensamiento nuevo, que moría poco más o menos a la hora en que muere el sol.

Bonifacio era muy alegre entre sus amigos; a solas se empeñaba en ser triste, se tiraba con furia de las orejas, pero ¡como si no!, siempre tranquila la superficie del pozo y él metido allí.

Había empezado a leer muchos libros para acabar muy pocos; le gustaba más soñar que leer. A todo escritor le reprochaba que aún le faltaba algo; evidentemente, le faltaba algo...; se parecía a otros y esto es horrible.

«¿Cuál será mi aptitud?». Esto era su eterno tormento. Empezó a construir un nuevo sistema filosófico, y ya casi terminado, echó de ver que todo lo que él decía lo habían ya dicho otros, e hizo trizas aquellos pliegos llenos de remiendos, borrones y añadidos.

No hubo ramo del conocimiento humano en que no se ensayase; pero todos, absolutamente todos, ¡habían sido ya tan sobados!... ¡Había que trabajar tanto para espigar cosas tan viejas! Luego hay una horrible fatalidad: toda verdad descubierta se hace trivial.

¿Quién demonio daría con una verdad que eternamente chocara a los hombres?

Bonifacio tenía buen fondo; pero él se obstinaba en buscarse en la forma. Se le había puesto en la cabeza que llegaría a ser hombre célebre: la cuestión era dar por el camino. El hogar, la familia, las dichas íntimas... ¡Bah!, vulgaridades que acaban por aburrir.

A fuerza de espolear a los nervios conseguía horas nocturnas de tristeza, se entregaba a pensamientos lúgubres que el viento fresco de la calle arrebatava como nubes.

Cuando hablaba, se olvidaba de su papel y sacaba su alma a escena: un alma sencilla y cándida, vulgarísima de puro humana.

Bonifacio amaba, pero con un amor mortificante, nada original. Cualquier amor de cualquier héroe de cualquier novelucha se parecía al suyo. La mujer es un estorbo; evidentemente corre más quien sólo se lleva a sí mismo auestas que quien se lleva con su mujer: Platón, santo Tomás, Descartes, Kant, fueron solteros; esto le desazonaba al pobre.

Su mayor tormento era tener que trabajar para vivir. Resulta, además, que el vivir es tan vulgar y rutinario como el trabajar.

Una vez íbamos de paseo a la caída de la tarde; el pobre hombre, desahogándose; yo, mordiendo una hoja de zarza.

-En esta vida no queda tiempo más que para vivir -me decía.

Yo le miraba con extrañeza y temor; instintivamente me aparté un poco de él.

-Mira -seguía-: unas veces soy alegre; otras triste; yo no veo las cosas ni claras ni oscuras; pero me falta algo; yo no sé lo que me pasa, pero algo me pasa. Dicen que estoy chiflado, que todas estas cosas no pasan de fantasía, que soy muy raro -al decir esto le brillaban los ojos de gusto-. Todos los majaderos me desdeñan, y como soy bueno, me veo obligado a tragar la hiel que destila mi hígado.

¡Pobre Bonifacio! No digo yo que se echó a llorar, porque sería mentir: yo no lo vi llorar, pero ignoro si se tragó las lágrimas; se han dado casos de personas que por no entregar algún papelillo secreto se lo han tragado y digerido, que es peor.

Algunos días estaba tan alegre que, francamente, me parecía que había conseguido sacarse del pozo: una alegría rarísima, extrahumana.

Bonifacio no era pesimista, Bonifacio no era optimista, Bonifacio no era nada; nada quería ser, ni sabía lo que quería. ¡Pobre Bonifacio!

Él quería ser algo que llamara la atención; no sabía bien qué.

¿Para qué continuar un cuento tan viejo?

Cójanle ustedes a Bonifacio, denle unos cuantos martillazos por aquí y por allí, moldéenle hasta que se pliegue a las exigencias de la realidad, y díganme en conciencia si han conocido a Bonifacio.

Me falta hablar del fin de Bonifacio.

Respecto a éste, corren dos tradiciones igualmente atendibles.

Según la una, Bonifacio acabó como había empezado, siempre el mismo, siempre buscándose y nunca hallado; acabó como las nubes de verano: mientras vivió hizo sombra, y cuando murió siguió alumbrando el sol su sitio vacío.

Según otra tradición, Bonifacio, golpe aquí, golpe allí, se fue redondeando, se casó, tuvo hijos, y cuando fue padre halló la originalidad tan buscada, que, con ser tan común, es la más rara. Sus últimas palabras fueron: «¡Con que, adiós, hijos míos!».

Aún hay otras tradiciones, porque éstas son como los hongos; pero en todas ellas el fondo de verdad está exornado por mil retazos y añadiduras.

Las tribulaciones de Susín

A Juan Arzadun.

La fresca hermosura del cielo que envolvía árboles verdes y pájaros cantores alegraba a Susín, entretenido en construir fortificaciones con arcilla, mientras la niñera, haciendo muchos gestos, reía las bromas de un asistente.

Susín se levantó del suelo en que estaba sentado, se limpió en el trajecito nuevo las manos embarradas, y contempló su obra viendo que era buena. Dentro de la trinchera circular quedaba un espacio a modo de barreño que estaba pidiendo algo, y Susín, alzando las sayas, llenó de orina el recinto cercado. Entonces le ocurrió ir a buscar un abejorro o cualquier otro bicho para enseñarle a nadar.

Tendiendo por el campo la vista, vio a lo lejos brillar algo en el suelo, algo que parecía una estrella que se hubiera caído de noche con el rocío. ¡Cosa más bonita! Olvidado del estanquecillo, obra de sus manos y su meada, fuese a la estrella caída. De repente, según a ella se acercaba, desapareció la estrella. O se la había tragado la tierra, o se había derretido, o el Coco se la había llevado. Llegó al árbol junto al cual había brillado la añagaza, y no vio en él más que guijarros, y entre éstos un cachito de vidrio.

¡Qué hermosa mañana! Susín bebía luz con los ojos y aire del cielo azul con el pecho.

¡Allí sí que había árboles! ¡Aquello era mundo y no la calle oscura preñada de peligros, por donde a todas horas discurren caballos, carros, bueyes, perros, chicos malos y alguaciles!

Mudó Susín de pronto de color, le flaquearon las piernecitas y un nudo de angustia le apretó el gástrico. Un perro..., un perro sentado que le miraba con sus ojazos abiertos; un perrazo negro, muy negro, y muy grande. Si hubiera pasado por su calle, habríale amenazado desde el portal con un palo; pero estaba en medio del campo, que es de los perros y no de los niños.

No le quitaba ojo el perro, que levantándose empezó a acercarse a Susín, a quien el terror no dio tiempo de pensar en la huida. Rehecho un poco echó a correr, mas con tan mala suerte que, tropezando, cayó de bruces. Cayó y no lloró, quejándose pegado al suelo... ¿Llorar? ¿Y si le oía el perro, que acaso no era más que el Coco que se lleva a los niños llorones, disfrazado?

Se le acercó el perrazo y le olió. Sin alentar apenas, y con un ojo entreabierto, vio Susín, bailándole el corazoncillo, que el perro se alejaba lentamente y que allá, muy lejos, sacudía con majestad sus negros lomos con la cola negra.

Susín se levantó, y mirando en derredor vio solo en la inmensa soledad; el sol picaba su cabecita rubia y le saludaban los árboles. Y allí cerca brillaba el agua de un charco al reflejo del sol.

Olvidó al perro, como había olvidado al estanquecillo, obra de sus manos, y a la estrella caída, y se acercó al charco, cuya superficie límpida y clara parecía el rostro sereno, pero triste, de un charco muerto a que había que animar. Cogió una chinita, la arrojó al agua, y entonces el charco se echó a reír, perdiéndose su risa suavemente en el barrizal de las orillas. ¡Qué bonitos círculos! Empezó a subir el légamo del fondo y a enturbiarse el charco, y entonces, cogiendo Susín un palo y agachándose mejí el agua. ¡Y cómo se enturbiaba!

Levantose Susín, metió un piececito en el agua y empezó a chapotearla. ¡Qué bonito! ¡Cómo se reía el charco de que se le enfangara y de ensuciar al niño!

Al sentir éste la humedad que, atravesando las botitas, le refrescaba el pie, la conciencia de estar haciendo una cosa fea le hizo volver la cabeza. Dio un grito y se arrimó a un árbol, quedándose en él pegado y sin saber dónde esconder los pies. ¡Oh, si hubiera podido trepar como los chicos grandes y esconderse en las ramas altas, donde se esconden los abejorros! Pero de una cornada podía haber derribado el árbol la vaca.

Era una vaca colosal, cuyo cuerpo casi cubría el cielo y cuya sombra se extendía por la tierra desmesurada y fantástica. Avanzaba lentamente, recreándose en la angustia de su víctima, que se tapó los ojos para que la vaca no le viera, y a punto de arrojarse al suelo y gritar: «¡No, no lo haré más!», la vaca, avanzando, pasó de largo. Susín se despegó del árbol y miró el derredor. ¿Dónde estaba?

Sentía cosquilleo en el estómago, pues es cosa sabida que las impresiones fuertes aceleran la vida y debilitan el cuerpo, y que hasta los grillos recién muertos resucitan entre lechuga.

Entonces Susín se dio cuenta de su situación, miró atónito al largo camino, a los castaños corpulentos, a la tierra solitaria y al sol imperturbable clavado en el cielo azul. ¿Y la chacha?

De cuando en cuando pasaba algún hombre y casi ningún señor. Hombres, hombres todos, y ¡qué hombres!, todos feos, con mucha barba y ningún parecido a papá. Uno le miró mucho y esos hombres que miran mucho son los peores, los del saco. Sintió angustia mortal al verse perdido en el mundo, a merced de los chicos malos que llaman «madre» a su mamá, de los perros grandes y de las grandes vacas, y no estaba allí papá para pegarles. El soplo del Coco heló a Susín el alma, que temblaba como las hojas del árbol, sintiendo al Coco presente en todas partes agazapado tras de los árboles, acurrucado bajo las piedras, oculto bajo tierra, caminando a su espalda. Rompió a llorar, y a través de las lágrimas vio que en el campo deshecho en bruma se le acercaba un hombre.

Un hombre..., pero ¡qué hombre! Mirole con la atención del espanto, recociéndose su alma helada en un rinconcillo del corazón. ¡No era un hombre; era peor que un hombre; era un alguacil!

El alguacil se le acercaba poco a poco como el perro negro y la vaca grande; pero ni se alejó ni pasó de largo. Abriendo Susín tanto los ojos que apenas veía, sintió que una manaza se posaba en su manecita, y se vio perdido y sin poder llorar.

-No llores, chiquito; no llores, que no te hago nada. ¡Qué malo es el Coco!

¡Qué malo es el Coco cuando usa ironía alguacilesca!

-Ven, ven conmigo; vamos a buscar a papá.

El cielo se le abrió al niño con el milagro, porque lo era, un verdadero milagro, el que un alguacil tuviera voz tan suave, inflexiones en ella tan tiernas, tono tan acariciador. ¡Si parecía un papá aquel alguacil! Su mano no oprimía y su paso se acomodaba al del niño, que se sentía entonces al amparo de un alto personaje, de un Coco bueno.

-Dime, ¿de quién eres?

-De papá.

-¿Y quién es tu papá?

-Papá.

-Pero, ¿qué papá, hijo mío?

-El de mamá.

El ministro de la Justicia se sonrió, porque también él era de su mujer. Singular pregunta para el niño, ¿quién es tu papá? ¡Cómo si hubiera más de uno!

-¿Dónde vives?

-En casa.

-¿Y dónde está tu casa?

-En casa de papá.

El alguacil renunció al interrogatorio, quedándose perplejo: porque sin interrogatorio, ¿cómo se averiguan las cosas?

Acababan de serenarse los ojos de Susín y le invadía toda la dulzura del aire del cielo cuando vio venir a la niñera, amenazadora, peligro patente y claro, nada fantástico. Asíó entonces el niño con sus dos manecitas el pantalón del alguacil, ocultando su cabecita rubia entre las piernas de éste. Hubiérase achicado hasta poder entrar en el bolsillo de aquel sagrado pantalón.

La voz del alguacil sonó armoniosísima, diciendo: «No hagas caso, no te harán nada». Y luego, más grave: «Déjele usted, que no tiene él la culpa».

De manos del alguacil pasó a los brazos de la criada, y al alejarse miraba a aquél por si seguía protegiéndole con la mirada. Mas apenas perdieron la vista al Coco bueno, sintió Susín en el trasero la mano de la niñera.

-¡Chiquillo! ¿No te tengo dicho que no te vayas de mi lado...? Ya te daré yo... Buen rato me has hecho pasar... Yo, como una loca, busca que te busca, y tú...

El niño lloraba de una manera lastimosa; aquello no era el Coco, pero sí una buena azotina. Y lloraba tanto que, impacientada la niñera, empezó a besarle y decirle:

-No seas tonto, no ha sido nada; no llores, Susín... Vamos, calla; ya sabes que a papá no le gustan los niños llorones... Cállate...; mira, voy a comprarte un caramelo, si callas...

Susín calló para chupar el caramelo.

Cuando poco después vio las paredes de su casa y se sintió fuerte al arrimo de su padre, renováronse las heridas, sintió el diente del perro, el cuerno de la vaca y la mano de la niñera y rompió a llorar. ¡Qué dulce le sonó la voz de papá riñendo a la chacha! Tomole luego en brazos su padre, apoyó Susín su mejilla ardiente sobre el pecho protector y bajó el sueño a derretir sus penas.

¡Qué hermoso es llegar al puerto empapado en agua de tempestad!

¡Cosas de franceses!
(Un cuento disparatado)

Es cosa sabida que nuestros vecinos los franceses son incorregibles cuando en nosotros se ocupan, pues lo mismo es en ellos meterse a hablar de España que meter la pata.

A las innumerables pruebas de este aserto añada el lector el siguiente cuento que da un francés por muy característico de las cosas de España, y que, traducido al pie de la letra, dice así:

Don Pérez era un hidalgo castellano dedicado en cuerpo y alma a la ciencia, y a quien tenían por modestísimo sus compatriotas.

Pasábase las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, enfrascado en el estudio de un importante problema de química, que para provecho y gloria de su España con honra había de conducirlo al descubrimiento de un nuevo explosivo que dejara inservibles cuantos hasta hoy se han inventado.

El lector que se figure que nuestro don Pérez no salía del laboratorio manipulando en él retortas, alambiques, reactivos, crisoles y precipitados dará muestras de no conocer las cosas de España.

Un hidalgo español no puede descender a manejos de droguería y entender de tan rastrero modo la excelsitud de la ciencia, que por algo ha sido España plantel de teólogos.

Don Pérez se pasaba las horas muertas, como dicen los españoles, delante de un encerado devanándose los sesos y trazando fórmulas y más fórmulas para dar con la deseada. De ningún modo quería manchar sus investigaciones con las impurezas de la realidad; recordaba el paso aquel en que los villanos galeotes apedrearon a don Quijote y no quería que hicieran lo mismo con él los hechos. Dejaba a los Sanchos Panzas de la ciencia el mandil y el laboratorio, reservándose la exploración de la sima de Montesinos.

Quede el proceder por tanteos para los que viven en tinieblas y no han nacido, como la inmensa mayoría de los españoles, en posesión de la verdad absoluta o la han dejado perder por su soberbia.

Al cabo de tanta brega dio don Pérez con la deseada fórmula, y el día en que ésta se hizo pública fue de regocijo en toda España. Hubo colgaduras, cohetes, gigantones y, sobre todo, combates de toros. Las charangas alegraban las calles de las ciudades tocando el himno de Riego.

Las Cortes decretaron coronar de laurel en el Capitolio de Madrid a don Pérez, así que hiciera volar el Peñón de Gibraltar con todos sus ingleses, o cuando menos la gran montaña del Retiro, de Madrid.

Adornando las paredes de zapaterías y barberías de los pueblos y en no pocos hogares aparecía entre números de *La Lidia* el retrato de don Pérez, junto al de Ruiz Zorrilla unas veces y al del pretendiente don Carlos otras. A un nuevo aguardiente anisado le bautizaron con el nombre de «Anisado explosivo Pérez».

No faltaron, sin embargo, Sanchos y socarrones bachilleres que trataban de echar jarros de agua fría al popular entusiasmo, pero desde que aparecieron en los periódicos escritos del eminente geómetra don López y del no menos eminente teólogo don Rodríguez, rompiendo lanzas a favor del nuevo explosivo Pérez, los descontentos se redujeron al silencio público y a la lima sorda.

Llegó el día de la prueba. Todo estaba dispuesto para hacer volar una colinilla, situada en las llanuras de la Mancha, y no faltaron animosos creyentes que se comprometieron a dar fuego a la mecha en compañía de don Pérez.

Cuando la mecha empezó a arder, un formidable «¡olé!, ¡olé!» de la multitud, que desde lejos contemplaba la prueba, y algunos palidecieron.

Y cuando el fuego llegó al explosivo, se oyó un ruido semejante a un trueno, se levantó una gran polvareda, y al disiparse ésta apareció la figura de don Pérez radiante de esplendor. La multitud le aclamó frenética, dio vivas a su madre y a su gracia, y le llevaron en brazos como sacan a don *Frascueto* de la plaza cuando mata un toro según las reglas de la metafísica tauromáquica. Y por todas partes no se oía más que: ¡Olé! ¡Viva España con honra!

Los periódicos hicieron su agosto.

Unos aseguraban que el cerro se había hecho polvo, otros mostraban cicatrices de golpes que recibieron de los pedazos en que se deshizo; pero algunos días después se aseguraba que

unos pastores habían visto al cerro en el mismo sitio que antes, y cuando se confirmó esta noticia se levantó la gran polvareda de indignación popular.

Era imposible el caso; el cerro tenía que haber volado, porque eran infalibles las fórmulas del encerado de don Pérez.

Era una mano aleva que había mojado el explosivo, la mano de un maligno encantador enemigo de don Pérez y envidioso de su fama.

Este encantador, sucediendo el caso en España ya se sabe cuál tenía que ser: el Gobierno.

La opinión pública se pronunció contra éste en los cafés y las tertulias, y los periódicos hicieron resaltar la desatentada conducta del maligno encantador, que se empeñaba en vivir divorciado de la opinión pública, tan perita en química como es en España, sobre todo después de ilustrada por el eminente geómetra don López y el no menos eminente teólogo don Rodríguez.

En aquella campaña se recordó a Colón, a Cisneros, a Miguel Servet, a los tercios de Flandes, el Salado, Lepanto, Otumba y Wad-Ras; los teólogos de Trento y el valor de la infantería española, que con él hizo vana la ciencia del gran capitán del siglo. Con tal motivo se insistió una vez más en la falta de patriotismo de aquellos que no querían más que lo extranjero, habiendo mejor en casa, y se recordó al pobre don Fernández, arrinconado y desconocido en su ingrata patria, y celebradísimo fuera de ella; el pobre don Fernández, cuyos libros en España tenían que tomarlos las corporaciones mientras eran traducidos a todos los idiomas cultos, incluso el japonés y el bajo bretón.

El pobre don Pérez, perseguido por follones malandrines, trató de vindicar la honra de España, y como se proponía demostrar la eficacia del explosivo, con el que había de volar a Gibraltar y desenmascarar al Gobierno, le presentaron candidato a la diputación a Cortes. Las Cortes son la academia en que se reúnen a discutir todos los sabios de España, asamblea que, siguiendo las gloriosas tradiciones de los Concilios de Toledo, hace a pluma y a pelo, ya de Congreso político, ya de Concilio en que se dilucidan problemas teológicos, como sucedió allá por el 69.

En cuanto los admiradores de don Pérez presentaron su candidatura, el eminente toreador don Señorito, viviente ejemplo del consorcio de las armas con las letras, sintió arder su sangre, y al salir de un combate de toros en que arrebató al público estoqueando seis

colombinos con la más castiza filosofía, se fue a un mitin y volvió a arrebatarle con un discurso en favor de la candidatura de don Pérez.

Sólo en la pintoresca España se ven cosas semejantes. Después de brindar por la patria desplegó don Señorito el trapo, dio un pase a España con honra, otro de pecho a Gibraltar y sus ingleses, uno de mérito a don Pérez, sostuvo una lucidísima brega, aunque algo bailada, acerca de la importancia y carácter de la química, y, por fin, remató la suerte dando al Gobierno una estocada hasta los gavilanes.

El público gritaba ¡ole tu salero!, y pedía que dieran al tribuno la oreja del bicho, uniendo en sus Víctores los nombres de don Pérez y don Señorito.

Allí estaban también el gran organizador de las ovaciones, el Barnum español, el popularísimo empresario don Carrascal, que se proponía llevar en una tournée por España al sabio don Pérez, como se había llevado ya al gran poeta nacional.

El buen don Pérez se dejaba hacer, traído y llevado por sus admiradores, sin saber en qué había de acabar todo aquello.

Pero ni la elocuencia tribunicia del torero don Señorito, ni la actividad del popularísimo don Carrascal, ni la protección del gran político don Encinas movieron al Gobierno español, que siguió comiendo el turrón a dos carrillos y sordo a las voces del pueblo, según es su costumbre.

¡Y todavía sigue en pie el Peñón de Gibraltar con sus ingleses!

* * *

Convengamos en que sólo un francés es capaz, después de ensartar tal cúmulo de disparates, sobre todo el de presentarnos un torero de tribuno en favor de la candidatura a diputado de un sabio; sólo un francés, decimos es capaz de dar tal cuento como característico de las cosas de España. ¡Cosas de franceses!

Pero señor, ¿cuándo aprenderán a conocernos nuestros vecinos, por lo menos tanto como nosotros nos conocemos?

El misterio de la iniquidad

Juan pertenecía a la familia Pérez, rica y liberal desde los tiempos de Álvarez Mendizábal. Desde muy niño había oído hablar de los carlistas con encono mal contenido. Se los imaginaba bichos raros, y tenía de ellos una idea del mismo género a que pertenece la vulgar del judío. Gente taciturna, de cara torcida, afeitada o con grandes barbas negras y alborotadas, largos chaquetones negros, parcos de palabras y tomadores de rapé. Se reunían de noche en las lonjas húmedas, entre los sacos fantásticos de un almacén lleno de ratas, para tramar allí cosas horribles.

Con los años cambiaron de forma en su magín estos fantasmas, y se los imaginó gente taimada, que en paz prepara a la sordina guerras y que sólo se surte de las tiendas de los suyos.

Cuando se hizo hombre se disiparon de su mente estas disparatadas brumas matinales, y vio en ellos gente de una opinión opinable, puesto que es opinada, fanáticos que, so capa de religión, etc. Es excusado enjaretar aquí la letanía de sandeces salpicada de epítetos podridos que es de rigor entre anticarlistas.

En la familia Pérez había vieja inquina contra la familia carlista López. Un Pérez y un López habían sido consocios en un tiempo; hubo entre ellos algo de eso, cuyo recuerdo se entierra en las familias; este algo engendró chismes, y la sucesión continua de pequeñas injurias diarias, saludos negados, murmuraciones, miradas procaces, chinchorrerías, en fin, engendraron un odio duro.

La familia Pérez, aunque liberal, era tan piadosa como la familia López. Oían misa al día, comulgaban al mes, figuraban en varias congregaciones, gastaban escapularios. Eran irreprochables.

Nuestro Juan Pérez se había nutrido de estos sentimientos, a los que añadía alguna instrucción, ni mucha ni muy variada. Su afición mayor eran las matemáticas.

Así estaban las cosas cuando empezó a sonar en este mundo el famosísimo aforismo «el liberalismo es pecado», frase portentosa. ¡Pecado! La elección de esta palabra es una obra maestra, pues cualquier otra que se empleara: error, herejía, impiedad, crimen, o dicen más o menos, y así, o no llegan al blanco o pasan de él.

Nuestro Pérez tomó esto a poca cosa, como un ardid indigno salido de las lonjas húmedas donde se reunían los fantasmas del chaquetón. Un artículo que la casualidad llevó a sus manos le abrió el apetito. Leyó el áureo libro del eximio Sardá, se aficionó a los artículos del Hermano Mayor, a las cartas del Martillo de protestantes y liberales y empezó a preocuparse de esta doctrina nefanda que bajo el nombre de liberalismo infiltra en la sociedad como veneno sus miasmas deletéreos. Lo nefando y deletéreo, sobre todo, le producía cosquillas en las sienes.

Estudió la lucha entre mestizos y puros, y se sabía de pe a pa las decisiones del *Índice* y los viajes de don Celestino. Se dedicó a leer los periódicos puros, y con fruición de espíritu anémico tragaba artículos inacabables, siempre sobre lo mismo, siempre en el mismo estilo y con los epítetos consagrados siempre. Aguzó su espíritu en las argucias imperceptibles, en los juegos malabares de distincionzuelas y en los pequeños logogrifos de conceptillos.

A todo esto llegó la encíclica *Libertas* y con ella las briosas predicaciones en contra de ese conjunto de todas las herejías y la campaña contra los liberales, imitadores de Lucifer, cuyo es aquel grito: «¡No serviré!».

Muchas veces, al anochecer, en la iglesia, quedaba sentado en un banco, meditando. Poco a poco sus ideas perdían los contornos, hasta que se convertían en una nube, y entonces, al oír dar al reloj las nueve, salía de la quietud del templo al bullicio de la calle.

Empezó a sentir desazón en su alma. Una noche volvía del sermón a su casa y le zumbaba en la cabeza el famoso aforismo. No podía entrar con que él fuera más pecador que un adúltero o un asesino, y la cosa estaba bien clara, porque pecar contra la fe, directamente contra Dios, no dándole crédito, es peor que pecar por carambola; la soberbia es más satánica que la ira o la lujuria. Aquella noche no pudo pegar ojo; resudando dio mil vueltas en la cama, se levantó a beber agua del jarro de la jofaina, cerraba los ojos con violencia, proponiéndose contar hasta 150; ni por éstas; nada: siempre en el campo oscuro bailando la sentencia. Así hubiera pasado toda la noche si a eso de las cuatro, con la fatiga, que venció al insomnio, no hubiera iluminado su mente esta idea de paz: salvo los casos de ignorancia y de buena fe. Se durmió diciendo: Dios me perdona, porque no sé lo que me pienso.

Juan Pérez recobró aparente calma, considerándose caso de ignorancia o de buena fe.

Pero... veámoslo: la ignorancia vencible, ¿no es pecado? Empezó a buscar en su alma si era el caso de ignorancia o de buena fe, o era todo ello argucias del enemigo malo. ¡Cuesta tanto crucificar al hombre viejo! Dale que le das, le volvieron los insomnios.

Así estaba el pobre. Volvió a leer el áureo libro del eximio Sardá, la encíclica Libertas, y empezó a estudiar lo que la maestra de la gente entiende por liberalismo en sus varios grados y matices, y por liberales, imitadores, etcétera. Una tarde, a la hora en que se acuesta el sol en cama de oro, y cuando volvía Juan Pérez de paseo por una estrada, mordiendo un brote de zarzamora, se le ocurrió preguntarse: «¿Soy yo, acaso, liberal, imitador, etcétera?». Y descubrió sin asombro, como cosa olvidada de puro sabida, que nunca había sido liberal. Recobró calma; no era liberal, pero tampoco carlista. ¡Carcunda como los López! ¡Jamás! ¡Los del chaquetón! Debajo de sus ideas yacían siempre los espectros de su infancia.

No era liberal, pero le quedaba el nombre. ¡Qué cosa tan terrible es el nombre! Es el pulpo de la inteligencia. A sus padres les llamaron liberales y se llamaron ellos a sí mismo liberales. ¡Perder el apellido porque otros lo hayan difamado! El nombre se aferraba a él, porque Satanás sabe que la piel es lo último que se deja, y que por la piel se pierden muchos. Mi liberal cerró los ojos y oídos al terrible nombre, a la palabra misteriosa, que es lo que fue en principio.

En la vida interior de Juan Pérez vino otro período de prueba. ¿Basta, en el siglo de la lucha, verla como mero espectador? ¿Basta desertar de las banderas de Belial? La timidez, ¿no es pecado?

El resultado fue que Juan Pérez se hizo tradicionalista; carlista, no; adjuró en todos sus grados y matices la secta deletérea que jamás había profesado, y se apartó de los liberales, imitadores de Lucifer, cuyo es aquel grito: «¡No serviré!». Estudió los errores nefandos que constituyen este abominable compendio de todas las herejías, y aborreció, sobre todo, los infames contubernios de los hijos de la luz con los de las tinieblas; le picó un prurito de ergotista curiosidad por conocer el bien y el mal, y leyó obras de liberales para conocer de cerca el cáncer de nuestra sociedad.

Refresquemos la sequedad de este relato.

Carmencita era una buena muchacha, celebrada por todas las viejas y con los bolsillos sonantes, condiciones que explican por qué Juan Pérez y un López, convencidos ambos de que

no está bien que el hombre esté solo y que no es bueno quemarse, la persiguieran con buen fin. Este López, de carlista se había hecho íntegro, íntegro de cabeza, leal de sangre, porque toda otra distinción no pasa de válvula de seguridad en un cerebro henchido de verdad absoluta.

No se sabe cómo fue que López quitó el partido a Pérez y casó con la chica de los cuartos. Juan Pérez pasó malos días y peores noches; pero al cabo bendijo los inescrutables designios de la Divina Providencia, y en nada disminuyó su amistad para con López, a quien había sacrificado rencorillos de familia en aras de la comunidad de doctrinas.

Juan Pérez, cuando se había creído liberal, maldito si sabía lo que es el liberalismo; pero ya purificado estaba al dedillo de los pestilentes errores de la nefanda secta y había leído a los corifeos de la impiedad y a algunos alemanes traducidos. El enemigo malo, a las veces, le tentaba: el conocimiento del mal le daba vértigos y oía como canto de sirena engañadora el silbo maléfico de la serpiente infernal.

El demonio le tentaba, y cuanto más se hundía su imaginación en el ergotismo laberíntico, su inteligencia, corrompida por el pecado original, más se levantaba en alas de la soberbia. Satanás le levantaba ofreciéndole un mundo nuevo de ideas nuevas si rendido le adoraba. Empezaba a empacharse de la dulce virtud de humillarse ante la letra y a desconocer que Dios escogió lo necio y lo flaco del mundo para avergonzar a los sabios y a los fuertes. Hay que añadir que por este tiempo Juan Pérez se dedicaba a la gimnasia y bebía los vientos por una muchacha casquivana y pobre.

Llegó el estallido. Sucedió que un día de primavera, en cierta reunión, departían amigablemente, entre otros varios, nuestro Pérez y López, acerca de una carta de Martillo, y comentaban el tiroteo entre íntegros y leales. Repetían por centésima vez el mismo chiste, escudriñaban la cuarta intención de cosas sin la primera, repetían argumentos que siempre con los mismos collares se leen empotrados en seis o siete columnas de prosa prensada, cuando trabaron discusión Juan Pérez y Pedro López sobre el mayor o menor grado de matiz de liberalismo de sus opiniones respecto a un punto concreto.

Es de saber que en este desdichado siglo de las luces y de los derechos del hombre, el virus pestilente del liberalismo lo inficiona todo de tal manera con sus miasmas deletéreos, que circula hasta en las raíces del integrista más puro. Es uno de los mayores tormentos del

hombre puro examinar despacio cada idea que se le ocurra antes de manifestarla y ponerla en cuarentena hasta ver qué grado y matiz de liberalismo puede tener. ¡Oh siglo infeliz!

Llegó la discusión del Pérez y el López a agriarse a punto que intervenían los amigos, temiendo un mal remate. Pérez ardía, tenía la cara roja, el corazón palpitante, se sofocaba, y la sangre, inficionada del pecado original, le traía los espectros de su niñez, la imagen esfumada de los chaquetones negros en las lonjas húmedas, el rencor heredado y mamado, frases de sus padres que no entendió al oírlas; miradas de los López, miserias de vecindad con vaho de patio, narraciones de hazañas de cristinos, los ojos de buey de Carmencita que le miraban, y se le removía el légamo del corazón que Dios le había endurecido, se le dislocaba el cerebro, y sobre todo este nubarrón confuso, que como viento de tempestad arrastraba la cólera, veía brillar la fatal sentencia. Sintió un nudo en la garganta y ganas de estrangular a López cuando oyó que éste le gritaba:

-¡Quítese usted de ahí, so liberal!

Juan Pérez estalló:

-¡Sí, sí y sí! ¡Liberal, y a mucha honra! Liberal fui, soy y seré; liberal en todos sus grados y matices, imitador de Lucifer, cuyo es aquel grito: «¡No serviré!». ¡No, no serviré, y si es pecado... que lo sea!

No sabía lo que se decía; pero ni en el delirio de la cólera olvidó la fraseología.

Salió soplando, y aquella noche se le repitieron los insomnios.

Había roto la cáscara, descendía la pendiente, le faltó la gracia eficaz y empezó en su espíritu un trabajo de demolición. Había probado el fruto y acabó por ser liberal a ciencia y conciencia. ¡Mala cosa es ser sabio en opinión propia! Se debe esperar más del necio. ¡Ay de los que son sabios a sus propios ojos!

La doctrina rompió la ignorancia; el conocimiento del pecado trajo horror a él, y la sangre liberal, pecado original de los Pérez desde los tiempos de Álvarez Mendizábal, entronizó la carne sobre el espíritu. No conoció el pecado sino por la ley; no hubiera conocido el liberalismo si la ley no le dijera: el liberalismo es pecado. El pecado, tomando ocasión de mandamiento, renovó en él la rebeldía de la sangre, porque sin la ley el pecado estaba muerto. Juan Pérez vivió sin ley en algún tiempo; mas cuando vino el mandamiento revivió el pecado; el

mandamiento que da la vida le dio muerte, porque el pecado, con ocasión del mandamiento, le engañó y mató. La ley es espiritual, pero nosotros somos carnales.

El misterio de iniquidad se había cumplido: la sangre y Álvarez Mendizábal la habían consumado. ¡Y aún habrá quien se obstine en negar que el liberalismo es pecado y pecado de los mayores, y los liberales imitadores, etc.! ¡Miserable y corrompida carne de Adán!

¿Quién nos libraré de este cuerpo de muerte?

El semejante

Como todos huían de Celestino el tonto, tomándolo, cuando más, de dominguillo con que divertirse, el pobrecito evitaba a la gente paseándose solo por el campo solitario, sumido en lo que le rodeaba, asistiendo sin conciencia de sí al desfile de cuanto se le ponía por delante. Celestino el tonto sí que vivía *dentro* del mundo como en útero materno, entretejiendo con realidades frescas sueños infantiles, para él tan reales como aquéllas, en una niñez estancada, apegada al caleidoscopio vivo como a la placenta el feto, y, como éste, ignorante de sí. Su alma lo abarcaba todo en pura sencillez; todo era estado de su conciencia. Se iba por la mayor soledad de las alamedas del río, riéndose de los chapuzones de los patos, de los vuelos cortos de los pájaros, de los revoloteos trenzados de las parejas de mariposas. Una de sus mayores diversiones era ver dar la vuelta a un escarabajo a quien pusiera de patas arriba en el suelo.

Lo único que le inquietaba era la presencia del enemigo, del hombre. Al acercársele alguno, le miraba de vez en vez con una sonrisa en que quería decirle: «No me hagas nada, que no voy a hacerte mal», y cuando le tenía próximo, bajo aquella mirada de indiferencia y sin amor, bajaba la vista al suelo, deseando achicarse al tamaño de una hormiga. Si algún conocido le decía al encontrarle: «¡Hola, Celestino!», inclinaba con mansedumbre la cabeza y sonreía, esperando el pescozón. En cuanto veía a lo lejos chicuelos apretaba el paso; les tenía horror justificado: eran lo peor de los hombres.

Una mañana tropezó Celestino con otro solitario paseante, y al cruzarse con él y, como de costumbre, sonreírle, vio en la cara ajena el reflejo de su sonrisa propia, un saludo de inteligencia. Y al volver la cabeza, luego que hubieron cruzado, vio que también el otro la tenía vuelta, y tornaron a sonreírse uno a otro. Debía de ser un semejante. Todo aquel día estuvo Celestino más alegre que de costumbre, lleno del calor que le dejó en el alma el eco de aquel otro que con su sencillez le había devuelto, por rostro humano, el mundo.

A la mañana siguiente se afrontaron de nuevo en el momento en que un gorrión, metiendo mucha bulla, fue a posarse en un mimbres cercano. Celestino se lo señaló al otro, y dijo riéndose:

-¡Qué pájaro..., es un gorrión!

-Es verdad, es un gorrión -contestó el otro soltando la risa.

Y excitados mutuamente se rieron a más y mejor: primero, del pájaro, que les hacía coro chillando, y luego, de que se reían. Y así quedaron amigos los dos imbéciles, al aire libre y bajo el cielo de Dios.

-¿Quién eres?

-Pepe.

-Y yo Celestino.

-Celestino... Celestino... -gritó el otro, rompiendo a reír con toda su alma-. Celestino el tonto... Celestino el tonto...

-Y tú Pepe el tonto -replicó con viveza y amoscado Celestino.

-Es verdad: Pepe el tonto y Celestino el tonto...

Y acabaron por reírse a toda gana los dos tontos de su tontería, tragándose al hacerlo bocanadas de aire libre. Su risa se perdía en la alameda, confundida con las voces todas del campo, como una de tantas.

Desde aquel día de risa juntábanse a diario para pasearse juntos, comulgar en impresiones, señalándose mutuamente lo primero que Dios les ponía por delante, viviendo dentro del mundo, prestándose calor y fomento como mellizos que coparticipan de una misma matriz.

-Hoy hace calor.

-Sí, hace calor; es verdad que hace calor...

-En este tiempo suele hacer calor...

-Es verdad, suele hacer calor en este tiempo..., ji, ji..., y en invierno, frío.

Y así seguían sintiéndose semejantes y gozando en descubrir a todos momentos lo que creemos tenerlo para todos ellos descubierto los que lo hemos cristalizado en conceptos abstractos y metido en encasillado lógico. Era para ellos siempre nuevo todo bajo el sol, toda impresión fresca, y el mundo una creación perpetua y sin segunda intención alguna. ¡Qué ruidosa explosión de alegría la de Pepe cuando vio lo del escarabajo patas arriba! Cogió un canto, en la exaltación de su gozo, para desahogarlo espachurrando al bichillo; pero Celestino se lo impidió, diciéndole:

-No, no es malo...

La imbecilidad de Pepe no era, como la de su nuevo amigo, congénita e invariable, sino adventicia y progresiva, debida a un reblandecimiento de los sesos. Celestino lo conoció, aunque sin darse de ello cuenta; percibió confusamente el principio de lo que les diferenciaba en el fondo de semejanza, y de esta observación inconsciente, soterrada en las honduras tenebrosas de su alma virgen, brotó en él un amor al pobre Pepe, a la vez, de hermano, de padre y de madre. Cuando a las veces se quedaba su amigo dormido a la orilla del río, Celestino, a su vez, le ahuyentaba las moscas y abejorros, echaba piedras a los remansos para que se callasen las ranas, cuidaba de que las hormigas no subieran a la cara del dormido, y miraba con inquietud a un lado y otro por si venía algún hombre. Y al divisar chicuelos le latía el pecho con violencia y se acercaba más a su amigo, metiéndose piedras en los bolsillos. Cuando en la cara del durmiente vagaba una sonrisa, Celestino sonreía soñando el mundo que le encerraba.

Por las calles corrían los chicuelos a la pareja gritando:

¡Tonto con tonto,
tonto dos veces!

Un día en que llegó un granuja hasta pegar al enfermo, despertose en Celestino un instinto hasta entonces en él dormido, corrió tras el chiquillo y le hartó de pescozones y de sopapos. La patulea, irritada y alborozada a la vez por la impresumible rebelión del tonto, la emprendió con la pareja, y Celestino, escudando al otro, se defendió heroicamente a boleos y patadas hasta que llegó el alguacil a poner a los chicuelos en fuga. Y el alguacil reprendió al tonto... ¡Hombre al cabo!

En el progreso de su idiotez llegó Pepe a entorpecerse de tal modo de sentidos, que se limitaba a repetir entre dientes, soñoliento, lo que su amigo iba enseñándole, según desfilaba como truchimán de cosmorama.

Un día no vio Celestino el tonto a su pobre amigo, y andúvole buscando de sitio en sitio, mirando con odio a los chicuelos y sonriendo más que nunca a los hombres. Oyó al cabo decir que había muerto como un pajarito, y aunque no entendió bien eso de muerto, sintió algo como hambre espiritual, cogió un canto, metiéndoselo en el bolsillo; se fue a la iglesia a que

le llevaban a misa, se arrodilló ante un Cristo, sentándose luego en los talones, y después de persignarse varias veces al vapor, repetía:

-¿Quién le ha matado? Dime quién le ha matado...

Y recordando vagamente, a la vista del Cristo, que un día allí, sin quitarle ojo, había oído en un sermón que aquel crucificado resucitaba muertos, exclamó:

-¡Resucítale! ¡Resucítale!

Al salir le rodeó un tropa de chicuelos: uno le tiraba de la chaqueta, otro le derribó el sombrero, alguno le escupió, y le preguntaban: «¿Y el otro tonto?». Celestino, recogándose en sí mismo, perdido aquel fugitivo coraje, hijo del amor, y murmurando: «Pillos, pillos, repillos..., canallas... ¡éstos le han matado...!; pillos», soltó el canto y apretó el paso para ponerse en su casa a salvo.

Cuando paseaba de nuevo solo por las alamedas, orilla del río, las oleadas de impresiones frescas, que, cual sangre espiritual, recibía como de placenta del campo libre, venían a agruparse y tomar vida en torno a la vaga y penumbrosa imagen del rostro sonriente de su amigo dormido. Así humanizó la naturaleza, antropomorfizándola a su manera, en pura sencillez e inconciencia; vertía en sus formas frescas, cual sustancia de vida, la ternura paterno-maternal que al contacto de un semejante había en él brotado, y sin darse de ello cuenta vislumbró vagamente a Dios, que desde el cielo le sonreía con sonrisa de semejante humano.

Soledad

Soledad nació de la muerte de su madre: ya Leopardi cantó que es riesgo de muerte el nacimiento,

*nasce l'uomo a fatica
ed è rischio di morte il nascimento*

riesgo de muerte para el que nace, riesgo de muerte para quien le da el ser.

La pobre Amparo, la madre de Soledad, había llevado en sus cinco años de casada una vida penumbrosa y calladamente trágica. Su marido era impenetrable y parecía insensible. No sabía la pobre cómo se habían casado; se encontró ligada por matrimonio a aquel hombre como quien despierta de un sueño. Su vida toda de soltera se perdía en una lejanía brumosa, y cuando pensaba en ella se acordaba de sí misma, de la que fue antes de casarse, como de una persona extraña. No podía saber si su marido la quería o la detestaba. Se detenía en casa no más que para comer y dormir, para todo lo animal de la vida; trabajaba fuera, hablaba fuera, se distraía fuera. Jamás dirigió a su pobre mujer una palabra más alta o más agria que otra; jamás la contrarió en nada. Cuando ella, la pobre Amparo, le preguntaba algo, consultaba su parecer, obtenía de él invariablemente la misma respuesta: «¡Bueno, sí; déjame en paz; como tú quieras!». Y este insistente: «¡Como tú quieras!», llegaba al corazón de la pobre Amparo, un corazón enfermo, como un agudo puñal. «¡Como tú quieras! -pensaba la pobre-; es decir, que mi voluntad no merece ni siquiera ser contradicha». Y luego el: «¡Déjame en paz!»; ese terrible: «¡Déjame en paz!», que amarga tantos hogares. En el de Amparo, en el que debía ser hogar de Amparo, esa terrible y agorera paz lo entenebrecía todo.

Al año de casada tuvo Amparo un hijo; pero en el triste desamparo de su hogar ceniciento ansiaba una hija. «¡Un hijo! -pensaba-. ¡Un hombre! ¡Los hombres siempre tienen que hacer fuera de casa!». Y así, cuando volvió a quedar encinta, no soñaba sino en la hija. Y habría de llamarse Soledad. La pobre cayó en cama, gravemente enferma. Su corazón desfallecía por momentos. Comprendió que no vivía sino para dar a luz a su hija, hasta ponerla en el hogar tenebroso. Llamó a su marido y dijo: «Mira, Pedro; si, como espero, es hija, le pondrás por

nombre Soledad, ¿eh?». «Bueno, bien -respondió él-; tiempo habrá de pensar en ello», y pensaba que aquel día, con aquello del parto, iba a perder su partida de dominó. «Es que yo me muero, Pedro; es que no voy a poder resistir esto», añadió. «¡Aprensiones!», replicó él. «Sea -contestó Amparo-; pero si sale niña, la llamaréis Soledad, ¿eh?». «¡Bueno, sí; déjame en paz; como tú quieras!», concluyó él.

Y le dejó en paz para siempre. Después de haber dado a luz a su hija sólo tuvo tiempo para percatarse de que era niña. Y sus últimas palabras fueron: «¿Soledad, eh, Pedro? ¡Soledad!».

El hombre quedó suspenso y se habría anonadado si fuera él algo. ¡Viudo, a su edad, y con dos hijos pequeños! ¿Quién le cuidaría ahora la casa? ¿Quién se los criaría? Porque hasta que la niña se hiciese mayorcita y pudiera encargarse de las llaves y el gobierno... ¡Y cómo volver a casarse! No, no volvería a hacerlo. Ya sabía lo que era estar casado. ¡Si lo hubiese sabido antes! Eso no le resolvía nada. No, decididamente no; no volvería a casarse.

Hizo que llevasen a Soledad a un pueblo, a criarla fuera de casa. No quería molestias de niños e impertinencias de nodrizas. Harto tenía con el otro, con Pedrín, el niño, de tres años ya.

Soledad apenas se acordaba de los primeros años de su infancia. Allá, en la lejanía, sus últimos recuerdos eran los de aquel hogar hosco y ceniciento y aquel padre hermético, aquel hombre que comía junto a ella en la mesa y a quien veía un momento al levantarse y otro momento al ir a acostarse. Y aquellos besos litúrgicos, forzados. La única compañía le era Pedrín, su hermano. Pero Pedrín jugaba con ella en el más estricto sentido, es decir, que no jugaba en compañía de ella, sino que jugaba con ella como se juega con una muñeca. Ella, Soledad, solita era su juguete. Y era, como hombre que había de ser, un bruto. Como eran sus puños más fuertes, quería tener siempre razón. «Vosotras, las mujeres, no servís para nada. ¡Los que mandan son los hombres!», le dijo una vez.

Era Soledad una naturaleza exquisitamente receptiva, un genio de sensibilidad. Se da con frecuencia en las mujeres este genio de receptividad, que como nada produce, se extingue sin que nadie lo haya conocido. Al principio acudió Soledad, llorosa y herida en lo más vivo, a su padre, a la esfinge, demandando justicia; pero el inflexible varón le contestaba secamente: «¡Bueno, bien; déjame en paz! ¡Daos un beso, y cuidado con que esto se repita!». Así creía

arreglarlo, quitándose de encima la molestia. Y acabó ello porque Soledad no volvió a quejarse a su padre de las brutalidades de su hermano, y lo soportó todo en silencio, dejando a aquél en paz y evitándose los fraternales besos de humillación.

Fue espesándose y entenebreciéndose la tristeza cenicienta de su hogar. Sólo descansaba en el colegio, en el que le metió su padre como medio pensionista para quitársela así más tiempo de encima. Allí, en el colegio, supo que sus compañeras todas tenían o habían tenido madre. Y un día, a la hora de cenar, se atrevió a molestar a su padre preguntándole: «Di, papá, ¿he tenido madre?». «¡Vaya una pregunta! -respondió el hombre-. Todos hemos tenido madre. ¿Por qué lo preguntas?». «¿Y dónde está mi madre, papá?». «Se murió cuando tú naciste». «¡Ay qué pena!», prorrumpió Soledad. Y entonces el padre rompió por un momento su salvaje taciturnidad, le dijo cómo su madre se había llamado Amparo, y le enseñó un retrato de la difunta. «¡Qué guapa era!», exclamó la niña. Y el padre añadió: «Sí, ¡pero no tanto como tú!». En esta exclamación, que se le escapó, iba el fondo de una de sus petulancias; creía que el ser su hija más guapa que la madre, se lo debía a él. «Y tú, Pedrín -dijo Soledad a su hermano, animada por aquel fugitivo rescoldillo de hogar-, ¿te acuerdas tú de ella?». «¿Y cómo me he de acordar, si cuando murió no tenía yo más que tres años?». «Pues yo, en tu caso, me acordaría», fue la respuesta de la niña. «¡Claro, las mujeres sois más listas!», exclamó el hombrecillo en ciernes. «No, pero sabemos recordar mejor». «Bueno, bueno, no digas tonterías y déjame en paz». Y se acabó el coloquio de aquella noche memorable en que Soledad supo que había tenido madre.

Y tanto dio en pensar en ella, que casi la recordó. Pobló su soledad con ensueños maternos.

Fueron corriendo los años, todos iguales, todos cenicientos y tristes en aquel hogar apagado. El padre no envejecía ni podía envejecer. A las mismas horas hacía todos los días las mismas cosas, con una regularidad mecánica. Y el hermano empezó a disiparse, a dar que hablar en el pueblo. Hasta que desapareció de él; Soledad no supo adónde. Quedaron padre e hija solos, solos y separados; viviendo, es decir, comiendo y durmiendo bajo el mismo techo.

Por fin pareció que un día se le abriera el cielo a Soledad. Un gallardo mozo, que desde hacía algún tiempo la devoraba con los ojos cuando la veía en la calle, se dirigió a ella solicitando ser admitido a prueba como novio. La pobre Soledad vio que se le abría la vida, y

aunque con unos ciertos presentimientos, que en vano quería rechazar de sí, lo admitió. Y fue como una primavera.

Empezó Soledad a vivir, empezó más bien a nacer.

Descubrídsele el sentido de muchas cosas que hasta entonces no lo tuvieron para ella; empezó a entender mucho que oyó a sus maestras y a sus compañeras de colegio, mucho que había leído. Todo parecía cantar dentro de ella. Pero a la vez descubrió toda la horrrura de su hogar, y si no hubiera sido por la imagen, siempre en ella presente, de su novio, se habría arrecido allí junto a aquel hombre granítico.

Fue un verdadero deslumbramiento aquel noviazgo para la pobre Soledad. Y el padre parecía no haberse enterado de nada o no querer enterarse: ni la más leve alusión de su parte. Si al salir de casa cruzaba con el novio de su hija que se acercaba a la reja, a las horas de sabroso coloquio, hacía como que no se enteraba. La pobre Soledad tuvo más de una vez intención de insinuar algo a su padre en la mesa, a la hora de cenar; pero las palabras se le cuajaban en la boca antes de salir. Y calló, siguió callando.

Empezó Soledad a leer en libros que le traía su novio; empezó, gracias a él, a conocer el mundo. Y aquel joven no parecía hombre. Era cariñoso, alegre, abierto, irónico y hasta la contradecía a las veces. De su padre, del padre de ella, no le habló nunca.

Fue la iniciación en la vida y fue el sueño del hogar. Soledad empezó, en efecto, a soñar lo que sería un hogar, a entrever lo que eran los hogares, los verdaderos hogares de sus compañeras que lo tenían. Y este conocimiento, este sentimiento más bien, acreció en ella el horror a la madriguera en que vivía.

Y de repente, un día, cuando menos lo esperaba, vino el hundimiento. Su novio, que hacía un mes estaba ausente, le escribió una larga carta muy llena de expresiones de cariño, muy alambicadas, muy tortuosas, en que a vuelta de mil protestas de afecto le decía que aquellas sus relaciones no podían continuar. Y acababa con esta frase terrible: «Acaso llegue algún día otro que te pueda hacer feliz mejor que yo». Soledad sintió un tenebroso frío que le envolvía el alma, y toda la brutalidad, toda la indecible brutalidad del hombre, es decir, del varón, del macho. Pero se contuvo, devorando en silencio, y con ojos enjutos su humillación y su dolor. No quería aparecer débil ante su padre, ante la esfinge.

¿Por qué? ¿Por qué la había dejado su novio? ¿Es que se había cansado de ella? ¿Por qué? ¿Es que puede un hombre cansarse de amar? ¿Cabe cansarse de amar? No, no; es que nunca la había querido. Y ella, la pobre Soledad, sedienta de amor desde que naciera, comprendió que no la había querido nunca aquel otro hombre. Y se hundió en sí misma, refugiándose en el culto a su madre, en el culto a la Virgen. Y no lloró, porque su dolor no era de lágrimas: era un dolor seco y ardiente.

Una noche, a la hora de cenar, la esfinge paternal abrió la boca para decir: «¿Qué? ¡Según parece, se ha acabado ya eso!». Y Soledad sintió como si le atravesasen el corazón con una espada de hielo. Se levantó de la mesa, se fue a su cuarto, y exclamando: «¡Madre mía!», cayó en un espasmo convulsivo. Y desde entonces el mundo le supo a vacío.

Y pasaron dos años, y una mañana se encontraron muerto en su cama al padre, a don Pedro. El corazón se le había parado. Y su hija, sola ahora en el mundo, no le lloró.

Quedó sola Soledad, enteramente sola. Y para que su soledad fuese mayor vendió cuantas fincas le dejó su padre, realizó una modestísima fortunilla y se fue a vivir lejos, muy lejos, donde nadie la conociera y donde ella a nadie conociera.

Y ésta es esa Soledad, hoy ya casi anciana, esa mujercita sencilla y noble que veis todas las tardes ir a tomar el sol a orillas del río; esa mujercita misteriosa de la que no se sabe ni de dónde vino ni de dónde es. Ésa es la solitaria caritativa que en silencio remedia las necesidades ajenas que conoce y puede remediar; ésa es la buena mujercita a la que alguna vez se le escapa uno de esos dichos amargos delatores del desconsuelo encallecido.

Nadie sabía su historia, y se llegó a propagar la leyenda de una terrible tragedia en ella. Pero, como veis, no hay en su vida tragedia alguna representable, sino, a lo más, esta tragedia vulgar, vulgarísima, irrepresentable, callada, que tantas vidas humanas destroza: la tragedia de la soledad.

Sólo se recuerda que hace unos años vino en busca de Soledad un hombre avejentado, de prematura decrepitud, encorvado como bajo el peso del vicio, y a los pocos días de llegar murió en casa de la mujercita. «¡Era mi hermano!». Es lo único que a ésta se le oyó.

Y ahora, ¿comprendéis lo que es la soledad en un alma de mujer, y de mujer sedienta de cariño y hambrienta de hogar? El hombre tiene en nuestras sociedades campos en que

distraer su soledad; pero una mujer que no quiere encerrarse en un convento, ¿qué ha de hacer solitaria entre nosotros?

Esa pobre mujercita, a la que veis vagar a orillas del río, sin fin ni objeto, ha sentido toda la enorme brutalidad del egoísmo animal del hombre. ¿Qué piensa? ¿Para qué vive? ¿Qué lejana esperanza la mantiene?

He trabado relación, no digo amistad, con Soledad, y he procurado sonsacarle su sentimiento total de la vida y del destino, lo que alguien llamaría su filosofía. Hasta hoy, poco o nada he conseguido; mas espero conseguirlo. Todo lo que he logrado es saber su historia, la que os acabo de contar. Fuera de esto, no le he oído sino reflexiones llenas de buen sentido, pero de un buen sentido frío y al parecer rastrero. Es mujer de extraordinaria cultura de libros, porque ha leído mucho, y de una gran clarividencia. Pero lo que es sobre todo es extremadamente sensible a las groserías y brutalidades de toda clase. Vive así, solitaria y retraída, por no sufrir los empujones de la brutalidad humana.

De nosotros, los hombres, tiene una singular idea. Cuando le he sacado la conversación al respecto de los hombres, se ha limitado a exclamar: «¡Pobrecillos!». Parece que nos compadece, como quien compadeciera a un cangrejo. Me ha prometido hablarme alguna vez de los hombres y del magno, del máximo, del supremo problema de la relación entre hombre y mujer. «No de la relación sexual -me dijo-, ¿eh?, entienda usted bien; no de eso, sino de la relación general entre hombre y mujer: lo mismo que sean madre e hijo, hija y padre, hermana y hermano, amiga y amigo, respectivamente, como que sean marido y mujer, novio y novia o amantes; lo importante, lo capital, es la relación general, es cómo ha de sentir un hombre a una mujer, sea su madre, su hija, su hermana, su mujer o su querida, y cómo ha de sentir una mujer a un hombre, sea su padre, su hijo, su hermano, su marido o su amante». Y espero el día en que Soledad me hable de esto.

Una vez hablé con ella de esa profusión de libros eróticos con que ahora nos inundan, porque con la buena Soledad se puede hablar de todo cuidando de no herirla. Cuando le saqué esa conversación me miró inquisitivamente con sus grandes ojos claros, ojos eternamente juveniles, y con una sombra de sonrisa sobre su boca me preguntó: «Diga usted. ¿Usted comerá? ¿No es así?». «¡Claro que como!», respondí, sorprendido por la pregunta. «Pues

bien; si a usted, que come, le sorprendiera leyendo un libro de cocina y pudiese yo mandar, le enviaría a la cocina a fregar las cacerolas». Y no dijo más.

Al correr de los años

*Eheu, fugaces, Postume,
Postume, Labuntur anni...
HORACIO, Odas, II, 14.*

El lugar común de la filosofía moral y de la lírica que con más insistencia aparece es el de cómo se va el tiempo, de cómo se hunden los años en la eternidad de lo pasado.

Todos los hombres descubren a cierta edad que se van haciendo viejos, así como descubrimos todos cada año -¡oh portento de observación!- que empiezan a alargarse los días al entrar en una estación de él, y que al entrar en la opuesta, seis meses después, empiezan a acortarse.

Esto de cómo se va el tiempo sin remedio y de cómo en su andar lo deforma y transforma todo, es meditación para los días todos del año; pero parece que los hombres hemos consagrado a ella en especial el último de él y el primero del año siguiente, o cómo se viene el tiempo. Y se viene como se va, sin sentirlo. Y basta de perogrulladas.

¿Somos los mismos de hace dos, ocho, veinte años?

Venga el cuento.

* * *

Juan y Juana se casaron después de largo noviazgo, que les permitió conocerse, y más bien que conocerse, hacerse el uno al otro. Conocerse no, porque dos novios, lo que no se conocen en ocho días no se conocen tampoco en ocho años, y el tiempo no hace sino echarles sobre los ojos un velo -el denso velo del cariño- para que no se descubran mutuamente los defectos, o, más bien, se los conviertan a los encantados ojos en virtudes.

Juan y Juana se casaron después de un largo noviazgo, y fue como continuación de éste su matrimonio.

La pasión se les quemó como mirra en los transportes de la luna de miel, y les quedó lo que entre las cenizas de la pasión queda, y vale mucho más que ella: la ternura. Y la ternura en forma de sentimiento de la convivencia.

Siempre tardan los esposos en hacerse dos en una carne, como el Cristo dijo (Marcos X, 8). Mas cuando llegan a esto, coronación de la ternura de convivencia, la carne de la mujer no enciende la carne del hombre, aunque ésta de suyo se encienda; pero también, si cortan entonces la carne de ella, duélele a él como si la propia carne le cortasen. Y éste es el colmo de la convivencia, de vivir dos en uno y de una misma vida. Hasta el amor, el puro amor, acaba casi por desaparecer. Amar a la mujer propia se convierte en amarse a sí mismo, en amor propio, y esto está fuera de precepto, pues si se nos dijo: «Ama a tu prójimo como a ti mismo»; es por suponer que cada uno, sin precepto, a sí mismo se ama.

Llegaron pronto Juan y Juana a la ternura de convivencia, para la que su largo noviciado al matrimonio les preparara. Y a las veces, por entre la tibieza de la ternura asomaban llamaradas del calor de la pasión.

Y así corrían los días.

Corrían, y Juan se amohinaba e impacientaba en sí al no observar señales del fruto esperado. ¿Sería él menos hombre que otros hombres a quienes por tan poco hombres tuviera? Y no os sorprenda esta consideración de Juan, porque en su tierra, donde corre sangre semítica, hay un sentimiento demasiado carnal de la virilidad. Y secretamente, sin decírselo el uno al otro, Juan y Juana sentían cada uno cierto recelo hacia el otro, a quien culpaban de la presunta frustración de la esperanza matrimonial.

Por fin, un día Juana le dijo algo al oído a Juan -aunque estaban solos y muy lejos de toda otra persona; pero es que en casos tales se juega al secreteo- y el abrazo de Juan a Juana fue el más apretado y el más caluroso de cuantos abrazos hasta entonces le había dado. Por fin, la convivencia triunfaba hasta en la carne, trayendo a ella una nueva vida.

Y vino el primer hijo, la novedad el milagro. A Juan le parecía casi imposible que aquello, salido de su mujer, viviese, y más de una noche, al volver a casa, inclinó su oído sobre la cabecita del niño, que en su cama dormía, para oír si respiraba. Y se pasaba largos ratos con el libro abierto delante, mirando a Juana cómo daba la leche de su pecho a Juanito.

Y corrieron dos años, y vino otro hijo, que fue hija -pero, señor, cuando se habla de masculinos y femeninos, ¿por qué se ha de aplicar a ambos aquel género y no éste?-, y se llamó Juanita, y ya no le pareció a Juan, su padre, tan milagroso, aunque tan doloroso le tembló al darlo a luz a Juana, su madre.

Y corrieron años, y vino otro, y luego otro, y más después otro, y Juan y Juana se fueron cargando de hijos. Y Juan sólo sabía el día del natalicio del primero, y en cuanto a los demás, ni siquiera hacia qué mes habían nacido. Pero Juana, su madre, como los contaba por dolores, podía situarlos en el tiempo. Poique siempre guardamos en la memoria mucho mejor las fechas de los dolores y desgracias que no las de los placeres y venturas. Los hitos de la vida son dolorosos más que placenteros.

Y en este correr de años y venir de hijos, Juana se había convertido, de una doncella fresca y esbelta, en una matrona otoñal cargada de carnes, acaso en exceso. Sus líneas se habían deformado en grande; la flor de la juventud se le había ajado. Era todavía hermosa, pero no era bonita ya. Y su hermosura era ya más para el corazón que para los ojos. Era una hermosura de recuerdos, no ya de esperanzas.

Y Juana fue notando que a su hombre Juan se le iba modificando el carácter según los años sobre él pasaban, y hasta la ternura de la convivencia se le iba entibiando. Cada vez eran más raras aquellas llamaradas de pasión que en los primeros años de hogar estallaban de cuando en cuando de entre los rescoldos de la ternura. Ya no quedaba sino ternura.

Y la ternura pura se confunde a las veces casi con el agradecimiento y hasta confina con la piedad. Ya a Juana los besos de Juan, su hombre, le parecían más que besos a su mujer, besos a la madre de sus hijos, besos empapados de gratitud por habérselos dado tan hermosos y buenos; besos empapados acaso de piedad por sentirla declinar en la vida. Y no hay amor verdadero y hondo, como era el amor de Juana a Juan, que se satisfaga con agradecimiento ni con piedad. El amor no quiere ser agradecido ni quiere ser comprendido. El amor quiere ser amado porque sí, y no por razón alguna, por noble que ésta sea.

Pero Juana tenía ojos y tenía espejo, por una parte, y tenía, por otra, a sus hijos. Y tenía, además, fe en su marido y respeto a él. Y tenía, sobre todo, la ternura, que todo lo allana.

Mas creyó notar preocupado y mustio a su Juan, y a la vez que mustio y preocupado, excitado. Parecía como si una nueva juventud le agitara la sangre en las venas. Era como si al empezar su otoño, un veranillo de San Martín hiciera brotar en él flores tardías que habría de helar el invierno.

Juan estaba, sí, mustio; Juan buscaba la soledad; Juan parecía pensar en cosas lejanas cuando su Juana le hablaba de cerca; Juan andaba distraído. Juana dio en observarle y en

meditar, más con el corazón que con la cabeza, y acabó por descubrir lo que toda mujer acaba por descubrir siempre que fía la inquisición al corazón y no a la cabeza: descubrió que Juan andaba enamorado. No cabía duda alguna de ello.

Y redobló Juana de cariño y de ternura y abrazaba a su Juan como para defenderlo de una enemiga invisible, como para protegerlo de una mala tentación, de un pensamiento malo. Y Juan, medio adivinando el sentido de aquellos abrazos de renovada pasión, se dejaba querer y redoblaba ternura, agradecimiento y piedad, hasta lograr reavivar la casi extinguida llama de la pasión, que del todo es inextinguible. Y había entre Juan y Juana un secreto patente a ambos, un secreto en secreto confesado.

Y Juana empezó a acechar discretamente a su Juan buscando el objeto de la nueva pasión. Y no lo hallaba. ¿A quién, que no fuese ella, amaría Juan?

Hasta que un día, y cuando él y donde él, su Juan, menos lo sospechaba, lo sorprendió, sin que él se percatara de ello, besando un retrato. Y se retiró angustiada, pero resuelta a saber de quién era el retrato, Y fue desde aquel día una labor astuta, callada y paciente, siempre tras el misterioso retrato, guardándose la angustia, redoblando su pasión, de abrazos protectores.

¡Por fin! Por fin un día aquel hombre prevenido y cauto, aquel hombre tan astuto y tan sobre sí siempre dejó -¿sería adrede?-, dejó al descuido la cartera en que guardaba el retrato. Y Juana temblorosa, oyendo las llamadas de su propio corazón que le advertía, llena de curiosidad, de celos, de compasión, de miedo y de vergüenza, echó mano a la cartera. Allí, allí estaba el retrato; sí, era aquél, aquél, el mismo; lo recordaba bien. Ella no lo vio sino por el revés cuando su Juan lo besaba apasionado, pero aquel mismo revés, aquel mismo que estaba entonces viendo.

Se detuvo un momento, dejó la cartera, fue a la puerta, escuchó un rato y luego la cerró. Y agarró el retrato, le dio la vuelta y clavó en él los ojos.

Juana quedó atónita, pálida primero y encendida de rubor después; dos gruesas lágrimas rodaron de sus ojos al retrato, y luego las enjugó besándolo... Aquel retrato era un retrato de ella, de ella misma, sólo que..., ¡ay!, póstumo; ¡cuán fugaces corren los años! Era un retrato de ella cuando tenía veintitrés años, meses antes de casarse; era Un retrato que Juana dio a su Juan cuando eran novios.

Y ante el retrato resurgió a sus ojos todo aquel pasado de pasión, cuando Juan no tenía una sola cana y era ella esbelta y fresca como un pimpollo.

¿Sintió Juana celos de sí misma? O mejor, ¿sintió la Juana de los cuarenta y cinco años celos de la Juana de los veintitrés, de su otra Juana? No, sino que sintió compasión de sí misma, y con ella, ternura, y con la ternura, cariño.

Y tomó el retrato y se lo guardó en el seno.

Cuando Juan se encontró sin el retrato en la cartera receló algo y se mostró inquieto.

Era una noche de invierno, y Juan y Juana, acostados ya los hijos, se encontraban solos junto al fuego del hogar; Juan leía un libro; Juana hacía labor. De pronto, Juana dijo a Juan:

-Oye, Juan, tengo algo que decirte.

-Di, Juana, lo que quieras.

Como los enamorados, gustaban de repetirse uno a otro el nombre.

-Tú, Juan, guardas un secreto.

-¿Yo? ¡No!

-Te digo que sí, Juan.

-Te digo que no, Juana.

-Te lo he sorprendido; así es que no me lo niegues, Juan.

-Pues si es así, descúbremelo.

Entonces Juana sacó el retrato, y alargándoselo a Juan, le dijo con lágrimas en la voz:

-Anda, toma y bésalo cuanto quieras, pero no a escondidas.

Juan se puso encarnado, y apenas repuesto de la emoción de sorpresa tomó el retrato, le echó al fuego y acercándose a Juana y tomándola en sus brazos y sentándola sobre sus rodillas, que le temblaban, le dio un largo y apretado beso en la boca, un beso en que de la plenitud de la ternura refloreció la pasión primera. Y sintiendo sobre sí el dulce peso de aquella fuente de vida, de donde habían para él brotado, con nueve hijos, más de veinte años de dicha reposada, le dijo:

-A él no, que es cosa muerta, y lo muerto, al fuego; a él no, sino a ti, a ti, mi Juana, mi vida; a ti, que estás viva y me has dado vida, a ti.

Y Juana, temblando de amor sobre las rodillas de su Juan, se sintió volver a los veintitrés años, a los años del retrato que ardía, calentándolos con su fuego.

Y la paz de la ternura sosegada volvió a reinar en el hogar de Juan y Juana.

La beca

«Vuelva usted otro día...». «¡Veremos!». «Lo tendré en cuenta». «Anda tan mal esto...». «Son ustedes tantos...». «¡Ha llegado usted tarde y es lástima!». Con frases así se veía siempre despedido don Agustín, cesante perpetuo. Y no sabía imponerse ni importunar, aunque hubiese oído mil veces aquello de: «Pobre porfiado saca mendrugo».

A solas hacía mil proyectos, y se armaba de coraje y se prometía cantarle al lucero del alba las verdades del barquero; mas cuando veía unos ojos que le miraban ya estaba engurruñándosele el corazón. «Pero, ¿por qué seré así, Dios mío?», se preguntaba, y seguía siendo así, como era, ya que sólo de tal modo podía ser él el que era.

Y por debajo gustaba un extraño deleite en encontrarse sin colocación y sin saber dónde encontraría el duro para el día siguiente. La libertad es mucho más dulce cuando se tiene el estómago vacío, digan lo que quieran los que no se han encontrado con la vida desnuda. Estos sólo conocen las vestiduras de la vida, sus arreos; no la vida misma, pelada y desnuda.

El hijo, Agustinito, desmirriado y enteco, con unos ojillos que le bailaban en la cara pálida, era la misma pólvora. Las cazaba al vuelo.

-Es nuestra única esperanza -decía la madre, arrebujaada en su mantón, una noche de invierno- que haga oposición a una beca, y tendremos las dos pesetas mientras estudie... ¡Porque esto de vivir, así, de caridad!...

¡Y qué caridad, Dios mío! ¡No, no creas que me quejo, no! Las señoras son muy buenas, pero...

-Sí, que, como dice Martín, en vez de ejercer caridad se dedican al deporte de la beneficencia.

-No, eso no; no es eso,

-Te lo he oído alguna vez; es que parece que al hacer caridad se proponen avergonzar al que la recibe. Ya ves lo que, nos decía la lavandera al contamos cuando les dieron de comer en Navidad y les servían las señoritas... «Esas cosas que hacen las señoritas para sacarnos los colores a la cara»...

-Pero, hombre...

-Sé franca y no tengas secretos conmigo. Comprende que nos dan limosnas para humillamos...

En las noches de helada no tenían para calentarse ni aun el fuego de la cocina, pues no le encendían. Era el suyo un hogar apagado.

El niño comprendía todo y penetraba en él alcance todo de aquel continuo estribillo de: «¡Aplicate, Agustinito, aplicate!».

Ruda fue la brega en las oposiciones, a la beca, pero la obtuvo, y aquel día, entre lágrimas y besos, se encendió el fuego del hogar.

A partir de este día del triunfo, acentuóse en don Agustín su vergüenza de ir a pretender puesto; aunque poco y mal, comían de lo que el hijo cobraba, y con algo más, trabajando el padre acá y allá de temporero, iban saliendo mal que bien, del afán de cada día. ¿No se ha dicho lo de: «Bástele a cada día su cuidado»; y no lo traducimos diciendo que: «No por mucho madrugar amanece más temprano»? Y si no amanece más temprano por mucho madrugar, lo mejor es quedarse en la cama. La cama adormece las penas. Por algo los médicos dicen que el reposo lo cura todo.

-¡Agustín, los libros! ¡Los libros! ¡Mira que eres nuestro casi único sostén, que de ti depende todo!... ¡Dios te lo premie! -decía la madre.

Y Agustinito ni comía, ni dormía, ni descansaba a su sabor. ¡Siempre sobre los libros! Y así se iba envenenando el cuerpo y el espíritu: aquél, con malas digestiones y peores sueños, y éste, el espíritu, con cosas no menos indigeribles que sus profesores le obligaban a engullir. Tenía que comer lo que hubiera y tenía que estudiar lo que le diese en el examen la calificación obligada para no perder la beca.

Solía quedarse dormido sobre los libros, a guisa éstos de almohada, y soñaba con las vacaciones eternas. Tenía que sacar, además, premios, para ahorrarse las matrículas del curso siguiente:

-Voy a ver a don Leopoldo, Agustinito, a decirle que necesitas el sobresaliente para poder seguir disfrutando la beca...

-No, no hagas eso, madre, que es muy feo...

-¿Feo? ¡Ante la necesidad nada hay que sea feo, hijo mío!

-Pero si sacaré sobresaliente, madre, si lo sacaré.

-¿Y el premio?

-También el premio, madre.

-Mira, Agustinito: don Alfonso, el de Patología médica, está enfermo; debes ir a su casa a preguntar cómo sigue...

-No voy, madre; no quiero ser *pelotillero*.

-¿Ser qué?

-¡Pelotillero!

-Bueno, no sé lo que es eso, pero te lo entiendo, y los pobres, hijo mío, tenemos que ser *pelotilleros*. Nada de aquello de: «Pobre, pero orgulloso», que es lo que más nos pierde a los españoles...

-Pues no voy.

-Bien, iré yo.

-No, tampoco irá usted.

-Bueno, no quieres que sea *pelotillera*..., no, no iré. Pero, hijo mío...

-Sacaré el sobresaliente, madre.

Y lo sacaba el desdichado, pero ¡a qué costa! Una vez no sacó más que notable; y hubo que ver la cara que pusieron sus padres.

-Me tocaron tan malas lecciones...

-No, no; algo le has hecho... -dijo el padre.

Y la madre añadió:

-Ya te lo decía yo... Has descuidado mucho esa asignatura...

El mes de mayo le era terrible. Solía quedarse dormido sobre los libros, teniendo la cafetera al lado. Y la madre, que se levantaba solícita de la cama, iba a despertarle y le decía:

-Basta por hoy, hijo mío; tampoco conviene abusar... Además, te rinde el sueño y se malgasta el petróleo. Y no estamos para eso.

Cayó enfermo y tuvo que guardar cama; le consumía la fiebre. Y los padres se alarmaron, se alarmaron del retraso que aquella enfermedad podía costarle en sus estudios; tal vez le durara la dolencia y no podría examinarse con seguridad de nota, y le quedaría el pago de la beca en suspenso.

El médico auguró a los padres que duraría aquello, y los pobres, angustiados, le preguntaban:

-¿Pero podrá examinarse en junio?

-Déjense de exámenes, que lo que este mozo necesita es comer mucho y estudiar poco, y aire, mucho aire...

-¡Comer mucho y estudiar poco! -exclamó la madre-. Pero, señor, ¡si tiene que estudiar mucho para poder comer poco!...

-Es un caso de surmenage.

-¿De *sur* qué?

-De surmenage, señora; de exceso de trabajo.

-¡Pobre hijo mío! -y rompió a llorar la madre-. ¡Es un santo..., un santo!

Y el santo fue reponiéndose, al parecer, y cuando pudo ponerse en pie pidió los libros, y la madre, al llevárselos exclamó:

-¡Eres un santo, hijo mío!

Y a los tres días:

-Mira, hoy que está mejor tiempo puedes salir, vete a clase bien abrigado, ¿eh?, y dile a don Alfonso cómo has estado enfermo, y que te lo dispense...

Al volver de clase dijo:

-Me ha dicho don Alfonso que no vuelva hasta que esté del todo bien.

-Pero ¿y el sobresaliente, hijo mío?

-Lo sacaré.

Y lo sacó, y vio las vacaciones, su único respiro. «¡Al campo!», había dicho el médico. ¿Al campo? ¿Y con qué dinero? Con dos pesetas no se hacen milagros. ¿Iba a privarse don Agustín, el padre, de su café diario, del único momento en que olvidaba penas? Alguna vez intentó dejarlo; pero el hijo modelo le decía:

-No, no; vete al café, padre; no lo dejes por mí; ya sabes que yo me paso con cualquier cosa...

Y no hubo campo, porque no pudo haberlo. No recostó el pobre mozo su cansado pecho sobre el pecho vivificante de la madre Tierra; no restregó su vista en la verdura, que siempre vuelve, ni restregó su corazón en el olvido reconfortante.

Y volvió el curso, y con él la dura brega, y volvió a encamar el becario, y una mañana, según estudiaba, le dio un golpe de tos y, se ensangrentaron las páginas del libro por el sitio en que se trataba de la tisis precisamente.

Y el pobre muchacho se quedó mirando al libro, a la mancha roja, y más allá de ella, al vacío, con los ojos fijos en él y frío de la desesperación acoplada en el alma. Aquello le sacó a flor de alma la tristeza eterna, la tristeza trascendental, el hastío prenatal que duerme en el fondo de todos nosotros y cuyo rumor de carcoma tratamos de ahogar con el trajineo de la vida.

-Hay que dejar los libros en seguida -dijo el médico en cuanto le vio-; ¡pero en seguida!

-¡Dejar los libros! -exclamó don Agustín-. ¿Y con qué comemos?

-Trabaje usted.

-Pues si busco y no encuentro; si...

-Pues si se les muere, por su cuenta...

Y el rudo de don José Antonio se salió murmurando: «¡Vaya un crimen! Este es un caso de antropofagia...; estos padres se comen a su hijo».

Y se lo comieron, con ayuda de la tisis; se lo comieron poco a poco, gota a gota, adarme a adarme.

Se lo comieron vacilando entre la esperanza y el temor, amargándoles cada noche el sacrificio y recomenzándolo cada mañana.

¿Y qué iban a hacer? El pobre padre andaba apesadumbrado y lleno de desesperación mansa. Y mientras revolvía el café con la cucharilla para derretir el terrón de azúcar, se decía: «¡Qué amarga es la vida! ¡Qué miserable la sociedad! ¡Qué cochinos los hombres! Ahora sólo nos falta que se nos muriera...». Y luego, en voz alta: «Mozo; ¡el *Vida Alegre!*».

Aún llegó el chico a licenciarse y tuvo el consuelo de firmaren el título, de firmar su sentencia de muerte con mano trémula y febril. Pidió luego un libro, una novela.

-¡Oh, los libros, siempre los libros! -exclamó la madre-. Déjalos ahora. ¿Para qué quieres saber tanto? ¡Déjalos!

-A buena hora, madre.

-Ahora a descansar un poco y a buscar un partido...

-¿Un partido?

-Sí; he hablado con don Félix, y me ha prometido recomendarte para Robleda.

A los pocos días se iba Agustinito, para siempre, a las vacaciones inacabables, con el título bajo la almohada -fue un capricho suyo- y con un libro en la mano; se fue a las vacaciones eternas. Y sus padres le lloraron amargamente.

-Ahora, ahora que iba a empezar a vivir, ahora que nos iba a sacar de miserias; ahora... ¡Ay, Agustín, qué triste es la vida!

-Sí, muy triste -murmuró el padre, pensando que en una temporada no podría ir al café.

Y don José Antonio, el médico, me decía después de haberme contado el suceso: «Un crimen más, un crimen más de los padres... ¡Estoy harto de presenciarlos! Y luego nos vendrán con el derecho de los padres y el amor paternal... ¡Mentira!, ¡mentira!, ¡mentira! A las más de las muchachas que se pierden son sus madres quienes primero las vendieron... Esto entre los pobres, y se explica, aunque no se justifique. ¿Y los otros? No hace aún tres días que González García casó a su hija con un tísico perdido, muy rico, eso sí, con más pesetas que bacilos, ¡y cuidado que tiene una millonada de éstos!, y la casó a conciencia de que el novio está con un pie en la sepultura; entra en sus cálculos que se le muera el yerno, y luego el nieto que pueda tener, de meningitis o algo así, y luego... Y para este padre que se permite hablar de moralidad, ¿no hay grillete? Y ahora, este pobre chico, esta nueva víctima... Y seguiremos considerando al Estado como un hospicio, y vengan sobresalientes y canibalismo...; ¡canibalismo, sí, canibalismo! Se lo han comido y se lo han bebido; se han comido la carne, le han bebido la sangre...; y a esto de comerse los padres a un hijo, ¿cómo lo llamaremos, señor helenista? *Gonofagía*, ¿no es así? Sí; gonofagía, gonofagía, porque llamando a las cosas en griego pierden no poco del horror que pudieran tener. Recuerdo cuando me contó usted lo de los indios aquellos de que habla Heródoto, que sepultaban a sus padres en sus estómagos, comiéndoselos. La cosa es terrible; pero más terrible aún es el festín de Atreo. Porque el que uno se coma al pasado, sobre todo si ese pasado ha muerto, puede aún pasar; ¡pero esto de comerse al porvenir!...

Y si usted observa, verá de cuántas maneras nos lo estamos comiendo, ahogando en germen los más hermosos brotes. Hubiera usted visto la triste mirada del pobre estudiante, aquellos ojos, que parecían mirar más allá de las cosas, a un incierto porvenir, siempre futuro y siempre triste, y luego aquel padre, a quien no le faltaba su café diario. Y hubiera usted visto

su dolor al perder al hijo, dolor verdadero, sentido, sincero -no supongo otra cosa-; pero dolor que tenía debajo de su carácter animal, de instinto herido, algo de frío, de repulsivo, de triste. Y luego esos libros, esos condenados libros, que en vez de servir de pasto sirven de veneno a la inteligencia; esos malditos libros de texto, en que se suele enfurtir todo lo más ramplón, todo lo más pedestre, todo lo más insufrible de la Ciencia, con designios mercantiles de ordinario...

Calló el médico, y callé yo también. ¿Para qué hablar?

Pasado algún tiempo me dijeron que Teresa Martín, la hija de don Rufo, se iba a monja. Y al manifestar mi extrañeza por ello, me añadieron que había sido novia de Agustín Pérez, el becario, y que desde la muerte de éste se hallaba inconsolable. Pensaba haberse casado en cuanto tuviera partido.

-¿Y los padres? -se me ocurrió argüir.

Y al contar yo luego al que me trajo esa noticia la manera cómo sus padres se lo habían comido, me replicó inhumanamente:

-¡Bah! De no haberle comido sus padres, habríale comido su novia.

-¿Pero es -exclamé entonces- que estamos condenados a ser comidos por uno o por otro?

-Sin duda -me replicó mi interlocutor, que es hombre aficionado a ingeniosidades y paradojas-, sin duda; ya sabe usted aquello de que en este mundo no hay sino comerse a los demás o ser comido por ellos, aunque yo creo que todos comemos a los otros y ellos nos comen. Es un devoramiento mutuo.

-Entonces vivir solo -dije.

Y me replicó:

-No lograría usted nada, sino que se comerá a sí mismo, y esto es lo más terrible, porque el placer de devorarse se junta al dolor de ser devorado, y esta fusión en uno del placer y el dolor es la cosa más lúgubre que puede darse.

-Basta -le repliqué.

¡Viva la introyección!

«Lo que nos hace falta, españoles, es la introyección, el máspreciado, el más fecundo, el más santo de los derechos humanos. ¿Cómo podemos vivir sin él? Sin la libertad de introyección, todas las demás libertades nos resultarán baldías y hasta dañosas. Dañosas, sí, porque hay libertades que, faltando otras que las complementen, antes perjudican que benefician al hombre. ¿De qué nos sirven, en efecto, la libertad de asociación, la de imprenta, la de cultos, la de trabajo, la de vagancia y tantas otras libertades de que dicen gozamos, si la libertad de introyección nos falta? Sin esta imprescindible prerrogativa, el sufragio universal y el Jurado se convierten en armas de la vergonzante tiranía que nos domina. Y no me digan, no, que tenemos la libertad de introspección, porque la introspección no es la introyección, como la autonomía no es la autarquía. Pongámonos, ante todo, de acuerdo en las palabras; llamemos a cada cosa por su nombre: al pan, pan, y al vino, vino; arquitrabe, al arquitrabe, introyección a la introyección y tiranía a este abigarrado conjunto de hueras e incompletas libertades en que se nos ahoga. La palabra, ¡oh, la palabra, señores, la palabra!...».

Al llegar a este punto de su elocuentísimo discurso, la palabra de Lucas Gómez fue ahogada en los nutridos aplausos del numeroso público que asistía a la reunión. El hervor de los ánimos subió de punto, y los ¡viva don Lucas Gómez! se confundieron con los vivas a la libertad de introyección.

Salió la gente convencida de cuán necesario es introyeccionarse y de cómo los Gobiernos que padecemos nos lo impiden. Empezaron los españoles a sentir hambre y sed de introyección.

Hay que tener en cuenta que esto ocurría hacia 1981, pues hoy, a fines de este tristísimo siglo XXI, una vez gastada la introyección en puro uso, no nos damos clara cuenta de los entusiasmos que entonces provocara.

El caso es que la agitación creció como la marea; formose una liga introyeccionista, con su Directorio y sus delegaciones provinciales, poniendo así en aprieto al Gobierno. En tal grave aprieto, que se vio forzado a dimitir, exigiendo la ola popular a los radicales, con el tácito pacto de implantar desde luego la libertad de introyección.

Mas sabido es lo que son y han sido siempre nuestros Gobiernos: cuando no quieren, o no pueden, o no saben cumplir lo que la opinión pública les exige, lo falsean todo. Es hoy cosa averiguada como cierta, y que he podido comprobar revisando papeles de aquel tiempo, que alquilaron a un famoso sofista, cuyo nombre está en la memoria de todos mis lectores, para que desnaturalizara el popular movimiento. Como dato curioso podemos dar el de que los gastos, no pequeños, que el sofista costó al Gobierno los justificó éste en la consignación del material como gastos para la refrigeración de las oficinas en aquel calurosísimo estío de 1982.

Nuestro sofista comenzó su campaña fingiéndose introyeccionista o introyectivo, como él se llamaba, para empezar así confundiendo a la gente sencilla. Y luego, después de establecer entre la introyección, la introspección, la introquisición y la introversión tales y tantas diferencias que nadie sabía lo que fuera cada una de estas tan importantes funciones, se preguntaba: «Esta introyección, ¿ha de ser psíquica o anímica; espontánea, reflexiva o refleja; primaria o secundaria?». Y consiguió su maquiavélico proyecto, logrando que al poco tiempo se dividieran los introyeccionistas en psíquicos, anímicos, espontáneos, reflexivos, reflejos, primarios y secundarios, con multitud de matices, términos medios y términos combinados. Y allí nadie se entendía.

Mas no faltaron hombres animosos, avisados y entusiastas que denunciaran la vergonzosa labor del sofista introyectivo, pusieran al descubierto sus mezquinas mañas y tretas, y trataran de reparar en lo hacedero el desmedido daño que a la causa introyeccionista había hecho. Redactaron unas bases, creo que orgánicas -aunque de esto no estamos bien seguros-, para llevar a cabo la gran concentración introyeccionista, reduciendo a común fórmula a las distintas fracciones. Los menos reductibles entre sí fueron los reflexivos jefes don Martín Fernández y don Fernando Martínez; los primarios y los secundarios hacía tiempo ya que estaban fusionados bajo la común denominación de primosecundarios, habiéndose adoptado ésta y no la de segundoprimarios, a cambio de que el jefe de los secundarios lo fuese de la fracción compuesta, porque en política todo es transacción.

Todos sabemos lo que ocurrió después; las empeñadísimas campañas de concentración, los brillantísimos discursos de Lucas Gómez y el ansia loca de introyección que se encendió en los corazones españoles todos. Llegó a ser inútil la libertad de pensamiento, pues nadie pensaba más que en la introyección; inútil la libertad de enseñanza, ya que no pudiese hacerse

introyectiva la enseñanza; inútil la de cultos si no cabía cultivar la introyección; inútil la de asociación desde el momento en que no era dado asociarse para introyccionarse mutuamente; inútil la de trabajo sí no se podía trabajar introyectivamente.

Y sucedió lo que no podía menos de suceder, y es que llegó la revolución de 1989, y después de aquellas tres breves, aunque sangrientas jornadas del 5, 6 y 7 de febrero, triunfó el introyectismo, empuñando Lucas Gómez las riendas del Estado.

Lo primero que el Gobierno revolucionario hizo fue proclamar a los cuatro vientos la libertad de introyección. Y sucedió entonces lo que era de esperar, y fue que mientras se renovaban las empeñadas peleas entre psíquicos, anímicos, espontáneos, reflejos, reflexivos, primarios y secundarios, lo que entonces se llamaba masa neutra, y la sociología moderna llama plasma sociogerminativo, sintió una extraña sensación colectiva, se miraron unos a otros en los ojos sus miembros componentes, y se preguntaron luego con curiosidad y asombro: «Y ahora bien, ¿qué es eso de introyección y con qué se come?».

Hoy no necesitamos hacernos tal pregunta; la dolorosa experiencia del último tercio del siglo XX hasta que ocurrió la salvadora conjugación hispanomarroquí -de que hablaremos otro día- nos enseñó, bien a nuestro pesar, lo que la introyección sea y signifique.

¿Por qué ser así?

Era terrible, verdaderamente terrible. Si aquello se prolongaba no respondería de sí mismo. «Pero ¡Dios mío! -se decía-, ¿por qué soy así? ¿Por qué soy como soy? Todo se me vuelven propósitos de energía que se me disipan en nieblas así que afronto la realidad».

Desde niño había guardado el pobre José sus indomables resoluciones en lo más hondo de su alma, entregando al mundo aquella debilidad que le valía fama de bueno, fama que le estaba dando no poco que sufrir. Porque era bueno, positivamente bueno, y si no había estallado más de una vez fue por bondad y reflexión; estaba seguro de ello. Tenía plena conciencia de que más de una vez habría dado que sentir, a no ser porque sobre todo tendía a sujetar al bruto bajo el ángel. Y la gente, que sólo juzga por las apariencias, confundía su bondad con la impotencia. ¡Hasta que estallase un día!...

Era ya tiempo de estallar. No se trataba de él solo, sino de sus hijos y de su mujer, del porvenir de los que le estaban encomendados. Un padre de familia no puede aspirar a santo, ni dejar además la capa al que le ponga pleito queriendo quitarle la ropa. Eso de no resistir al malo estaba bien para los frailes. ¿Es compatible la más alta perfección cristiana con las necesidades de la familia? No podía hacer a sus hijos víctimas de su bondad; tenía que azuzar por un momento al bruto que en él dormía. Ahora verían quién era él, José el manso, el paciente.

Había pasado una noche angustiosa pensando en las deudas que le vencían sin tener con qué responderlas... Es decir, sí; tenía con qué, pero repartido entre deudores. ¿Hay cosa más terrible que verse atosigado de deudas cuando los créditos exceden a ellas? Y no podía decir a sus acreedores que le perdonaran como perdonaba él a sus deudores, porque un acreedor no es perfecto como nuestro Padre que está en los cielos. Se armó de gran valor, encasquetose el sombrero y salió a cobrar lo suyo.

Iba componiendo, palabra por palabra y repitiéndola por vía de ensayo, la tremenda filípica que endilgaría al primer deudor con quien topase, cuando la visión a lo lejos de unos de los más mansos le desvaneció los ímpetus, le hizo latir el corazón y le obligó a desviarse por una calleja murmurando: «Pero, Señor, ¿por qué soy así?». No tenía bien estudiado su papel, y aquel encuentro inopinado le privó de aplomo.

Acordose de sus hijos y de su mujer, de su dinero esparcido, y lleno de valor subió a casa de otro de sus deudores. Subía despacito, contando las escaleras; en cada tramo las palpitations cardíacas le obligaban a descansar; miró tres o cuatro veces el reloj; llegó a la puerta, al oír pasos dentro, pálido y sin haber llamado, bajó las escaleras más de prisa. Los pasos habían sido de él, de Eustaquio... ¡No le dejaban tiempo de prepararse, le sorprendían antes de haberse puesto en guardia!

Iba midiendo el santo suelo y diciéndose: Pero ¿por qué soy así?», cuando le heló una voz que decía a sus espaldas: «¡Hola, José!». El más complaciente de sus deudores le alargaba la mano vacía, que José estrechó enternecido de vergüenza. Hablaron de mil cosas indiferentes, aludió el otro a aquella dichosa letra que siempre que topaba a José estaba por llegar, preguntole si por casualidad llevaba cinco duros; contestole éste que por providencia no los teñía a mano; se la alargó el otro vacía y le despidió diciéndole: «De lo otro no me olvido».

-¡Que no se olvida!... ¡Es un consuelo!

Pasó al poco tiempo José por junto al café en que tomaba su tacita en los tiempos dichosos en que disponía de una peseta sobrante.

«¿Si estaría allí alguno de mis amigos?». Entró. Allí estaba Ricardo, tan orondo, tomando su café, con copa y puro.

«Con mi dinero -murmuró José-. Me privo yo de tomarlo para que lo tome él. ¡Habrase visto!... Nada, nada, que yo soy así...».

Se acercó a Ricardo, que con mil zalemas exclamó al verle:

-¡Dichosos ojos!... ¡Cualquiera te echa la vista encima! ¿Qué quieres tomar?

-¡Oh, gracias, muchas gracias! Nada, nada...; no acostumbro... Ya sabes que no...

-Anda, hombre, toma algo, que yo te convido.

-No, gracias.

-Bueno, tú te lo pierdes...

Le daba pena que Ricardo le gastara su dinero en convidarle a él con lo suyo... ¡Oh, no! Y el pobre, encogido, avergonzado, miraba a la taza de Ricardo por no tropezar con la inquisidora mirada del mozo.

Al rato de charla, pretextando un asuntillo, se levantó José, e iba a salir ya cuando Ricardo le dijo:

-Tenemos pendiente aquello... No creas que lo olvido; un día de éstos pasaré por tu casa. No lo echo en saco rato.

«¡Que no lo echa en saco roto!... ¿Dónde saco más roto que un café?». Al entrar en casa salieronle a recibir sus hijos.

-Papá, ¿no traes aquello que dijiste el otro día?

-¡Otro día, queridos, otro día!... Hoy estoy malo, otro día..., cuando Ricardo o Eustaquio pasen por aquí...

-¿Te duele algo, papá?

Su mujer le llevó la cuenta del sastre; tomola José, se encerró en su cuarto, y mirando a la cuenta lloró por dentro.

«Pero, Dios mío, ¿por qué seré yo así? ¿Por qué me habrá hecho así Dios? ¿Por qué no seré yo otro?... Dice que pasará por casa... ¡Qué chirigotero es! En el número próximo de *El Mundo Cómico* no dejará de hacer algún chiste a cuenta de mí. Los maridos buenos, las suegras, los *ingleses* y los maestros de escuela divertimos al mundo como los perros a los chiquillos. ¡Tírale, tírale del rabo, verás, verás cómo chilla! ¡No tengas miedo; anda, que no muerde, ni siquiera ladra!... Y el muy chirigotero con qué gracia me dice: "¡Qué bueno eres, José!", mientras así como por caricia me dan un golpecito en el bolsillo a ver si suena... ¡Socialismo, socialismo! ¡Lucha de clases! ¡Burgueses y proletarios! ¡Explotadores y explotados!... ¡Música celestial! No hay más que dos clases: dos tan sólo: la de los acreedores y la de los deudores. ¿Y cuando, como a mí me sucede, se es deudor y acreedor a la vez? ¡Esto es horrible! Llevo en mí dos principios contradictorios que se combaten y destruyen. Más me valiera ser tan sólo deudor implacable o acreedor manso. ¡Mansedumbre, mansedumbre! Todos celebran al león, hasta el tigre, y se burlan de la pobre liebre, y, sin embargo, el mismo Dios que dio garras y pico al águila, garras y poderosas fauces al tigre y al toro cuernos, dio alas veloces a la golondrina, patas ligeras a la liebre, pequeñez al mosquito, tinta al calamar, aguijón a la abeja, veneno a la víbora, mansedumbre al cordero y al inglés. Y luego viene un impío Lessing e insulta al cordero, que es quien borra los pecados del mundo. Toda esa monserga del honor, todo ese código anticristiano del pundonor caballeresco lo han inventado los tigres vencedores. Y ahora, ¿qué hago con esta cuenta?... Ahora me acuerdo de un día en que al pedirme un mendigo una limosna le contesté malhumorado: «"¡Adaptarse!"».

Tradujo la palabra a su modo y la tradujo bien; me llenó de insultos y tuve que huir. Su maldición me persigue. ¡Adaptarse! Ellos son los que se adaptan a mí como el muérdago a la encina. Si no hubiese parásitos, ¿qué sería del exceso de vida? ¡Adaptarse! ¡La lucha por la vida! ¡La selección! ¡Esto sí que es filosofía caballeresca!... ¡Y que hablen todavía los caballeros cristianos!... Vaya, vaya, no quiero pensar; venga el último número de *El Mundo Cómic* en que publiqué un artículo brutal que asustó a los padres de familia e hizo reír a los que pretenden conocerme. En el mismo número estuvo Enrique felicísimo en un cuento en que figura un *inglés*...».

Iba en esto José cuando la criada le anunció que esperaba don Enrique.

-¡Don Enrique!... Enrique... vendrá a pagarme. Meterá la mano en el bolsillo, y yo, que no soy un tigre, le tengo que decir: «¡Oh, no, no corre prisa, por un día más o menos!...». Y Enrique entonces sacará la mano del bolsillo...

-¿Qué le digo, señorito?

-¡Ah, sí, espera, oye!... Sacará la mano del bolsillo... la sacará, me la alargará y dirá: «Puesto que no te corre prisa, dame cinco duros más y serán, en números redondos, cincuenta duros, mil reales, y así que cobre una cuentecilla te lo pagaré todo junto...».

-¿Qué le digo, señorito, que está esperando?

-¡Es verdad!... ¡Pobre Enrique, dile que pase!

«¡Pero por qué soy así, Dios mío!».

El diamante de Villasola

El maestro de Villasola era perspicacísimo y entusiasta como pocos por su arte; así es que tan luego como entrevió en el muchacho una inteligencia compacta y clara, sintió el gozo de un lapidario a quien se le viene a las manos hermoso diamante en bruto.

¡Aquel sí que era ejemplar para sus ensayos y para poner a prueba su destreza! ¡Hermoso conejillo de Indias para experiencias pedagógicas! ¡Excelente materia pedagogizable en que ensayar nuevos métodos in anima vili! Porque la honda convicción del maestro de Villasola - aun cuando no llegara a formulársela- era que los muchachos son medios para *hacer* pedagogía, como para hacer patología los enfermos. «La ciencia por la ciencia misma» era su divisa expresa, y la tácita, la de debajo de la fórmula, esta otra: «La ciencia para mí solaz y propio progreso».

Cogió al muchacho prodigioso para desbastarlo. ¡Qué descanso después de aquella infecunda brega con tanta vulgaridad, con todos aquellos oscuros carbones que a lo sumo llegaban a grafitos! «Qué diferencia de alma -se decía-; todas son carbono espiritual, pero he aquí entre tanto oscuro carbón ordinario un alma cristalizada en diamante».

Empezó el maestro la faena. Tenía planeada la hermosa forma poliédrica, las múltiples facetas, los ejes. ¡Qué reflejos daría al mundo, y cómo se admiraría en él la pericia del lapidario que lo tallara!

El muchacho se dejó hacer, aunque conservando su cualidad íntima: la dureza diamantina. Mas cuando al descubrir su propio brillo se comparó con los opacos carbones entre que vivía, se prestó sumiso a las manipulaciones de su lapidario.

¡Qué de facetas! ¡Qué de aguas! ¡Qué de destellos!

¡Qué de cosas sabias y qué bien agrupadas todas en ordenación poliédrica! Era la maravilla del pueblo. El día en que habló en el casino fue aquello el pasmo de Villasola. ¡Cómo lo enlazaba y engarzaba todo en hilo continuado y ordenado!

Ya presentaba una faceta, ya otra, deslumbrando con mil tornasolados cambiantes e irisaciones múltiples, según se reflejaba en su mente de un modo o de otro la luz incolora y difusa de la ciencia. ¡Qué orador!

¡Qué cabeza! Allí estaba todo ordenadito y cuadriculado por 1.º, 2.º y 3.º; por A y B mayúsculas y a y b minúsculas, relacionado con llaves diversas, y llaves de llaves, en maravilloso cuadro sinóptico.

Llegó el día en que el portento de Villasola se lanzó a la corte en busca de campo. Acompañóle tropel de gente a la estación, y le siguió el pueblo todo con su corazón, sin que él por su parte lo llevara en el suyo. Las madres se lo señalaban a sus hijos cual modelo, apeteciéndolo, a la vez, para sus hijas; suspiraban éstas por él, y los envidiosos se recomían las tripas. Pero el orgulloso de veras era el maestro de Villasola, el lapidario de aquella maravilla que iba a hacer valer su elevado valor en cambio, difiriendo cuanto pudiese el engastarse en una joya social cualquiera para realzar así su valor en uso. Aspiraba a solitario.

Cayó en el arroyo del mundo, en su lecho de arena, entre cantos rodados y polvo de diamantes deshechos ya. Maravilló al punto a cuantos se le acercaron; pero lastimados por sus aristas, tenían que dejarlo. Paseáronle de salón en salón dándole mil vueltas para admirar sus reflejos todos; pero nadie le quería si no era para montarle en un anillo, y él se quería libre, sin engaste.

Entre tanto la corriente iba restregándole contra la arenilla del lecho donde había también polvo de diamantes.

Demandó, más bien que pretendió, a una joven rica que le sirviese de montante, y recibió calabazas. Aquella noche mordía la almohada, sintiéndose a solas y a oscuras mero pedrusco, seco y frío.

Íbasele desgastando poco a poco la poderosa inteligencia sinóptica; se le velaba y enturbiaba la mente al quebrársele las aristas, y no reflejaba ya sino luz vulgar. Y entonces vio a los humildes carbones a quienes había desdeñado, asociarse, y al conjuro de la solidaridad, que cual corriente eléctrica les recorría enlazándolos, dar luz propia, ellos, los oscuros carbones, un mero destello reflejo como él, diáfano diamante. Los pobres se consumían en trabajo, daban luz de su carne y de su sangre, con dolor, sí, pero con amor también, unidos por santa corriente de fraternal comunión de esfuerzos. Y él solo, solitario, duro, perdidas las aguas, ¿para qué serviría ya?

Serviría para rayar cristales, porque le quedaba su calidad esencial e íntima: la dureza. Hay que oír en las mesas de los cafés al diamante de Villasola cuando, previas unas copas de

coñac, cae sobre una reputación hecha, cualquiera; sobre un sentimiento consagrado, sobre cualquier cristal, y los raya y esmerila rechinando. ¡Qué elocuencia áspera, seca, dura, rechinante! ¡Cómo deja de esmerilados a los cristales! Ahora es cuando hay que conocerle; ahora que, desgastado por el roce con la arenilla del lecho del río del mundo, estropeadas sus facetas por el continuo fregarse en polvo de deshechos diamantes, revela su durísima esencia de carbono cristalizado.

Cuando el maestro de Villasola supo el fin de su diamante, se propuso esta ardua cuestión: la Pedagogía, ¿es ciencia pura o de aplicación? Mas lo que no se le ha ocurrido al lapidario de Villasola es que sean más hacedero sacar luz del calor potencial almacenado en los negros carbones, que arrancar calor vivifico de la luz meramente reflejada y de préstamo del diamante.

Juan Manso
(Cuento de muertos)

Y va de cuento.

Era Juan Manso en esta pícara tierra un bendito de Dios, una mosquita muerta que en su vida rompió un plato. De niño cuando jugaban al burro sus compañeros, de burro hacia él; más tarde fue el confidente de los amoríos de sus camaradas, y cuando llegó a hombre hecho y derecho le saludaban sus conocidos con un cariñoso: «¡Adiós, Juanito!».

Su máxima suprema fue siempre la del chino: no comprometerse y arrimarse al sol que más calienta.

Aborrecía la política, odiaba los negocios, repugnaba todo lo que pudiera turbar la calma chicha de su espíritu.

Vivía de unas rentillas, consumiéndolas íntegras y conservando entero el capital. Era bastante devoto, no llevaba la contraria a nadie y como pensaba mal de todo el mundo, de todos hablaba bien.

Si le hablabas de política, decía: «Yo no soy nada, ni fu ni fa, lo mismo me da rey que roque: soy un pobre pecador que quiere vivir en paz con todo el mundo».

No le valió, sin embargo, su mansedumbre y al cabo se murió, que fue el único acto comprometedor que efectuó en su vida.

* * *

Un ángel armado de flamígero espadón hacía el apartado de las almas, fijándose en el señuelo con que las marcaban en un registro o aduana por donde tenían que pasar al salir del mundo, y donde, a modo de mesa electoral, ángeles y demonios, en amor y compañía, escudriñaban los papeles por si no venían en regla.

La entrada al registro parecía taquilla de expendeduría en día de corrida mayor. Era tal el remolino de gente, tantos los empellones, tanta la prisa que tenían todos por conocer su destino eterno y tal el barullo que imprecaciones, ruegos, denuestos y disculpas en las mil y una lenguas, dialectos y jergas del mundo armaban, que Juan Manso se dijo: «¿Quién me manda meterme en líos? Aquí debe de haber hombres muy brutos».

Esto lo dijo para el cuello de su camisa, no fuera que se lo oyesen.

El caso es que el ángel del flamígero espadón, maldito el caso que hizo de él, y así pudo colocarse camino de la Gloria.

Iba solo y pian pianito. De vez en vez pasaban alegres grupos, cantando letanías y bailando a más y mejor algunos, cosa que le pareció poco decente en futuros bienaventurados.

Cuando llegó al alto se encontró con una larga cola de gente a lo largo de las tapias del Paraíso, y unos cuantos ángeles que cual *guindillas* en la tierra velaban por el orden.

Colócase Juan Manso a la cola de la cola. A poco llegó un humilde franciscano, y tal maña se dio, tan conmovedoras razones adujo sobre la prisa que le corría por entrar cuanto antes, que nuestro Juan Manso le cedió su puesto diciéndose: «Bueno es hacerse amigos hasta en la Gloria eterna».

El que vino después, que ya no era franciscano, no quiso ser menos y sucedió lo mismo.

En resolución, no hubo alma piadosa que no birlara el puesto a Juan Manso, la fama de cuya mansedumbre corrió por toda la cola y se transmitió como tradición flotante sobre el continuo fluir de gente por ella. Y Juan Manso, esclavo de su buena fama.

Así pasaron siglos al parecer de Juan Manso, que no menos tiempo era preciso para que el corderito empezara a perder la paciencia. Topó por fin cierto día con un santo y sabio obispo, que resultó ser tataranieta de un hermano de Manso. Expuso éste sus quejas a su tatarasobrino y el santo y sabio obispo le ofreció interceder por él junto al Eterno Padre, promesas en cuyo cambio cedió Juan su puesto al obispo santo y sabio.

Entró éste en la Gloria y, como era de rigor, fue derecho a ofrecer sus respetos al Padre Eterno. Cuando hubo rematado el discursillo, que oyó el Omnipotente distraído, dijole éste:

-¿No traes postdata? -mientras le sondeaba el corazón con su mirada.

-¡Señor, permitidme que interceda por uno de tus siervos que allá, a la cola de la cola...!

-Basta de retóricas -dijo el Señor con voz de trueno-. ¿Juan Manso?

-El mismo, Señor; Juan Manso, que...

-¡Bueno, bueno! Con su pan se lo coma, y tú no vuelvas a meterte en camisa de once varas.

Y volviéndose al ángel introductor de almas, añadió: «¡Que pase otro!».

Si hubiera algo capaz de turbar la alegría inseparable de un bienaventurado, diríamos que se turbó la del santo y sabio obispo. Pero, por lo menos, movido de piedad acercóse a las tapias de la Gloria, junto a las cuales se extendía la cola, trepó a aquéllas, y llamando a Juan Manso, le dijo:

-¡Tataratío, cómo lo siento! ¡Cómo lo siento, hijito mío! El Señor me ha dicho que te lo comas con tu pan y que no vuelva a meterme en camisa de once varas. Pero... ¿sigues todavía en la cola de la cola? Ea, ¡hijito mío!, ármate de valor y no vuelvas a ceder tu puesto.

-¡A buenas horas mangas verdes! -exclamó Juan Manso, derramando lagrimones como garbanzos.

Era tarde, porque pesaba sobre él la tradición fatal y ni le pedían ya el puesto, sino que se lo tomaban.

Con las orejas gachas abandonó la cola y empezó a recorrer las soledades y baldíos de ultratumba, hasta que topó con un camino donde iba mucha gente, cabizbajos todos. Siguió sus pasos y se halló a las puertas del Purgatorio.

-Aquí será más fácil entrar -se dijo-, y una vez dentro y purificado me expedirán directamente al Cielo.

-Eh, amigo, ¿a dónde va?

Volvióse Juan Manso y hallose cara a cara con un ángel, cubierto con una gorrita de borla, con una pluma de escribir en la oreja, y que le miraba por encima de unas gafas. Después que le hubo examinado de alto abajo, le hizo dar vuelta, frunció el entrecejo y le dijo:

-¡Hum, malorum causa! Eres gris hasta los tuétanos... Temo meterte en nuestra lejíja, no sea que te derritas. Mejor harás en ir al Limbo.

-¡Al Limbo!

Por primera vez se indignó Juan Manso al oír esto, pues no hay varón tan paciente y sufrido que aguante el que un ángel le trate de tonto de capirote.

Desesperado tomó camino del Infierno. No había en éste cola ni cosa que lo valga. Era un ancho portalón de donde salían bocanadas de humo espeso y negro y un estrépito infernal. En la puerta un pobre diablo tocaba un organillo y se desgañitaba gritando:

-Pasen ustedes, señores, pasen... Aquí verán ustedes la comedia humana. Aquí entra el que quiere.

Juan Manso cerró los ojos.

-¡Eh, mocito, alto! -le gritó el pobre diablo.

-¿No dices que entra el que quiere?

-Sí, pero... ya ves -dijo el pobre diablo poniéndose serio y acariciándose el rabo-, aún nos queda una chispita de conciencia... y la verdad... tú...

-¡Bueno! ¡Bueno! -dijo Juan Manso volviéndose porque no podía aguantar el humo.

Y oyó que el diablo decía para su capote: «¡Pobrecillo!».

-¡Pobrecillo! Hasta el diablo me compadece.

Desesperado, loco, empezó a recorrer, como un tapón de corcho en medio del océano, los inmensos baldíos de ultratumba, cruzándose de cuando en cuando con el alma de Garibay.

Un día que atraído por el apetitoso olorcillo que salía de la Gloria se acercó a las tapias de ésta a oler lo que guisaban dentro, vio que el Señor, a eso de la caída de la tarde, salía a tomar el fresco por los jardines del Paraíso. Le esperó junto a la tapia, y cuando vio su augusta cabera, abrió los brazos en ademán suplicante, y con tono un tanto despechado le dijo:

-¡Señor, Señor! ¿No prometiste a los mansos vuestro reino?

-Sí; pero a los que embisten, no a los embolados.

Y le volvió la espalda.

* * *

Una antiquísima tradición cuenta que el Señor, compadecido de Juan Manso, le permitió volver a este pícaro mundo; que de nuevo en él, empezó a embestir a diestro y siniestro con toda la intención de un pobrecito infeliz: que muerto de segunda vez atropelló la famosa cola y se coló de rondón en el Paraíso.

Y que en él no cesa de repetir: «¡Milicia es la vida del hombre sobre la tierra!».

Del odio a la piedad

El viaje aquel de Toribio a Madrid fue un viaje terrible: no podía quitar de la cabeza la innoble figura de aquel Campomanes que tanta guerra le había dado en su pueblo. ¡Campomanes! Cifra de todo lo que estorba. Toribio le atribuía todas las cualidades vulgares que más odiaba, y se complacía en no suponerle mala intención ni perfidia. «¿Pérfido? ¿Mal intencionado Campomanes? ¡Eso quisiera él, majadero, nada más que majadero!», se decía Toribio sin poder pegar ojo.

Sacó los guantes y se los iba a poner; pero pensó entonces: «Unos guantes así gasta Campomanes... Voy a parecer un elegante...». Y no se los puso.

Llegó a Madrid, y con él, en su cabeza, la innoble figura de Campomanes.

Aquella misma tarde fue al antiguo café; allí, charlando de todo, olvidaría sus penas y se olvidaría de Campomanes.

Cuando llegó él al café aún no habían llegado sus amigos. En la mesa contigua estaba un hombre solo, fumando un puro. Toribio le contemplaba pensando en Campomanes.

Llegaron sus amigos y los del vecino, se formó en cada mesa un corrillo y se revolió en una y otra todo lo humano y lo divino.

Toribio continuó asistiendo al antiguo café. Casi todos los días era el primero que llegaba, y casi todos encontraba en la mesa contigua al mismo vecino, siempre solo y siempre fumando su puro. Le tomó una feroz antipatía, que se convirtió en odio feroz. No le conocía, no sabía quién era, ni qué era. Ni qué hacía, ni qué decía; no sabía de él nada, nada más sino que él, Toribio, le odiaba con toda su alma.

«Pero, señor -se decía-, ¿por qué me carga este hombre?». Y para razonar su odio y justificarlo fue inventando, sin darse cuenta de lo que hacía, mil pretextillos. «¡Qué manera tan presuntuosa de fumar el puro! ¡Qué desdén en la mirada! ¡Qué rostro abotagado! ¡Qué sello de imbecilidad en el traje! ¡Cómo me mira..., me aborrece, nos hemos comprendido!». Y todo esto era mentira, y Toribio lo sabía; no había tal presunción, ni tal desdén, ni tal rostro, ni mucho menos aborrecimiento alguno.

«¡Y ni saluda al entrar!... Él tampoco saludaba.

En fuerza de repetirse los pretextos acabó por creerlos, se los sugirió como verdaderos y se convenció de que el vecino le odiaba.

Entraba en el café... «Ahí está, ¡cómo me mira!, me odia, bien se conoce que me odia...».

Empezó con sus amigos a hablar mal del otro, les dijo que se odiaban, inventó mil mentirillas de ojeadas feroces, de gestos de desprecio; acabó por creerlas él mismo.

A todo esto el vecino impasible, acaso adivinaba lo que sucedía en el alma de Toribio, pero no lo daba a entender.

Un día llegó Toribio al café un poco alegrillo, y lo primero que vio fue a su vecino en la mesa de ellos, de Toribio y sus amigos.

«Ha ocupado nuestra mesa teniendo la suya vacía..., busca camorra... Pero aquí las mesas son del primero que llega. No importa, tiene la suya, ¿por qué no la ha ocupado?... No, pues yo voy y me siento en la nuestra. ¿Busca camorra?, que empiece él... ¡Está claro! Como lo que él quiere es que yo me siente junto a él, dirá algo...».

Se sentó en la misma mesa, frente al vecino odiado. Pidió café. Vino el mozo y fue a retirar la taza que estaba delante de Toribio.

-¿Qué? ¿La vas a llevar a la otra mesa? ¡No, déjala aquí!

Y miró a su vecino.

-No es eso, señorito -contestó el mozo-, es que esta taza está usada: en ella ha tomado café otro señor que ha estado con el señorito Rafael.

Se llamaba Rafael, ¡qué nombre tan antipático!

Toribio empezó a tomar su taza, le latía el pecho y no sabía lo que le pasaba. Concluyó el café y de un trago se bebió la copa de coñac. Pidió otra copa y luego otra, contra su costumbre. Le ardía la cara. Al fin se dirigió a su vecino y le dijo:

-¿Cómo ha venido usted hoy a esta mesa, teniendo la de usted vacía?

El vecino le miró serenamente y pensó: «Ya decía yo, este pobre muchacho está loco». No respondió nada.

-¿Por qué ha venido usted a esta mesa?

-¡Porque me ha dado la gana!

-¿No sabe usted que es la nuestra?

Rafael iba a contestar una crudeza, pero pensó: «Mejor será por lo blando, ¡pobre chico!».

-Sabe usted, cuando he llegado estaba aquí un conocido y me he sentado junto a él.
Era la verdad.

-Y cuando se ha ido el conocido, ¿por qué no ha dejado usted libre nuestra mesa?

Toribio pidió otra copa. Rafael le miró con inquietud, como se mira a un loco, y contestó:

-Porque deseaba estar con usted... ¡No beba usted tanto!

-Y a usted, ¿qué le importa?

Rafael pensó: «Lo más prudente será retirarse». Se levantó y dijo a Toribio:

-¡Cálmese usted!

Y salió.

Todo aquel día estuvo Toribio excitadísimo. ¡Ya se ve!, cuatro copas, en él que nunca tomaba más que una.

Aquella noche reflexionó y comprendió lo imbécil de su conducta. «Tengo que domarme».

Al día siguiente entró al café. Allí estaba Rafael; esta vez en su mesa. Toribio se le dirigió. El otro pensó: «Otra vez el loco».

Le dio mil explicaciones, le pidió perdón, y acabó por convidarle. Desde entonces se hicieron muy amigos, casi íntimos. Toribio le hablaba de Campomanes.

Rafael era un alma de oro y de lo más simpático.

Cuando Toribio tuvo que volver a su pueblo sintió pena al despedirse de Rafael.

Llegó a su pueblo y lo primero que se echó a la cara fue a Campomanes. ¡Cosa más rara! No sintió por él ni miaja de odio; al contrario, casi simpatía. «Es un infeliz», pensó.

Desde entonces le dio no poco que pensar cómo se había derretido su odio a Campomanes en un fondo de piedad.

Un día paseaba con uno de sus amigos de Madrid cuando encontraron a Campomanes. Toribio se lo mostró y el otro le dijo:

-¿Sabes con quién lo encuentro parecido?

-¿Con quién?

-Con Rafael.

¡Y era verdad! No lo había notado hasta entonces. Es decir, sí lo había notado, pero sin darse cuenta de ello.

Entonces se explicó su odio a Rafael, y entonces se explicó por qué, reconciliado con Rafael, mató el odio que tenía a Campomanes. «Cosa más rara -se decía-, el demonio averigua la verdadera razón de nuestros odios y de nuestros amores... El hombre es el bicho más extraño».

La verdad es que tiene el alma humana repliegues estrambóticos.

El desquite

Después de cavilar muy poco he rechazado el uso que emplea la voz galicana revancha, y me atengo al abuso, quiero decir, al purismo que nos manda decir desquite. Que nadie me lo tenga en cuenta.

Esto del desquite es de una actualidad feroz, ahora que todos estamos picados de internacionalismo belicoso.

* * *

Luis era el gallito de la calle y el chico más roncoso del barrio, ninguno de su igual le había podido, y él a todos había zurrado la badana. Desde que dominó a Guillermo no había quien le aguantara. Se pasaba el día cacareando y agitando la cresta: si había partida, la acaudillaba; se divertía en asustar a las chicas del barrio por molestar a los hermanos de éstas, se metía en todas partes, y a callar todo Cristo, ¡a callar se ha dicho!

¡Que se descuidara uno!

-¡Si no te callas te inflo los papos de un revés!...

¡Era un mandarín, un verdadero mandarín! Y como pesado, ¡vaya si era pesado! Al pobre Enrique, a Enrique el tonto, no hacía más que darle papuchadas, y vez hubo en que se empeñó en hacerle comer greda y beber tinta.

¡Le tenían una rabia los de la calle!

Guillermo, desde la última felpa, callaba y le dejaba soltar cucurrucús y roncás, esperando ocasión y diciéndose: «Ya caerá ese roncoso».

A éste, los del barrio, aburridos del gallo, le hacían «chápale, chápale», yéndole y viniéndole con recaditos a la oreja.

-Dice que le tienes miedo.

-¿Yo?

-¡Dice que te puede!

-¡Dice que cómo rebolincha!...

-¡Sí, las ganas!

Se encontraron en el campo una mañana tibia de primavera; había llovido de noche y estaba mojado el suelo. A los dos, Luis y Guillermo, les retozaba la savia en el cuerpo, los brazos les bailaban, y los corazones a sus acompañantes que barruntaban morradeo.

Sobre si fue el uno o fue el otro quien derribó un cochorro de una pedrada, tuvieron palabras.

El cochorro estaba en el suelo, panza arriba suplicando paz con el pataleo de sus seis patitas, esperando a que por él y junto a él se decidiera la hegemonía del barrio.

-¡Sí!... ¡Tú, tú echar roncas nada más no sabes!...

-¿Roncas? ¿Roncas yo? ¡Si te doy uno!

Hacía que se iba con desdén digno, y volvía.

-¡Calla y no me provoques!

-¡Ahí va!, provoques -exclamó uno de los mirones- provoques..., provoques... ¡Qué farolín, para que se le diga que sabe!

Los circunstantes les azuzaban.

-¡Anda, pégale!

-¡Chápale a ése!

-¿Le tienes miedo?

-¿Miedo yo?

-¡Mójale la oreja!

-¡Tírale saliva!

-¡Llámale aburrido!

-¡Provócale, anda, provócale!

Todos soltaron el trapo a reír al oír esto. Luis se puso como un tomate, y se acercó a imponer correctivo al burlón.

-¡Déjale quieto! -le gritó Guillermo.

-¡Y a ti también si chillas mucho!

-¿A mí?

Luis le dio un empujón, se lo devolvió Guillermo, siguió un moquete y se armó la gresca. Los mirones les animaban y saltaban de gusto. Uno de éstos se puso a *rezar* por Guillermo.

-Ojalá gane Guillermo. Ojalá amén... Ojalá gane... Ojalá gane...

Se separaban para dar vuelo al brazo y descargarlo con más brío. Al principio llevaban la mano a la parte herida y tomaban tiempo para devolver el golpe; después menudeaban los embistes sin darse reposo.

-Ojalá gane... Ojalá gane... Ojalá gane...

-¡Échale la zancadilla!

Cayeron al fin al suelo mojado, Luis debajo, y al caer aplastaron al cochorro que imploraba piedad con sus patitas. Guillermo sujetó con sus rodillas los brazos del enemigo, y mientras éste forcejeaba, el otro, resudado, rojo de faz, irradiando alegría, feroz los ojos, le decía entre resoplidos:

-¿Te rindes?

-¡No!

-¿Te rindes?

-¡No!

Otro puñetazo más, y así siguió hasta que le hizo sangrar por las muelas.

En aquel momento uno de los mirones exclamó:

-¡Agua..., agua..., agua!

Era que venía el alguacil, el muy pillo cautelosamente, haciéndose el distraído, como tigre de caza. Al verle abandonaron todos el campo echando a correr. Y el alguacil, al escapársele la presa, les amenazaba desde lejos con el bastón.

Entraron en la calle, el vencedor rodeado de los testigos de su triunfo y sin hacer caso a Eugenio, que le repetía:

-¡He rezado por ti! ¡He rezado por ti!

Poco después entró el vencido sangrando por la boca, embarrado, hosco y murmurando:

-¡Ya caerá! ¡Ya caerá!

¡Qué corte rodeó desde aquel día a Guillermo!

En la calle bailaban todos de contento; ya no temían al roncoso, ya podían decirle:

-Te ha podido Guillermo.

Quien más atenciones prodigó a éste fue Eugenio.

El cual tenía un hondísimo sentimiento de la dignidad humana. Si le pegaban 6, 15 o 21 golpes, él devolvía 7, 16 o 22; cuando el maestro le administraba una azotina, contaba él los

zurriagazos, y si éstos eran n , después, en desquite, tenía que tocar el faldón de la levita del maestro $n + 1$ veces. Siempre quedaba encima.

Luis no volvió a abrir el pico, pero no cerró noche ni abrió día sin que murmurara:

-¡Ya caerá! ¡Ya caerá!

¡Ardoroso alimento de su augusta majestad caída!

* * *

«¡Valiente chiquillería! ¡Mira con qué nos sale!».

¿Dice esto el lector?

¡Bien!, pues ahí está el origen del sentimiento de justicia, porque nació ésta del desquite. Toda la monserga de la vindicta social se reduce a la revancha social, ni tilde más, ni tilde menos. ¿Me pega? ¡Le pego, y en paz!

¡Vaya una paz!

Los pueblos pasaron de la venganza al castigo. Esta es una pura reacción, como el estornudo. Entra un granillo de polvo en la mucosa..., la laringe castiga al granillo estornudando.

Cuando veo a dos rapaces darse de mojicones en la calle, me digo:

«Ésa es la educación social, y lo demás pamplinas. Así, libre y al aire libre, cada uno aprende, así, que, frente a su voluntad, hay otras voluntades, y que no hay otro remedio que imponerse o someterse a ellas, o concertarse todos a escapar bajo el ojo del alguacil».

Todavía nos ha de enseñar grandes cosas el: «¡Ya caerás!» internacional, que sale de lo hondo del pecho herido.

Pero ¡ojo, mucho ojo!, no hay que perder de vista al alguacil, que avanza cautelosamente, como tigre de caza, que desde lejos amenaza con el bastón y puede aguaros la fiesta.

Una rectificación de honor
(Narraciones siderianas)

-¡Un caballero no debe, no puede tolerar tal ultraje!

Al oír lo de caballero, Anastasio inclinó la cabeza sobre el pecho para olfatear la rosa que llevaba en el ojal de la solapa y dijo sonriendo:

-Yo aplastaré a ese reptil... ¡Mozo!

Para pagar a éste sacó del bolsillo un duro y con él dos piezas de oro que llevaba como fondo permanente e intangible; dio aquél al mozo y sin esperar a la vuelta, tan distraído creía se debía estar en su caso, salió del Arca.

El Arca era el nombre caprichoso, abracadabrante, según uno de sus socios, que en Sideria se daba al casino a que acudía el cogollito de la elegancia, los hombres de mundo y de alta sociedad, los calificados por el *chroniqueur* modernista y *bulevardizante* de *El Correo Sideriense* de *gentlemens*, *sportsmens*, *clubmens*, *bonvivants*, *blasés*, *comme il faut*, *struggle-for-lifeurs* y otro sinfín de terminachos por el estilo; es decir, los caballeros más honorables de la ciudad ducal.

Uno de ellos había importado de Alemania, donde residió año y medio, el nombre de *filisteos*, que los socios aplicaban a todos los ramplones burgueses de la ciudad.

Los envidiosos, y los pedantes, y los doctrinos sostenían que en el Arca se reunían los espíritus más pedestres de la ciudad, empeñados en sacarse del abismo de su ramplonería como el barón de Münchhausen del pozo en que cayó, tirándose de las orejas hacia arriba, y no faltaba mala lengua que clasificaba a los alegres compadres en memos y bandidos sin disfrazar, memos disfrazados de bandidos y bandidos disfrazados de memos.

Pero dejando estos ladridos de los impotentes a la luna, volvamos a Anastasio, el cual, al salir a la calle hizo como si reflexionara un momento delante del coche, y acabó diciéndose: «No, en esta ocasión no pega el coche. ¡A pie, a pie!».

Un carruaje que pasaba le salpicó de barro el pantalón. El primer efecto que tal desastre produjo en Anastasio fue el vivo dolor del armiño ofendido en su cándida pureza; pero luego, volviendo sus ojos a la afrenta que devoraba su corazón, se complugó en la providencial pella de barro.

Si Anastasio hubiera tenido la debilidad, impropia de un caballero perfecto, de ser algo filósofo, ¡uf!, se habría perdido en necias divagaciones acerca del simbolismo de la Naturaleza. Pero toda su filosofía se reducía a la que estrictamente necesitaba: a saber que Dios hizo el mundo para el hombre y el hombre para el honor, y que todo el universo era un arca inmensa.

Cuando llegó a la redacción de *El Abejorro* se detuvo a su puerta, sobre la que había dibujado un abejorro enorme.

Sacó Anastasio el pañuelo perfumado, que así lo llevaba a pesar de las pullas de muchos socios, más *prácticos* en lo del pañuelo, y se lo llevó a las narices.

Dentro de la redacción se oían voces de disputa, y una, sobre todo, que sobresaliendo de las demás, decía:

-Le digo a usted que de todas las imbecilidades que han inventado los ociosos para pasar el tiempo y distinguirse, la más estúpida es el honor. Todo el mundo habla de la nobleza del león, que es un bicho dañino, y a mí me parece mucho más noble el burro. El león, que es bestia de presa que se alimenta de carne, habrá inventado el honor; pero el pobre burro, que es bestia de carga, ha inventado el deber. Y, sobre todo, señores, ¿de dónde sacan ustedes que sea noble el defenderse con las garras y los dientes, como el león, y no lo sea con la ligereza de pies, como la liebre; con la astucia, como la zorra; con la pequeñez, como el mosquito; con la tinta, como el jibión? El mismo Dios que ha dado garras y pico al águila ha dado la pequeñez al mosquito y al jibión tinta. Todos los imbéciles...

En aquel momento Anastasio, que se había estirado los puños y atusado el bigote y había cogido el bastón como cirio de procesión, indignado de oír tantas pedanterías estrafalarias, entró.

Ya dentro, avanzó una pierna de modo que pudiera lucir la simbólica pella de barro, y dijo:

-¿El caricaturista de este... papel?

-Muy buenas noches.

-Buenas. El caricaturista he dicho.

-¡Presente! -exclamó un joven que estaba haciendo pajaritas de papel.

-¿Es usted el mamarrachista de este... papel? -volvió a preguntarle Anastasio.

-Para servir a usted.

Anastasio sintió a la vista de una pajarita de papel colocada sobre la mesa ganas de arañar a su hacedor; pero se reportó bajando la cabeza para oler la rosa, ¡cándida flor!, y volvió a preguntar:

-¿Es usted el autor de esa inmunda caricatura?

-¡In-mun-da..., in-mun-da..., muy bien! ¡Exacto..., la frase es feliz..., sí señor, yo lo soy!

-He aquí mi tarjeta -dijo Anastasio sacando una para dársela.

-Está muy bien... Joaquín Ortiz, calle de Suso, 31, segundo, tiene usted su casa. No uso tarjetas.

«Un pintamonas -pensó Anastasio-; ya me temía yo que no fuera un caballero... ¡Pero hasta tanto! ¡No usa tarjetas! Eso es no ser ni hombre siquiera. ¿Adónde va este infeliz?».

-Espero de usted una satisfacción; esta noche visitarán a usted dos de mis amigos -añadió al salir.

Cuando al cerrar la puerta oyó una risa, sonrió Anastasio lleno de compasión, olió la rosa y diciéndose: ¡«No usa tarjetas!»), sintió toda la fealdad de la pella de barro. Como ésta se había secado ya, la limpió en las escaleras de la redacción de *El Abejorro*.

En la calle le miraban mucho. «¡Sabréis quién es Anastasio!»), pensó.

Dos carreteros reñían, jurando como señoritos, y uno de ellos dijo al otro:

-Vamos a rompernos la crisma...

Al verlos irse se dijo Anastasio: «Y a todo esto la policía sin impedir estas ordinarietas... ¡Groseros! Nada, nada, el pueblo es el pueblo... Cuando yo digo que en España no estamos preparados para la república... Pueblo grosero, prensa procaz... Es evidente que la aristocracia tiene el deber de ejercer tutoría sobre el pueblo, tutoría fraternal, se entiende... y la verdadera aristocracia, no esa antigualla rancia comida por la carcoma».

Cuando llegó al Casino buscó a su amigo Herminio, a quien preguntó por Pepito Curda.

-¡Pepito..., a estas horas!

-¡Ah, sí! -contestó Anastasio con seriedad, recordando que a aquellas horas Curda se dedicaba a emborracharse para poder dormir de un tirón, olvidado del tráfigo de sus negocios.

-¿Y Juanito?

-¡Déjalo, que hoy está de suerte!

-Pero ese muchacho, ¿cuándo se va a corregir? -dijo Anastasio con la gravedad que sentaba a su situación-. Porque va a acabar mal.

-¡Quiá! Él la entiende y sabe que coloca su capital a buen rédito.

-¿Y Ambrosio?

-Ahí le tienes.

En efecto: en una mesa cercana discutían varios socios acerca de una proposición, y era que el Municipio de Sideria pagara dos mozos al Arca; bonita combinación para acabar de escandalizar a los pobres *filisteos* de la ciudad ducal.

-¡Hay que dar que hablar a esa mano de cerdos que trabajan como imbéciles y ahorran para que se lo coman sus hijos y creen en el sentido común!

Un tímido objetaba al pensamiento y pedía cuando menos barniz de legalidad.

-¡Tiene razón! -exclamó uno.

-¡Psch!; y qué, tener razón o no tenerla, ¿qué más da? -replicó con desdén Ambrosio, que pasaba por uno de los oráculos del Arca.

La frase dejó a todos suspensos de admiración y en un momento corrió por todo el Arca. Anastasio llamó a Ambrosio, les enteró a él y a Herminio del asunto y acabó diciéndoles: -¡Una rectificación amplia, absoluta, completa, sin reservas..., y si no... a sable!

Dicho esto se fue a casa de un maestro de armas, donde se estuvo ensayando quites y posturas.

Cuando quebrantado por tantas emociones llegó a su casa, se puso a pensar en el traje que convendría para el lance.

Lo sacó, se lo puso y estuvo ensayando quites con el bastón. Después se puso a escribir a Enriqueta, su arreglito. La cosa era tranquilizarla, no fuera que cualquier indiscreto le diera un sofoco con una noticia de sopetón.

Cuando despertó en la butaca clareaba el día. Empezó a pasearse por la sala hasta que dieran las siete, hora convenida con el maestro de armas para continuar la lección.

Sus amigos fueron a buscarle a la sala de armas cuando más absorto estaba en un quite.

-Nada de esto -le dijeron-; la cosa se ha zanjado satisfactoriamente.

-Entre caballeros... -empezó a decir el otro.

«¡Pero si no usa tarjetas!...», pensó Anastasio.

-Una cumplida rectificación, una rectificación de honor, como lo deseabas. La traerá el próximo número de *El Abejorro*, el del domingo.

El maestro de armas le dio la mano diciéndole:

-Espero nos volvamos a ver. Un joven como usted, de la crema, no debe descuidar estas cosas. Usted muestra felices disposiciones y el manejo de las armas de la prudencia del fuerte, y a la vez hace que se nos respeté.

Anastasio le dio una fuerte propina y salió con sus dos amigos, que, sonriendo, le llevaron a una fotografía.

-Pero...

-Déjate hacer. Confiaste tu honor en nuestras manos.

* * *

El Abejorro del siguiente domingo alcanzó una venta tan nutrida como no la había alcanzado con la caricatura de Anastasio. En la primera plana publicaba en fotograbado un hermoso retrato de Anastasio en traje de mañana, una rectificación amplia, absoluta, completa, sin reservas.

Los lectores que no conocían a Anastasio cotejaron el retrato con la caricatura, mientras el satisfecho ofendido se prodigaba en traje de mañana por todos los paseos de la ciudad ducal.

Un redactor de *El Abejorro* fue a darle la enhorabuena, que la recibió con dignidad, oliendo la rosa, mientras se decía: «Hoy no te ríes».

-Aquí viene él -oyó que decían en un grupo.

Pero el mayor bromazo fue en el Arca. El suceso fue el regocijo de los socios, que armaron un banquete con sus borracheras y brindis, presidido por Anastasio, en holocausto al honor, del que se reían por dentro, gracias al portentoso Ambrosio, aunque por fuera fuesen sus más celosos sacerdotes.

El número rectificación de *El Abejorro* figuraba como centro de mesa. Anastasio no podía con su honor y con las copas que le hacían beber. Al cabo vino al suelo.

Desde entonces visitó con frecuencia la sala de armas.

Una visita al viejo poeta

En el nutrido sosiego que venía a posarse plácido desde el cielo radiante, iba a fundirse la resignada calma que de su seno exhalaba la vieja ciudad, dormida en perezosa siesta. Me sumí en las desiertas callejuelas que a la Colegiata ciñen, y en una de ellas, donde me habían dicho que habitaba el viejo poeta, de tan largo tiempo enmudecido, di a la aldaba del portalón, que lo era de la única casa de la calleja. Resonó el aldabonazo, quebrando el soñoliento silencio en los muros que formaban la calleja, flanqueada, como un foso, de un lado por el tapial de la huerta de un convento, y por agrietadas paredes del otro.

Me pasaron, y al cruzar un pequeño jardincillo emparedado, uno de esos mustios jardines enjaulados en el centro de las poblaciones, vi a un anciano regando una maceta. Se me acercó. Era su conocidísima figura.

-Ahora mismo subo -me dijo.

-No; prefiero hacerle aquí la visita; ¿qué más da?

-Como usted quiera... Rosa, baja unas sillas.

Desprendíase una calmosa melancolía de aquel pedazo de naturaleza encerrada entre las tapias de abigarradas viviendas. Dos o tres arbolillos se alzaban al arrimo de ellas, en busca de sol, y en ellos se refugiaban los pájaros. En un rincón, junto a un pozo, sombreaba a un banco de piedra una higuera. La casa tenía un corredor de solana, con balaustrada de madera, que miraba al jardincillo. El vertedero de la cocina servía para regar la higuera. Y todo ello parecía ruinas de naturaleza abrazadas a ruinas de humana vivienda.

Allí encima se alzaba la airosa torre de la Colegiata, a la que doraba el sol con sus rayos, muy inclinados ya la torre severa, que contribuía a dar al pedazo de cielo desde allí visible su anguloso perfil. Unas gallinas picoteaban el suelo.

-Es mi retiro y mi consuelo -me dijo.

-Yo creí que preferiría usted el campo verdadero..., el aire libre...

-No. Voy a él de cuando en cuando, muy de tarde en tarde; pero es para volver al punto a encerrarme en esta jaula, con estos mis arbolillos presos, a la vista de esa torre, en este bosquecillo enjaulado, que me parece un enfermo cachorro de selva que, cautivo y nostálgico, me lame el alma y a mis pies se tiende humilde. Aquí no les sacuden tormentas ni el vendaval

los agita; aquí crecen al arrimo de estas tapias. Mire la higuera, mi higuera doméstica; ¡qué lozana! Me recoge el sol y en dulzura me lo guarda. Al través de su verdura contemplo la dorada torre, árbol frondoso también del arte, con su exuberante follaje arquitectónico. ¡Si oyese usted cómo resuena entre estas viejas tapias el son pausado de sus campanas! Cuando sus vibraciones se dilatan derritiéndose en el sereno ambiente, parecen bañarse en el eco derretido estos mis pobres arbolillos... Esta casa me recuerda la de mi niñez, a la que ha arrasado el inevitable progreso. Tenía un jardincillo así. Aquí me baño el alma en mis recuerdos infantiles; reanudo mi dulce vigilia después de años de sueño...

-¿Y no ha sentido usted nunca pruritos de salir, de volver al mundo...; no le ha tentado la gloria?

-¿Qué gloria? -me preguntó con dulzura.

-¡La gloria!...

-¡Ah, sí, la gloria! Dispéñeme, me olvidaba de que hablo con un joven literato.

Se levantó para quitar una oruga de uno de los arbolillos, miró un rato a la erguida torre, dorada por el sol poniente, y prosiguió:

-¿Cree usted acaso que cuando ha finado, derretido en la serena calma del ámbito, el eco de esas lenguas de bronce, no vive aún en el silencio su dulce ritmo muerto? Si, posa en el mar del silencio, en su eterno lecho, donde descansan las voces y los cantos todos que han sido, y donde esperan tal vez la suprema evocación que haya de resucitarlos para entonar la gloriosa sinfonía eterna. Cantan en el silencio...

Yo, más que le oía, contemplaba su hermosa cabeza de vidente.

-Sí -continuó-, mi nombre va olvidándose; casi nadie lo cita ya; pero es ahora, en que se olvida mi nombre, cuando obra acaso mi espíritu, difundido en el de mi pueblo, más viva y eficazmente. Prodúcese un pensador o un artista, y mientras su obra no posa en el alma de su pueblo, mientras le es extraña a éste y en él choca, necesita llevar el nombre de su padre. Mas cuando se hace nuestro pensar, pensar de los que nos rodean, cuando nuestro sentir se aúna al sentir de nuestro pueblo, haciéndolo más complejo, cuando nuestra voz se acuerda al coro enriqueciendo la común sinfonía..., entonces nuestro nombre se hunde poco a poco. Nuestras ideas lo son ya de todos; el busto de nuestra moneda se ha borrado, y con él la leyenda, y la

moneda corre porque es de oro de ley. Cuando menos se habla de un escritor, suele ser muchas veces cuando más influye.

-Tal vez... -empecé, y él, sin oírme, continuó:

-¡Mi nombre! ¿Para qué he de sacrificar mi alma a mi nombre? ¿Prolongarlo en el ruido de la fama? ¡No! Lo que quiero es asentar en el silencio de la eternidad mi alma. Porque, fíjese, joven, en que muchos sacrifican el alma al nombre, la realidad a la sombra. No, no quiero que mi personalidad, eso que llaman personalidad los literatos, ahogue a mi persona (y al decirlo se tocaba el pecho). Yo, yo, yo, este yo concreto que alienta, que sufre, que goza, que vive; este yo intrasmisible..., no quiero sacrificarlo a la idea que de mí mismo tengo, a mí mismo convertido en ideal abstracto, a ese yo cerebral que nos esclaviza...

-Es que el yo que usted llama concreto...

-Es el único verdadero; el otro es una sombra, es el reflejo que de nosotros mismos nos devuelve el mundo que nos rodea por sus mil espejos..., nuestros semejantes. ¿Ha pensado usted alguna vez, joven, en la tremenda batalla entre nuestro íntimo ser, el que de las profundas entrañas nos arranca, el que nos entona el canto de pureza de la niñez lejana, y ese otro ser advenedizo y sobrepuesto que no es más que la idea que de nosotros los demás se forman, idea que se nos impone y al fin nos ahoga?

-Alguien llamaría egoísmo a eso... -me atreví a insinuarle de prisa, antes de que, arrepentido, recogiese mis palabras.

-¿Egoísmo? -me contestó con calma-. ¡Oh, sí; ahora han inventado eso del altruismo! ¡Altruismo! Eso sí que es inmoral e inhumano; sacrificar a *mi idea*, porque no es más que a una idea a lo que se sacrifica; sacrificar a *mi idea*, a la mía, entiéndalo, a todos mis prójimos, incluso a mí mismo, mi primer prójimo, el más prójimo o próximo a mí.

Pareció hundirse en algún recuerdo remoto de esos de fuera del tiempo, y prosiguió:

-No quiero devorar a otros; ¡que me devoren ellos! ¡Qué hermoso es ser víctima! ¡Darse en pasto espiritual..., ser consumido..., diluirse en las almas ajenas! Así resucitaremos un día cuando se unan todas, y sea Dios en todos, como san Pablo dice...

No daba ya la luz más que en la cresta de la torre; parecían espesarse la calma y el silencio, interrumpidos tan sólo por algún vencejo que cruzaba chillando el anguloso cacho de cielo del jardinillo enjaulado.

-¡Mire usted; mire usted al gato cómo trepa por ese arbolillo a la ventana de la cocina! Arriba caza ratones; aquí, entre los árboles, pajarillos. Y me entretiene mucho. ¡Qué vida!, dirá usted. ¡Aquí, con sus arbolillos, su higuera triste, su concierto de pájaros, su gato, sus gallinas, sus flores..., regando sus recuerdos y cultivando su tristeza!... Después de aquel triste suceso que usted conoce, me retiré al campo a bañar mi enfermo espíritu en su quietud sedante. Iba a curarme a la vez de los estragos del urbanismo, de esa corea espiritual en que nos hunde la diaria descarga de impresiones de la ciudad. Allí, en el campo, supe lo que es dormir, y el que no sabe dormir no vive. En la ciudad, miradas, vaho de ansiosos alientos, de impuros deseos, de rencores, sonrisas equívocas, saludos, retardos, paradas..., ¡todo nos electriza! Es una serie continua de insignificantes punzadas, de cosquilleos imperceptibles, que nos galvanizan la vida y al fin nos rinden. Y fui a recibir el gran baño, la inmersión en aire libre, en luz libre, en libre calma, en el remanso de las horas tranquilas. Y allí a pensar rítmicamente, con calma, con todo el cuerpo y con el alma toda, no con el cerebro tan sólo, asiento de lo que ustedes llaman personalidad.

Interrumpió la voz sonora de la campana de la Colegiata, que tocaba a la oración de la tarde. Miró a sus arbolillos, que parecían escucharle, y calló un rato. Respeté su silencio. Y luego, con calma, dijo:

-Del campo vine a este asilo. He renunciado a aquel yo ficticio y abstracto que me sumía en la soledad de mi propio vacío. Busqué a Dios a través de él; pero como ese mi yo era una idea abstracta, un yo frío y difuso, de rechazo, jamás di con más Dios que con su proyección al infinito, con una niebla fría y difusa también: con un Dios lógico, mudo, ciego y sordo. Pero he vuelto a mí mismo, al pobre mortal que sufre y espera, que goza y cree, a aquel a quien despiertan los sobresaltos del corazón enfermo, y aquí, en este pobre jardinillo, junto a estos mustios y silenciosos amigos, me dedico a la más honda filosofía, que consiste en repensar los viejos lugares comunes. Medito las palabras de la señora Paula, una buena vecina, inagotable en las tan conocidas reflexiones del vulgo acerca de la caducidad de la dicha y de la necesidad de la resignación. Y otras veces, a la sombra de esa higuera, armonioso órgano de pardales y becafigos, leo el Evangelio. Y en él se me muestra el Hijo del Hombre, el hombre mismo, palpable, concreto, vivo, y por Cristo, con quien hablo, subo a su Padre, sin argumentos de lógica, por escala cordial...

-¡Qué vida! -murmuré.

Y él, que me lo oyó:

-Sí -dijo-, ya sé que ustedes disertan mucho acerca de la vida, y dicen que hay que amarla; pero la tienen de querida y no de esposa. ¡La vida! ¡En ella me he enterrado, he muerto en vida en ella misma! ¡Hay que vivir! ¿Y para qué?... Esto es, ¿para qué?... ¿Para qué todo?, dígamelo. ¿Para qué?... ¿Para qué? No quiero inmolar mi alma en el nefando altar de mi fama; ¿para qué?

Cuando salí, de noche ya, parecía que al son de mis pisadas, que retumbaban en el tenebroso silencio de la solitaria calleja, vagaba por ella con quebrado vuelo, cual invisible murciélago, esta pregunta: ¿Para qué?

El abejorro

-La verdad, no le creía a usted hombre de azares -le dije.

-¿Por qué? ¿Por lo del abejorro? -me preguntó.

Y a un signo afirmativo mío, añadió:

-No hay tales azares, si bien debo decirle a usted que creo que si investigáramos las últimas raíces de las supersticiones mismas que nos parecen más absurdas, aprenderíamos a no calificarlas de ligero... Figúrese usted que mis hijos, de verme a mí, adquieren mi horror al abejorro, y de mis hijos lo toman mis nietos, y va así trasmitiéndose. Se convertirá en un *azar*. Y, sin embargo, el tal horror tiene en mí; raíces muy hondas y muy reales.

-Hombre, eso...

-No lo dude usted. Soy de los hombres que más se alimentan de su niñez; soy de los que más viven en los recuerdos de su lejana infancia. Las primeras impresiones que recibió el espíritu virgen, las más frescas, son las que forman su lecho, el rico légamo de que brotan las plantas que en el lago de nuestra alma se bañan.

Fue mi niñez -siguió diciendo-, una niñez triste. Casi todos los días salía con mi pobre padre, herido ya de muerte entonces. Apenas lo recuerdo: su figura se me presenta a la memoria esfumada, confinante con el ensueño. Sacábame de paseo al anochecer, los dos solos, al través de los campos, y apenas recuerdo otra cosa si no es que aquellos paseos me ponían triste.

-¿Pero no recuerda usted nada de sus palabras o conversaciones?

-Sí, sí; algunas me han quedado grabadas con imborrables caracteres. Me hablaba de la luna, de las nubes y de cómo se formaban; de cómo se siembra y crece y se recoge el trigo; de los insectos y de su vida y costumbres. Estoy seguro de que aquellas enseñanzas, hasta las que he olvidado, son las más sustanciosas que he recibido, la roca viva de mi cultura íntima. Hasta las olvidadas, se lo aseguro a usted, me vivifican el pensar desde el olvido mismo, porque el olvido es algo positivo, como el silencio y la oscuridad lo son.

-Por lo menos -le interrumpí- son el olvido, la oscuridad y el silencio los que hacen posibles la memoria, la luz y la voz.

-De pronto le entraban arrebatos súbitos y me cogía en brazos y me besaba y besuqueaba, preguntándome a cada momento: «Gabriel, ¿serás bueno siempre?». Y yo, más que conmovido asustado, le respondía siempre: «Sí, papá». Lo recuerdo bien; me daba miedo aquella pregunta de: «¿Serás bueno siempre?»; miedo, miedo, era lo que me daba. Alguna vez llegó hasta a llorar sobre mis mejillas; y yo recuerdo que rompí entonces a llorar también con un llanto silencioso, como el suyo, con un llanto hondo que me arrancaba de las entrañas del espíritu toda la tristeza con que ha sido amasada nuestra carne, pesares de ultracuna... ¿Quién sabe?, dolores heredados tal vez.

-¡Qué teorías!... -dije yo.

-No son teorías -me contestó-: son hechos. Se fatigaba mucho, y tenía que sentarse a cada paso; y una tarde, puesto ya el sol, me habló, mirando hacia el dorado poniente, de su cercana muerte. Y acabó con su pregunta de siempre: «¿Serás siempre bueno, Gabriel?». Nunca me dio la pregunta más miedo, más religioso terror que entonces. Ni sé si supe contestarle.

-Veo que recuerda usted más de lo que decía...

-Sí, cuando me pongo a pensar en ello. Todos estos recuerdos son el fondo sobre que he recibido mil ulteriores impresiones en la vida, y todas están teñidas de su color. Todo lo he visto a través de ellos; pero de él, de mi padre mismo, de su figura, recuerdo poco. Otras veces me hablaba del Padre, que es como llamaba siempre a Dios, y allí, en medio del campo mientras la luz se derretía en la noche, me hacía rezar el Padrenuestro, explicándome cada una de sus palabras. Solía detenerse en el *hágase tu voluntad*, y al concluir de explicármelo me abrazaba sofocado, diciéndome: «¿Serás siempre bueno, Gabriel?».

Calló un momento, como recogiendo sus lejanos recuerdos, y prosiguió:

-Lo que si recuerdo es su último día, el día de su muerte, el día del abejorro. Estaba ya muy débil; tenía que sentarse a cada momento, y cuando se ponía a explicarme algo lo hacía con tal lentitud, tantas pausas y tantos anhelos, que me infundía un vago terror. Aquel anochecer se sentó en un tronco de árbol derribado, y al poco tiempo, uno de esos abejorros sanjuaneros que revolotean como atontados, tropezando con todo, después de puesto el sol empezó a revolotear en torno a nosotros. Mi padre le ahuyentaba con la mano, y hasta este esfuerzo le era penoso. «Échale», me dijo. Y yo, con mi gorra, le ahuyenté. «Hoy no hay luna,

papá», recuerdo que le dije; y él, con una calma terrible, mascullando cada palabra, me respondió: «Luna sí hay, hijo mío; es que está apagada, y por eso no la ves; luna hay siempre; cuando la ves como una hoz, es que no le alumbra el sol por entero... Otras veces sale casi de día...». Volvió el abejorro, y ya no se entretuvo en ahuyentarlo. «¡Qué mal estoy, hijo!», exclamó. Yo callaba, y el abejorro zumbaba en torno nuestro. Se adelantó entonces mi padre un poco, y le brotó un chorro de sangre de la boca. Yo quedé aterrado, y a mi terror acompañaba con su revoloteo el abejorro. «¡Yo me muero, Gabriel -dijo mi padre-: adiós! ¿Serás siempre bueno?». No pude responder. Mi padre cayó muerto; y yo, frío, solo con él en medio del campo, de noche ya, no recuerdo lo que pensé ni lo que sentí. No recuerdo más de aquellos momentos que al abejorro, al tenaz abejorro, que parecía repetirme: «¿Serás siempre bueno, Gabriel?», y que fue a posarse en la cara misma de mi padre.

-Ahora se comprende todo -le dije-; pero, ¿cómo le aterraba a usted esa sencilla pregunta, tan natural, tan dulce?

-¿Cuál? ¿La pregunta de mi padre? ¿Su última pregunta? ¿La que me dirigió poco antes de nacer a la muerte? No lo sé; pero lo que sí puedo asegurarle es que cuando me pongo a escarbar en mi conciencia y a rebuscar el porqué del terror que desde entonces me inspiran los abejorros que al anochecer revolotean como atontados, encuentro que no se debe tanto este terror a que me recuerden la muerte de mi padre como a que me traen la fatídica pregunta: «¿Serás siempre bueno, Gabriel?». Es una pregunta que me parece venir de la tumba...

-Creo que usted se equivoca. La impresión de una muerte, y de la muerte de un padre, sobre todo, y más en las circunstancias en que usted me la ha narrado, deja una huella indeleble en el alma de un niño. Es una revelación tremenda, es una fuente de seriedad para la vida.

-Puede ser; pero yo le aseguro a usted que pienso en la muerte con relativa tranquilidad; que alguna vez me ejercito en representármela al vivo y en representarme mi propia muerte, y afronto tal imagen. Pero cada vez que traigo a mi memoria aquella insistente pregunta paternal, incubada con todas las misteriosas melancolías del anochecer, aquello de: «¿Serás siempre bueno?», me pongo a temblar, a temblar como un azogado. Porque, dígamelo, ¿sé yo acaso si seré siempre bueno?

-Con proponérselo...

-¡Oh!, sí, lo de todos y lo de siempre... ¡Con proponérselo! ¿Sé yo si seré siempre bueno?

¿Sé siquiera si lo soy?

-¡Hombre!

-Esperaba esa expresión de asombro; con ella me han respondido casi siempre. Sí, ¿sé si lo soy?

-¡Hombre, la voz de la propia conciencia!...

-¿Y si está muda?

-Quien no tiene conciencia de obrar mal es que no obra mal, porque la intención...

-¡La intención! ¡La intención! ¿Conocemos nuestras propias intenciones? ¿Sabemos si somos buenos o no? Créame usted que es esa tremenda cuestión lo que nos hace temblar cuando zumba en torno de nosotros el abejorro evocador de la muerte. Sin esa pregunta, nadie creería en la muerte.

-Extrañas teorías...

-No, no son teorías: son hechos.

El poema vivo del amor

Un atardecer de primavera vi en el campo a un ciego conducido por una doncella que difundía en torno de sí nimbo de reposo. Era la frente de la moza trasunto del cielo limpio de nubes; de sus ojos fluía, como de manantial, una mirada sedante, que al diluirse en las formas del contorno las bañaba en preñado sosiego; su paso domeñaba a la tierra acariciándola, y el aire consonaba con el compás de su respiración, tranquila y profunda. Parecía aspirar a ella todo el ambiente campesino, de ella a la par tomando avivador refresco. Marchaba a la vera de los trigales verdes, salpicados de encendidas amapolas, que se doblaban al vientecillo, bajo el sol incubador de la mies, aún no granada. En acorde con las cadencias de la marcha de la joven palpitaba, al pulsarlo la brisa, el follaje tierno de los viejos álamos, recién vestidos de hoja, aún en escarolado capullo e impregnados en la lumbre derretida del crepúsculo.

Apagose de súbito su marcha a la vista de un valle rebotante de quietud. Posó sobre él la doncella su mirada, una mirada verdaderamente melodiosa, y depurado entonces el pobre terruño de su grosera materialidad al espejarse en las pupilas de la moza, replegábase desde ellas a sí mismo, convertido en ensueño del virginal candor de su inocente contempladora. Humanizaba al campo al contemplarlo ella, más bien que mujer, campestre naturaleza encarnada en femenino cuerpo virginal.

Cuando se hubo empapado en la visión serena, indignose al ciego, e inspirada de filial afecto, con un beso silencioso le trasfundió el alma del paisaje.

-¡Qué hermoso! ¡Qué hermoso! -exclamó el padre entonces, vertiendo en una lágrima la dicha de sus muertos ojos. Y se volvió a besar los de su hija, en que perhinchía inconsciente piedad.

Reanudaron su camino, henchido el ciego de luz íntima, de calma su lazarilla.

-¡Dios le bendiga! -dijo al cruzar con ellos un cansado caminante, sintiendo sobre sí la espiritual limosna de la mirada aquella.

-¡Mi vida, mi eternidad, mi luz, mi gloria, mi poema! -rezaba al oído de su hija el ciego, en tanto que de la rítmica pulsación de la mano que cogido le llevaba recogía la vida de la campiña toda.

Era, sí, su vida, el cáliz en que apuraba con ansia el jugo de la creación; era su eternidad, la eternidad sobre que rodaban pausadas sus horas a romperse en el olvido en espumosa crestería de dulces recuerdos; era la luz que alumbraba sus tinieblas con lumbre de amor; era la gloria en que se proyectaba al infinito; era, en fin, su poema, el poema vivo de sus entrañas, amasado con su carne y con su espíritu, con su sangre y con su meollo, con sus potencias y con sus sentidos.

Había sido Julián, el ciego, de joven, un rimador ingenioso, y por ingenioso, frío, un cerebral producto de la ciudad donde pocos van al paso y donde nunca se oye el silencio. Había sido un destilador de sentimientos quintaesenciados en el alambique del ingenio, un alquimista del amor humano de la muerte, un erótico impotente para amar con fruto. Había sido el cantor de las opulentas rosas de cien hojas, sin perfume ni fruto, todo pétalos encendidos, nacidas al borde del graso estercolero.

Enfermo de la ciudad, después de haber vertido en estrofas intrincadas la espuma del amor cerebralizado, tuvo que recogerse al campo a renovar en su fuente la vida del cuerpo. Y allí sintió por momentos volverse idiota, que el filtro en que cernía sus exquisitas sensaciones se le enturbiaba, que la carne se le hacía tierra. No podía sufrir el contacto con el aldeano receloso, egoísta y zafio; no podía resistir a Tajuña, el molinero, el héroe popular, un borracho perdido; a Martinillo, cuyas farsas grotescas desataban la risa, siempre pronta a estallar, de sus convecinos; a Panchote, el bruto del herrero, que trabaja como un buey sin dársele de nada un ardite, un egoísta que jamás pensó en el prójimo. Dolorido del ámbito, recorría valles, encañadas y collados recitando sus propias rimas, cual conjuro al maleficio de la naturaleza que le envolvía. Se asfixiaba falto de sociedad. Su prima Eustaquia, la hija de la familia de que era huésped, sólo pensaba ante él en no aparecer cándida.

Mas poco a poco íbale ganando el campo, invadiéndole el espíritu gota a gota, a la vez que, enriquecida su sangre, barría de sutileza su cerebro y regalaba a su corazón empuje. Iba gustando la salud, y con ella vergüenza de su pasado al ver que la naturaleza, impasible, sonreía desdeñosa a toda su postura de afectación y fingimiento.

Llegó el día de la fiesta y se fue al monte, de romería, con su prima Eustaquia. De todo el contorno concurrían a la famosa fiesta. Al borde de la senda canturriaban quejumbrosamente sus patéticas súplicas los pordioseros. «Consideren, almas cristianas, la triste oscuridad en que

me veo»... Más allá: «No hay, hermanitos, como el don precioso de la salud»... Más lejos, junto a un árbol, mostraba un muchachuelo enclenque el vientre enorme, lustroso y tostado al sol. Apartó Julián su vista de tanta miseria para descansar en los humildes escaramujos que vestían al zarzal que festoneaba el otro lado del camino.

Llegaron a la explanada de la ermita, en que entró a rezar un momento Eustaquia, cubriéndose antes la cabeza con el blanco pañuelo. Olía a frescura de campo preñado de cosecha y a guisos suculentos: de entre la fronda subían al cielo columnas de humo.

En el ahumado hueco de un castaño centenario aprestaban como todos los años una merienda, y como todos reverdecía el viejo. Junto al carro del vino estaba Tajuña, el molinero, infatigable sangrador de pellejos, taza va, taza viene, y él tan arrecho. Flaquearíanle las piernas, pero la cabeza no. Y Julián admiró con el pueblo al héroe. Vio con qué recogimiento merendaba Panchote, y entendió que nunca es egoísta el que trabaja. Aquellas gentes eran naturaleza, y la naturaleza es también sociedad.

Metiose con su prima por entre los corros, donde los aldeanos bailaban con toda el alma, vertiendo en saltos y piruetas y en gritos desbordamiento de vida, el limpio goce de la libertad de los movimientos, el disfrute del propio cuerpo. Bailaban con ellos las notas claras y estridentes del pito, repletas del agrete del vinillo viejo de las montañas aquellas, notas que estrumpían de consumo con las risas francas que hacían vibrar de alegría al aire, mientras bailoteaban al viento las hojas de los castaños, bebiendo luz. Era aquella danza común, danza litúrgica, acción de gracias de la vida desnuda y pura, holocausto de energía vital.

Palpitáronle a Julián las entrañas, empezaron a cantarle la canción de la salud que rebosaba, y tomando a Eustaquia de la mano se puso a bailar en un corro con ella entre los aldeanos. Era el campo mismo quien con él bailaba. «¡Bien, bien por el señorito!», le decían. «¡Alza, Julianete, alza!», le azuzaba Martinillo, provocando risa general. Batían con ritmo los pies de Eustaquia sobre el suelo; oreaba con rozagancia el aire su florecido cuerpo; esplendían arreboladas en sus mejillas rosas de salud; eran sus labios fuente de júbilo, e irradiaban sus ojos vida anhelosa de derramarse.

Cuando al terminar la danza abrazó Julián por el talle a su prima, cuyos ojos decían vida, fundiole la sangre las entrañas, derritiendo sobre su corazón a su cerebro. Sentáronse con

otros en el suelo sobre la mullida alfombra a comulgar en la merienda, a beber del mismo vaso, a respirar del mismo aire y a calentarse al mismo sol.

Entonces sintió Julián el abrazo de la montaña, y que al beso de la brisa se le apagaba en el alma el eco de las exóticas rimas ciudadanas. Zumbábale en la cabeza la campiña y se sentía esponjado en la alegría de vivir que le rodeaba. Era el amor que le nacía del campo, el amor fructuoso, cogüelmo de vitalidad.

A la vuelta volvían en pareja los más de los romeros, cogidos de las manos o de la cintura bajo el derretimiento de la luz crepuscular. De cuando en cuando se escapaban de algún pecho fresco relinchos potentes, que volaban como alondras sobre el valle para morir lánguidamente en la garganta de que como de nido salieron. Julián sintió un escalofrío vivificante al recibir el suspiro con que Eustaquia respondió al beso apretado y lento gozado en un recodo de la senda, y entonces intuyó el curado ciudadano que es el erotismo la impotencia del querer.

Cuando un año después volvió a la ciudad llevaba a ella con Eustaquia a una hija, flor aromática del amor cordial, una obra del cuerpo y del alma, del ser entero y uno; inspiración del campo en que dan en el agavanzo fruto las sencillas rosas del zarzal, los humildes escaramujos de cinco pétalos; un poema engendrado en el desmayo del cerebro, poema de amor hecho carne viviente, su vida, su eternidad, su luz, su gloria, su poema.

Y cuando más tarde, perdida su compañera y olvidadas sus rimas, le cegó el cerebro, de antiguo herido, quedáronle aquellos filiales ojos que serenaban todo ambiente en que descansara con paz su mirada de inocencia.

El canto adámico

Fue esto en una tarde bíblica, ante la gloria de las torres de la ciudad, que reposaban sobre el cielo como doradas espigas gigantescas, surgiendo de la verdura que viste y borda al río. Tomé las *Hojas de yerba* -Leaves of grass-, de Walt Whitman, este hombre americano, enorme embrión de un poeta secular, de quien Roberto Luis Stevenson dice que, como un perro lanudo recién desencadenado, recorría las playas del mundo ladrando a la luna; tomé estas hojas y traduje algunas a mi amigo, ante el esplendor silencioso de la ciudad dorada.

Y mi amigo me dijo:

-¡Qué efecto tan extraño causan esas enumeraciones de hombres y de tierras, de naciones, de cosas, de plantas!... ¿Es eso poesía?

Y yo le dije:

-Cuando la lírica es sublime y espiritualizada acaba en meras enumeraciones, en suspirar nombres queridos. La primera estrofa del dúo eterno del amor puede ser el: «Te quiero, te quiero mucho, te quiero con toda mi alma»; pero la última estrofa, la del desmayo, no es más que estas dos palabras: «¡Romeo! ¡Julietta! ¡Romeo! ¡Julietta!». El suspiro más hondo del amor es repetir el nombre del ser amado, paladearlo haciéndose miel la boca. Y mira al niño. Jamás olvidaré una escena inmortal que Dios me puso una mañana ante los ojos, y fue que vi tres niños cogidos de las manos, delante de un caballo, cantando, enajenados de júbilo, no más que estas dos palabras: «¡Un caballo!, ¡un caballo!!, ¡un caballo!». Estaban creando la palabra según la repetían; su canto era un canto genesíaco.

-¿Cómo empezó la lírica? -preguntó mi amigo-; ¿cuál fue el primer canto?

-Vamos a la leyenda -le dije- y oye lo que dice el Génesis en su segundo capítulo, cuando dice: «Formó, pues, Dios de la tierra toda bestia del campo y toda ave de los cielos, y trájolas a Adán para que viese cómo las había de llamar, y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ése es su nombre. Y puso Adán nombre a toda bestia y ave de los cielos, y a todo animal del campo; mas para Adán no halló ayuda que estuviese delante de él». Éste fue el primer canto, el canto de poner nombre a las bestias, extasiándose ante ellas Adán, en el Alba de la humanidad.

¡Poner nombre! Poner nombre a una cosa es, en cierto modo, adueñarse espiritualmente de ella. Este mismo Walt Whitman, cuyas *Hojas de yerba* aquí tenemos, al decir en su «Canto a la puesta del sol» estas palabras: «Respirar el aire, ¡qué delicioso! Hablar!, ¡pasear! ¡Coger algo con la mano!», pudo añadir: «Dar nombre a las cosas, ¡qué milagro portentoso!».

Al nombrar Adán a las bestias y aves se adueñó de ellas y mira cómo el salmo octavo, después de cantar que Dios hizo que el hombre se enseñorease de las obras de las divinas manos, que le pusieran todo bajo los pies, ovejas y bueyes, y asimismo las bestias del campo, y las aves de los cielos, y los peces del mar, y todo cuanto pasa por los senderos de éste, acaba diciendo: «Oh, Jehová, Señor Nuestro, ¡cuán grande es tu nombre, que millones de lenguas de hombres piden día a día que sea santificado! Si supiéramos dar el nombre adecuado, nombre poético, nombre creativo a Dios, en él se colmaría como en flor eterna toda la lírica.

En el Génesis también, y en los versillos 24 a 30 de su capítulo XXXII, se nos cuenta cómo al pasar Jacob el vado a Jacob, cuando iba en busca de Esaú, su hermano, se quedó a hacer noche solo y luchó hasta rayar el alba, con un desconocido, con un ángel de Dios o con Dios mismo, y lleno de angustia le preguntaba por su nombre, cómo se llamaba. En aquellos tiempos aurorales, declarar un viandante su nombre era declarar su esencia. Su nombre es lo primero que nos dan los héroes homéricos.

Y estos nombres no eran dichos: eran cantados en un empuje de entusiasmo y de adoración. Y tengo por indudable, lector, que el himno que más adentro del corazón se te ha metido fue cuando viste tu propio nombre, tu nombre de pila, el doméstico desnudo y puro, suspirando en la penumbra. Es la corona de la lírica.

La forma de letanía es acaso la más exquisita que las explosiones líricas nos ofrecen: un nombre repetido en rosario y engarzado cada vez en epítetos vivos que lo realza. Y entre estos hay el epíteto sagrado.

En los poemas homéricos brillan los epítetos sagrados; cada héroe lleva el suyo. Aquiles, el de los pies veloces; Héctor el agitapenachos. Y en todo tiempo y lugar, cuando alguien encuentra el epíteto sagrado que casa poéticamente con un hombre, todos lo adoptan y todos lo repiten. Y lo que sucede con los hombres sucede con los animales y con las cosas y las ideas. La astuta zorra, el perro fiel, el noble corcel, el paciente burro, el tardo buey, la arisca cabra,

la mansa oveja, la tímida liebre..., y los designios de la Providencia, ¿pueden ser otra cosa que inescrutables?

Cantar, pues, el nombre, realizándolo con el epíteto sagrado, es la exaltación reflexiva de la lírica, y la exaltación irreflexiva, la suprema, en cantarlo solo y desnudo, sin epíteto alguno; es repetirlo una y otra vez, como sumergiendo el alma en su contenido ideal y empapándose en él sin añadido.

-No me sorprende -le dije a mi amigo- que te produzcan extraño efecto estas enumeraciones, y te confieso que pueden ellas no tener nada de poético. Pero han de extrañarnos más a nosotros, que con palabras muertas, reducimos la lírica a algo discursivo y oratorio, a elocuencia rimada.

-Observa, además -añadí-, que una palabra no ha cobrado su esplendor y su pureza toda hasta que ha pasado por el ritmo y se ha visto ayuntada a otras en su cadencia. Es como el trigo, que no está limpio y pronto para ir a la muela hasta que no ha sido apurado aventándolo al aire de la era.

-Ahora recuerdo -dijo mi amigo, interpolando un intermedio cómico-, ahora recuerdo cierto chascarrillo yanqui, y es que dicen que cuando Adán estaba poniendo nombre a los animales, al acercarse el caballo, dijo Eva a su marido: «Esto que viene aquí se parece a un caballo; llamémosle, pues, caballo».

-El chascarro no carece de gracia -le dije-, pero es el caso que cuando Adán puso nombre a las bestias del campo y a las aves de los cielos, aún no había sido creada la mujer, según el Génesis. De donde se saca que el hombre necesitó hablar aun estando solo, hablar consigo, es decir, cantar, y que su acto de poner nombres a los seres fue un acto de pureza lírica, de perfecto desinterés. Se los puso para extasiarse con ellos. Sólo que una vez que así los cantó y les puso nombre, sintió la necesidad de un semejante a quien comunicárselo; una vez que de la grosura de su entusiasmo brotó aquel himno de nombramiento, sintió la necesidad de un auditorio, de un público, y así, agrega el texto, que Adán no halló ayuda que estuviese delante de él. Y a seguida de esto es cuando el relato bíblico nos cuenta la creación de la primera mujer, hinchándola de una costilla del primer hombre, y como si éste hubiese sentido más vivamente la necesidad de una compañera a raíz de haberse adueñado de los seres mediante los nombres. Sintió el hombre la necesidad de alguien con quien hablar, y Dios le

hizo la mujer. Y apenas surge la mujer ante el hombre, luego de decir éste lo de: «Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne», lo primero que hace es darle nombre, diciendo: «Esta será llamada varona, porque del varón fue tomada». Y este nombre, en efecto, no ha prevalecido, sino que los más de los pueblos cultos tienen para la mujer nombre de otra raíz que el nombre del hombre, y como si fuesen dos especies.

-Excepto el inglés, por lo menos -dijo mi amigo.

-Y algún otro -añadí yo.

Y recogiendo las *Hojas de yerba*, de Walt Whitman, dejamos el esplendor de la ciudad cuando se derretía en el atardecer.

Las tijeras

Todas las noches, de nueve a once, se reunían en un rinconcito del café de Occidente dos viejos a quienes los parroquianos llamaban «Las tijeras». Allí mismo se habían conocido, y lo poco que sabían uno del otro era esto:

Don Francisco era soltero, jubilado; vivía solo con una criada vieja y un perrito de lanas muy goloso, que llevaba al café para regalarle el sobrante de los terroncitos de azúcar. Don Pedro era viudo, jubilado; tenía una hija casada, de quien vivía separado a causa del yerno. No sabían más. Los dos habían sido personas ilustradas.

Iban al café a desahogar su bilis en monólogos dialogados, amodorrados al arrullo de conversaciones necias y respirando vaho humano.

Don Pedro odiaba al perro de su amigo. Solía llevarse a casa la sobra de su azúcar para endulzar el vaso de agua que tomaba al levantarse de la cama. Había entre él y el perrillo una lucha callada por el azúcar que dejaban los vecinos. Cuando don Pedro veía al perrillo encaramarse al mármol relamiéndose el hocico, retiraba, temblando, sus terroncitos de azúcar. Alguna vez, mientras hablaba, pisaba como al descuido la cola del perrito, que se refugiaba en su dueño.

El amo del perro odiaba sin conocerla a la hija de don Pedro. Estaba harto de oírle hablar de ella como de su gloria y de su consuelo; mi hija por aquí, mi hija por allí: ¡siempre su hija! Cuando el padre se quejaba del sinvergüenza de su yerno, el amo del perro le decía:

-Convéznase, don Pedro. La culpa es de la hija; si quisiera a usted como a padre, todo se arreglaría... ¡Le quiere más a él! ¡Y es natural! ¡Su mujer de usted haría lo mismo!...

El corazón del pobre padre se encogía de angustia al oír esto, y su pie buscaba la cola del perrito de aguas.

Un día el perro se comió, después de los terroncitos de su amo, los de don Pedro. Al día siguiente, éste, con dignidad majestuosa, recogió, después de sus terrones, dos del perro. Tras esto hablaron largo rato de la falta de justicia en el mundo.

Terribles eran las conversaciones de los viejos. Era un placer solitario y mutuo en las pausas del propio monólogo; oía cada uno los trozos del otro monólogo sin interesarse en el

dolor petrificado que lo producía; lo oía, espectador sereno, como a eco puro que no se sabe de dónde sube. Iban a oír el eco de su alma sin llegar al alma de que partía.

Cuando entraba el último empezaba el tijeiteo por un «¿Qué hay de nuevo?», para concluir con un «¡Miseria pura! ¡Todo es farsa!». Su placer era *meneallo*, emporcarlo todo para abonar el mundo.

No reproduciré aquellos monólogos como se producían; prefiero exponer su melodía pura.

-Sea usted honrado, don Francisco, y le llamarán tonto...

-¡Con razón!

-¡Resignación!, predicán los que se resignan a vivir bien. ¡Por resignarme me aplastaron!...

-¡Y a mí por protestar!

-¡La vida es dura, don Pedro! Siempre oculté mis necesidades, y me hubiera dejado morir de hambre en postura noble, como un gladiador que lucha por los garbanzos... ¡Oh, hay que saber lucir un remiendo cosido con arte!... Yo no he sabido lloriquear a tiempo. Siempre soltero, jamás hubiera cumplido deseos santos, porque me quitaban el pan padres de hijos que tenían las lágrimas en el bolsillo. Yo me las tragaba...

-Yo he sido casado; los solteros eran una sola boca, corrían sin carga, se conformaban con menos... Nada pude contra ellos...

-Pude ser bandido y no lo quise.

-Yo quise serlo y no lo pude conseguir; se me resistía...

-Dicen ahora que en la lucha por la vida vence el más apto. ¡Vaya una lucha! ¿El más apto? ¡Mentira, don Pedro!

-¡Verdad, don Francisco! Vence el más inepto porque es el más apto. Todos luchan a quien más se rebaja, a quien más autómatas, a quien más y mejor llora, a quien más y mejor adula. ¿Tener carácter?... ¡Oh! ¿Quién es éste que quiere salir del coro y aspira a partiquino? Hay que luchar por la justicia, que no baja, como el rocío, del cielo; el que no llora no mama. Apenas quedan más que dos oficios útiles: ladrón o mendigo; o la amenaza, o las lágrimas. Hay que pedir desde arriba o desde abajo.

-¡Ah, don Francisco! El que para menos sirve es el que mejor sirve.

-Aunque lo digan, yo no soy pesimista. No tiene la culpa el mundo si hemos nacido dislocados en él.

-No hay justicia, don Francisco; que aunque a las veces se haga lo justo, es a pesar de serlo.

-¡Mire usted, don Pedro, cómo le paga su hija!

El pobre padre buscaba la cola del perrito de aguas mientras decía:

-¡La caridad! ¡Otra como la justicia! ¡A cuántas almas fuertes mata la lucha por la caridad!... «¡Ah!, éste sabe trabajar; no necesita», y todos pasan sin darle ni trabajo ni pan.

-¡La caridad, don Pedro! ¡Los pobres necesitaban el pan, me dieron palabras de consuelo..., les cuestan tan poco!... ¡Las tienen para su uso! ¡Los ricos me echaron mendrugos..., les cuesta tan poco..., los habrían echado a los perros! Nadie me ha dado pan con piedad: sobre el pan del cuerpo, miel del alma. He vivido del Estado, esa cosa anónima a la que nada agradezco.

-¡Ah, don Francisco! Pegan y razonan la paliza. No me duele el pisotón, sino el: «Usted perdone». La paliza, basta; la razón, sobra... Me decían: «Te conviene, es por tu bien, lo mereces»; mil sandeces más: echar en la herida plomo derretido.

-Tiene usted razón. Nadie me ha hecho más daño que los que decían hacérmelo por mi bien. Yo nací hermoso, como un gran diamante en bruto; me cogieron los lapidarios; a picazo y regla me pulieron las facetas; quedé brillante, ¡hermoso para un collar!... No quise ensartarme con los otros ni engarzarme en oro; rodé por el arroyo: libre, el roce me gastó; he perdido el brillo y los reflejos, y hoy, opaco, achicado, apenas sirvo para rayar cristales.

-Corrí yo tropezando en todas las esquinas para llegar al banquete: «No te apresures -me decían al final de cada jornada; aún tienes tiempo, y no te faltará en la mesa, si no es un sitio, otro». Cuando llegué era tarde: el cansancio y el ayuno habían matado mi apetito, el resorte de mi vida; llegué a la ilusión desilusionado, harto en ayunas... ¡Se me había indigestado la esperanza!

Un día, unos estudiantes hicieron una judiada al pobre perrito. Su amo se incomodó: los chicos se le insolentaron, y se armó cuestión. En lo más crudo de ésta, una ola de pendencia ahogó al padre, que oía todo callado; se levantó, gruñó un saludo y se fue, dejando al amo del perro que se las arreglara. Pero al siguiente día volvió como siempre.

-Yo he sido siempre progresista -decía el amo del perro-; hoy no soy nada.

-¡Yo, siempre moderado!...

-Pero progresista suelto, desencasillado, fuera de Comité... ¡Eso me ha perdido!

-¡Eso nos ha perdido a los dos!

-¿Qué escarabajo es éste, don Pedro, que no tiene mote en los cuadros de la entomología política y social?

-Y mire usted, don Francisco, mire cómo viven. *Trigonidium cicindeloides*, *Anaplotermes pacificus*, *Termes lucifugus*, *Palingenia longicauda* y tantas más de la especie tal, género cual, familia tal del orden de los insectos.

-Las ideas, don Pedro, no son más que lastre... La única verdad es la verdad viva, el hombre que las lleva... Cuando quiere subir, las arroja...

-El hombre, don Francisco, es una verdad triste. Los buenos creen y esperan chupándose el dedo; los pillos se ayudan..., y al cabo, todos concluyen lo mismo. Yo creo en un Limbo para los buenos y en un Infierno para los malos.

-¡Feliz usted, don Pedro! ¡Feliz usted, que tiene el consuelo de creer en el Infierno!

-Mi mayor placer después de estos parrafitos es dormir como un lirón. Me gustaría acostarme para siempre con la esperanza de encontrar a la cabecera de mi cama mi vasito de agua azucarada un día que nunca llegue... ¡Dormir para siempre, arrullado por la esperanza dulce!

-¡Mi único consuelo, don Pedro, es el pensamiento puro, y aun éste, en cuanto vive se ensucia!...

Así, aunque en otra forma, discurrían aquellos viejos, que, arrecidos por el frío, miraban con desdén la vida desde la cumbre helada de su soledad. Amaban la vida y gozaban en maldecir del mundo, sintiéndose ellos, los vencidos, vencedores de él, el vencedor. Lo encontraban todo muy malo porque se creían buenos y gozaban en creerlo. Era la suya una postura como otra cualquiera. Creían que el sol es farsa, pero que calienta, y en él se calentaban.

Salían juntos y bien abrigados, y al separarse continuaba cada uno por su camino el monólogo eterno. Todas las noches murmuraban al separarse: «¡Miseria pura! ¡Todo es farsa!».

Un día faltó don Pedro al café, y siguió faltando, con gran placer del perrito de aguas. Cuando el amo de éste supo que el padre había muerto, murmuró: «¡Pobre señor! ¡Algún disgusto que le ha dado su hija! ¿Si encontrara algún día el vaso de agua azucarada a la cabecera de la cama?». Y siguió su monólogo. El eco de su alma se había apagado, ¿quién era? ¿De dónde venía? ¿Cómo vivía? Ni lo supo ni intentó saberlo, quedó solo y no conoció su soledad.

Sigue yendo al rinconcito del café de Occidente. Los parroquianos le oyen hablar solo y le ven gesticular. Mientras da un terroncito de azúcar al perro, que agita de gusto su colita, rematada en un pompón, murmura: «¡Miseria pura, don Pedro! ¡Todo es farsa!». Y los parroquianos dicen: «¡Pobre señor! Desde que perdió la otra tijera, esa cabeza no anda bien. ¡Cuánto le afectó! ¡Se comprende..., a su edad!».

El amo del perro sale sin acordarse del padre de la hija, y sólo sigue tijereteando: «¡Miseria pura! ¡Todo es farsa!».

Y va de cuento

A Miguel, el héroe de mi cuento, habíanle pedido uno. ¿Héroe? ¡Héroe, sí! ¿Y por qué? - preguntará el lector. Pues, primero, porque casi todos los protagonistas de los cuentos y de los poemas deben ser héroes, y ello por definición. ¿Por definición? ¡Sí! Y si no, veámoslo.

P.- ¿Qué es un héroe?

R.- Uno que da ocasión a que se pueda escribir sobre él un poema épico, un epinicio, un epitafio, un cuento, un epigrama, o siquiera una gacetilla o una mera frase.

Aquiles es héroe porque le hizo tal Homero o quien fuese, al componer la *Ilíada*. Somos, pues, los escritores -¡oh noble sacerdocio!- los que para nuestro uso y satisfacción hacemos los héroes, y no habría egoísmo si no hubiese literatura. Esto de los héroes sagrados es una mandanga para consuelo de simples. ¡Ser héroe es ser *cantado*!

Y, además, era héroe el Miguel de mi cuento porque le habían pedido uno. Aquel a quien se le pida un cuento es, por el hecho mismo de pedírsele un héroe, y el que se lo pide es otro héroe. Héroes los dos. Era, pues, héroe mi Miguel, a quien le pidió Emilio un cuento, y era héroe mi Emilio, que pidió el cuento a Miguel. Y así va avanzando éste que escribo. Es decir,

burla burlando, van los dos delante.

Y mi héroe, delante de las blancas o agarbanzadas cuartillas, fijos en ellas los ojos, la cabeza entre las palmas de las manos y de codos sobre la mesilla de trabajo -y con esta descripción me parece que el lector estará viéndole mucho mejor que si viniese *ilustrado* esto-, se decía: «Y bien, ¿sobre qué escribo ahora yo el cuento que se me pide? ¡Ahí es nada, escribir un cuento quien, como yo, no es cuentista de profesión! Porque hay el novelista que escribe novelas, una, dos, tres o más al año, y el hombre que las escribe cuando ellas le vienen de suyo. ¡Y yo no soy un cuentista!...».

Y no, el Miguel de mi cuento no era un cuentista. Cuando por acaso los hacía, sacábalos, o de algo, que, visto u oído, habíale herido la imaginación, o de lo más profundo de las entrañas. Y esto de sacar cuentos de lo hondo de las entrañas, esto de convertir en literatura las más íntimas tormentas del espíritu, los más espirituales dolores de la mente, ¡oh, en cuanto

a esto!... En cuanto a esto, han dicho tanto ya los poetas líricos de todos los tiempos y países, que nos queda muy poco por decir.

Y luego los cuentos de mi héroe tenían para el común de los lectores de cuentos -los cuales forman una clase especial dentro de la general de los lectores- un gravísimo inconveniente, cual es el de que en ellos no había argumento, lo que se llama argumento. Daba mucha más importancia a las perlas que no al hilo en que van ensartadas, y para el lector de cuentos lo importante es la *hilación*, así, con hache, de hilo, y no *ilación*, sin ella, como nos empeñamos en escribir los más o menos latinistas que hemos dado en la flor de pensar y enseñar que ese vocablo deriva de infero, fers, intuli, illatum. (No olviden ustedes que soy catedrático, y de yo serlo comen mis hijos, aunque alguna vez merienden de un cuento perdido.)

Y estoy a la mitad de otro cuarteto.

Para el héroe de mi cuento, el cuento no es sino un pretexto para observaciones más o menos ingeniosas, rasgos de fantasía, paradojas, etc., etc. Y esto, francamente, es rebajar la dignidad del cuento, que tiene un valor sustantivo -creo que se dice así- en sí y por sí mismo. Miguel no creía que lo importante era el interés de la narración y que el lector se fuese diciendo para sí mismo en cada momento de ella: «Y ahora, ¿qué vendrá?», o bien: «¿Y cómo acabará esto?». Sabía, además, que hay quien empieza una de esas novelas enormemente interesantes, va a ver en las últimas páginas el desenlace y ya no lee más.

Por lo cual creía que una buena novela no debe tener desenlace, como no lo tiene, de ordinario, la vida. O debe tener dos o más, expuestos a dos o más columnas, y que el lector escoja entre ellos el que más le agrada. Lo que es soberanamente arbitrario. Y mi este Miguel era de lo más arbitrario que darse puede.

En un buen cuento, lo más importante son las situaciones y las transiciones. Sobre todo estas últimas. ¡Las transiciones, oh! Y respecto a aquéllas, es lo que decía el famoso melodramaturgo d'Ennery: «En un drama (y quien dice drama dice cuento), lo más importante son las situaciones; componga usted una situación patética y emocionante, e importa poco lo que en ella digan los personajes, porque el público, cuando llora, no oye». ¡Qué profunda

observación ésta de que el público, cuando llora, no oye! Uno que había sido apuntador del gran actor Antonio Vico me decía que, representando éste una vez *La muerte civil*, cuando entre dos sillas hacía que se moría, y las señoras le miraban con los gemelos para taparse con ellos las lágrimas y los caballeros hacían que se sonaban para enjugárselas, el gran Vico, entre hipíos estertóricos y en frases entrecortadas de agonía, estaba dando a él, al apuntador, unos encargos para contaduría. ¡Lo que tiene el saber hacer llorar!

Sí; el que en un cuento, como en un drama, sabe hacer llorar o reír, puede en él decir lo que se le antoje, El público, cuando llora o cuando se ríe no se entera. Y el héroe de mi cuento tenía la perniciosa y petulante manía de que el público -¡su público, claro está!- se enterase de lo que él escribía. ¡Habrased visto pretensión semejante!

Permítame el lector que interrumpa un momento el hilo de la narración de mi cuento, faltando al precepto literario de la impersonalidad del cuentista (véase la *Correspondance*, de Flaubert, en cualquiera de sus cinco volúmenes *Oeuvres complètes*, París, Louis Conard, libraire-éditeur, MDCCCLX), para protestar de esa pretensión ridícula del héroe de mi cuento de que su público se entere de lo que él escribía. ¿Es que no sabía que las más de las personas leen para no enterarse? ¡Harto tiene cada uno con sus propias penas y sus propios pesares y cavilaciones para que vengan metiéndole otros! Cuando yo, a la mañana, a la hora del chocolate, tomo el periódico del día, es para distraerme, para pasar un rato. Y sabido es el aforismo de aquel sabio granadino: «La cuestión es pasar el rato»; a lo que otro sabio, bilbaíno éste, y que soy yo, añadió: «Pero sin adquirir compromisos serios». Y no hay modo menos comprometedor de pasar el rato que leer el periódico. Y si cojo una novela o un cuento no es para que de reflejo suscite mis hondas preocupaciones y mis penas, sino para que me distraiga de ellas.

Y por eso no me entero de lo que leo, y hasta leo para no enterarme...

Pero el héroe de mi cuento era un petulante que quería escribir para que se enterasen, y, es natural, así no puede ser, no le resultaba cuanto escribía sino paradojas,

¿Que qué es esto de una paradoja? ¡Ah!, yo no lo sé, pero tampoco lo saben los que hablan de ellas con cierto desdén, más o menos fingido; pero nos entendemos, y basta. Y precisamente el chiste de la paradoja, como el del humorismo, estriba en que apenas hay quien hable de ellos y sepa lo que son. La cuestión es pasar el rato, sí, pero sin adquirir

compromisos serios; ¿y qué serio compromiso se adquiere tildando a algo de paradoja, sin saber lo que ella sea, o tachándolo de humorístico?

Yo, que, como el héroe de mi cuento, soy también héroe y catedrático de Griego, sé lo que etimológicamente quiere decir eso de paradoja: de la preposición *para*, que indica lateralidad, lo que va de lado o se desvía y *doxa*, *opinión*, y sé que entre paradoja y herejía apenas hay diferencia; pero...

Pero ¿qué tiene que ver todo esto con el cuento? Volvamos, pues, a él.

Dejamos a nuestro héroe -empezando siéndolo mío y ya es tuyo, lector amigo, y mío; esto es, nuestro- de codos sobre la mesa, con los ojos fijos en las blancas cuartillas, etc. (véase la precedente descripción), y diciéndose: «Y bien, ¿sobre qué escribo yo ahora?...».

Esto de ponerse a escribir, no precisamente porque se haya encontrado asunto, sino para encontrarlo, es una de las necesidades más terribles a que se ven expuestos los escritores fabricantes de héroes, y héroes, por tanto, ellos mismos. Porque, ¿cuál, sino el de hacer héroes, el de cantarlos, es el supremo heroísmo? Como no sea que el héroe haga a su hacedor, opinión que mantengo muy brillante y profundamente en mi *Vida de don Quijote y Sancho, según Miguel de Cervantes Saavedra*, explicada y comentada; Madrid, librería de Fernando Fe, 1905 -y sirva esto, de paso, como anuncio-, obra en que sostengo fue don Quijote el que hizo a Cervantes y no éste a aquél. ¿Y a mí quién me ha hecho, pues? En este caso, no cabe duda que el héroe de mi cuento. Sí, yo no soy sino una fantasía del héroe de mi cuento.

¿Seguimos? Por mí, lector amigo, hasta que usted quiera; pero me temo que esto se convierta en el cuento de nunca acabar. Y si es el de la vida... Aunque ¡no!, ¡no!, el de la vida se acaba.

Aquí sería buena ocasión, con este pretexto, de disertar sobre la brevedad de esta vida perecedera y la vanidad de sus dichas, lo cual daría a este cuento un cierto carácter moralizador que lo elevara sobre el nivel de esos otros cuentos vulgares que sólo tiran a divertir. Porque el arte debe ser edificante. Voy, por tanto, a acabar con una *Moraleja*: todo se acaba en este mundo miserable: hasta los cuentos y la paciencia de los lectores. No sé, pues, abusar.

4 La traducción y sus problemas

Ese capítulo consta de dos partes: en la primera hablaré de los problemas traductológicos encontrados en la labor de traducción y las decisiones tomadas a la hora de traducirlos; en la segunda haré una comparación entre mi traducción y la traducción, ya existente, del año 1945, de diez cuentos de la colección.

4.1 Los problemas traductológicos

La traducción, claramente, no ha tenido el mismo nivel de dificultad en todas sus partes ni en todos los cuentos; algunos han resultado más difíciles que otros pero, en su conjunto, los problemas traductológicos que he encontrado durante la labor de traducción conciernen, en su mayoría, a cinco categorías:

- Palabras de uso no frecuente o tecnicismos:

En el cuento *El espejo de la muerte* hay una serie de palabras relacionadas con el amor, el cortejo y la felicidad por la fiesta: ‘relinchidos’ traducido como ‘canti di gioia’, ‘restregones’ como ‘strusciate’, apretujeos como ‘forti abbracci’, ‘sobeos’ como ‘toccatine’, ‘tentarujas’ como ‘palpatine’;

En el cuento *El sencillo don Rafael* la palabra ‘tresillista’ traducida como ‘giocatore di Tresillo’, que es un juego de naipes muy famoso, parecido a los juegos italianos de ‘tressette’ y la ‘calabresella’;

En el cuento *Ramón Nonnato, suicida* he interpretado y traducido, ayudado por el contexto, ‘hombre de presa’ con ‘predatore’;

En el cuento *Cruce de caminos* hay un término técnico de la botánica, ‘chupamieles’, que es una flor y yo lo he traducido como ‘viparina’;

En el cuento *Solitaña* se usa el término ‘palo’ con referencia al garrote vil;

En el cuento *¡Cosas de franceses!* hay una serie de términos técnicos de la química: ‘retortas’, ‘alambiques’, ‘reactivos’, ‘crisoles’ y ‘precipitados’, traducidos como ‘storte’, ‘alambicchi’, ‘reagenti’, ‘miscugli’ e ‘precipitati’;

En el cuento *¡Viva la introyección!* encontramos uno de los muchos neologismos introducidos por el mismo Unamuno en su obras, ‘sociogerminalivo’;

En el cuento *¿Por qué ser así?* el término ‘inglés’ es utilizado en forma coloquial y lo he traducido como ‘creditore’.

- Modismos no comunes:

En el cuento *El sencillo don Rafael* los modismos ‘como no vuelva a las andas’ y ‘bausán de marca mayor’ traducidos como ‘a meno che non torni alle vecchie abitudini’ y ‘un grandissimo fantoccio’;

En el cuento *Ramón Nonnato* el modismo ‘no es posible recoger el agua derramada’ traducido como ‘non si possono rimettere tutti i pezzi al proprio posto’;

En el cuento *Juan Manso* los modismos ‘arrimarse al sol que más calienta’ y ‘meterte en camisas de once varas’ traducidos como ‘stare sempre dalla parte del più forte’ y ‘non ficcare il naso in cose che non ti riguardano’.

- Referencias a acontecimientos histórico-literarios que no conocía:

En el cuento *Solitaña* se hace referencia a ‘los fusilamientos del año 41 y a Zurbano’: se trata del nombramiento a comandante de Vizcaya de Martín Zurbano que reprimió el pronunciamiento contra Espartero en 1841, que terminó con la orden de fusilamiento del político Manuel Montes de Oca. En el mismo cuento se habla del ‘terremoto de los Osunas’ que hace referencia a la bancarrota de la Casa ducal de Osuna, una de las mayores casas aristocráticas españolas, entre el año 1860 y 1869;

En el cuento *¡Cosas de franceses!* encontramos numerosas referencias a acontecimientos o personajes histórico-literarios: se cita la ‘sima de Montesinos’ que es una cueva de origen natural situada cerca de Ossa de Montiel, en la provincia de Albacete; se trata de una cueva muy famosa porque aparece en *Don Quijote de la Mancha*.

‘Himno de Riego’, que es el nombre que recibe el himno cantado por la columna volante del coronel Rafael del Riego y fue utilizado como himno nacional de España en tres momentos diferentes: durante el Trienio Liberal (1820-1823), durante la Primera República (1873-1874) y durante la Segunda República (1931-1939).

Se nombra también *La Lidia*, y se trata del periódico más importante de la historia del periodismo taurino español;

‘Gran capitán del Siglo’, hace referencia a Gonzalo Fernández de Córdoba, un militar que bajo el poder de los Reyes Católicos, durante muchas batallas en la península italiana, derrotó a las tropas francesas conquistando Calabria y Nápoles.

Se hace referencia a un cierto ‘Barnum’, que fue un empresario, político y artista circense estadounidense, recordado por sus engaños y su astucia.

Finalmente se cita al ‘gran poeta nacional’, es decir el famosísimo dramaturgo José Zorrilla;

En el cuento *¿Por qué ser así?* se habla de ‘Lessing’, que fue un escritor, filósofo y dramaturgo alemán, considerado uno de los mayores exponentes de la ilustración alemana;

En el cuento *Juan Manso* se habla de ‘Garibay’, que fue un historiador español, nombrado cronista del rey Felipe II en 1592;

En el cuento *Una rectificación de honor* se habla de ‘narraciones siderianas’, que hacen referencia a una colección de cuentos sobre la ciudad de Sideria, metáfora de Salamanca, que el autor quería escribir.

- Palabras en euskera u otros idiomas de la península ibérica -incluso dialectos-, y, sobre todo, algunas formas de palabras eusquéricas que presentaban una castellanización grafémica y, una vez, fonética;

Estas palabras se encuentran solo en tres cuentos y, sobre todo, en los últimos dos: *Cruce de caminos*, *Solitaña* y *El desquite*, cuentos que hacen mayor referencia a su niñez.

En el cuento *Cruce de caminos* se habla de dos ‘chilejas’ que yo he traducido, haciendo referencia al contexto de la narración, como ‘campane’;

En el cuento *Solitaña* las palabras son más: la misma palabra que da el título al cuento, ‘Solitaña’, es el nombre que recibía la mariquita -*coccinella septempunctata*- en algunas zonas

del País Vasco; no he traducido la palabra porque, además de hacer referencia a la mariquita, en el cuento es también el apodo del personaje principal.

‘Las zamudianas’, es decir personas naturales del municipio de Zamudio, en la provincia de Vizcaya; palabras que yo he traducido como ‘le donne provenienti da Zamudio’.

‘[D]e una de esas aldeas de chorierricos o cosa parecida’, es decir del valle de Txorrieri; aquí nos encontramos con la primera palabra que, en parte, ha recibido una castellanización gráfemica con la sustitución del grupo consonántico Euskera ‘Tx-’ con el grupo consonántico castellano ‘Ch-’. La frase ha sido traducida como ‘di uno di quei villaggi nella valle Txorrieri o giù di lì’.⁸⁷

‘Chinel’, castellanización de la palabra Euskera ‘Txinel’ a través de la sustitución del grupo consonántico Euskera ‘Tx-’ con el grupo consonántico castellano ‘Ch-’. Trátase de un alguacil, que ha sido traducido como ‘guardia’.

‘Mamarro’, palabra Euskera que señala a un genio diminuto, una especie de enanito, que ha sido traducida como ‘gnomo’.

‘Bizcor’, castellanización de la palabra Euskera ‘Bizkor’ que señala una persona despierta, lista, viva; ha sido traducida como ‘inteligente’.

‘Sarbitos’, castellanización y forma apocopada de la palabra Euskera ‘zarbo’, utilizada sobre todo en la provincia de Álava, que señala un pez. Ha sido traducida como ‘saraghi’.

‘Chistu’, castellanización de la palabra Euskera ‘Txistu’ a través de la sustitución del grupo consonántico Euskera ‘Tx-’ con el grupo consonántico castellano ‘Ch-’; tratase de una flauta popular vasca, de pico vertical con tres agujeros. Ha sido traducida como ‘flauto’.

‘Barragarri’, forma dialectal vizcaína de la palabra euskera ‘barregarri’; señala una persona chistosa o ridícula. Ha sido traducida como ‘ridicolo’.

‘Sapalora’, forma dialectal vizcaína de la palabra euskera ‘zapalora’; señala una planta o una flor venenosa. Ha sido traducido como ‘batterio nocivo’ por el contexto que se alejaba del mundo de la flora, acercándose a lo de la fauna;

En el cuento *El desquite* encontramos varias palabras en euskera y, por primera vez, también unas palabras pertenecientes a otros idiomas de la península española:

⁸⁷ Cabe subrayar que el euskera se estandarizó a partir de 1968, así que cuando Unamuno escribió estos cuentos la ortografía no estaba regularizada.

‘Roncoso’, palabra de origen gallego que señala algo podrido. Esa palabra ha sido traducida, para que fuera más concerniente al contexto, como ‘rissoso’.

‘Papuchadas’, palabra de origen cantábrico que señala un golpe en los mofletes. Ha sido traducida como ‘pizzicotti sulle guance’.

‘Como rebolincha’, es una frase de origen vasco, señala una frase que se solía decir entre niños mientras jugaban o se pegaban, por ejemplo: ‘te hago como rebolincha’, dando la idea de algo que da muchas vueltas, como un trompo. Esta expresión ha sido traducida como ‘dice che ti fa girare come una trottola’.

- Frases o fragmentos de alto valor metafórico o poético;

En el cuento *El espejo de la muerte* la frase ‘dos viejecitos, calentando al sol el postre de la vida’, ha sido traducido, reconociendo el significado metafórico de la frase ‘postre de la vida’, como ‘riscaldandosi al sole durante gli ultimi anni della loro vita’;

En el cuento *El sencillo don Rafael* hay una breve poesía con rimas que cantan a los niños:

“Que viene el *cocóóóóó*...
con el susurro de las aguas debajo de su corazón...
a llevarse a los niños...
que iba también durmiéndose...
que duermen pocóóóóó...
entre las blandas nieblas de su pasado...
iah, ah, ah, aaaah!”⁸⁸

De esta poesía he traducido solo las tres frases sin rimas entre un verso y otro porque, si hubiera traducido la poesía en rima, se perdería el significado y las rimas, no siendo posible reproducirlas todas en italiano;

⁸⁸ Unamuno Miguel de, *El espejo de la muerte*, Madrid, Alianza Editorial, Biblioteca Unamuno, 2009, p.20.

En el cuento *Solitaña*, durante una tertulia, hay una conversación entre varios contertulios y dos de estos parecen estar borrachos⁸⁹ al pronunciar, mal, algunas palabras que en seguida veremos subrayadas y, entre paréntesis, verán la forma correcta:

“-Tendríaís sarbitos -interrumpió el viejo, siempre tan guapo-; en la limonada hasen (hacen) falta sarbitos... Sin sarbitos, limonada fachuda; es como tambolín sin chistu. Cuando están aquellos cachitos helaos (helados) que hasen (hacen) mal en los dientes, entonses (entonces)...

-Unas tajaditas de lengua no vienen mal...

-Sí, lengua también; pero sobre todo, sarbitos; que no falten los sarbitos...

Solitaña se sonreía, arreglando el fuego con la badila.

-A mí ya me gusta tamién (también) un poco de merlusita (merlucita) en salsa... -volvió el otro.

-¿Con la limonada? Cállate, hombre; no digas sinsorgadas... Tú estás tocao (tocado)... ¿Merlusa (merlusa) en salsa con limonada? A ti solo se te ocurre...

-Tú dirás lo que quieras; pero pa mí (para mí) no hay como la merlusa (merlusa)...; la de Bermeo, se entiende; nada de merlusa (merlusa) de Laredo; cada cosa de su paraje; sardinas de Santurse, angulitas de la Isla y merlusa (merlusa) de Bermeo...

-No haga usted caso de eso -dijo el cura-; yo he comido en Bermeo unas sardinas que talmente chorreaban manteca; sin querer se les caiga el pellejo... Y estando en Deva, unas angulitas de Aguinaga, que ¡vamos!...

-Bueno, hombre, pues ¿qué digo yo?, cada cosa en su sitio y a su tiempo; luego los caracoles, después el besugo... Hisimos (hicimos) una caracolada poco antes de entrar Zurbano el año...

-Ya te he dicho muchas veses (veces) -le interrumpió el viejo siempre tan guapo- que tú no sabes ni coger ni arreglar los caracoles, y, sobre todo, te vuelvo a desir (decir), y no le des más vueltas, que con la limonada sarbitos, y al que te diga merlusa (merlusa) en salsa le dises (dices) que es un arlote barragarri... Si me vendrás a desir (decir) a mí...

-Y si a mí me gusta en la limonada merlusa en salsa...

-Entonses (entonces) no sabes comer como Dios manda.

-¿Que no sé?

-Bueno, bueno -interrumpió el cura para cortar la cuestión-, ¿a que no saben ustedes una cosa curiosa?

-¿Qué cosa?

-Que los ingleses nunca comen sesos.

⁸⁹ Otra posibilidad es que Unamuno esté reproduciendo el discurso oral de personas de origen humilde, con seseo y la sustitución de la terminación del participio ‘-ado’ con ‘-ao’.

-Ya se conoce; por eso están, coloraos (colorados) -dijo el viejo guapo-, porque en cambio te sampan (se sampan) cada chuleta cruda y te pescan (se cogen) cada sapalora...”⁹⁰

En la traducción al italiano no he escrito mal las palabras que aquí he subrayado por diferentes razones: primero porque en italiano es más difícil modificar las palabras de una forma tan leve, y segundo porque la conversación ya no tiene mucho sentido y mezcla muchos acontecimientos diferentes sin nada en común, así que ya se entiende que se trata de una conversación entre personas que están un poco achispadas.

Siempre en el mismo cuento encontramos la frase:

*“Vino el terremoto de los Osunas; y cuando las obligaciones bambolearon, crujió todo y cayeron entre ruinas de oro familias enteras, se encontró Solitaña una mañana lluviosa y fría con que aquel papel era papel mojado, y lo remojó en lágrimas. Bajó mustio a la tienda y siguió su vida.”*⁹¹

Es una frase en la que he encontrado varias dificultades para traducirla y, solo gracias al contexto y a las informaciones que he encontrado sobre la bancarrota de la Casa de los Osunas entre 1860 y 1869, he llegado a entender su significado, que ha sido traducido al italiano como:

“Arrivò il terremoto della casa ducale degli Osuna, quando il valore delle obbligazioni iniziò ad oscillare vertiginosamente, tutto iniziò a stridere e caddero in rovina famiglie intere; Solitaña, in una mattina piovosa e fredda, si ritrovò con la notizia che quei soldi erano diventati, improvvisamente, carta straccia, e la bagnò con le sue lacrime. Scese, abbattuto, alla sua bottega e continuò la sua vita.”;

En el cuento *¿Por qué ser así?*, durante un diálogo entre dos personajes, encontramos estas frases:

“-Tenemos pendiente aquello... No creas que lo olvido; un día de éstos pasaré por tu casa. No lo echo en saco rato.

⁹⁰ *Ivi*, pp. 50, 51.

⁹¹ *Ivi*, p.53.

«¡Que no lo echa en saco roto!... ¿Dónde saco más roto que un café?».»⁹²

Aquí tuve varios problemas en la traducción porque con el italiano no se puede jugar con la frase hecha 'echar en saco roto', así que tuve que dejar a un lado la idea de utilizar otro modismo italiano y, simplemente, intentar dar un significado parecido. Ha sido traducido así:

"-Abbiamo quella cosa in sospeso... non pensare che lo dimentichi; uno di questi giorni passerò da casa tua. La cosa non cade nel vuoto.

"Non cade nel vuoto...! Cosa c'è di più vuoto di un caffè?"

En el cuento *Y va de cuento*, donde se habla de la estructura de un cuento:

*"Daba mucha más importancia a las perlas que no al hilo en que van ensartadas, y para el lector de cuentos lo importante es la hilación, así, con hache, de hilo, y no ilación, sin ella, como nos empeñamos en escribir los más o menos latinistas que hemos dado en la flor de pensar y enseñar que ese vocablo deriva de infero, fers, intuli, illatum. (No olviden ustedes que soy catedrático, y de yo serlo comen mis hijos, aunque alguna vez merienden de un cuento perdido.)."*⁹³

Aquí Unamuno crea un neologismo, -hilación-, jugando con la palabra 'hilo' e 'ilación'. He tenido que razonar mucho para no perder ese juego de palabras y, finalmente, gracias a la raíz latina de la palabra 'ilación', que en italiano resulta 'illazione', he podido crear un neologismo parecido que rigiera el juego de palabras con la palabra italiana 'filo'. Y eso es el resultando de la traducción:

"Dava molta più importanza alle perle che non al filo in cui vanno infilate, e per il lettore di racconti l'importante è la filazione, così, con effe, di filo, e una sola elle, e non illazione, senza effe e con due elle, così come ci ostiniamo a scrivere noi latinisti, chi più chi meno, che abbiamo preso l'abitudine di pensare e insegnare che questo vocabolo deriva da infero, fers, intuli, illatum. (Non dimenticate che sono un professore, e grazie a questo lavoro sfamo i miei figli, anche se a volte fanno merenda grazie a un racconto perduto.)"

⁹² *Ivi*, p.122.

⁹³ *Ivi*, p.189.

4.2 Comparación entre dos traducciones

Mientras traducía la colección de cuentos he descubierto, casi por casualidad, que existía una traducción de diez de estos cuentos, de 1945, de la editorial Cianferoni Edizioni de Florencia, de traductor desconocido. He intentado de varias formas encontrar su nombre pero no fue posible.

Mi traducción es completa, de los veintisiete cuentos de la colección, y he intentado ofrecer a los lectores una lectura bastante fluida y actualizada; a veces, por la dificultad objetiva del párrafo, he tenido que acercarme a una traducción literal, pero siempre finalizada a mantener el significado original de lo que quiso comunicar su escritor Unamuno y, al mismo tiempo, presentar una traducción más adecuada y actualizada para los lectores de hoy en día. La traducción de 1945, en cambio, como ya se ha dicho, es una traducción parcial de diez cuentos; se trata una buena traducción, aunque utilice un lenguaje antiguo -como es normal que sea- y, sobre todo, algunas palabras que han caído en desuso, que presenta algunas elecciones traductológicas bastante extrañas, como la tendencia general a no traducir algunos detalles, ofrecer una traducción más corta de su correspondiente español, la total desaparición de algunos fragmentos, a veces bastante largos, de poemas y cantos, la traducción de todos los nombre propios y, algunas veces, la no traducción del título del cuento o unas rimas.

Ahora, con la ayuda de una tabla, presentaré de forma más detallada todas las características citadas de esa traducción, haciendo una comparación con la traducción aportada en el presente trabajo.

- Lenguaje antiguo o que ha caído en desuso:

Español	Traducción de 1945	Mi traducción
Tonterías	Chiasso	Sciocchezze
Iguales	Eguali	Uguali
Del brazo	Od al braccio	Abbracciati
Poquito a poquito	A pochino alla volta	A poco a poco

Más decente	Più perbene	Più decente
Desbocados	Privi di morso	Imbizzarriti
La retozasen los ángeles	Ci scherzassero gli angeli	La corteggiassero gli angeli
A la bandolera	Ad armacollo	A tracolla
Quedamente	Pienamente	A voce bassa
Aquí traigo esto	Ci ho della roba	Ho portato questo
Hospicio	Ospizio	Orfanotrofio
Las primeras leches	Le prime cure	Il latte per i primi giorni
De corazón a corazón	Da cuore a cuore	A memoria
Llegó	Sopravvenne	Arrivò
Dijo	Addusse	Disse
Le hicieron sucesor al niño	Dettero un successore al bambino	Diedero un fratellino al bambino
Por salvado	Fuori di pericolo	Salvato!
De dos brincos	In due salti	In un batter d'occhio
Cruce de caminos	Lungo il cammino	Crocevie
Se sentó	Si sedé	Si sedette
Amapolas	Rosolacci	Papaveri
Loma	Poggiolo	Collina
Aquí	Costì	Qui
Componía	Raccomodare	Sistemava
Mienten	Mentiscono	Mentono
Analistas	Annalisti	Esperti
Ocultar	Abbuicare	Nascondere
Bendito de Dios	Povero diavolo	Poveretto
Diamante en bruto	Diamante greggio	Diamante grezzo
Que miraba al jardinillo	Prospiciente il giardino	Che affacciava sul giardino
Encima	Presso	In alto
Concreto	Onorato	Concreto

Mies	Mèsse	Seminato
Dominguillo	Trastullo	Fantoccio con cui divertirsi
Pescozón	Collottola	Scappellotto
Abejorros	Tafàni	Calabroni
Pescozones	Busse	Schiaffi
Víspera	Vigilia	Pomeriggio

Tabla 1: Traducción de los términos que han caído en desuso.

- Nombres propios traducidos al italiano:

Nombre español	Traducción italiana de 1945
Rafael	Raffaello
Emilia	Milia
Anastasio	Stasio
Eleuteria	Margherita

Tabla 2. Nombres propios traducidos al italiano.

- Títulos de cuentos o poemas no traducidas:

En el cuento *Cruce de caminos* el anciano y la niña cantan una canción que, en la traducción de 1945, no se traduce:

“Los caminos de la vida
van del ayer al mañana,
mas los del cielo, mi vida,
van al ayer del mañana.

Pajarcito, pajarcito,

¿de dónde vienes?
 El tu nido, pajarcito
 ¿ya no le tienes?
 Si estás solo, pajarcito,
 ¿cómo es que cantas?
 A quién buscas, pajarcito,
 ¿cuando te levantas?”

En el cuento *El amor que asalta*, en la traducción de 1945, no se traduce el título de ese cuento.

- Poemas o cantos que desaparecen:

En el cuento *El sencillo don Rafael*, la nodriza Emilia para que el niño durmiese empieza un canto infantil que, en la traducción de 1945, desaparece totalmente:

*“Que viene el cocóóóó...
 con el susurro de las aguas debajo de su corazón...
 a llevarse a los niños...
 que iba también durmiéndose...
 que duermen pocóóóó...
 entre las blandas nieblas de su pasado...
 ¡ah, ah, ah, aaaah!”*

- Y, finalmente, las que yo considero inexactitudes de traducción en la traducción italiana de 1945:

Español	Traducción de 1945	Mi traducción	Problema
“Sentía la pobre moza en torno de sí el respeto como espesado: un	“La povera giovine sentiva intorno a sé come un dispetto orribile, tragico,	“La poverina sentiva attorno a sé un rispetto inspessito: un rispetto terribile,	Aquí se traduce ‘respeto’ como ‘dispetto’, pero

respeto terrible, un respeto trágico, un respeto inhumano y crudelísimo.”	inumano, crudelissimo.”	un rispetto tragico, un rispetto inumano e crudelissimo.”	tratase claramente de un error.
“Cuando algún compañero de juego, despreciando un solo, iba a busca una sola carta para dar bola, solía repetir don Rafael que hay cosas que no se debe ir a buscar.”	“Quando qualche compagno di giuoco andava a cercare una carta per dar <i>bola</i> soleva ripetere a Raffaello che ci sono cose le quali non si debbono andare a cercare.”	“Quando qualche suo compagno di gioco, disprezzando una giocata, andava a cercare una sola carta per dare bola, don Rafael ripeteva che ci sono delle cose che non si devono cercare: arrivano da sole.”	En la traducción de 1945 Rafael es complemento directo, pero no es así, siento él quien cumple la acción y habla a sus compañeros.
“Lloró un momento el caminante, luego se arrodilló, después sentose, y, sin quitar sus ojos de los ojos cerrados de la niña, le veló el sueño.”	“Pianse per un momento, il viandante, poi s’inginocchiò, dopo si sedé e senza togliere gli occhi dagli occhi chiusi della fanciulla svegliò il suo sonno.”	“Pianse per un po’ il viandante, poi si inginocchiò, si sedette e, senza staccare gli occhi da quelli chiusi della bambina, vegliò su di lei.”	‘Le veló el sueño’, en la traducción de 1945, se traduce con ‘svegliò il suo sonno’, pero en realidad no la despierta, sino que se asegura que duerma bien.
“Su máxima suprema fue siempre la del chino: no comprometerse y	“La sua massima suprema su sempre quella del cinese: “Non	“Il suo più grande motto fu sempre quello dell’indiano: non immischiarsi in	En la traducción de 1945 tratase de una traducción literal que, en italiano, no

arrimarse al sol que más caliente.”	comprometterti ed avvicinati al sole che più scalda”.	nulla e stare sempre dalla parte del più forte.”	se entiende muy bien.
“En resolución, no hubo alma piadosa que no birlara el puesto a Juan Manso, la fama de cuya mansedumbre corrió por toda la cola y se transmitió como tradición flotante sobre el continuo fluir de gente por ella.”	“Insomma, non ci fu anima pietosa che non prendesse il posto a Juan Mansueto, la fama della cui mansuetudine si diffuse per tutta la coda e si trasmise, come traduzione fluttuante, sul continuo fluire della gente.”	“Insomma, non ci fu un’anima caritatevole che non fregasse il posto a Juan Manso, la fama della sua mitezza giunse a tutta la fila e si trasmise come una tradizione orale che svolazzava su tutte le persone che giungessero alla fila.”	La palabra ‘tradición’, en la traducción de 1945, se traduce como ‘tradizione’ y pierde de significado, resultando un bastante claro.
“Creían que el sol es farsa, pero que caliente, y en él se calentaban.”	“Credevano che il sole fosse la forza, perché riscalda, e si riscaldavano ad esso.”	“Credevano che il sole fosse una farsa, ma che riscalda, e in esso si riscaldavano.”	Se traduce mal la palabra ‘farsa’ y se pierde la incoherencia entre la idea y lo que hacen.
“El amo del perro sale sin acordarse del padre de la hija, y solo sigue tijereteando.”	“Il padrone del barboncino esce senza neppur ricordarsi dell’amico e seguita a tagliare di forbici.”	“Il padrone del cane esce dal bar senza ricordarsi del padre della figlia e, tutto solo, continua a parlare.”	En la traducción de 1945 tratase de una traducción literal que, en italiano, tiene sentido y no explica bien la acción.

<p>“Y era que en la víspera de aquel día de otoño gris, a punto de ponerse el día, Ramon Nonnato se había pegado un tiro.”</p>	<p>“La vigilia di quel giorno grigio d’autunno, sul tramonto, Ramon Nonnato si era tirato un colpo di rivoltella.”</p>	<p>“Nel pomeriggio di quel grigio giorno d’autunno, poco prima che il sole tramontasse, Ramón Nonnato si era suicidato, sparandosi.”</p>	<p>La palabra española ‘tiro’, en la traducción de 1945, está confundida por el verbo italiano ‘tirare’.</p>
<p>“Ni podía libertarse, pues, ¿cómo resistir la mirada cortante y fría de aquel hombre de presa?”</p>	<p>“Non poteva liberarsene. E come resistere allo sguardo tagliente e freddo di quell’uomo da preda?”</p>	<p>“Insomma, non poteva liberarsene; come poteva resistere allo sguardo freddo e tagliente di quel predatore?”</p>	<p>‘Hombre de presa’ se traduce de forma literal en la traducción de 1945.</p>

Tabla 3: Inexactitudes de la traducción de 1945.

Conclusiones

En los cuatro capítulos precedentes he presentado, a través de un breve recorrido biográfico, al autor Miguel de Unamuno, centrándome en sus obras fundamentales y en los principales acontecimientos de su vida que han influido en su obra, el pensamiento del autor sobre el cuento y sus características, los temas y los motivos principales presentes en los cuentos y, finalmente, un trabajo de carácter filológico con el fin de presentar un corpus definitivo -por lo menos hasta hoy-, de todos sus cuentos y, sobre todo, de los veintisiete que hacen parte de la colección *El espejo de la muerte*, presentados con fecha y lugar de publicación.

Todo ese trabajo previo se ha hecho con el fin de presentar de manera más adecuada a los lectores los cuentos que iba a traducir y, al mismo tiempo, ayudarme en la traducción ya que, de esa forma, he tenido a disposición muchos más detalles sobre la obra y su gestación.

En el tercer capítulo se presenta el resultado de un largo trabajo, es decir la traducción italiana inédita de los veintisiete cuentos pertenecientes a la colección; es cierto que en esta labor he tenido que enfrentarme a varias dificultades -que he expuesto de forma más detallada en el cuarto capítulo-, de carácter traductológico, que he logrado superar gracias a la búsqueda de información de carácter histórico -sobre algunos acontecimientos citados-, y, sobre todo, de carácter lingüístico, que me han ayudado en la traducción de las palabras en euskera afectadas por una castellanización grafémica. Además, dentro del mismo capítulo, he añadido una breve comparación, de algunos fragmentos, entre mi traducción y la traducción italiana ya existente de 1945.

El fin principal del trabajo ha sido conseguido, pero creo que todavía queda mucho por hacer e investigar sobre los cuentos de Unamuno. Pienso que en los próximos años, gracias a un creciente interés por los cuentos de este autor, a una mayor colaboración entre sus investigadores y a una indagación más detallada dentro de sus escritos que todavía no se han analizado, se podría llegar a tener un corpus definitivo y, quizás, encontrar nuevos cuentos.

Por lo que se refiere a Italia, en cambio, creo que sería útil e interesante seguir la labor de traducción con el fin de traducir todos sus cuentos -y no solo los veintisiete que he

traducido, pertenecientes a *El espejo de la muerte*-, y publicar una edición italiana de cuentos completos de Miguel de Unamuno.

Bibliografía:

AA. VV., Historia de la literatura española II. Desde el siglo XVIII hasta nuestros días. Madrid, Cátedra, 1990.

Arriaga Emiliano de, *Lexicón etimológico, naturalista y popular del Bilbaíno neto*, Bilbao, Tipografía de S. de Amorrortu, 1896.

Cervantes Saavedra Miguel de, *Don Quijote de la Mancha I*, Madrid, Edición Cátedra, 2018.

Ezama Gil Ángeles, *El cuento en la prensa y otros cuentos. Aproximación al estudio del relato breve entre 1890 y 1900*, Zaragoza, Universidad, 1992.

García Gallarín Consuelo (1990), *Notas sobre los helenismos neológicos en la obra de Miguel de Unamuno*, Madrid, *Estudios Clásicos*, 23.97: 31-38.

García López José, Historia de la literatura española, Barcelona, Vicens Vives, 2004.

Mugica Pedro de, *Dialectos castellanos*, Berlín, Heinrich & Kemke, 1892.

Peñate Rivero Julio, El relato breve en Miguel de Unamuno, ACTAS XXXIII (AEPE),

http://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/aepe/pdf/congreso_33/congreso_33_14.pdf, consultado el día 14 de diciembre 2019.

Robles Laureano, *Los «cuentos» de Unamuno*, Salamanca, publicaciones de la Asociación de Antiguos Alumnos de la Universidad de Salamanca, 1997.

Unamuno Miguel de, *Cuentos completos*, J. Óscar Carrascosa Tinoco (ed.), Madrid, Páginas de espuma, 2017.

Unamuno Miguel de, *El espejo de la muerte*, Madrid, Alianza Editorial, Biblioteca Unamuno, 2009.

Unamuno Miguel de, *Ensayos IV*, Residencia de Estudiantes, Madrid, 1917.

Unamuno Miguel de, *Epistolario americano: (1890-1936)*, L. Robles (ed.), Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1996.

Unamuno Miguel de, *Lo specchio della morte*, traductor desconocido (ed.), Firenze, Cianferoni Editore, 1945.

Unamuno Miguel de, *Niebla*, Madrid, Edición Cátedra, 2009.

Unamuno Miguel de, *Obras completas*, M. García Blanco (ed.), 9 volúmenes, Madrid, Escelicer, 1967-1971.

Unamuno Miguel de, *Obras completas II*, R. Senabre (ed.), Madrid, Biblioteca Castro/Turner, 1995.

Unamuno Miguel de, *San Manuel Bueno, mártir*, Madrid, Edición Cátedra, 1994.